

Donna Leon

La chica de sus sueños

-Brunetti 17-

OceanofPDF.com

Diseño original de la colección:

Josep Bagà Associats

Director Editorial: Virgilio Ortega

Título original: *The Girl of His Dreams*

Primera edición: marzo de 2008

Fotografía de la cubierta © Corbis

© Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich, 2008

Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos de edición

en español reservados

para todo el mundo:

© Editorial Seix Barral, S. A., 2008

Avda. Diagonal, 662-664 08034 – Barcelona

www.seix-barral.es

© Traducción: Ana M^a de la Fuente, 2008

ISBN: 978-84-522-2828-5

Depósito legal: M-6.067-2008

Impreso en España

Edición digital: Adrastea, Junio 2008.

OceanofPDF.com

-

A Leonhard Toenz

Der Tod macht mich nicht beben.

Nur meine Mutter dauert mich;

Sie stirbt vor Gram ganz sicherlich.

No me hace temblar la muerte.

Solo mi madre me entristece;

sin duda morirá de pena.

La flauta mágica

Mozart

CAPÍTULO 1

Brunetti había descubierto que contar hasta cuatro y volver a contar una vez y otra le permitía abstraerse casi de cualquier pensamiento. Ello no le enturbiaba la vista, y este día resplandecía con toda la gracia y los dones de la primavera, de manera que, mientras mantuviera la mirada por encima de las cabezas que lo rodeaban, podría solazarse contemplando la cúspide de los cipreses y el cielo jaspeado de nubes blancas. Con volver la cabeza sólo un poco, veía a lo lejos la tapia de ladrillo, sabiendo que al otro lado estaba la cúpula de San Marcos. Contar era una especie de contracción mental, comparable al acto reflejo por el que encogía los hombros en invierno, con la ilusión de que, exponiendo menos superficie, sentiría menos frío. Y ahora, exponiendo una parte menor de su mente a lo que sucedía a su alrededor, sufriría menos.

Paola, que caminaba a su derecha, se colgó de su brazo y ambos acoplaron el paso. A su izquierda estaba Sergio, su hermano, con su mujer y dos de sus hijos. Raffi y Chiara iban detrás de él y de Paola. Él se volvió a mirar a los chicos y sonrió: un gesto leve que se disipó rápidamente al aire de la mañana. Chiara le sonrió a su vez y Raffi bajó la mirada.

Brunetti oprimió el brazo de Paola con el suyo y se volvió a mirarla. Observó que ella se había recogido el pelo detrás de la oreja izquierda y llevaba los pendientes de oro y lapislázuli que él le había regalado en Navidad dos años antes. El azul del pendiente era más claro que el azul marino del abrigo que se había puesto en lugar del negro. ¿Cuándo había dejado de observarse, se preguntó Brunetti, la tácita norma según la cual en un entierro tienes que vestir de negro? Él recordaba el de su abuelo, en el que toda la familia, las mujeres sobre todo, iban enlutadas de arriba abajo, como plañideras de novela victoriana, aunque él no sabía aún lo que era la novela victoriana.

A su abuelo lo enterraron en este mismo cementerio, bajo estos mismos árboles, y el sacerdote que encabezaba el cortejo debía de rezar las mismas oraciones. Recordaba Brunetti que, detrás del féretro, caminaba el hermano mayor de su abuelo. Recordaba que el anciano - debía de tener noventa años por lo menos- había traído un terrón de tierra de su granja de las afueras de Dolo, ya desaparecida bajo la *autostrada* y las fábricas. Y recordaba que, estando todos alrededor de la tumba, en silencio, mientras bajaban la caja, el tío abuelo sacó el pañuelo, lo desdobló y arrojó el pequeño terrón sobre la tapa.

Aquel gesto se grabó en su memoria infantil; él no comprendía por qué el anciano había llevado su propia tierra, y nadie de la familia supo explicárselo. Ahora, en el mismo lugar, Brunetti se preguntaba si quizá aquella escena no habría sido sólo fruto de la imaginación de un niño nervioso, intimidado al ver a las personas de su entorno todas vestidas de negro, o se debía a la confusión provocada en su mente por su propia madre al intentar explicar qué es la muerte a un niño de seis años.

Ahora ya sabría lo que es, pensó él. O quizá no. Brunetti tendía a creer que lo terrible de la muerte es precisamente la falta de conciencia, que los muertos dejan de saber, dejan de comprender, dejan de todo. Sus primeros años estuvieron llenos de mitos: el Niño Jesús duerme en su cuna, la resurrección de la carne, un mundo mejor para los justos.

Su padre no era creyente: ésta fue una de las constantes de la infancia de Brunetti. Era un ateo callado, que no hacía comentarios sobre la evidente fe de su esposa. No iba a la iglesia, se ausentaba cuando el sacerdote venía a bendecir la casa y no asistía a los bautizos, primeras comuniones y confirmaciones de sus hijos. Cuando le preguntaban, Brunetti padre musitaba: «Sciocchezze» o «Roba da donne» y daba por zanjado el tema, dejando que sus hijos lo imitaran si querían, convencido de que la religión era una práctica tonta de mujeres o una práctica de mujeres tontas. Pero al fin lo cazaron, recordó Brunetti. Un cura entró en la habitación del Ospedale Civile y administró los últimos sacramentos al agonizante Brunetti, y se le dijo una misa de cuerpo presente.

Quizá transigió para complacer a su esposa. Brunetti había visto mucha muerte y comprobado que la fe es un consuelo para el que queda. Quizá tenía presente esta idea durante una de las últimas conversaciones que mantuvo con su madre, una de las últimas conversaciones lúcidas, desde luego. Ella aún vivía en su propia casa, aunque sus hijos ya habían tenido que contratar a la hija de una vecina para que pasara el día con ella y, después, también la noche.

Durante el último año, antes de extraviarse en aquel otro mundo del que ya no saldría hasta su muerte, su madre ya no rezaba. Su querido rosario desapareció, lo mismo que el crucifijo de al lado de la cama, y hasta dejó de oír misa, a pesar de que la muchacha del piso de abajo a menudo le preguntaba si quería ir a la iglesia.

«Hoy no», respondía ella, como dejando lugar a la posibilidad de ir al día siguiente o al otro. Siguió dando esta respuesta hasta que la muchacha primero y la familia Brunetti después dejaron de preguntar.

No es que ya no sintieran curiosidad acerca de su estado mental, sólo habían aceptado esta manifestación del mismo. Con el tiempo, su conducta fue haciéndose más alarmante: tenía días en los que no reconocía a sus hijos y días en los que no sólo los reconocía a ellos sino que hablaba con toda lucidez acerca de sus vecinos y todos sus parientes. Pero la proporción entre unos días y otros fue cambiando, y los días en los que reconocía a sus hijos y recordaba a los vecinos eran cada vez más escasos. Uno de aquellos últimos días, una fría tarde invernal, seis años antes, Brunetti fue a verla para tomar el té y las pastas que ella había hecho por la mañana. Las hizo por casualidad, porque, a pesar de que él le había dicho tres veces que iría, se le había olvidado.

Mientras tomaban el té, ella le describió unos zapatos que había visto en un escaparate la víspera y que había decidido comprar. Brunetti, a pesar de saber que hacía seis meses que su madre no salía de casa, se ofreció para ir a comprárselos, si le decía dónde estaba la tienda. La mirada con que ella le respondió era de pena, pero disimulando dijo que prefería ir ella misma, para probárselos y asegurarse de que le estaban a la medida.

Ella se quedó mirando la taza, como si no se hubiera dado cuenta de su fallo de memoria. Para mitigar la tensión, Brunetti preguntó a bocajarro:

–*Mamma*, ¿tú crees en todas esas historias del cielo y la otra vida?

Ella alzó los ojos hacia la cara de su hijo menor y él vio el iris enturbiado.

–¿Del cielo? – preguntó.

–Sí. Y de Dios -respondió Brunetti-. Todo eso.

Ella bebió un sorbo de té, se inclinó hacia adelante para dejar la taza en el platillo e irguió el tronco; siempre, hasta el final, se había mantenido erguida. Entonces sonrió, con aquella sonrisa que tenía

cuando Guido hacía una de sus preguntas, siempre tan difíciles de contestar.

–Sería bonito, ¿verdad? – respondió, y le pidió que le sirviera otra taza de té.

Brunetti notó que Paola se paraba, y se detuvo a su vez, volviendo de sus recuerdos, atento al lugar y al acto. En un rincón, en dirección a Murano, había un árbol florido. Color de rosa. ¿Un cerezo? ¿Un melocotonero? No estaba seguro, él no sabía mucho de árboles, pero se alegraba de que fuera rosa, un color que a su madre siempre le había gustado, a pesar de que no le sentaba bien. El vestido que llevaba dentro de la caja era gris, de fina alpaca. Hacía años que lo tenía pero se lo ponía poco y bromeando decía que quería que la enterraran con él. Bien.

Una ráfaga de viento levantó la estola morada del cura, que se había parado al lado de la tumba. El cortejo se congregó alrededor, formando un óvalo irregular. No era el párroco que había dicho la misa, sino un antiguo condiscípulo de Sergio que había sido íntimo de la familia y ahora era capellán del Ospedale Civile. A su lado, un hombre casi tan viejo como la madre de Brunetti, sostenía un vaso de bronce del que el cura sacó el hisopo. Rezando en una voz que sólo los que estaban más cerca podían oír, dio la vuelta al ataúd, rociándolo de agua bendita. Tenía que moverse con precaución por entre las coronas apoyadas en bastidores a uno y otro lado de la tumba, con cintas en las que se leían cariñosas dedicatorias en letras doradas.

Brunetti miraba más allá del sacerdote, hacia el árbol. Entró por encima de la tapia otra ráfaga de viento que removió las flores y de las ramas se desprendió una nube de pétalos que danzaron en el aire y cayeron al suelo, posándose lentamente en torno al tronco, como una aureola rosa. En la florida copa del árbol empezó a cantar un pájaro.

Brunetti retiró el brazo en el que se apoyaba Paola y se enjugó los ojos con el puño de la chaqueta. Cuando los abrió otra nube de pétalos se

elevaba del árbol; las lágrimas lo emborronaron y el horizonte se tiñó de rosa.

Paola le oprimió la mano, dejando en ella un pañuelo azul celeste. Brunetti se sonó, se secó los ojos, hizo una bola con el pañuelo en la mano derecha y lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Chiara se situó a su otro lado, le asió la mano y se la sostuvo mientras se recitaban las oraciones al viento y los enterradores se acercaban por ambos lados de la tumba, asían las cuerdas y bajaban el féretro a la tierra. Brunetti, en un momento de total desorientación, buscó con la mirada al tío abuelo de Dolo, pero eran los enterradores y no el anciano los que arrojaban tierra sobre la caja. Al principio sonaba a hueco, pero cuando estuvo cubierta por una fina capa, el sonido cambió. La primavera había sido húmeda y los pesados terrones caían con un golpe sordo. Y otro, y otro más.

Entonces, alguien que estaba al otro lado -el hijo de Sergio, quizá- echó un ramo de margaritas en la tumba y dio media vuelta. Los enterradores interrumpieron el trabajo y descansaron, apoyados en las palas, y los que estaban alrededor de la tumba empezaron a alejarse por la hierba reverdecida, en dirección a la verja y la parada del *vaporetto*. Las conversaciones proseguían con intermitencias, buscando cada cual la frase adecuada y, al no encontrarla, diciendo, por lo menos, algo.

Llegó el 42 y embarcaron todos. Brunetti y Paola optaron por quedarse fuera. De pronto, parecía que hacía frío, a la sombra del toldo. Lo que dentro de la tapia del cementerio era brisa aquí soplaba con fuerza de viento, y Brunetti cerró los ojos e inclinó la cabeza, hurtando el cuerpo al frío. Paola se apoyó en él y, sin abrir los ojos, él le rodeó los hombros con el brazo.

El motor cambió de tono, y Brunetti notó cómo el barco aminoraba la marcha al acercarse a Fondamenta Nuove. El *vaporetto* inició el amplio viraje que lo llevaría hasta el muelle, y Brunetti sintió en la espalda el

calor del sol. Alzó la cabeza, abrió los ojos y vio la muralla de edificios sobre la que, aquí y allá, asomaban campanarios.

–Ya queda poco -oyó decir a Paola-. Ahora, a casa de Sergio. Después, el almuerzo. Y luego podremos ir a dar un paseo.

Él asintió. Volvían a casa de su hermano, para dar las gracias a los amigos más íntimos por su asistencia y, después, la familia saldría a almorzar. Terminado el almuerzo, ellos dos -o ellos cuatro, si los chicos querían acompañarlos- podrían ir a dar un paseo, quizá al Zattere o a los Giardini, para tomar el sol. Él quería que el paseo fuera largo, para ver los sitios que le recordaran a su madre, comprar algo en las tiendas que a ella le gustaban, quizás entrar en los Frari y poner una vela a la *Assunzione*, un cuadro que a ella le encantaba.

El barco ya estaba muy cerca.

–No hay nada... -empezó él, y se interrumpió, sin saber lo que quería decir.

–No hay nada por lo que recordarla que no sea bueno -terminó Paola por él.

Sí; era eso, exactamente.

CAPÍTULO 2

Amigos y parientes los rodeaban mientras el barco se acercaba al *imbarcadero*, pero Brunetti mantenía la mirada fija en el muelle, pensando, para distraerse, en la restauración de la casa de Sergio, terminada hacía sólo seis meses. Si el pasatiempo favorito de la gente mayor es el de hablar de la salud y el de los hombres, los deportes, la conversación acerca de la propiedad urbana es el adhesivo social que une a los venecianos de todas las clases. Pocos son los que pueden resistirse al atractivo tópico de los precios que se piden y se pagan, de las operaciones inmobiliarias que se realizan o se malogran o de los comentarios sobre metros cuadrados, antiguos propietarios y la incompetencia de los burócratas encargados de autorizar las obras de restauración o modernización. Brunetti pensaba que sólo la comida era un tema de conversación más frecuente en las mesas de los venecianos. ¿Esto había venido a ser el sustitutivo de los relatos de lo que había hecho uno durante la guerra? ¿La sagacidad en la compraventa de casas y apartamentos sustituía a la valentía, el arrojo y el patriotismo? Visto que la única guerra en la que el país había intervenido en décadas había sido una vergüenza y una derrota, sin duda era preferible hablar de casas.

El reloj de la pared de Fundamenta Nuove marcaba poco más de las once. A su madre le gustaba la mañana: probablemente, de ella había heredado Brunetti su buen humor matutino que sulfuraba a Paola. Desembarcaron unos y embarcaron otros, y luego el barco los llevó rápidamente a *Madonna dell'Orto*, donde la familia Brunetti y sus amigos abandonaron el *vaporetto* y se encaminaron hacia la ciudad, dejando la iglesia a la izquierda.

En el canal, torcieron a la izquierda, cruzaron el puente, y ya estaban en la puerta de la casa. Sergio abrió y, en silencio, todos subieron la escalera y entraron en el apartamento. Paola fue a la cocina, por si Gloria necesitaba ayuda, y Brunetti se acercó a las ventanas y se quedó contemplando la iglesia. El saliente de una esquina sólo le permitía ver el lado izquierdo de la fachada y seis apóstoles. La bóveda de ladrillo

del campanario siempre le había parecido un *panettone*, y seguía pareciéndoselo.

Brunetti notaba movimiento a su espalda y oía voces, y se alegró de que no se atenuaran en forzada reverencia fúnebre. Se mantuvo de espaldas a la sala, mirando la fachada del templo. Él estaba fuera de la ciudad el día en que, hacía más de diez años, alguien entró en la iglesia, bajó tranquilamente la *Madonna* de Bellini del altar de la izquierda y se la llevó. Brunetti estaba en Sicilia, de vacaciones, con su familia y, cuando regresó, los de robos de arte, que habían venido de Roma, ya habían vuelto a la capital y los periódicos se habían cansado del caso. Asunto liquidado. Y, luego, nada: era como si el cuadro se hubiera evaporado.

El murmullo de voces cambió de tono, y Brunetti se volvió, para ver a qué se debía. Gloria, Paola y Chiara salían de la cocina, las dos primeras con bandejas de tazas y platos, y Chiara, con otra bandeja en la que había tres fuentes de distintas pastas hechas en casa. Brunetti sabía que esto era una ceremonia para los amigos, que tomarían el café y luego se irían, pero no pudo menos que pensar que éste era un pobre y triste final para una vida tan plena de comida y bebida y del calor que generaban.

También Sergio salió de la cocina, con tres botellas de *prosecco*.

—Creo que, antes del café, deberíamos decirle adiós.

Después de dejar las bandejas en la mesita de centro, delante del sofá, Gloria, Paola y Chiara volvieron a la cocina y, a los pocos minutos, salieron cada una con tres copas de *prosecco* en cada mano.

Sergio destapó la primera botella y, con el taponazo, el ambiente cambió como por arte de magia. Él fue echando el vino en las copas, haciendo la ronda a medida que bajaba la espuma. Abrió otra botella y luego la última, llenando hasta las copas sobrantes. Todos se acercaron a la mesa, tomaron cada uno su copa y esperaron.

Sergio miró a su hermano, pero Brunetti levantó la copa y movió la cabeza en dirección a él, indicando que el brindis le correspondía a él, por ser ahora el mayor de la familia.

Sergio levantó la copa y se hizo el silencio. La alzó aún más, miró a los presentes y dijo:

–Por Amelia Davanzo Brunetti y por todos los que aún la queremos. – Bebió media copa. Dos o tres personas repitieron el brindis en voz baja y todos bebieron. Cuando bajaron las copas, se relajó el ambiente y las voces recuperaron el timbre natural. Los tópicos de la vida entraron de nuevo en la conversación y los verbos volvieron a conjugarse en futuro.

Los presentes fueron dejando las copas, algunos tomaban café y picaban pastas y, poco a poco, todos se encaminaron hacia la puerta, no sin antes pararse a decir unas palabras y besar a los dos hermanos.

Al cabo de veinte minutos, no quedaba en la sala nadie más que Sergio y Guido, sus esposas y sus hijos. Sergio miró el reloj y dijo:

–He reservado mesa para todos, de modo que propongo dejar esto como está e irnos a almorzar.

Brunetti vació la copa y la puso al lado de las llenas que habían quedado abandonadas en la mesa, formando un círculo. Quería dar las gracias a Sergio por haber dicho las palabras justas, sin dramatismo, pero no sabía cómo. Fue hacia la puerta, retrocedió y abrazó a su hermano. Luego salió, bajó la escalera en silencio y, en la calle, se paró al sol, a esperar al resto de los Brunetti.

CAPÍTULO 3

El funeral se celebró en sábado, por lo que nadie tuvo que faltar al trabajo ni a la escuela. El lunes por la mañana, la vida había recuperado su ritmo normal, y todos salieron de casa a la hora de costumbre, menos Paola: el lunes era uno de los días en que no tenía que acudir a la universidad, y su lugar de trabajo era su escritorio. Brunetti la dejó durmiendo. Al salir a la calle, encontró un día tibio y soleado, un poco húmedo todavía. Se encaminó hacia Rialto, donde compraría un periódico.

Le producía alivio comprobar que la pena que sentía era leve. Pensar que su madre había escapado por fin de una situación que la propia Amelia habría encontrado intolerable, de haber sido consciente de ella, le deparaba consuelo y una sensación parecida a la paz.

Los tenderetes de bufandas, camisetas y chorradas turísticas ya estaban abiertos cuando pasó por delante, pero hoy sus pensamientos lo cegaban a sus colores chillones. Saludó con un movimiento de la cabeza a uno o dos conocidos, pero sin aflojar el paso, para disuadirlos de cualquier intención de pararlo. Miró el reloj de la pared, como hacía cada vez que pasaba por delante y giró hacia el puente. La tienda de Piero, a su derecha, era la única que aún vendía comida: las demás se habían pasado a chucherías de una u otra índole. Lo asaltó de pronto un olor a sustancias químicas y tintes, como si hubiera sido transportado a Marghera o el conglomerado industrial hubiera venido hasta él. Era un olor ácido y penetrante que mordía la membrana pituitaria y hacía llorar. La tienda de jabón ya llevaba algún tiempo allí, pero hasta ahora los colores artificiales de la mercancía sólo eran una ofensa para la vista, mientras que hoy las emanaciones atacaban el olfato. ¿Pretendían que la gente se lavara con eso?

Camino de *campo* San Giacomo vio paquetes de pasta, botellas de *aceto balsámico* y frutos secos, en puestos que antes sólo vendían fruta fresca. Su llamativo colorido era como un dolor, el equivalente visual de los olores que le habían hecho apretar el paso. Hacía años que Gianni y

Laura cerraron su puesto de fruta y se fueron, lo mismo que el tipo del pelo largo y su esposa, pero éstos lo habían traspasado a unos indios o cingaleses. ¿Cuánto tardaría el mercado de fruta en desaparecer del todo, y los venecianos, en verse obligados a comprar la fruta en los supermercados, como todo el mundo?

Interrumpió su letanía de calamidades el recuerdo de la voz de Paola diciendo que, si un día quería oír a las viejas suspirar por los tiempos pasados y preguntarse adónde iríamos a parar, prefería sentarse una hora en la sala de espera de un médico, pero no estaba dispuesta a aguantárselo a él, en su propia casa.

Brunetti sonrió al recordarlo y, al llegar a lo alto del puente, antes de empezar el descenso, se quitó la bufanda. Cortó hacia la izquierda por el Ufficio Postale, subió y bajó el puente y entró en Ballarin a tomar un café y un brioche. De pie en la barra, entre la gente, descubrió que el recuerdo de la queja de Paola -lamentándose de sus lamentaciones- lo había animado. Al verse reflejado en el espejo de detrás de la barra, sonrió a su imagen.

Pagó y reanudó el camino al trabajo, gozando del aire más templado. Al atravesar el *campo* Santa Maria Formosa se desabrochó el abrigo. Cerca de la *questura*, vio a Foa, el piloto, apoyado en el costado de la lancha, mirando canal arriba, hacia el campanario de la iglesia griega.

—¿Qué ocurre, Foa? — preguntó parándose al lado de la embarcación.

Foa se volvió y, al ver quién era el que preguntaba, sonrió.

—Es uno de esos *tuffetti* chalados, comisario. Está ahí, pescando, desde que he llegado.

Brunetti miró al canal, hacia el campanario, sin ver nada más que la quieta superficie del agua.

—¿Dónde está? — preguntó caminando junto a la lancha hasta situarse un paso por delante de la proa.

–Se ha sumergido por ahí -dijo Foa señalando aguas arriba-, cerca de ese árbol de la orilla de enfrente.

Lo único que Brunetti veía era el agua y, al fondo, el puente y el campanario inclinado.

–¿Cuánto hace que se ha sumergido?

–Parece una eternidad, pero no hará más de un minuto -dijo el piloto volviéndose hacia Brunetti.

Los dos hombres callaron, registrando con la mirada la superficie del agua mientras esperaban que apareciera el *tuffetto*.

Y allí estaba ya, emergiendo como un pato de plástico en una bañera. Ni rastro de él y, al momento, se deslizaba silenciosa y suavemente levantando pequeñas olas.

–¿No le hará daño ese pescado? – preguntó Foa.

Brunetti miró el agua de al lado de la lancha: gris, quieta, opaca.

–No más del que nos hace a nosotros, supongo -respondió.

Cuando Brunetti volvió a mirar, el pequeño pájaro negro había vuelto a sumergirse. Dejó a Foa observando, entró en el edificio y subió a su despacho.

Aquella mañana, al salir de casa, una de las preocupaciones de Brunetti era el inminente regreso del *vicequestore* Giuseppe Patta. Su superior inmediato llevaba ausente dos semanas, en una conferencia sobre cooperación internacional de la policía contra la Mafia, que se celebraba en Berlín. A pesar de que la invitación puntualizaba que los asistentes debían detentar el grado de comisario o equivalente, Patta decidió que era necesario que fuera él. En su ausencia, su secretaria, la *signorina* Elettra Zorzi, le llamaba a Berlín por lo menos dos veces al día, para pedirle instrucciones sobre los casos en curso, lo que sin duda

había amenizado su estancia en Berlín. Como Patta nunca llamaba a la *questura* durante sus viajes, no se enteró de que la *signorina* Elettra establecía el contacto telefónico desde un balneario de Abano Terme, donde seguía un tratamiento de dos semanas de sauna, lodo y masaje.

Ya en su despacho, después de repasar los papeles que encontró encima de la mesa, Brunetti abrió el periódico y leyó la primera plana. A continuación, pasó directamente a las páginas ocho y nueve, en las que podría encontrar el reconocimiento de la existencia de países que no fueran Italia. Elecciones amañadas en Asia Central, con doce muertos y el ejército en la calle; empresario ruso y dos guardaespaldas, muertos en una emboscada; desprendimientos de tierra en América del Sur, provocados por talas ilegales y lluvias torrenciales; temor de la inminente quiebra de Alitalia.

¿Ocurrían realmente estas cosas con tan desesperante regularidad, se preguntó Brunetti, o los periódicos, simplemente, las aireaban cuando el fin de semana no daba mucho de sí y no tenían sobre qué escribir, excepto deportes? Volvió otra página, pero no vio nada interesante. Quedaban Cultura, Espectáculos y Deportes, pero esta mañana no estaba de humor para esos temas.

Sonó el teléfono. Él contestó dando su apellido, y el agente de la puerta le dijo que un sacerdote deseaba verlo.

—¿Un sacerdote? — repitió Brunetti.

—Sí, comisario.

—¿Hará el favor de preguntarle cómo se llama?

—Por supuesto. — El agente tapó el micro y, al cabo de unos instantes, su voz volvió:— Dice que es el padre Antonin, *dottore*.

—Ah, que suba -dijo Brunetti-. Indíquele el camino. Yo lo esperaré en la escalera.

El padre Antonin, el sacerdote que había dado la última bendición al féretro de su madre, era amigo de Sergio, no suyo, y Brunetti no se explicaba qué podía traerlo a la *questura*.

Brunetti conocía a Antonin hacía décadas, desde que él y Sergio iban al colegio. Entonces Antonin Scallon era un bravucón que trataba de obligar a los otros chicos, sobre todo a los más pequeños, a obedecerle y llamarle jefe. Brunetti no comprendía cómo Sergio podía ser amigo de aquel chico, aunque observaba que Antonin nunca daba órdenes a Sergio.

En secundaria, los dos hermanos habían ido a escuelas diferentes, y Brunetti perdió de vista a Antonin. Años después, éste entró en el seminario y, cuando se ordenó, marchó a África, de misionero. Durante los años que Antonin pasó en un país cuyo nombre Brunetti nunca conseguía recordar, las únicas noticias que Sergio recibía de él eran las que daba una circular que llegaba poco antes de Navidad, en la que se exponía con entusiasmo la labor que desarrollaba la misión y que siempre terminaba pidiendo dinero. Brunetti no sabía si Sergio había respondido a la petición; él, por principio, nunca mandó nada.

De pronto, hacía unos cuatro años, Antonin estaba otra vez en Venecia, desempeñando las funciones de capellán en el Ospedale Civile y habitando en la casa madre de los dominicos, al lado de la Basílica. Sergio mencionó su regreso de pasada, como antes le enseñaba las cartas de África. Aparte de esto, la única vez que su hermano le habló de su antiguo amigo fue para preguntarle si tenía inconveniente en que el clérigo asistiera al entierro y diera su bendición, petición a la que Brunetti no habría podido negarse, ni de haberlo deseado.

Fue hasta la escalera. Antonin, vestido con ropa talar, enfilaba el último tramo. Mantenía la mirada en los pies y una mano en la barandilla. Desde arriba, Brunetti lo veía pobre de pelo y estrecho de hombros.

El sacerdote se paró unos peldaños más abajo, hizo dos inspiraciones profundas, levantó la cabeza y vio a Brunetti que lo observaba.

–*Ciao*, Guido -dijo sonriendo. Tenía la edad de Sergio, es decir, dos años más que Brunetti, pero quien viera juntos a los tres hombres pensaría que el eclesiástico era el tío de los otros dos. Estaba muy delgado, casi esquelético. Los pómulos se recortaban en su cara descarnada sobre dos oscuros triángulos de piel tirante.

El visitante se dio impulso asido al pasamanos, se miró los pies otra vez y siguió subiendo. Brunetti no pudo menos que observar cómo oprimía el pasamanos a cada peldaño que subía. Al llegar arriba, volvió a pararse y tendió la mano a Brunetti. No trató de abrazarlo ni de darle el ósculo de la paz, y Brunetti sintió alivio.

–No me acostumbro a las escaleras -dijo el recién llegado-. Estuve más de veinte años sin verlas y me había olvidado de ellas. Aún me resultan extrañas. Y agotadoras. – La voz era la misma, el acento conservaba el sonido sibilante propio del Véneto, pero había perdido la cadencia, que era lo que lo habría identificado inmediatamente. Al ver que su visitante no se movía, Brunetti comprendió que Antonin hablaba de la escalera para recobrar el aliento.

–¿Cuánto tiempo estuviste allí? – preguntó Brunetti, poniendo de su parte para alargar el momento.

–Veintidós años.

–¿Dónde estabas? – preguntó, antes de recordar que debería saberlo, aunque sólo fuera por las cartas que recibía Sergio.

–En el Congo. Es decir, cuando yo llegué se llamaba Zaire, pero después volvieron a llamarlo Congo. – Sonrió-. El mismo sitio, pero países diferentes. En cierto modo.

–Es interesante -dijo Brunetti en tono neutro. Sostuvo la puerta abierta para que entrara Antonin, la cerró y lo siguió, andando

despacio-. Siéntate -añadió, girando una de las sillas situadas delante de la mesa y poniendo la otra frente a ella, a distancia prudencial. Esperó para sentarse a que se hubiera acomodado su visitante-. Gracias por venir a dar la bendición.

-No es la mejor ocasión para volver a ver a los viejos amigos después de tanto tiempo -respondió el clérigo con una sonrisa.

¿Era esto un reproche porque ni él ni Sergio hubieran tratado de ponerse en contacto con él en los años transcurridos desde su regreso a Venecia?

-Yo visitaba a tu madre en la residencia -prosiguió Antonin-. Muchos de los que estaban allí habían pasado por el hospital -dijo refiriéndose al centro geriátrico privado, situado en las afueras de la ciudad, en el que la madre de Brunetti había vivido sus últimos años-. Es un buen sitio; las monjas son muy cariñosas. - Brunetti asintió con una sonrisa-. Siento no haber coincidido contigo o con Sergio. - El clérigo se puso en pie bruscamente, pero era sólo para levantarse el abrigo y echarlo hacia un lado; hecho esto, volvió a sentarse y continuó:- Las hermanas me decían que los dos ibais a menudo.

-No tanto como habríamos debido ir, supongo -dijo Brunetti.

-No creo que pueda hablarse de «deber» en estas circunstancias, Guido. Se va cuando se puede ir, y se va por amor.

-¿Sabía ella que íbamos? - preguntó Brunetti sin pensar.

Antonin se miró las manos enlazadas en el regazo.

-Creo que quizá sí se daba cuenta. Yo no sé lo que piensan ni lo que sienten esos ancianos. - Levantó las manos trazando en el aire el arco de una interrogación-. Creo que notan los sentimientos. Los perciben. Supongo que saben si la persona que está con ellos es cariñosa y que está allí porque los quiere o los aprecia. - Miró a Brunetti y volvió a mirarse las manos-. O los compadece.

Brunetti observó que las uñas de Antonin llegaban sólo hasta la mitad del lecho de la uña, y al principio pensó que debía de mordérselas, hábito insólito en un hombre de su edad. Pero luego vio que eran muy delgadas, escamosas, ligeramente cóncavas y con manchas, y pensó que su aspecto podía deberse a una enfermedad, quizá contraída en África. En tal caso, ¿por qué no se había curado?

–¿Captan todas esas cosas del mismo modo? – preguntó Brunetti.

–¿Te refieres a la compasión? – preguntó Antonin.

–Sí. Debe de ser diferente del amor y del aprecio, ¿no?

–Es posible -dijo el sacerdote, y sonrió-. Pero los que yo he visto están contentos de recibirla. A fin de cuentas, es mucho más de lo que tienen la mayoría de los ancianos. – Antonin había asido un pliegue de la sotana y lo pellizcaba distraídamente con los dedos de la otra mano, marcando un borde largo y vivo. Lo soltó, miró a Brunetti y dijo:- Vuestra madre tuvo la suerte de que tantas personas fueran a verla con cariño y con aprecio.

Brunetti, por toda respuesta, se encogió de hombros. Hacía años que a su madre se le había acabado la suerte.

–¿Por qué has venido? – preguntó Brunetti y, al percibir la brusquedad de la pregunta, añadió:- Antonin.

–Es una de mis feligresas -dijo el sacerdote e inmediatamente rectificó:- Es decir, lo sería si yo tuviera parroquia. Es hija de uno de los hombres a los que visito en el hospital. De eso la conozco. Su padre lleva allí varios meses.

Brunetti asintió pero no hizo comentarios, táctica habitual en él para inducir a la gente a seguir hablando.

–En realidad, se trata del hijo de la mujer -dijo el sacerdote mirándose el regazo.

Como Brunetti ignoraba la edad del enfermo y la de su hija, no podía adivinar la del hijo de la mujer, por lo que no podía prever la índole del problema, pero el hecho de que Antonin hubiera venido a hablarle de él indicaba que se trataba de algo que no estaba en consonancia con la ley.

–Su madre está muy preocupada -prosiguió Antonin.

Las causas que podían preocupar a una madre eran múltiples, bien lo sabía Brunetti: su propia madre se había preocupado por él y por Sergio, y Paola se preocupaba por Raffi, aunque él sabía que Paola no tenía el motivo de preocupación de la mayoría de las madres: la droga. Era una suerte vivir en una ciudad en la que la población de jóvenes era escasa, pensó Brunetti, no por primera vez. Ya que tenían que vivir en un mundo regido por el capitalismo, había que dar gracias a Dios por este fortuito efecto secundario: con una clientela potencial tan pequeña, pocos serían los que estuvieran dispuestos a incurrir en las molestias y los gastos de comercializar drogas en Venecia.

Ante el persistente silencio de Brunetti, Antonin preguntó:

–¿Te molesta que te consulte sobre esto, Guido?

Brunetti sonrió.

–Aún no sé cuál es la consulta, Antonin, por lo que no puede molestarme.

En un primer momento el sacerdote pareció sorprendido por la respuesta, pero enseguida asomó a sus labios una amplia sonrisa que casi consiguió imprimir en su cara un aire de turbación.

–*Già, già*. Se hace difícil hablar de eso. – Hizo una pausa y añadió:- Será que he perdido la costumbre de tratar de los asuntos de la opulencia.

–Me parece que no entiendo lo que quieres decir. – La frase encerraba una pregunta.

–Donde yo estaba, en el Congo, la gente tenía otros problemas: las enfermedades, la pobreza, el hambre, o los soldados que venían a llevarse todo lo que tenían y, a veces, a sus hijos. – El sacerdote miró a Brunetti, para comprobar si le seguía-. Por eso he perdido la habilidad de atender a problemas que no son de supervivencia, problemas de riqueza, no de pobreza.

–¿Lo echas de menos? – preguntó Brunetti.

–¿Qué? ¿África?

Brunetti asintió.

Antonin trazó un arco en el aire con las manos.

–Es difícil decirlo. Echo de menos una parte: la gente, la inmensidad del lugar, la sensación de estar haciendo algo importante.

–Pero regresaste -observó Brunetti, afirmando, no preguntando.

Antonin lo miró a los ojos y dijo:

–No tuve más remedio.

–¿La salud? – preguntó Brunetti, observando su rostro demacrado y recordando la fatiga con que lo había visto subir la escalera.

–Sí -dijo el sacerdote, y añadió-: En parte.

–¿Y la otra parte? – preguntó Brunetti, porque comprendía que habían llegado a un punto en el que se esperaba de él que lo preguntara.

–Problemas con mis superiores -respondió el sacerdote.

A Brunetti no le interesaban demasiado los problemas de este hombre con sus superiores, pero, al recordar las ansias de mando del joven Antonin, tampoco lo sorprendían.

–Regresaste hace cuatro años, ¿verdad?

–Sí.

–¿Fue cuando empezó la guerra?

Antonin movió la cabeza negativamente.

–En el Congo siempre hay guerra. Por lo menos, donde estaba yo.

–¿Guerra por qué causa?

Antonin lo sorprendió con la pregunta:

–¿De verdad te interesa, Guido, o preguntas por cortesía?

–Me interesa.

–Bien. La guerra, aunque siempre hay más de una, consiste en muchas miniguerras o saqueos. Siempre se trata de arrebatar a otro algo que él posee y que tú desees. Una vez has reunido suficientes hombres con las armas correspondientes, te parece que puedes ir a quitar lo que desees a los hombres que lo defienden con sus armas. Y entonces empieza un combate, o una batalla, o una guerra, y al final los hombres que conservan más armas o más hombres se quedan con las cosas que los dos bandos querían.

–¿Qué cosas?

–Cobre, diamantes. Otros minerales. Mujeres. Animales. Depende. – Antonin miró a Brunetti y prosiguió:- Te pondré un ejemplo. En el Congo se encuentra un mineral que es necesario para fabricar los chips de los *telefonini*. Ya puedes imaginar lo que harán los hombres para conseguirlo.

–No -dijo Brunetti moviendo la cabeza ligeramente de derecha a izquierda-. No creo poder imaginarlo.

Antonin guardó silencio un momento y dijo:

–No; supongo que no puedes, Guido. No creo que la gente que tiene leyes y policías y coches y casas pueda hacerse una idea de lo que es vivir sin ley. – Y, antes de que Brunetti pudiera decirlo, el sacerdote admitió-: Ya sé, ya sé, aquí la gente habla de la Mafia, que hace lo que quiere, pero por lo menos hay unos límites..., bueno, una especie de límites, para lo que se les consiente que hagan y dónde. Quizá, para hacerte una idea de lo que es aquello, podrías imaginar lo que sería esto si todo el poder estuviera en manos de la Mafia, si no hubiera Gobierno, ni policía, ni ejército, nada más que bandas de matones que piensan que tener un arma les da derecho a apoderarse de lo que quieran o de quien quieran.

–¿Y así vivías? – preguntó Brunetti.

–Al principio, no; pero al final las cosas habían empeorado. Antes teníamos cierta protección. Y luego, durante un año, poco más o menos, las fuerzas de la ONU estaban por allí y mantenían un orden relativo. Pero se fueron.

–¿Y entonces te fuiste tú?

El sacerdote hizo una profunda inspiración, como si hubiera recibido un puñetazo.

–Sí; entonces yo me fui -dijo-. Y ahora tengo que ocuparme de los problemas de la opulencia.

–Lo dices como si no te gustara -observó Brunetti.

–No se trata de si me gusta o no me gusta, Guido. Se trata de ver la diferencia e intentar convencerte a ti mismo de que los efectos en las personas son los mismos y que los ricos que están bien atendidos y protegidos sufren tanto como esos infelices que no tienen nada y hasta ese nada les arrebatan.

–¿Pero no llegas a convencerte?

Antonin sonrió y se encogió de hombros con gesto elegante.

–La fe todo lo puede, hijo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 4

Con la fe o sin la fe, Brunetti pensó de pronto que seguía sin saber qué había traído a este eclesiástico a su despacho. Sabía, sí, que el otro había conseguido que lo mirase con buenos ojos por lo que le había contado de las desgracias de los congoleños. Pero a esos desgraciados los compadecerían hasta las piedras. Por otra parte, Antonin despertaba la curiosidad de Brunetti, un hombre que parecía creer que daba prueba de una sensibilidad extraordinaria al decir estas cosas.

Brunetti no respondió. El sacerdote permaneció quieto y callado, pensando, quizá, que su última frase -que a oídos de Brunetti sonaba a tópico piadoso de lo más sobado- era tan profunda que merecía sólo una muda felicitación.

Brunetti dejó que el silencio se dilatara. Él no tenía nada que pedir a este eclesiástico, y lo dejó reposar. Finalmente, Antonin habló:

–Como te decía, me gustaría hablar contigo del hijo de esa mujer.

–Te escucho -dijo Brunetti en tono neutro y, en vista de que Antonin no continuaba, preguntó-: ¿Qué ha hecho?

El sacerdote frunció los labios y meneó la cabeza, como si Brunetti le hubiera hecho una pregunta muy difícil, imposible de responder. Al fin dijo:

–No es que haya hecho algo. Es lo que piensa hacer.

Brunetti empezó a considerar posibilidades: el joven -supuso que era un joven- podía estar planeando cometer un delito. O andaba con malas compañías. Quizá estaba enganchado a la droga o involucrado en el narcotráfico.

–¿Qué es lo que piensa hacer? – preguntó Brunetti al fin.

–Vender su apartamento.

Brunetti sabía que sus conciudadanos estaban muy apegados a la propiedad, pero no creía que vender una casa se considerase un crimen. Es decir, a no ser que la casa no fuera tuya.

Decidió puntualizar, o los circunloquios podían prolongarse más de lo que soportaría su paciencia.

—Antes de seguir adelante, ¿puedes decirme si esta venta o algo que esté relacionado con ella es ilegal?

Antonin reflexionó antes de contestar.

—En rigor, no.

—No sé qué significa eso.

—Por supuesto. El apartamento es suyo; legalmente, tiene derecho a venderlo.

—¿Legalmente? — preguntó Brunetti, captando el énfasis que el cura había dado a la palabra.

—Hace ocho años, a los veinte, ese muchacho heredó el apartamento de un tío suyo. Ahora vive allí con su compañera y la hija de ambos.

—¿El apartamento es de él o de los dos?

—De él. Ella vive allí desde hace seis años, pero el apartamento está a nombre de él.

—¿Y no están casados? — Brunetti lo daba por descontado, pero creyó oportuno puntualizar.

—No.

—¿Ella está empadronada en la dirección en que residen?

—No -respondió Antonin mal de su grado.

–¿Por qué?

–Es complicado -dijo el sacerdote, como si fuera suficiente explicación.

–La mayoría de las cosas lo son. ¿Por qué no?

–Verás. El apartamento en el que ella vivía con sus padres es de la obra benéfica de la IRE, y cuando los padres se trasladaron a Brescia ella fue autorizada a permanecer en él porque estaba en el paro y era madre soltera.

–¿Cuánto hace que se fueron sus padres?

–Dos años.

–¿Cuando ella ya vivía con ese chico?

–Sí.

–Comprendo -dijo Brunetti neutralmente. Las casas y apartamentos propiedad de la IRE y administrados por ella debían ser alquilados a los residentes de Venecia más necesitados de ayuda económica, pero, con los años, muchos de los inquilinos de esos inmuebles habían resultado ser abogados, arquitectos, funcionarios de la administración municipal o personas allegadas a empleados de la propia entidad benéfica. Y, más aún, muchos de los beneficiarios de estas viviendas, por las que pagaban alquileres irrisorios, se las ingeniaban para subarrendarlas con cuantiosos beneficios-. Así que ella no vive allí.

–No -respondió el sacerdote.

–¿Quién vive entonces?

–Unos conocidos de la muchacha -respondió Antonin.

–¿Pero el contrato está a nombre de ella?

–Creo que sí.

–¿Lo crees o lo sabes? – preguntó Brunetti suavemente.

Antonin, sin disimular la irritación dijo:

–Son amigos y necesitan un sitio donde vivir.

Brunetti se abstuvo de comentar que, si bien esta necesidad era común a la mayoría de las personas, no se cubría, generalmente, con un apartamento de la IRE, y optó por preguntar, sin más:

–¿Pagan alquiler?

–Creo que sí.

Brunetti aspiró profundamente, procurando que se notara. Y el cura agregó enseguida:

–Sí.

Lo que la gente pudiera ganar a expensas de la ciudad no era asunto suyo, pero siempre era útil saber cómo lo hacían.

Antonin dijo entonces, como si intuyera una tregua:

–Pero ése no es el problema. Como te he dicho, el chico quiere vender su apartamento.

–¿Por qué?

–Ahí está. Quiere venderlo para dar el dinero.

–¿A quién? – preguntó Brunetti, pensando en usureros y deudas de juego.

**–A un charlatán de Umbria que lo ha convencido de que es su padre.
– Brunetti iba a preguntar si existía alguna razón por la que el chico**

tuviera que creer esto cuando el sacerdote agregó:- Es decir, su padre espiritual.

Brunetti vivía con una mujer cuya arma principal era la ironía y, si la provocabas, el sarcasmo; con los años, él había observado en sí mismo la tendencia a surtirle del mismo arsenal. Por lo tanto, tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y limitarse a preguntar:

–¿Ese hombre es sacerdote?

Antonin desechó la pregunta con un ademán.

–No lo sé, aunque se hace pasar por tal. Pero estoy seguro de que es un estafador que ha convencido a Roberto de que tiene línea directa con el cielo.

Si alguna especie de Convención de Ginebra regía esta conversación, Brunetti la respetó a rajatabla al no señalar que también muchos de los colegas de Antonin pretendían controlar esa misma línea. Brunetti se recostó en el respaldo de la silla y puso una pierna encima de la otra. La escena tenía un aire surreal, y él poseía un sentido del absurdo lo bastante agudo como para apreciarlo. El sismógrafo moral del sacerdote podía no reaccionar ante un fraude cometido contra la ciudad, pero era muy sensible a la idea de que una suma de dinero fuera a parar a un sistema de creencias distinto del suyo. Brunetti deseaba inclinarse hacia adelante y preguntar al sacerdote cómo podía una persona distinguir la fe verdadera de la falsa, pero creyó más prudente esperar a oír lo que tenía que decir Antonin. Se esforzaba por mantener una expresión inocua y creía conseguirlo.

–Él lo conoció hará un año -prosiguió Antonin, dejando que Brunetti adivinara a quién se refería cada pronombre-. Él, Roberto, el hijo de mi amiga Patrizia, ya andaba mezclado con uno de esos grupos de catecúmenos.

–¿Como el de Santi Apostoli? – preguntó Brunetti sin inflexión en la voz, aludiendo a una iglesia en la que se reunía un grupo de cristianos

un tanto despendolado. Brunetti, que a veces, al pasar por delante, oía cómo sonaban sus funciones vespertinas, no encontraba mejor adjetivo.

–No es ese grupo, pero también es de la ciudad -dijo Antonin.

–¿Estaba en él ese otro hombre?

–Eso no lo sé -respondió Antonin rápidamente, como si ése fuera un detalle sin importancia-. Pero me consta que, al mes de conocerlo, Roberto ya le daba dinero.

–¿Puedes decirme cómo te has enterado? – preguntó Brunetti.

–Me lo dijo Patrizia.

–¿Y ella cómo lo sabe?

–Por Emanuela, la compañera del hijo.

–¿Y ella lo supo porque notó un descenso en las finanzas de la familia? – inquirió Brunetti, que se preguntaba por qué este hombre no iba al grano y le explicaba de una vez lo que pasaba. ¿Por qué esperaba a que se lo fuera sacando poco a poco, en un interrogatorio lento y laborioso? Brunetti recordó entonces la última vez que se confesó, a los doce años. Mientras enumeraba al sacerdote sus míseros pecados de niño, iba notando un creciente interés en la voz del cura, que le pedía detalles de lo que había hecho y de lo que había sentido al hacerlo. Y un atávico instinto de la presencia de algo malsano y peligroso indujo a Brunetti a excusarse y abandonar el confesionario para no volver.

Y aquí estaba ahora, décadas después, en una parodia de aquella escena, aunque esta vez quien hacía las insistentes preguntas era él. El recuerdo le llevó a considerar el concepto de pecado, que inducía a la gente a dividir las acciones en buenas o malas, justas o injustas, obligándola a vivir en un universo negro y blanco.

Él no había querido dar a sus hijos una lista de los pecados que había que evitar automáticamente ni reglas incuestionables sino que había tratado de explicarles que hay acciones que producen el bien y otras el mal, aunque más de una vez había lamentado no haber elegido la otra opción que tiene una respuesta fácil para cada pregunta.

–Ya la ha puesto a la venta. Quiere dar el dinero a la comunidad e irse a vivir con ellos.

–Sí, eso lo entiendo -mintió Brunetti-. Pero ¿cuándo? ¿Y qué hará esa muchacha, Emanuela? ¿Y la hija?

–Patrizia dice que pueden ir a vivir con ella. Tiene un apartamento, pero es pequeño, sólo dos dormitorios, y para cuatro personas no es suficiente, por lo menos, a largo plazo.

–¿No puede ir a vivir a otro sitio? – preguntó Brunetti, pensando en el apartamento de la IRE, cuyo contrato estaba a nombre de la tal Emanuela.

–No sin crear graves problemas -dijo el sacerdote, sin más explicación.

Brunetti dedujo que los inquilinos del apartamento tendrían alguna especie de contrato por escrito o eran la clase de gente que te crea problemas si les pides que se vayan.

Brunetti esbozó su sonrisa más amistosa para preguntar en tono alentador:

–Dices que el padre de Patrizia está en el hospital del que eres capellán. – Cuando Antonin asintió, el comisario prosiguió:-: ¿No podrían vivir en casa de él? Al fin y al cabo, es el abuelo de la pequeña - dijo Brunetti, como si el parentesco hiciera inevitable el ofrecimiento.

Antonin movió la cabeza negativamente, sin más explicación, con lo que obligó a Brunetti a preguntar:

–¿Por qué no?

–Él volvió a casarse cuando murió su mujer, la madre de Patrizia, y ella... nunca se ha llevado bien con la madrastra.

–Comprendo -murmuró Brunetti.

A su modo de ver, era un caso relativamente corriente: una familia estaba a punto de perder su casa y tenía que buscar donde vivir. Brunetti veía en esto el problema principal: una niña y su madre, amenazadas de quedarse sin techo, un apartamento que tenían que abandonar y un apartamento al que no podían volver. Lo más urgente era encontrar vivienda para ellas, pero esto no parecía preocupar a Antonin o, si acaso, sólo porque tenía relación con la venta de la vivienda del chico.

–¿Dónde está el apartamento que heredó ese muchacho?

–En *campo* Santa Maria Mater Domini. Al bajar del puente lo tienes enfrente. Ultimo piso.

–¿Es grande?

–¿Por qué quieres saberlo? – preguntó el sacerdote.

–¿Es grande?

–Unos doscientos cincuenta metros cuadrados.

Según el estado de la finca, las condiciones del tejado, el número de ventanas, las vistas y la fecha de la última restauración, el apartamento podía valer una fortuna, como también podía ser un agujero necesitado de costosas obras. Y aun así, valer una fortuna.

–No tengo ni idea de lo que pueda valer -dijo Antonin después de una larga pausa.

Brunetti asintió, aparentemente convencido y comprensivo, aunque el descubrimiento de un veneciano que ignorase el valor de un inmueble era un fenómeno inaudito digno de aparecer en las páginas de *Il Gazzettino*.

–¿Tienes idea de cuánto dinero ha dado ya a ese hombre? – preguntó Brunetti.

–No -respondió el sacerdote al instante, y agregó-: Patrizia no ha querido decírmelo. Supongo que le hace sentirse violenta.

–Comprendo -dijo Brunetti. Y, tratando de imprimir en su voz un acento solemne, prosiguió-: Mal asunto. Mal asunto para todos ellos. – El sacerdote marcó otros dos pliegues en la tela de la sotana-. ¿Qué quieres que haga yo, Antonin?

Sin levantar la mirada, el sacerdote respondió:

–Que veas qué puedes averiguar de este hombre.

–¿El de Umbria?

–Sí. Sólo que no sé si es de allí.

–¿De dónde crees que es entonces?

–Del sur. Quizá de Calabria. O de Sicilia.

–Hmmm, hmmm -fue todo lo que Brunetti quiso aventurar.

El sacerdote lo miró, dejando caer la tela en el regazo.

–No es que yo reconozca los acentos ni los dialectos de allí, pero habla como los actores de las películas que son *meridionali* o hacen el papel de la gente de allí. – Buscó una explicación más adecuada-. He estado tanto tiempo fuera del país que quizá ya no pueda distinguirlos. Pero tiene ese acento, aunque sólo a veces. Casi siempre, habla el italiano

corriente. – Rió entre dientes y agregó, en tono de disculpa:- Probablemente, mejor que yo.

–¿Cuándo has tenido ocasión de escucharle? – preguntó Brunetti, procurando formular la pregunta del modo más inocente posible.

–Asistí a una de sus reuniones. Se celebraba en el apartamento de una mujer que se ha unido a ellos con toda su familia. Está cerca de San Giacomo dell'Orio. Empezó a las siete. Iba entrando gente. Todos parecían conocerse. Y luego llegó el líder, ese hombre, que los saluda a todos.

–¿Estaba el hijo de tu amiga?

–Sí. Por supuesto.

–¿Fuiste con él?

–No -respondió Antonin, visiblemente sorprendido por la pregunta-. Él entonces no me conocía. – Antonin se interrumpió un momento antes de añadir:- Yo no llevaba sotana.

–¿Cuánto hace de eso?

–Unos tres meses.

–¿No se habló de dinero?

–No. Aquella noche, no.

–¿Y en otra ocasión?

–La vez siguiente -empezó Antonin, olvidando sin duda haber dicho que sólo había asistido a una reunión-. Él, el tal hermano Leonardo, habló de la necesidad de ayudar a los menos favorecidos miembros de la comunidad. Así los llamó, «menos favorecidos», como si decir pobres fuera una ofensa. Los asistentes ya debían de ir preparados, porque

algunos llevaban sobres y, cuando él dijo eso, los sacaron y se los pasaron.

–¿Cómo se comportaba él a todo esto? – preguntó Brunetti, ya movido por una auténtica curiosidad que empezaba a despertarse en él.

–Pareció sorprendido, aunque no sé por qué tenía que estarlo.

–¿Ocurre lo mismo en todas las reuniones? – preguntó Brunetti.

Antonin levantó una mano.

–Sólo fui a una más, y ocurrió lo mismo.

–Ya entiendo -musitó Brunetti, que entonces preguntó-: ¿El hijo de tu amiga aún va a esas reuniones?

–Sí. Patrizia no hace más que lamentarse de ello.

Haciendo caso omiso del tono de acusación, Brunetti preguntó:

–¿Puedes decirme algo más de ese hermano Leonardo?

–Tiene un apodo, Mutti, y la casa madre, si así se llama y suponiendo que exista, está en Umbria.

–¿Sabes si tienen alguna conexión con la Iglesia?

–¿Te refieres a la Iglesia católica?

–Sí.

–No, ninguna. – Ante tan categórica respuesta, Brunetti no insistió. Dejó pasar unos momentos y preguntó-: Concretamente, ¿qué quieres que haga?

–Deseo saber quién es este hombre y si es realmente un monje, un fraile o lo que sea que dice ser.

Aunque lo disimuló, a Brunetti no dejó de sorprenderle que el sacerdote quisiera delegar esta investigación en un tercero, porque ¿acaso no sería más fácil para una persona, digamos, del gremio?

–¿Tienen nombre?

–Hijos de Jesucristo.

–¿En qué sitio de San Giacomo se reúnen exactamente?

–¿Conoces el restaurante que está a la derecha de la iglesia?

–¿El que tiene mesas fuera?

–Sí. Al lado del restaurante hay una calleja. Primera puerta a la izquierda. El nombre que está al lado del timbre es Sambo.

Brunetti lo anotó en el reverso de un sobre. Se sentía en deuda con este hombre, que había echado agua bendita sobre el féretro de su madre y la había visitado en los últimos días de su vida.

–Veré qué se puede hacer -dijo poniéndose en pie.

El sacerdote lo imitó y le tendió la mano.

Brunetti la estrechó, pero al recordar las uñas de su visitante se alegró de que el saludo fuera rápido y somero. Acompañó al sacerdote hasta la puerta y se quedó en lo alto de la escalera mientras el otro bajaba y desaparecía de su vista.

CAPÍTULO 5

Brunetti volvió a su despacho, pero, en lugar de sentarse a la mesa, se acercó a la ventana. Al cabo de unos instantes, el clérigo apareció dos pisos más abajo, al pie del puente que conducía a *campo* San Lorenzo. Era fácil reconocerlo, incluso con este ángulo tan agudo, por la sotana. Brunetti lo vio subir lentamente la escalera del puente, sosteniéndose la sotana con las dos manos, y entonces el comisario se acordó de su abuela, que así se recogía el largo delantal que solía llevar. Al llegar a lo alto del puente, el sacerdote dejó caer la tela, apoyó una mano en el pretil y se quedó quieto un momento.

En el puente se habría condensado la humedad que estaría empapándole el bajo de la sotana. Mientras lo veía bajar por el otro lado del puente y entrar en el campo, a Brunetti le vino a la memoria una observación que había hecho Paola, después de un viaje en tren de Padua a Venecia, en el que se habían sentado frente a un *mullah* de larga túnica que durante todo el trayecto había estado muy ocupado pasando las cuentas de su rosario. Sus ropas estaban más blancas que la camisa de cualquier ejecutivo que Brunetti hubiera visto en su vida, y hasta la *signorina* Elettra habría envidiado la perfección de los pliegues de su sotana.

Cuando bajaban la escalera de la estación, mientras el *mullah* se alejaba hacia la izquierda caminando con elegancia, Paola dijo:

–Si ése no tuviera a una mujer que le cuidara la ropa, probablemente tendría que ponerse a trabajar para ganarse la vida.

En respuesta a la observación de Brunetti de que demostraba falta de sensibilidad multicultural, ella dijo que la mitad de los problemas y la mayor parte de la violencia del mundo se eliminarían si los hombres tuvieran que plancharse ellos la ropa.

–... frase que utilizo como síntesis de las tareas domésticas en general, que quede claro -agregó rápidamente.

¿Y quién podría no estar de acuerdo con Paola?, pensaba Brunetti. Él, al igual que la mayoría de los varones italianos, nunca había tenido que ocuparse de los trabajos de la casa, gracias a la incesante actividad de su madre, telón de fondo de su infancia, que veías todos los días, pero en el que nunca reparabas. Hasta que hizo el servicio militar, Brunetti no se enfrentó a la realidad de que ni la cama se hace sola cada mañana, ni el cuarto de baño se limpia solo. Después tuvo la buena fortuna de casarse con una mujer dotada de lo que ella llamaba «sentido de la equidad» que reconocía que, con una docencia que no le ocupaba más que unas cuantas horas a la semana, bien podía dedicar tiempo a la casa, aparte de pagar a una limpiadora para que hiciera lo que a ella menos le gustaba.

Brunetti se obligó a salir de su abstracción y, cuando la figura del sacerdote desapareció entre las casas del otro lado, volvió a su mesa. Miró el papel que estaba encima del montón, pero su mirada no tardó en vagar como las nubes que se veían sobre la iglesia de San Lorenzo. ¿Quién sabría algo de este grupo y de Leonardo Mutti, su líder? Repasó mentalmente el personal de la *questura*, en busca de alguien que tuviera convicciones religiosas, pero le repugnaba inducir a alguien a hacer algo que, en realidad, sería una traición. Trató de recordar a algún conocido al que pudiera considerarse creyente o que tuviera algo que ver con la Iglesia, pero no se le ocurría nadie. ¿Podía esto interpretarse como resultado de su propia falta de fe, o como señal de su intolerancia hacia los creyentes?

Marcó el número de su casa.

–Pronto -contestó Paola a la cuarta señal.

–¿Conocemos a alguien que sea religioso?

–¿Que forme parte de la empresa o simple creyente?

–Da lo mismo.

–Conozco a varios de la empresa, pero dudo de que quieran hablar con alguien como tú -dijo ella, siempre indiferente a su susceptibilidad-. Si te vale un simple creyente, prueba con mi madre.

Los padres de Paola estaban en Hong Kong cuando murió la madre de Brunetti; él y Paola, de común acuerdo, decidieron no informarles, para no hacerles interrumpir lo que pasaba por ser un viaje de vacaciones. No obstante, los Falier se enteraron del fallecimiento de la *signora* Brunetti pero no pudieron llegar hasta el día siguiente al entierro; Brunetti los había visto y agradeció la sinceridad del pésame y el afecto con que le fue expresado.

–Claro -dijo Brunetti-. Se me había olvidado.

–Me parece que también a ella se le olvida, a veces -dijo Paola, y colgó el teléfono.

Brunetti marcó de memoria el número de casa de los condes Falier y habló con uno de los secretarios. Al cabo de unos minutos, oyó la voz de la condesa:

–Me alegra oírte, Guido. ¿En qué puedo ayudarte?

¿Acaso todos los de la familia estaban convencidos de que él no podía llamarles más que para asuntos de la policía? Sintió la tentación de mentirle diciendo que llamaba sólo para saludarla e interesarse por cómo estaban superando el *jet lag*, pero temió que ella no se dejara engañar, y contestó:

–Me gustaría hablar contigo.

Tras años de vacilación, Brunetti se había decidido por fin a tutear a sus suegros, pero aún no se acostumbraba. Le resultaba menos difícil con la *contessa*, lo que reflejaba la mayor soltura de su trato con ella en general.

–¿Hablar de qué, Guido? – preguntó ella con interés.

–De religión -respondió Brunetti, esperando sorprenderla.

La respuesta tardó en llegar, pero fue dada con absoluta naturalidad.

–Vaya. Sí que es curioso, viniendo de ti. – Y, después, silencio.

–Es algo relacionado con una investigación -se apresuró a aclarar él, aunque no era estrictamente verdad.

–¡Eso no tienes que jurármelo, Guido! – rió ella. Su voz se apagó un momento, como si hubiera tapado el micrófono con la mano-. Ahora tengo una visita, pero estaré disponible dentro de una hora, si te parece bien.

–Por supuesto -dijo él, alegrándose de la oportunidad de salir del despacho-. Ahí estaré.

–Perfecto -dijo ella con lo que parecía sincero agrado, y colgó.

Él habría podido quedarse a mirar papeles, abrir carpetas, poner la contraseña, en suma, despachar los documentos que fluían de un lado de la mesa al otro en una corriente que fluctuaba con las mareas del crimen. Pero no se quedó sino que salió del despacho y se encaminó hacia Riva degli Schiavoni, donde emergió a una apoteosis de gloria.

Pasaba un ferry, y Brunetti contempló los camiones que transportaba, sin que le extrañase ni lo más mínimo que camiones cargados de verduras congeladas, agua mineral y hasta queso y leche, tuvieran que hacer su ruta de reparto a bordo de un ferry.

Un rebaño de turistas que bajaba por la escalinata de la iglesia lo rodeó un momento, hasta que la corriente de la cultura los arrastró hacia el Museo Naval y el Arsenal. Brunetti, que se había parado en medio de la avalancha, siguió su estela unos metros y luego enderezó sus pasos hacia la Basílica.

A su izquierda vio un montante metálico utilizado por las embarcaciones de los ricos que podían pagar la tarifa de amarre, que tapaba las vistas a San Giorgio a los habitantes de los bajos de las casas de su derecha. Como no había barcos amarrados, Brunetti se sentó en el montante a contemplar la iglesia, el ángel y las cúpulas que se perfilaban al otro lado del canal de la Giudecca. Echó el cuerpo hacia atrás, doblando los dedos en torno al canto metálico, gratamente caliente al tacto, observó cómo la punta de la Salute dividía los dos canales y se quedó mirando los barcos que entraban y salían.

Su pantalón gris oscuro absorbía los ayes del sol y sintió calor en los muslos. Bruscamente, se puso en pie y se sacudió el calor con la mano antes de seguir hacia la Piazza.

Entró en el Florian y pidió un café en la barra del fondo, saludando con un movimiento de la cabeza a uno de los camareros al que conocía no sabía de qué. Eran más de las once, por lo que habría podido tomar *un'ombra*, pero le pareció más correcto presentarse en el *palazzo* oliendo a café que a vino. Pagó y, en el umbral, se detuvo un momento, preparándose para zambullirse en el mar de turistas. Pensó en la corriente del Golfo y en las frecuentes advertencias de su hija de que podía estar deteniéndose. Aparte del culto que Paola rendía a Henry James, erigido en dios tutelar, el interés de Chiara por la ecología era lo más parecido a una religión que se daba en la familia.

A veces, Brunetti se sentía alarmado por la ecuanimidad del mundo ante las crecientes pruebas del calentamiento global y sus posibles consecuencias. Después de todo, Paola y él habían conocido una buena época, pero si era cierto aunque sólo fuera una parte de lo que leía Chiara, ¿qué futuro aguardaba a sus hijos? ¿Qué futuro les aguardaba a todos? ¿Y por qué eran tan pocos los que se preocupaban por las malas noticias que se acumulaban día tras día? Pero entonces volvió la cara hacia la derecha, y la fachada de la Basílica, disipó estos pensamientos.

En Vallaresso tomó el Uno hasta Ca'Rezzonico y bajó andando hasta *campo* San Barnaba. En el paseo había consumido la hora. Pulsó el timbre situado al lado del *portone* y no tardó en oír pasos que se acercaban por el patio. La enorme puerta se abrió y él cruzó el umbral, sabiendo que allí encontraría a Luciana, que ya estaba en casa de los Falier antes de que él los conociera. ¿Podía haberse encogido tanto esta mujer desde la última vez, cuánto haría, un año, que la había visto? Le pareció que hoy tenía que agacharse un poco más para darle un beso en cada mejilla.

Él le sostenía la mano mientras ella le hacía las preguntas de ritual acerca de los niños, a las que él daba las mismas respuestas que había dado desde que nacieron: comían bien, estudiaban, estaban contentos, crecían. Brunetti se preguntaba qué sabría Luciana del calentamiento global y en qué medida le importaría.

–La *contessa* lo espera –dijo Luciana, haciendo que sus palabras sonaran como si la *contessa* estuviera esperando la Navidad. Pero enseguida volvió a las cosas realmente importantes: ¿Seguro que los dos comen lo suficiente?

–Luciana, si comieran más de lo que comen, tendría que pedir una hipoteca sobre el apartamento y Paola tendría que dar clases particulares –dijo Brunetti, empezando una exagerada lista de lo que los chicos podían comer en un día. Ella se reía, tapándose la boca con una mano para amortiguar la carcajada.

Sin dejar de reír, la mujer lo guió por el patio y la escalera del *palazzo*, mientras Brunetti prolongaba la lista hasta que llegaron al corredor que conducía al estudio de la *contessa*. Allí la mujer se paró diciendo:

–Tengo que volver a ocuparme del almuerzo. Pero he querido verlo para asegurarme de que están bien. – Le dio una palmada en el brazo y se alejó hacia la cocina, situada en la parte de atrás del *palazzo*.

A Brunetti siempre le llevaba mucho tiempo recorrer este pasillo, a causa de los grabados de los *Desastres de la Guerra* de Goya. Aquí, el

hombre, recién fusilado, todavía atado al poste; los niños, con cara de horror; los curas, como buitres preparados para alzar el vuelo, con sus cuellos largos y desguarnecidos. ¿Cómo cosas tan horribles podían ser tan bellas?

Llamó a la puerta y oyó pasos que se acercaban. Nuevamente, Brunetti tuvo la sensación de que se hallaba frente a una mujer que se había encogido de la noche a la mañana.

Se besaron. Brunetti no debía de haber disimulado la sorpresa, porque ella dijo:

–Es que llevo zapatos planos, Guido. No hay que preocuparse porque me haya convertido en una anciana menudita. Es decir, más menudita.

Él le miró los pies y vio que la *contessa* calzaba lo que a simple vista parecían unas bambas, pero de las que se venden en Via XXII Marzo, con franjas plateadas iridiscentes a los lados. Encima de las bambas llevaba lo que parecía un pantalón vaquero de seda negra, y un jersey rojo.

Sin darle tiempo a preguntar, ella explicó:

–Hice un estiramiento en mi clase de yoga que, por lo visto, no estaba dentro de mis posibilidades y, al parecer, se me ha inflamado un tendón. Así que, durante una semana, calzado infantil y nada de yoga. – Sonrió con aire de complicidad y añadió:– Te confesaré que casi me alegro de poder descansar de tanta concentración y energía positiva. A veces es tan fatigoso que no veo el momento de llegar a casa y sentarme a tomar una taza de té. Sin duda, el yoga es muy bueno para el espíritu, pero sería mucho más cómodo quedarme sentadita leyendo a santa Teresa de Ávila, ¿no te parece?

–Nada serio, ¿verdad? – preguntó Brunetti señalando al pie con un movimiento de la barbilla, eludiendo por el momento hablar del espíritu de su madre política.

–No, ni mucho menos, pero gracias por el interés, Guido -dijo ella, conduciéndolo al tresillo situado de cara al Gran Canal. No cojeaba, sólo andaba más despacio de lo habitual en ella. Vista de espaldas, a pesar de su cabello plateado, tenía la silueta e irradiaba la energía de una mujer mucho más joven. Que Brunetti supiera, la *contessa* nunca se había hecho cirugía estética o, si acaso, habría sido la mejor que existe, porque las pequeñas arrugas que le rodeaban los ojos imprimían carácter, no años, en su cara.

–¿Quieres tomar algo? ¿Café? – preguntó ella antes de que se sentaran.

–No, muchas gracias. Nada.

Ella no insistió. Dio una palmada en el sofá, donde a él le gustaba sentarse, para disfrutar de las vistas, y ella ocupó una de las butacas de altos brazos, entre los que su cuerpo casi desapareció.

–¿Querías hablar de religión?

–Sí -respondió Brunetti-. En cierto modo.

–¿Qué modo?

–Esta mañana he hablado con una persona a la que preocupa un joven que se encuentra bajo el influjo..., son sus palabras, no las mías, de una especie de predicador, Leonardo Mutti, de Umbria, según dicen.

Apoyando los codos en los brazos del sillón, la *contessa* dejó descansar la barbilla entre sus dedos entrelazados.

–Según la persona que ha hablado conmigo, este predicador es un farsante al que sólo interesa sacar dinero a la gente, incluido el joven. Él posee un apartamento y tengo entendido que quiere venderlo, para dar el dinero al predicador. – En vista de que la *contessa* no decía nada, prosiguió-: Dada tu religiosidad y tu... -Se interrumpió, buscando la palabra-... fe, he pensado que quizá hayas oído hablar de ese hombre.

–¿Leonardo Mutti? – preguntó ella.

–Sí.

–¿Puedo preguntar cuál es tu relación con todo eso? – dijo ella cortésmente.

–Conozco al hombre que me lo ha explicado. Era amigo de Sergio cuando íbamos a la escuela. No conozco al chico ni conozco a Mutti.

Ella asintió y volvió la cara, como si reflexionara sobre lo que acababa de oír. Luego miró a Brunetti y preguntó:

–Tú no crees, ¿verdad, Guido?

–¿En Dios?

–Sí.

Durante los años de su matrimonio, la única información que él había recibido acerca de las creencias de la *contessa* procedía de Paola, y lo único que ésta decía era que su madre creía en Dios y que, cuando Paola era niña, oía misa con frecuencia. Para explicar su antagónica actitud respecto a la religión Paola decía únicamente que ella había tenido «buena suerte y buen juicio».

Como ése era un tema del que nunca había hablado con la *contessa*, Brunetti titubeó:

–No quiero ofenderte...

–¿Diciendo que no eres creyente?

–Sí.

–Eso no me ofendería, Guido, ya que lo considero una actitud perfectamente lícita. – Ante la clara sorpresa de su interlocutor, añadió con una suave sonrisa que acentuaba sus arrugas-: Mira, Guido, yo he

optado por creer en Dios. Pese a convincentes señales en contra de su existencia y con absoluta falta de pruebas..., en fin, de lo que en pura lógica pudieran considerarse pruebas. Siento que la fe hace más aceptable la vida y más fácil tomar ciertas decisiones y soportar ciertas pérdidas. Pero es sólo la opción que yo he elegido, y la otra opción, la de no creer, me parece totalmente legítima.

–Yo no lo veo como una elección.

–Claro que es una elección -dijo ella con la misma sonrisa, como si estuvieran hablando de sus nietos y él le hubiera repetido una de las salidas de Chiara-. A todos se nos han ofrecido las mismas señales, o la misma falta de señales, y cada cual opta por interpretarlas a su manera. Por lo tanto, es una elección.

–¿Incluyes en esa elección el creer en la Iglesia? – no pudo menos que preguntar Brunetti, sabedor de que la posición social de los Falier a menudo los ponía en contacto con miembros de la jerarquía eclesiástica.

–Cielos, no. Tienes que estar loco para fiarte de ellos.

Él se echó a reír, meneando la cabeza en señal de perplejidad, lo que la animó a decir:

–No tienes más que verlos, Guido, tan bien arreglados, con la teja, la sotana, el alzacuellos, el hábito y el rosario. Son cosas que llaman la atención y a menudo son vistas con respeto. Estoy segura de que, si tuvieran que vestir como todo el mundo y ganarse el respeto de la gente, como todo el mundo, por su manera de actuar, a la mayoría se les enfriaría la vocación, buscarían empleo y trabajarían para ganarse la vida. Si no pudieran servirse de todo eso para hacer creer a la gente que son especiales y superiores, la mayoría perderían todo interés. – Después de una pausa, agregó-: Además, no creo que Dios se beneficie de su ayuda.

–Una opinión un tanto severa, si me lo permites -aventuró Brunetti.

–¿Tú crees? – Ella parecía sorprendida-. Estoy segura de que algunos son excelentes personas, pero me parece que, como colectivo, vale más evitarlos. – Antes de que él pudiera hacer un comentario, añadió-: A no ser, claro está, que estés obligado a frecuentar su trato, en cuyo caso se les debe una elemental cortesía. – Él, acostumbrado a las pausas de la *contessa*, esperaba-: Lo que más me desagrada de ellos es su interés por el poder. Son muchos los que se dejan dominar por ese afán, y creo que eso deforma su espíritu.

–¿Incluirías en esa categoría a un hombre como Leonardo Mutti? – preguntó Brunetti. Nunca estaba seguro de cómo debía tomar las opiniones de la *contessa* y se preguntaba si sus palabras habían sido el preludio de alguna revelación acerca de aquel hombre.

La mirada que ella le lanzó era calculadora, pero enseguida se suavizó.

–He oído mencionar su nombre, pero no recuerdo a quién. Cuando lo sepa, te lo diré.

–¿No habría forma de que pudieras...?

–¿Hacer memoria?

–Sí.

–Preguntaré a ciertas amistades que son dadas a esa clase de asociacionismo.

–¿Con la Iglesia?

Ella tardó bastante en contestar:

–No; yo pensaba en..., ¿cómo te diría, Guido? ¿ La Iglesia... paraeclesial? ¿ La Iglesia que se aparta de la corriente dominante? No le has dado tratamiento ni has dicho a qué parroquia pertenece, de lo que deduzco que se mueve por los aledaños. Involucrado en... -Aquí

siguió otra larga pausa, a la que ella puso fin con esta pregunta-: ¿Ese nuevo cristianismo liberal llamado *religion lite*?

Después de oír sus comentarios, la pregunta no sorprendió a Brunetti.

–¿Tienes amigos en ese medio?

Ella se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

–Conozco a personas que están interesadas en esa aproximación a... a Dios.

–Parece que lo dices con escepticismo -dijo Brunetti.

–Guido, yo pienso que la posibilidad de que se produzcan irregularidades, dicho sea en términos piadosos, crece de forma geométrica en cuanto empiezas a apartarte de las iglesias reconocidas. En ellas, por lo menos, existe el instinto de conservación, por lo que se vigilan mutuamente y tratan de cortar los peores abusos, aunque sólo sea por egoísmo.

–¿Para no «asustar a los caballos»? – preguntó él.

–Esa expresión se refiere a la revolución sexual, Guido, como sabemos los dos -respondió ella con cierta aspereza, como si hubiera advertido que él pretendía ponerla a prueba con la metáfora-. Yo hablo de fraude. Cuando un grupo que se llama a sí mismo religión no tiene respetabilidad que perder, ni interés en preservar la fe y la confianza de sus adeptos, se abre la caja de Pandora. Y, como tú sabes, la gente está dispuesta a creer en cualquier cosa.

La pregunta había brotado de sus labios antes de que él pudiera detenerse a pensar:

–¿Algo de lo que acabas de decir afecta a la forma en que tú y Orazio tratáis con el clero? – A fin de suavizar esta franca expresión de curiosidad, añadió-: Lo pregunto porque sé que tenéis que relacionaros

con la jerarquía socialmente y, si no me equivoco, Orazio también trata con ellos profesionalmente. – Durante decenios de relación, Brunetti había averiguado muy poco acerca de las fuentes de ingresos de los Falier. Sabía que poseían casas, apartamentos y locales comerciales en la ciudad y que el conde viajaba a menudo a visitar empresas y fábricas, pero ignoraba si en sus operaciones financieras intervenía el clero.

El rostro de la *contessa* asumió aquella expresión de casi teatral confusión que Brunetti había observado en ella con frecuencia. Aunque nunca la había sorprendido en el momento de componerla, como quien se aplica una nueva capa de lápiz labial, al verla aparecer con aquella facilidad, pensó que debía de ser tan artificial y de quita y pon como el cosmético.

–Orazio me ha dicho siempre que cuenta más el poder que la riqueza -dijo ella-. En realidad, lo mismo decían los hombres de mi familia. – Otra de aquellas sonrisas tenues, casi vacuas. ¿Dónde había aprendido a sonreír así?-. Estoy segura de que esto quiere decir algo.

Cuando se conocieron, la primera impresión de Brunetti fue la de que la *contessa* no comprendía no sólo mucho de lo que se le decía sino tampoco mucho de lo que decía ella misma. Con la brillante perspicacia de la juventud, la consideró una mujer frívola, amiga de fiestas, cuya única virtud redentora era su dedicación al marido y la hija. Pero, con los años, viendo cómo personas ajenas a la familia formaban una opinión similar, empezó a prestar más atención a sus palabras y, camufladas en los tópicos y generalizaciones más manidos, encontraba observaciones incisivas y sagaces que lo dejaban atónito. Pero ahora su disfraz se había hecho tan perfecto que pocos tratarían de descubrir lo que había debajo o imaginarían siquiera que debajo hubiera algo que descubrir.

–¿Seguro que no quieres tomar nada? – preguntó ella.

La pregunta lo sacó de su abstracción, y dijo mirando el reloj:

–No, gracias. Me parece que me iré a casa. Ya es casi la hora del almuerzo.

–Qué suerte tiene Paola de que trabajes en la ciudad, Guido. Así siempre tiene alguien para quien guisar. – El anhelo de su voz podía inducir a creer que esta mujer no deseaba sino pasar el día de cara a los fogones, cocinando para sus seres queridos y que dedicaba sus ratos libres a repasar libros de cocina, en busca de nuevos platos con los que tentarlos, cuando en realidad a Brunetti le constaba que hacía décadas que la *contessa* no ponía los pies en la cocina. Aunque, de todos modos, Luciana tampoco la habría dejado pasar del umbral.

Él se levantó y ella lo imitó y lo acompañó hasta la puerta del estudio, mientras le pedía que diera besos de su parte a Paola y a los niños. Él se inclinó de nuevo y la besó.

–Si me entero de algo, te lo diré -le prometió, y él se fue a casa a almorzar.

CAPÍTULO 6

Cuando llegó al penúltimo rellano de la escalera, Brunetti no percibió en el aire indicios de almuerzo. Si, por algún impedimento, Paola no había tenido tiempo de prepararlo, quizá podrían comer fuera. Antico Panificio, que estaba a menos de dos minutos, hacía pizza a mediodía y, aunque Brunetti prefería comerla por la noche, ahora le apetecía. Quizá la de *rucola* y tocino, o *mozzarella di bufala* con *pomodorini*. Mientras salvaba los últimos peldaños, iba añadiendo y quitando aditamentos a su pizza imaginaria hasta que, al introducir la llave en la cerradura, se quedó con *rucola*, salchicha y champiñones, aunque ignoraba de dónde había sacado los dos últimos ingredientes.

La perspectiva de la pizza se desvaneció cuando, al abrir la puerta, vio a Paola entrar en la sala portando una enorme ensaladera. Ello significaba que uno de los chicos, sin duda, en un momento de optimismo suicida, había decidido almorzar en la terraza. Sin pararse a cerrar la puerta, Brunetti dio tres pasos por el pasillo y, asomando la cabeza a la sala, gritó a los tres miembros de su familia, que ya estaban sentados fuera, esperándolo:

–Mi silla, en el sol.

En esta época del año, el sol empezaba a hacer acto de presencia en la terraza durante un rato, que iba prolongándose a medida que avanzaba la estación. Pero, en estas primeras semanas de primavera, daba sólo en un extremo y apenas dos horas, una antes y una después del mediodía astronómico, de manera que en la zona soleada cabía una única silla y, como Brunetti consideraba que era no sólo prematuro sino temerario comer a la intemperie en estas fechas, siempre reclamaba para sí aquel sitio de privilegio.

Después de hacer valer su derecho una vez más, el padre de familia volvió sobre sus pasos y cerró la puerta. Desde la sala, donde había estado dando el sol durante buena parte de la mañana, oyó arrastrar sillas en la terraza.

Su sitio, en la cabecera de la mesa, quedaba de espaldas al sol. Fue hacia él y, al pasar, oprimió el hombro de su hija. Chiara llevaba un fino jersey, y Raffi, sólo una camisa de algodón, mientras que Paola se había puesto, encima del jersey, un chaleco de pluma que, según creía recordar Brunetti, pertenecía a Raffi. ¿Cómo unos padres tan frioleros habían podido traer al mundo estas dos tropicales criaturas?

Se agradecía el sol en la espalda. Paola tomó el plato de Chiara y, del gran bol situado en el centro de la mesa, le sirvió *fusili* con aceitunas negras y *mozzarella*. Aún era un poco pronto para ensaladas, pero a Brunetti ésta le recreaba la vista y el olfato. Paola dejó el plato delante de Chiara y le pasó una pequeña fuente de hojas de albahaca, de las que Chiara tomó un par y las desmenuzó sobre la pasta.

Paola sirvió entonces a Raffi y a Brunetti, que también picaron albahaca en la pasta y, por último, se sirvió a sí misma. Antes de sentarse, dejó la cuchara a un lado y tapó la ensaladera con un plato.

–*Buon appetito* -dijo sentándose.

Brunetti tomó unos bocados, saboreándolos con todo el cuerpo. La última vez que habían comido esa ensalada era a finales del verano, y destapó una botella del Masi *rosato* para acompañarla. Se preguntó si no sería pronto para un *rosato*, y entonces vio la botella que estaba encima de la mesa y reconoció el color y la etiqueta.

–Después hay *calamari ripieni* -dijo Paola, sin duda para ayudarles a decidir si repetían de pasta. Chiara, que la víspera había decidido añadir el pescado y el marisco a la lista de cosas que, en su calidad de vegetariana, no debía comer, optó por más pasta, lo mismo que Raffi, quien sin duda despacharía también la ración de *calamari* de su hermana sin merma de apetito ni remordimiento de conciencia. Brunetti se sirvió una copa de vino y asumió la expresión del hombre que jamás pensaría en quitar el alimento de la boca a sus hijos hambrientos.

Chiara ayudó a llevar los platos a la cocina y volvió con una fuente de zanahorias y guisantes, mientras Paola sacaba una bandeja de *calamari*, y a Brunetti le pareció oler la zanahoria, el puerro y quién sabe si los langostinos picados del relleno. La conversación era general y monotemática: escuela, escuela y escuela, en la que Brunetti introdujo una variación al decir que aquella mañana había visto a la *contessa*, que le había dado cariñosos saludos para todos. Paola volvió hacia él una mirada larga al oírlo, pero los chicos no encontraron en la noticia nada de particular.

Al ver a Chiara alargar la mano hacia la bandeja de los calamares, Paola distrajo a Raffi con la pregunta de si él y Sara Paganuzzi aún pensaban ir al cine aquella noche y si querría comer algo antes de salir. Raffi respondió que el cine había sido sustituido por una traducción del griego que Sara tenía que terminar, y que aquella noche él iría a su casa, a cenar y ayudarla en el trabajo.

Paola preguntó cuál era el texto, lo que dio lugar a un cambio de impresiones sobre el atolondramiento y la insensatez de la Guerra del Peloponeso, lo bastante interesante para ambos como para no darse cuenta de que Chiara y Brunetti acababan con los calamares. Ni observaron que Brunetti tapaba el plato de Chiara con el suyo vacío.

Derrotada Atenas y destruidas las murallas, Raffi acabó con las verduras y preguntó qué había de postre.

Pero ya el sol había desaparecido no sólo de la espalda de Brunetti sino del cielo, que se había cubierto rápidamente de nubes llegadas del este.

Paola se levantó, recogió los platos y dijo que de postre sólo había fruta y que podían comerla dentro. Brunetti no se lo hizo repetir, echó la silla hacia atrás, agarró la fuente de la verdura y la botella de vino y se fue a la cocina. Después de permanecer tanto rato expuesto a las veleidades de la primavera, sentía frío en todo el cuerpo y no le

apetecía la fruta. Paola dijo que prepararía café mientras fregaba los cacharros y lo envió a la sala a leer el periódico.

Allí lo encontró al cabo de veinte minutos, contemplando los tejados y el cielo, con el periódico en el regazo, sin abrir. En primera plana, el titular del día pregonaba nuevos detalles sobre la reciente captura de uno de los jefes de la Mafia.

Ella se paró detrás del sofá, con una taza de café en cada mano y preguntó:

–¿Leyendo la crónica de vuestro triunfo?

Brunetti cerró los ojos.

–Eso es -respondió-. Un triunfo.

–Basta con eso para que uno se plantee seriamente emigrar, ¿no?

–Cuarenta y tres años buscándolo, y lo encuentran a dos kilómetros de su casa. – Él levantó una mano y la dejó caer en el periódico, con una palmada de impotencia-. Cuarenta y tres años, y los políticos entonan himnos de alabanzas a la policía. Un triunfo.

–Quizá en realidad quieren decir triunfo para el poder de la Mafia -sugirió Paola-. Sería más fácil que el Gobierno, sencillamente, les diera el derecho de nombrar a su propio ministro. – Tras una pausa de reflexión, preguntó:- ¿Cómo podría llamarse? ¿Ministro del Poder Alternativo? ¿Ministro de Extorsión?

Dejó el café en la mesa y se sentó al lado de su marido.

A pesar de saber que no debía decir tal cosa, Brunetti preguntó:

–¿Qué te hace pensar que no?

–¿No qué?

–Que no tienen su propio ministro.

Ella le lanzó una mirada de súbita alarma, al comprender que acababa de oír algo que él no debía haber dicho. No respondió, y su silencio se hizo tan elocuente que él se sintió obligado a continuar:

–Se alzan voces -dijo inclinándose a tomar la taza.

–¿Voces?

Brunetti asintió y tomó un sorbo de café, sin mirarla.

Paola interpretó correctamente la señal de que había que cambiar de tema, y preguntó:

–¿Qué dice mi madre?

–Aquel cura amigo de Sergio que vino al entierro, Antonin Scallon, me ha pedido que me informe sobre cierta persona.

–Guido, ¿es que ahora trabajas para el Opus Dei? – preguntó ella con fingido horror.

A Brunetti le llevó varios minutos explicar el motivo de la visita de Antonin y, mientras hablaba, notaba que se sentía incómodo al referir aquel episodio. Allí había algo que no encajaba ni con lo que él recordaba de Antonin ni con su propio instinto: no podía creer en los motivos que Antonin atribuía a los personajes de la historia ni en las explicaciones dadas por el propio Antonin para justificar su visita.

–¿Dirías que Antonin y la madre del chico tienen una historia? – preguntó Paola cuando él acabó el relato.

–Debí suponer que te faltaría tiempo para lanzarte a su yugular -dijo él, no sin admiración.

–No creo que sea la yugular lo que hace al caso -observó Paola, levantando su taza de café.

Brunetti sonrió, reflexionando sobre la idea, mientras pensaba que le vendría bien una *grappa* o un coñac para sustituir a la fruta que había rehusado.

–Ya lo había pensado -dijo-. Desde luego, es una posibilidad. Al fin y al cabo, el pobre hombre ha pasado veinte años en África.

La reacción no se hizo esperar.

–¿Significa eso que tiene que haber vuelto convertido en un adicto al sexo, por la propensión de las razas inferiores a los excesos libidinosos?

Él se echó a reír, divertido por la propensión de su mujer a atribuirle la peor de las opiniones sobre la naturaleza humana. Aunque en la actualidad Paola tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para seguir votando a los políticos que representaban a la izquierda, Brunetti se alegraba cada vez que comprobaba que su instinto de defensa del débil seguía intacto.

–Yo apostaría por todo lo contrario. Sospecho que debía de considerarse tan superior a los africanos que evitaba todo contacto con ellos y, al regresar, se prendó de la primera europea que lo miró a la cara.

–¿Y el celibato? – preguntó ella.

Aun sabiendo que ella conocía la respuesta, Brunetti dijo:

–El celibato y la castidad son dos cosas distintas, y no hace falta que yo te lo recuerde. Tienen que hacer voto de no contraer matrimonio, y luego la mayoría interpreta la regla como más le conviene. – Brunetti se recostó en el respaldo y cerró los ojos. Al poco rato, oyó cómo ella dejaba la taza en la mesa.

–¿Crees que pueda estar diciendo la verdad, que le preocupe realmente que ese hombre se desprenda del apartamento y del dinero? – preguntó ella.

–¿Qué te hace preguntar eso?

–Que se portara bien con tu madre.

Él la miró sorprendido.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo dijeron las monjas. Y un día que fui a visitarla, lo encontré en la habitación. Le sostenía la mano y ella parecía contenta.

Después de una larga pausa, y sin creer en sus propias palabras, Brunetti dijo:

–Es posible. – Como tenía que irse pronto para volver a la *questura*, renunció a explorar esa posibilidad. Repasando los sucesos de la mañana, recordó su frustración-. No se me ocurría nadie, de las personas que conozco, que admitiera que cree en Dios -dijo.

–Cínico -dijo Paola, devolviéndole el buen humor.

Camino de la *questura*, Brunetti sintió la tentación de entrar en un bar a tomar un coñac, pero no sucumbió a ella y quedó muy satisfecho de sí mismo por su autodominio. Aquel día su ruta pasaba por el *campo SS*. Giovanni e Paolo, y decidió entrar en la rectoría por si estaba Antonin o, mejor aún, por si no estaba, lo que le permitiría informarse sobre él.

Y así fue, porque, según le dijo el ama de llaves que le abrió la puerta, el padre Antonin había salido, pero podía hablar con el señor párroco, si quería. Brunetti conocía a aquella mujer de pelo blanco, y estaba tratando de recordar dónde la había visto. Al fin lo consiguió.

–El puesto de flores de Rialto -dijo.

La sonrisa hizo bailar las arrugas de la mujer.

–Sí, *signore*, de mi sobrina nieta. La ayudo martes y sábados, cuando traen las flores. – Le puso una mano en el antebrazo-. Hace años que nos conocemos, ¿verdad, *signore*? – Y agregó-: Y también a su esposa y a su hija. Una chica muy guapa.

–También lo es su sobrina, *signora*.

–El sábado tendremos muchos lirios -dijo la mujer, y a Brunetti le encantó que se acordara de sus flores preferidas.

–Ayudan a mantener la paz en la familia -dijo con fingida resignación.

–Durante todos estos años, si me permite decirlo, no me ha parecido que para eso le hicieran falta las flores, *signore*. – La mujer dio un paso atrás para dejarle entrar, dando por descontado que él querría hablar con el párroco.

–No deseo molestar al señor párroco -mintió él.

–No es molestia, *signore*, créame. El padre Stefano ha acabado de almorzar y está libre. – La mujer fue hacia la escalera que conducía a la parte superior de la casa, se volvió y dijo suavizando el tono-: Seguro que se alegra de tener compañía.

Mientras la mujer se paraba en lo alto de la escalera a hacer varias inspiraciones profundas, Brunetti admiró un grabado del Sagrado Corazón que estaba colgado de la pared de su derecha. Un Jesús de larga melena se oprimía el pecho con una mano y mantenía la otra levantada con el índice extendido, como llamando al camarero.

Sacó a Brunetti de su contemplación el sonido de los pasos de la mujer que se alejaban por el pasillo. De pronto, notó el frío que hacía en aquella casa, un frío húmedo, como si la primavera que tan activa estaba en el resto de la ciudad, aún no hubiera encontrado tiempo para llegar hasta aquí. Y comprendió por qué la mujer llevaba dos gruesos jerséis y unas medias marrones gruesas como no había visto hacía décadas.

La anciana se paró delante de una puerta de mano derecha y dio unos golpes con los nudillos, esperó un momento y volvió a llamar, con fuerza suficiente como para romperse los dedos, o la puerta. Debió de oír algo al otro lado, porque entró en la habitación diciendo en voz muy alta:

–Padre Stefano, tiene visita.

Brunetti oyó una voz de hombre, pero no distinguió las palabras de la respuesta. La mujer apareció en el vano de la puerta y le hizo seña de que entrara.

–¿Desea beber algo, *signore*? Él ya ha tomado su café, pero no me cuesta nada hacer otro.

–Muy amable, *signora* -respondió Brunetti-, pero acabo de tomarlo en el *campo*.

Ella titubeaba, indecisa entre las exigencias de la hospitalidad y las de la edad, y Brunetti insistió:

–De verdad, *signora*, se lo agradezco de todos modos.

Esto pareció satisfacerla. Dijo que estaría abajo por si necesitaban algo y se fue.

Brunetti se acercó al lugar del que había partido la voz. A la izquierda de las ventanas que daban al campo, y de espaldas a ellas, estaba un anciano, sentado en una butaca honda, en la que, lo mismo que la *contessa* en la suya, casi se perdía. Un pelo blanco y lanudo rodeaba una tonsura natural casi tan blanca, lo mismo que la cara. Unos ojos de niño miraban a Brunetti desde el rostro de un asceta. El sacerdote levantó la cabeza, apoyó las manos en los brazos de la butaca y empezó a izar el cuerpo.

–No, padre, no se levante, por favor -dijo Brunetti, salvando la distancia antes de que el otro acabara de ponerse en pie, y le tendió la

mano inclinándose.

–Encantado de verlo, hijo. Muy amable de visitar a este anciano. – Hablaba en el dialecto veneciano con melodiosa voz de tenor. Si la mano del anciano hubiera sido de papel, no habría sido menor el miedo de Brunetti a estrujarla con la suya.

Debía de haber sido alto, pensó Brunetti. Lo deducía de la longitud del antebrazo y la distancia entre la rodilla y el tobillo. El anciano llevaba el hábito de su orden, una larga túnica blanca, y su escapulario negro había adquirido un tinte de herrumbre con los años y los muchos lavados. Calzaba zapatillas de piel negra, una de ellas, abierta por la punta, como una boca de gato.

–Siéntese, siéntese, por favor -dijo el sacerdote mirando en torno con perplejidad, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba y lo preocupara encontrar asiento para su visitante.

Brunetti vio un pesado sillón de madera con raído asiento bordado y lo transportó en brazos. Se sentó y sonrió al anciano, que se inclinó para darle unas palmadas en la rodilla.

–Encantado de verlo, hijo. Me alegra que venga a verme. – El anciano meditó unos momentos sobre este prodigio y preguntó:- ¿Viene a confesarse, hijo?

Brunetti sonrió y movió la cabeza negativamente.

–No, padre, gracias. – Al ver el gesto del anciano, agregó, alzando la voz:- Ya me he confesado, padre. Pero le agradezco la pregunta. – Desde luego, se había confesado. Y no era necesario decir a este anciano cuántos años habían transcurrido desde su confesión.

El sacerdote suavizó la expresión y preguntó:

–¿En qué puedo servirle entonces?

–Me gustaría hablar de su huésped.

–¿Huésped? – repitió el anciano, como si no estuviera seguro de haber oído bien la palabra o, en todo caso, de lo que pudiera significar. Miró por encima del hombro de Brunetti y en torno a ambos-. ¿Huésped?

–Sí, padre. Del padre Antonin Scallon.

El sacerdote mudó de expresión, quizá el cambio no fue más que una ligera crispación de los labios o un enturbiamiento de la mirada.

–¿El padre Scallon? – preguntó con voz opaca, y Brunetti lamentó el desliz de no haberse referido al huésped por el apellido.

–Sí -dijo Brunetti, como si no hubiera advertido el cambio de actitud del sacerdote-. La semana pasada asistió al entierro de mi madre y quería darle las gracias. – Notó que estaba hablando en una voz muy alta, porque casi lo ensordecía. A modo de aclaración, agregó-: Mi esposa me ha pedido que viniera a darle las gracias.

–¿Y si ella no se lo hubiera pedido? – preguntó el sacerdote, y la astucia de la pregunta obligó a Brunetti a rectificar la opinión de que aquel hombre tenía disminuidas las facultades mentales, además del oído.

Brunetti se encogió de hombros ligeramente y, como si de pronto se diera cuenta de la rudeza del gesto, dijo:

–Es lo correcto, padre. Fue a la escuela con mi hermano, y alguien de la familia tenía que darle las gracias.

–¿Y su hermano? – preguntó el anciano.

Tratando de adoptar un aire evasivo, Brunetti dijo:

–Mi hermano no podía venir y me ha pedido que viniera yo en su nombre.

–Comprendo -respondió el sacerdote y se miró las manos. Ahora Brunetti observó que en una de ellas tenía un rosario. El anciano levantó la cabeza y preguntó:- ¿No hubo tiempo para eso en el funeral?

–Verá, padre, todos estábamos un poco..., ¿cómo le diría? Estábamos aturridos y cuando llegamos a casa de Sergio nos dimos cuenta de que a ninguno se le había ocurrido invitarle a venir.

–Pero, si dijo la misa, ¿no estaría ya invitado?

Brunetti hacía lo posible por aparentar confusión.

–Dijo la misa el párroco de mi madre. El padre Scallon -ahora se refirió a él protocolariamente- le dio la bendición en el cementerio.

–Ahora lo entiendo -dijo el sacerdote-. Y usted desea darle las gracias por la bendición.

–Sí, padre. Pero, como no está, volveré en otro momento -sugirió Brunetti, sin la menor intención de hacer tal cosa.

–Podría dejarle una nota -dijo el anciano.

–Sí, desde luego. Eso habría podido hacer. Pero fue una señal de respeto para nuestra madre que asistiera y por eso... -Brunetti se interrumpió-. Espero que lo comprenda, padre.

–Sí -dijo el hombre con una sonrisa que envolvió a Brunetti con su dulzura-. Creo que lo comprendo. – Inclino la cabeza, y Brunetti vio que pasaba varias cuentas del rosario. Luego el anciano alzó la cabeza y dijo:- Es extraño eso de la muerte de la madre. Suele ser uno de los primeros funerales a los que asistimos y, en ese momento, nos parece el peor. Pero, si hay suerte, resulta ser el mejor.

Brunetti dejó transcurrir unos momentos antes de decir:

–No sé si le sigo, padre.

–Si hemos sido afortunados, todos los recuerdos serán buenos y no dolorosos. Creo que entonces es más fácil despedirse de una persona. Porque de una madre solemos tener recuerdos buenos. Y aún más afortunados nos sentimos si hemos sido buenos con ella y no tenemos nada que reprocharnos; eso ocurre a menudo. – Como Brunetti no respondiera, preguntó-: ¿Usted fue bueno con su madre?

Brunetti, que había engañado a este hombre respecto a Antonin, comprendió que al menos en esto debía decir la verdad.

–Sí, fui bueno con ella. Pero ahora que ha muerto pienso que no lo bastante bueno.

El sacerdote volvió a sonreír.

–Oh, nunca somos lo bastante buenos con los demás, ¿no le parece?

Brunetti tuvo que contenerse para no poner la mano en el brazo del anciano. En lugar de eso, preguntó:

–¿Me equivoco al suponer que tiene ciertas reservas acerca de Antonin, padre? – Antes de que el sacerdote pudiera responder, añadió-: Perdone la pregunta. No deseo ponerle en un compromiso. No me conteste si no quiere. En realidad, no es asunto mío.

El sacerdote meditó unos momentos y dijo, para sorpresa de Brunetti:

–Si alguna reserva tengo, hijo, es acerca de usted y de por qué se esfuerza tanto por disfrazar este interrogatorio. – Suavizó sus palabras con una sonrisa y agregó-: Hace usted preguntas sobre él, pero me parece que ya ha formado una opinión. – Después de una pausa, el anciano prosiguió-: Usted me parece una persona honrada, y me desconcierta que me interrogue de ese modo, con una suspicacia que trata de disimular. – La mirada del sacerdote había adquirido una intensidad nueva, como si en el fondo de sus ojos se hubiera encendido una luz-. ¿Me permite una pregunta, hijo?

–Por supuesto -respondió Brunetti sosteniendo la mirada del anciano pero deseando bajar los ojos.

–No viene de Roma, ¿verdad?

Puesto que mantenían la conversación en veneciano, la pregunta sorprendió a Brunetti, que respondió:

–No, padre. Yo soy veneciano. Lo mismo que usted.

El sacerdote sonrió por la reivindicación de Brunetti, o quizá por su vehemencia.

–No me refería a eso, hijo. Se nota en cada palabra que dice. Quiero decir si representa a Roma.

–¿Se refiere al Gobierno? – preguntó Brunetti, confuso.

El sacerdote tardó algún tiempo en responder.

–No, a la Iglesia.

–¿Yo? – se escandalizó Brunetti.

El anciano sonrió, resopló, tratando de ahogar el sonido de la risa, pero tuvo que rendirse y, echando la cabeza hacia atrás, soltó una carcajada profunda que sonó como agua que corriera por una cañería lejana. Se inclinó, dio una palmada a Brunetti en la rodilla sin dejar de reír y al fin consiguió serenarse.

–Perdón, hijo, perdón -dijo enjugándose las lágrimas con el borde del escapulario-. Pero como usted tiene aspecto de policía, he pensado que podían haberlo enviado ellos.

–Soy policía -dijo Brunetti-, pero de verdad.

Por alguna razón, esto hizo que el sacerdote se echara a reír otra vez, y hubo de transcurrir algún tiempo antes de que se calmara su

hilaridad y más tiempo antes de que Brunetti le explicara detalladamente la razón de su curiosidad sobre Antonin, por más que ahora no era menor su curiosidad por las razones que pudiera tener el anciano para sospechar de él.

Cuando Brunetti acabó de hablar, se hizo un distendido silencio entre los dos hombres.

–Él es mi huésped -dijo el anciano finalmente-, y yo tengo para con él las obligaciones de un anfitrión. – A juzgar por su forma de hablar, Brunetti comprendió que el sacerdote defendería a su huésped con la vida, si fuera necesario-. Fue enviado de vuelta de África en circunstancias que no se aclararon. Los documentos oficiales que recibí para comunicarme que el padre Antonin -Brunetti notó el afecto con que el anciano utilizaba ahora el nombre de pila- iba a ser mi huésped no dejaban lugar a dudas de que quienes me lo enviaban consideraban que se hallaba en desgracia. – Hizo una pausa, invitando a preguntar. Como Brunetti no decía nada, prosiguió-: Ya lleva tiempo conmigo, y no he visto en su conducta nada que justifique esa opinión. Es un hombre bueno y amable. Quizá demasiado convencido de la rectitud de su juicio, pero me temo que lo mismo puede decirse de la mayoría de nosotros. Sólo algunos, con los años, nos sentimos menos seguros de lo que creemos saber.

–¿Aparte de que nunca somos lo bastante buenos con los demás? – preguntó Brunetti.

–Eso por supuesto.

Brunetti aceptó la exhortación que encerraban estas palabras y asintió. Advirtió que la fatiga había entrado en la habitación y se había instalado en los ojos y la boca del anciano.

–Me gustaría saber en qué medida merece confianza -dijo Brunetti de pronto.

El anciano se agitó en la butaca. Era tan frágil que sólo tuvo que mover unos huesos y la tela que los cubría.

–Creo que no merece desconfianza, hijo. – Y, añadió con señales de íntimo regocijo-: Aunque, a mi edad, digo eso de casi todo el mundo a casi todo el mundo.

Brunetti no pudo resistir la tentación de preguntar:

–¿A no ser que venga de Roma?

El anciano sacerdote se puso serio y asintió.

–Entonces aceptaré su consejo -dijo Brunetti poniéndose en pie-. Y se lo agradezco.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 7

Camino de la *questura*, Brunetti iba pensando en lo que había dicho el sacerdote. Los muchos años de batallar no sólo con el crimen sino con los avatares de la vida habían anulado su capacidad para confiar instintivamente en los demás. Quizá esta confianza era, como la fe de la *contessa*, algo por lo que cada cual podía optar libremente.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, tuvo que reconocer en justicia que nada de lo que había visto u oído inducía a desconfiar de Antonin. En realidad, lo único que había hecho aquel buen hombre era acudir al entierro de la madre de un viejo amigo, a darle una bendición. ¿Qué impedía a Brunetti considerar esto un acto de pura generosidad? En suma: años atrás, Antonin le era antipático y después se había hecho cura.

No obstante la fe de su madre, el anticlericalismo formaba parte de la estructura genética de Brunetti: su padre sólo decía pestes del clero, actitud que respondía al desprecio por el poder que su experiencia de la guerra había hecho nacer en él. La madre nunca discutía las ideas de su marido aunque tampoco defendía al clero, a pesar de que ella tenía buenas palabras para todo el mundo, incluso, una vez, para un político. Estos pensamientos lo acompañaron durante todo el camino al trabajo.

Tal como temía, Brunetti encontró en su mesa los frutos de la asistencia del *vicequestore* Giuseppe Patta a la conferencia de Berlín, transmitidos, seguramente, por teléfono desde su habitación del Adlon. La «alerta anticrimen» de la semana siguiente estaría dedicada a la Mafia, con el fin, y cómo no, de extirparla de raíz, objetivo que el país había estado persiguiendo, con distinto grado de laxitud, durante más de un siglo.

Brunetti leyó el mensaje de Patta, enviado probablemente por correo electrónico a la *questura* por la *signorina* Elettra desde su habitación de Abano Terme.

Nos hallamos en estado de guerra: debemos considerarnos en guerra con la Mafia, a la que hay que tratar como un Estado dentro de otros Estados.

Todos nuestros efectivos deben ser movilizados.

Intensificar al máximo la colaboración entre agencias.

1. Nombrar agentes de enlace.

2. Ministerio del Interior, Carabinieri, Guardia di Finanza: entablar y mantener contactos.

3. Cursar solicitud de fondos especiales con arreglo a la Legge 41 bis.

4. Incentivar dinámica intercultural.

Al llegar a este punto, Brunetti dejó de leer, preguntándose por el significado de «dinámica intercultural». Su larga experiencia le había enseñado que los habitantes del Véneto ven las cosas con una perspectiva distinta de los de Sicilia, pero no creía que ello supusiera un abismo que hubiera que salvar con un lo-que-fuere intercultural. Por otra parte, a Patta no se le habrían ocultado las ventajas de disponer de unos potenciales «fondos especiales».

Brunetti concentró la atención en la carpeta, cada día más abultada, en la que se acumulaban las declaraciones de los testigos de una reyerta con arma blanca que se había producido la semana anterior delante de un bar de la riva de la Giudecca. La pelea había terminado con dos heridos en el hospital, uno con un pulmón perforado por un cuchillo de descamar pescado y el otro con una herida en un ojo, causada por el mismo cuchillo, que probablemente lo dejaría tuerto.

Según las declaraciones de cuatro testigos, durante un altercado verbal, uno de los hombres sacó el cuchillo para agredir al otro, pero el cuchillo cayó al suelo y el otro hombre lo recogió y se sirvió de él. Las declaraciones discrepaban en lo concerniente a la propiedad del

cuchillo y la secuencia de la reyerta. El hermano y el primo de uno de los hombres, que se encontraban en el bar en el momento de la pelea, insistían en que su pariente había sido atacado, mientras el cuñado y un amigo del otro decían que éste había sido víctima de una agresión no provocada. Por lo tanto, las declaraciones de unos y otros estaban en tela de juicio. En el mango del cuchillo estaban las huellas de los dos hombres, y en la hoja, sangre de ambos. Seis de los clientes del bar, vecinos de la Giudecca, no recordaban haber visto ni oído nada, y dos trabajadores albaneses que habían entrado a tomar una cerveza, habían desaparecido después del primer interrogatorio y antes de que se les pidieran papeles.

Leído el último papel, Brunetti levantó la cabeza, pensando en la similitud que existía entre la dinámica cultural de la Giudecca y la que se atribuye a Sicilia.

Vianello apareció en la puerta del despacho.

–¿Sabes algo de esa pelea? – preguntó Brunetti, usando las páginas del informe para indicar una silla al inspector.

–¿Esos dos idiotas que acabaron en el hospital?

–Sí.

–Uno trabajaba en Porto Marghera, de estibador, pero lo echaron.

–¿Por qué? – preguntó Brunetti.

–Por lo de siempre: mucho vino y poco seso, y mucha merma en la mercancía que descargaba.

–¿Cuál de los dos?

–El que ha perdido el ojo -respondió Vianello-. Carlo Ruffo. Una vez hablé con él.

–¿Estás seguro? – preguntó Brunetti. El informe médico del expediente sólo decía que el ojo estaba en peligro-. Me refiero a lo del ojo.

–Eso parece. Ha pillado una infección en el hospital, y lo último es que no creían poder salvárselo. Y parece que la infección se ha extendido al otro ojo.

–¿Entonces se quedará ciego? – preguntó Brunetti.

–Ciego y violento.

–Extraña combinación.

–Eso no detuvo a Sansón -dijo Vianello, sorprendiendo a Brunetti con la referencia-. Conozco a ese tipo. Ni aun ciego, ni sordo, ni mudo, dejaría de ser violento.

–¿Crees que empezó él?

Vianello se encogió de hombros con elocuencia.

–Si no él, fue el otro. A fin de cuentas, viene a ser lo mismo.

–¿También es violento el otro?

–Eso dicen, sólo que él se desahoga con su mujer y sus hijos.

Brunetti observó, al cabo de un momento:

–Lo dices como si fuera de dominio público.

–Lo es, en la Giudecca.

–¿Y nadie dice nada?

Vianello volvió a alzar los hombros.

–Imaginan que no es asunto suyo, es su mentalidad. También piensan que nosotros no podríamos hacer nada, y probablemente es la verdad.
– Vianello puso una pierna encima de la otra echando el cuerpo hacia atrás-. Si yo le levantara la mano a Nadia, antes de dos segundos ella me habría clavado a la pared de la cocina con el cuchillo del pan. – Reflexionó unos instantes y agregó-: Quizá otras mujeres deberían reaccionar así.

Brunetti no deseaba seguir con el tema y preguntó:

–¿Tienes algún favorito para propietario del cuchillo?

–Supongo que era Ruffo. Siempre llevaba uno, o eso me han dicho.

–¿Y qué sabes del otro, Bormio? – preguntó Brunetti, recordando el nombre que había leído en el expediente.

–Sólo lo que dice la gente.

–Cuenta.

–Que es conflictivo, sobre todo, con su familia, como te he dicho, pero que nunca empezaría una pelea con alguien más fuerte que él. – Vianello se cruzó de brazos-. O sea que yo apuesto por Ruffo.

–¿Por qué estas cosas siempre pasan allí? – preguntó Brunetti, que no creyó necesario mencionar la Giudecca.

Vianello levantó las manos con gesto de incompreensión y las dejó caer en el regazo.

–No lo entiendo. Quizá porque la mayoría son trabajadores. Hacen un duro trabajo físico y eso les induce a servirse del cuerpo para enfrentarse a un conflicto. O quizá porque siempre se han resuelto las cosas así: a puñetazos o a cuchilladas.

Brunetti no tenía nada que decir a esto.

–¿Vienes por lo de las nuevas órdenes? – preguntó.

Vianello asintió, aunque sin poner los ojos en blanco.

–Sí; quería saber qué piensas que saldrá de esto.

–¿Te refieres además de proporcionar a Scarpa otro trabajo descansado? – preguntó Brunetti, con un cinismo que lo sorprendió incluso a sí mismo. Si Patta iba a beneficiarse de la actual turbulencia que se había desatado en el seno de la Mafia, procuraría que el teniente Scarpa, ayudante y siciliano paisano suyo, saliera favorecido.

–Es casi poético que destinen a Scarpa a una unidad especial contra la Mafia, ¿no te parece? – preguntó Vianello con fingida inocencia.

Pensando en su condición de comisario, Brunetti moderó su respuesta.

–No podemos estar seguros de eso -respondió. Pero él lo estaba.

–No -convino Vianello, y añadió con regodeo-: Respecto a él no podemos estar seguros de nada. – Ya más serio, preguntó-: ¿Crees que va a salir algo en limpio de todo eso que viene en los periódicos?

–Paola lo llamó un «triunfo» nuestro.

–Patético, ¿no? – reconoció Vianello-. Cuarenta y tres años, para capturar a este tipo. Hoy los periódicos dicen que fue a Francia a operarse y envió una solicitud a la oficina de la Seguridad Social de Palermo para que le pagaran la factura.

–Y se la pagaron, ¿no?

–¿Qué dirías que ha estado haciendo durante cuarenta y tres años?

–Bien -empezó Brunetti. De pronto, notó que se le tensaba la voz, como si fuera a sustraerse a su control-. Por lo visto, dirigir la Mafia en Sicilia. Y supongo que vivir tan tranquilo rodeado de su mujer y sus

hijos; ayudando a los niños con los deberes, cuidando de que hicieran la Primera Comuni3n... Y no me cabe duda de que, cuando se muera, tendr3 unos funerales conmovedores, con parientes y amigos, y que un obispo, y qui3n sabe si un cardenal, celebrará la misa, y será enterrado con pompa y ceremonia, y se rezarán responsos por el eterno descanso de su alma. – Al terminar esta larga respuesta, la voz de Brunetti temblaba de desprecio y desesperaci3n.

Vianello pregunt3 sobriamente:

–¿Crees que lo delató uno de los suyos?

–Es lo más probable -asintió Brunetti-. Un jefe joven o, en todo caso, más joven, debió de pensar que le gustaría probar sus métodos para dirigir el tinglado, y el viejo era un estorbo. Dirigen una empresa multinacional, con sus ordenadores, sus contables y sus abogados, y tenían que obedecer a este viejo que vivía en una especie de gallinero glorificado y escribía sus mensajes en trozos de papel... No hacía falta más que una llamada telefónica.

–¿Y ahora qué? – pregunt3 Vianello, como si deseara explorar a fondo el cinismo de su superior.

–Ahora, como nos dijo Lampedusa, si queremos que todo siga igual tiene que parecer que las cosas cambian.

–Eso viene a resumir la historia de nuestro pa3s, ¿no?

Brunetti asintió y golpe3 la mesa con la palma de las manos.

–Vamos a tomar un caf3.

En la barra, tomando el caf3, Brunetti refiri3 a Vianello sus conversaciones con los dos sacerdotes.

–¿Lo harás? – pregunt3 el inspector cuando Brunetti hubo terminado.

–¿Hacer qué? ¿Investigar al tal Mutti?

–Sí -respondió Vianello apurando el café, después de hacerlo girar en la taza.

–Supongo.

–Es interesante cómo lo has enfocado -observó Vianello.

–¿A qué te refieres?

–Que ese padre Antonin viene a verte porque desea informarse acerca de Mutti y, si no me equivoco, lo único que has hecho hasta ahora es tratar de informarte acerca del padre Antonin.

–¿Qué tiene eso de raro?

–Que consideras sospechosa o, por lo menos, extraña su petición. O su persona.

–Y tiene algo de sospechoso -insistió Brunetti.

–¿Y qué es, concretamente?

Brunetti tardó en encontrar la respuesta. Al fin empezó:

–Recuerdo...

–¿Hablas de cuando era niño? – interrumpió Vianello, y agregó-: No me gustaría que a mí se me juzgara ahora por lo que era entonces. Yo era idiota.

La seriedad de fondo de lo que Vianello trataba de explicar impidió a Brunetti hacer el chiste fácil sobre el tiempo del verbo utilizado por el inspector.

–Te parecerá un argumento muy difuso -dijo-, pero, más que otra cosa, fue su forma de hablar lo que me hizo desconfiar. – No le gustó

cómo sonaba la respuesta y agregó-: No; algo más. Parecía dar por descontado que el otro era un ladrón o un estafador, cuando la única prueba que pudo darme es la de que el joven le daba dinero.

–¿Qué tiene eso de extraño? – preguntó Vianello.

–Porque, mientras Antonin hablaba yo tenía la sensación de que si el joven le hubiera dado el dinero a Antonin todo habría sido correcto.

–No esperarás que me sorprenda oír hablar de codicia en un cura.

Brunetti sonrió y preguntó, dejando la taza en el mostrador:

–¿Crees, pues, que debería investigar al otro?

Vianello se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

–Tú siempre me dices que siga al dinero, y me parece que aquí el dinero va en esa dirección.

Brunetti echó mano al bolsillo y dejó unas monedas en el mostrador.

–Puede que tengas razón, Lorenzo. Quizá debemos ver qué pasa en esas reuniones.

–¿Las del tal Mutti? – preguntó Vianello, sorprendido.

–Sí.

Vianello abrió la boca para protestar, pero enseguida la cerró y apretó los labios.

–¿Te refieres a una de esas reuniones religiosas?

–Sí -respondió Brunetti. En vista de que Vianello no decía nada le azuzó-: Bien, ¿qué te parece?

Vianello, mirando a su superior a los ojos, dijo:

–Si vamos, vale más que llevemos a las señoras. – Sin dar a Brunetti tiempo de hacer objeciones, el inspector añadió-: Los hombres siempre parecemos más inofensivos cuando vamos acompañados de mujeres.

Brunetti volvió la cara para que Vianello no le viera sonreír. Ya fuera del bar, preguntó:

–¿Te parece que podrás convencer a Nadia?

–Se lo preguntaré, pero antes esconderé el cuchillo del pan.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8

Ahora bien, obtener información acerca de las reuniones del grupo dirigido por Leonardo Mutti resultó más complicado de lo previsto por Brunetti. No quería que Antonin supiera lo que se proponía hacer, el grupo no aparecía en la guía telefónica y sus dotes informáticas no le permitieron descubrir si los Hijos de Jesucristo tenían página web. Preguntó a los agentes de uniforme, y lo más que pudo averiguar es que Piantoni tenía una prima que era miembro de otro grupo.

Ello no dejaba a Brunetti otra alternativa que la de ir a *campo* San Giacomo dell'Orio, a la casa en la que se reunía el grupo, perspectiva que, curiosamente, le desagradaba, como si el campo estuviera en otra ciudad y no a diez minutos de su casa. Era curioso que ciertos sitios de la ciudad le parecieran remotos, y otros, mucho más distantes, le dieran la impresión de estar a cuatro pasos. La sola idea de ir a la Giudecca fatigaba a Brunetti, mientras que San Pietro di Castello, casi a media hora de su casa, o más, según los barcos, le parecía que estaba a la vuelta de la esquina. Quizá era cuestión de costumbre, de si eran lugares que frecuentara de niño, de donde vivieran sus amigos. Por lo que a San Giacomo se refería, el Brunetti policía tenía que reconocer que su desagrado podía deberse a que en otro tiempo el campo estaba considerado un lugar en el que era fácil conseguir droga, o a que sus moradores eran, además de pobres, menos respetuosos con la ley que los de otros barrios.

Ahora la droga había desaparecido, o así lo creía la policía. Con ella se habían ido de la zona muchos de sus antiguos residentes, sustituidos por otros que no sólo no eran pobres sino tampoco venecianos. Estuvo demorando la visita dos días y al fin se decidió, entre divertido y avergonzado de su insistencia en considerar la expedición una empresa importante.

En *campo* San Cassiano, como no sentía la necesidad de apresurarse, decidió entrar a ver la *Crucifixión* del Tintoretto. A Brunetti siempre le había llamado la atención la cara de aburrimiento que tenía ese Cristo,

clavado simétricamente en la cruz, delante de una reja de lanzas perpendiculares que dividen el cuadro por la mitad. Cristo te daba la impresión de haber acabado por reconocer la verdad de las advertencias de que esa historia de hacerse hombre no podía acabar bien, y parecía deseoso de volver a sus quehaceres de Dios. Brunetti paseó la mirada por las estaciones del Via Crucis de la pared del fondo, donde el Cristo de la sepultura tenía todo el aspecto de ser un hombre dormido que, de un momento a otro, fuera a levantarse de un salto gritando: «¡Sorpresa!» Qué pocos de aquellos pintores debían de haber estudiado atentamente a los muertos y observado su terrible vulnerabilidad. A Brunetti siempre le había impresionado el desamparo de los muertos, la rigidez de sus miembros, incapaces de defenderse y hasta de cubrir su desnudez.

Al cabo de un rato salió de la iglesia. El sol le cayó sobre los hombros como una bendición. En *campo* Santa Maria Mater Domini, miró al interior de una escalera que se veía por una ventana, y recordó el apartamento que Paola y él, recién casados, visitaron en aquella casa, y cómo los asustó tanto espacio y tanto precio. Dejándose guiar por el instinto, siguió adelante.

Bajó por Ponte del Forner, pasando por delante del único sitio de la ciudad en el que alguien todavía se molestaba en reparar las planchas eléctricas y salió a *campo* San Giacomo dell'Orio. Miró el reloj y vio que aún tenía tiempo de entrar en la iglesia, en la que no había estado desde hacía años.

En la misma puerta, a mano derecha, encontró una estructura de madera que parecía una cabina de votación en un libro infantil. Dentro estaba una joven de cabello oscuro, inclinada sobre un libro. Una lista de lo que parecían ser precios estaba pegada a la derecha de la ventanilla y un cordón de terciopelo rojo separaba la entrada del resto de la iglesia.

—Dos cincuenta, por favor -dijo la muchacha levantando la cabeza.

–¿Residentes también? – preguntó Brunetti, sin conseguir que la voz no le vibrara de indignación. Al fin y al cabo, esto era una iglesia.

–Residentes gratis. ¿Puedo ver su *carta d'identità*?

Sin tratar de disimular su creciente irritación, Brunetti sacó la cartera, la abrió y buscó el documento. Entonces recordó que lo había dejado en el despacho, para que le hiciera la fotocopia que debía adjuntar a la solicitud de renovación del permiso para portar armas.

Sacó la credencial y la pasó por debajo del cristal.

–¿Qué es eso? – preguntó la muchacha. Tenía una voz átona y una cara agradable, incluso bonita.

–Mi credencial de policía. Comisario.

–Lo siento -dijo ella con lo que sin duda quería ser una sonrisa-. Pero necesita la *carta d'identità*. – Deslizó el documento hacia él, volvió a mirarlo y añadió-: Que sea válida.

Años de permanecer de pie delante de la mesa de Patta le habían permitido adquirir la habilidad de leer cabeza abajo, y descubrió que la muchacha leía *Washington Square*.

–¿Lo lee para la escuela?

Ella, desconcertada, miró la credencial, luego el libro, comprendió y dijo:

–Sí. Un Curso sobre la Novela Norteamericana.

–Ah -dijo Brunetti, deduciendo que debía de ser alumna de Paola. Recogió la credencial y la metió en la cartera, que luego guardó en el bolsillo de atrás. Una alumna de la clase de Paola.

Sacó un puñado de monedas, que revolvió hasta encontrar las adecuadas y las puso en la taquilla. La muchacha las recogió, arrancó

un boleto y lo pasó por debajo del cristal.

–*Grazie* -dijo volviendo a la lectura.

–*Prego* -respondió él, entrando en la iglesia por la abertura del cordón.

Salió al cabo de veinte minutos y, dando la vuelta a la iglesia, se dirigió al restaurante. Siguiendo las indicaciones de Antonin, entró en la calle de la izquierda, se detuvo frente a la primera puerta de mano izquierda y leyó los nombres que figuraban al lado de los timbres. Allí estaba: Sambo, el segundo desde abajo.

Brunetti titubeó un momento, miró el reloj y pulsó el timbre. Al cabo de un momento, contestó una voz de mujer:

–¿Sí?

Brunetti habló en veneciano:

–¿Puede decirme, *signora*, si es la casa en la que se reúnen los amigos del hermano Leonardo?

Era audible la ansiedad del tono, pero las causas podían ser múltiples.

–Sí, es aquí. ¿Desea usted unirse a nosotros?

–Vivamente, *signora*.

–Nos reunimos los martes -dijo ella, y agregó rápidamente-: Disculpe que no le invite a subir, pero es la hora de la comida de los niños.

–Yo soy el que debe pedir disculpas, *signora*. Sé lo que es eso, y no la molesto más. ¿Puede decirme a qué hora empieza la reunión?

–A las siete y media. Así la gente puede estar en su casa a la hora de cenar.

–Comprendo. Está bien -respondió Brunetti-. Ahora vaya a dar de comer a sus hijos, *signora*. Por favor. Hasta el martes -dijo Brunetti en el tono más amable de que era capaz, y dio media vuelta. A su espalda, sonó una voz metálica que preguntaba:

–¿Su nombre, *signore*?

Brunetti emitió un sonido indescifrable terminado en «etti». No quería mentir, todavía. Tiempo habría para eso el martes.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9

Vianello y Brunetti se encontraron frente a la Banca di Roma, debajo del reloj, a las siete y cuarto del martes, acompañados por sus respectivas esposas, que habían mostrado, si no entusiasmo, por lo menos, la suficiente curiosidad para avenirse a asistir a la reunión.

Después de que las mujeres intercambiaran besos, los cuatro se alejaron de Rialto, camino de San Giacomo dell'Orio. Las mujeres iban detrás de Vianello y Brunetti, mirando escaparates y haciendo comentarios tanto sobre los artículos expuestos como, al igual que todos los venecianos, sobre los cambios que se habían producido en el carácter de las tiendas durante los últimos años, orientados a satisfacer los gustos de los turistas.

–Ellos, por lo menos, siguen aquí -dijo Paola parándose frente al escaparate de Mascari para admirar los frutos secos.

Nadia, por lo menos un palmo más baja y bastante más ancha que Paola, dijo:

–Mi madre todavía habla de cuando te envolvían la compra en papel de periódico. Ahora vive en Dolo con mi hermano, pero aún pide los higos de Mascari. No los come, si no reconoce el papel. – Meneando la cabeza con resignación, reanudó la marcha detrás de los hombres, que ya se habían perdido de vista.

Al salir a *campo* San Giacomo dell'Orio, ellos se pararon a esperarlas y los matrimonios se emparejaron. Brunetti los condujo hacia la callejuela y se paró delante de la puerta de la casa. Llamó al timbre de Sambo y, sin que mediara pregunta alguna, la puerta se abrió con un zumbido. No se advertía nada especial en la entrada: suelo de mármol blanco y naranja, arrimaderos de madera oscura, un poco deteriorados por la humedad y mala iluminación.

En lo alto del segundo tramo de escaleras, salía al rellano un murmullo de voces. Brunetti, sin saber si llamar con los nudillos a la puerta abierta, se asomó al recibidor y gritó:

–*¿Signora Sambo?*

Por una puerta de mano derecha apareció una mujer baja, de cabello castaño claro, que asió la mano de cada uno de ellos entre las dos suyas y les dio un beso en cada mejilla, diciendo ceremoniosamente:

–Bienvenidos a nuestra casa. – Hizo que la frase sonara como si su casa fuera también la casa de ellos.

Tenía ojos oscuros, con el borde exterior del párpado sesgado hacia abajo, lo que daba a su rostro un aire francamente oriental, aunque su fina nariz y su cutis claro tenían que ser europeos.

–Pasen a reunirse con los otros. – La mujer volvió a sonreír antes de dar media vuelta para guiarlos a otra habitación. Era una sonrisa que indicaba el enorme placer que su presencia le producía.

Por el camino, Brunetti y Vianello habían convenido en que -puesto que ignoraban las consecuencias legales que su presencia podía tener-sería preferible dar sus verdaderos nombres, pero la franca e incondicional hospitalidad de la mujer había obviado la cuestión.

La sala a la que fueron conducidos tenía una larga hilera de ventanas que, lamentablemente, daban a las ventanas de la casa de enfrente. Una veintena de personas estaban de pie junto a una mesa arrimada a una pared, en la que se veían vasos y una hilera de botellas de agua mineral y zumos de fruta. Varias filas de sillas plegables estaban colocadas de espaldas a las ventanas, de cara a un sillón de alto respaldo, situado contra la pared del fondo. Nadie fumaba.

–¿Desean beber algo? – preguntó la anfitriona.

En respuesta a los deseos expresados por los recién llegados, sirvió zumos a las señoras y agua mineral a los caballeros. Mirando en derredor, Brunetti observó que esta elección era la norma.

Los hombres, lo mismo que él y Vianello, vestían de americana y corbata, y las mujeres llevaban pantalón o falda por debajo de las rodillas. Ni una barba, ni un tatuaje a la vista, ni *piercings*, aunque algunos de los presentes parecían veinteañeros. El maquillaje de las mujeres era discreto; y los escotes, recatados.

Brunetti se volvió hacia Paola y la vio hablar con una pareja de mediana edad. Cerca de ella estaba Vianello, con su vaso en la mano, mientras Nadia sonreía a lo que le decía una mujer de pelo blanco que le había puesto la mano en el antebrazo con familiaridad.

La habitación estaba decorada con platos de cerámica con nombres de restaurantes y pizzerías. El más próximo a Brunetti tenía pintados motivos folclóricos: una pareja ataviada con traje típico -falda larga y zapatos altos la mujer, y pantalón bombacho y sombrero de ala ancha el hombre- sobre un paisaje presidido por un humeante volcán y bajo la inscripción: «Pizzeria Vesuvio», en letras color de rosa formando arco.

En la pared del fondo, encima del sillón, estaba colgado un gran crucifijo con ramas de olivo insertadas en forma de aspa entre la madera y la pared. Por una puerta lateral, Brunetti vio una cocina con altos recipientes de cristal en la encimera que contenían pasta, arroz y azúcar, y una reserva de zumos de fruta en envases de cartón.

Volvió a mirar a Paola y oyó decir a la mujer de mediana edad:

–...sobre todo, si uno tiene hijos.

El hombre asintió, y Paola dijo:

–Desde luego.

Brunetti notó de pronto que a su espalda se apagaba el rumor de las conversaciones. Vio que Paola miraba hacia el silencio y él se volvió a su vez, para encararse con él.

En la pared de enfrente de la cocina se había abierto una puerta y un hombre alto estaba de espaldas a ellos, cerrándola. Brunetti vio pelo gris, muy corto, una fina franja blanca sobre el cuello de una chaqueta negra y unas piernas muy largas, enfundadas en un deforme pantalón negro. El hombre cruzaba la habitación. Tenía cejas muy pobladas, de un gris más pálido que el cabello, la nariz grande y la cara rasurada. Los ojos parecían casi negros, por el contraste con las cejas. La boca, cordial y relajada, mostraba una expresión que fácilmente podía convertirse en sonrisa.

Mientras avanzaba lentamente, el hombre saludaba con un movimiento de la cabeza a algunos de los presentes, y a un par de ellos les dijo unas palabras y puso la mano en el brazo pero sin detener su avance hacia el sillón de la pared.

Como por tácito acuerdo, todos dejaron los vasos en la mesa y fueron hacia las bien alineadas sillas plegables. Brunetti, Vianello y sus cónyuges se sentaron en la última fila. Desde su sitio, Brunetti podía ver no sólo al hombre que ahora estaba frente a ellos sino el perfil de algunos de los que ocupaban las sillas de delante.

El hombre alto miró a la concurrencia y sonrió. Levantó la mano derecha, señalándolos con los dedos ligeramente arqueados, en un ademán que Brunetti había visto en infinidad de cuadros que representan al Cristo resucitado. Pero el hombre no esbozó siquiera una bendición sobre las cabezas de su auditorio.

La sonrisa que prometían sus labios floreció en el momento en que empezó a hablar.

—Me causa gran alegría encontrarme otra vez con vosotros, amigos, porque ello significa que, juntos, podemos contemplar la idea de hacer el bien en este mundo. Como sabéis, vivimos unos tiempos en los que no

se apreciaba mucho bien donde más nos gustaría verlo. Ni vemos mucha virtud en las personas que tienen deber de dar ejemplo.

El hombre no especificaba, observó Brunetti, quiénes podían ser tales personas. ¿Políticos? ¿Sacerdotes? ¿Médicos? Según Brunetti, tanto podía referirse a cineastas como a artistas de televisión.

–Pero, antes de que me preguntéis de quién hablo -prosiguió el hombre alzando las manos como para contener con el ademán sus preguntas no formuladas-, permitid que os diga que hablo de nosotros, de los que estamos en esta habitación. – Sonrió como para dar a entender que bromeaba e invitarles a compartir su regocijo-. Es fácil hablar de la obligación de dar buen ejemplo que tienen los políticos, los curas, los obispos y qué sé yo quién. Pero no podemos obligarlos a comportarse del modo que creemos correcto si nosotros no estamos dispuestos a comprometernos a obrar con rectitud. – Calló un largo momento y añadió-: Y mucho me temo que ni aun así.

»La única persona en la que podemos influir para que haga lo que consideramos justo es cada uno de nosotros mismos. No la esposa, ni el marido, los hijos, los parientes, los amigos, los compañeros de trabajo, ni los políticos a los que hemos elegido para que actúen en nombre nuestro. Podemos pedírselo, sí, y podemos quejarnos de ellos cuando no hacen lo que consideramos correcto. Y podemos murmurar de nuestros vecinos. – Aquí dejó asomar a sus labios una sonrisa de complicidad, como insinuando que él era de los primeros en hacerlo-. Pero no podemos influir en su comportamiento de modo positivo.

»Lo cierto es que no podemos obligar a las personas a ser buenas; no podemos golpearlas como se golpea con un palo a un burro o un caballo. Sí, desde luego, podemos obligarlas a que hagan ciertas cosas: podemos obligar a los niños a que hagan los deberes o a la gente a que nos dé dinero y podemos dar ese dinero a una obra de caridad. Pero ¿qué pasa cuando guardamos el palo? ¿La gente sigue dando dinero? ¿Los niños siguen haciendo los deberes?

Algunas de las personas que estaban delante de Brunetti movieron la cabeza negativamente y cuchichearon con el vecino. Él miró a Paola y la oyó decir:

–Es listo.

–...sólo a nosotros mismos podemos obligarnos a hacer buenas obras, porque sólo a nosotros mismos podemos convencernos de que queremos hacer buenas obras. Sé que esto puede parecer un insulto a la inteligencia de los que estáis aquí, y pido perdón. Pero es una verdad, por lo menos a mí me lo parece, una verdad tan evidente que es fácil que se nos escape. No podemos obligar a la gente a querer hacer las cosas.

»Estoy seguro de que muchos de vosotros ya estaréis pensando que para mí es muy fácil hablar de hacer el bien. De acuerdo: es muy fácil sentarse aquí y decir a la gente que debe hacer el bien, pero no es nada fácil decidir qué es el bien. Ya sé, ya sé, los que habéis estudiado más que yo, que probablemente seréis la mayoría, o eso me temo -dijo con la justa nota de modestia-, sabéis que los filósofos han hablado de eso durante milenios, y siguen hablando.

»Sin embargo, mientras los filósofos discuten y escriben tratados sobre ello, vosotros y yo comprendemos, por intuición, lo que es el bien. En el mismo momento en que vemos u oímos una cosa, lo sabemos: esto es bueno, aquello es bueno, eso otro no es bueno. – Cerró los ojos y, cuando los abrió, pareció estudiar el suelo que tenía delante de los pies-. No me incumbe a mí deciros lo que es bueno y lo que no. Pero os aseguro que una buena obra casi siempre da paz de espíritu tanto al que la recibe como al que la practica. No le proporciona más riqueza ni bienes materiales, una casa más grande, ni un coche mejor, sino, simplemente, el conocimiento de que la suma del bien en el mundo se ha incrementado. Tanto si dan como si reciben después se sentirán más ricos de espíritu y vivirán con más facilidad en este mundo. – Levantó la cabeza y miró a la cara a los presentes, uno a uno-. Y en la raíz de esta idea del bien está algo tan simple como la caridad y la generosidad

de espíritu. Nosotros, que nos reunimos con espíritu cristiano, buscamos ejemplos de caridad cristiana en los Evangelios, en las Bienaventuranzas y en el testimonio que nos dio Jesucristo con sus actos en el mundo y en su trato con los demás. Él era fuente inagotable de perdón y de paciencia, y su cólera, las pocas veces en que afloró, fue provocada por ofensas que también nosotros condenamos: convertir la religión en un negocio en el que lo único que importa es el beneficio, y corromper a los niños.

Hizo una pausa y prosiguió:

–Algunas personas me preguntan cómo deben comportarse. – Sonrió como si la idea le pareciera absurda-. Es poco lo que yo puedo decirles, porque ante sus ojos tienen ya el ejemplo de la vida de Cristo y de su predicación. Por lo tanto, haré lo más fácil y natural: pidiros que habléis con mi jefe. – Se rió y la sala lo imitó-. Mejor dicho, «nuestro» jefe, porque creo que todos los presentes creéis que Él es quien puede decirnos y enseñarnos con su ejemplo como hacer el bien. Él nunca usó el palo, ni pensó en usarlo. Él sólo quería que supiéramos que el bien está ahí, que podemos elegirlo y que Él quiere que lo elijamos.

Calló, levantó la mano a la altura del hombro y la dejó caer. Como el silencio se prolongara, Brunetti pensó que la plática había terminado y se volvió hacia Paola, pero entonces el hombre siguió hablando, por el mismo tenor. Citando los Evangelios, dio ejemplos de la caridad y la bondad de Cristo, haciendo resaltar el amor que lo movía a obrar así. Habló del sacrificio de Cristo, describió con vivido detalle los sufrimientos de la Pasión, explicando que Cristo la había aceptado por el bien de la Humanidad. Porque no podía haber un bien mayor, dijo, que el don de la salvación.

Repitió que Cristo no había necesitado palo. La metáfora, tan repetida, podría haber sonado manida o absurda en boca de una persona que no hubiera estado en tan buena armonía con su auditorio. Al contrario, su simplicidad y el tono en que él proponía tan grotesca posibilidad, impresionaban con más fuerza a sus oyentes. Brunetti

reconocía la potencia retórica de la figura, por muy absurda que le pareciera.

Transcurrió otro cuarto de hora, y la atención de Brunetti derivó del orador al auditorio. Vio gestos de asentimiento y gente que se volvía a cuchichear con el vecino; vio a hombres que oprimían la mano de la mujer que tenían al lado; vio a una mujer abrir el bolso y sacar un pañuelo para enjugarse los ojos. Al cabo de otros cinco minutos, el orador inclinó la cabeza, juntó las manos y se las llevó a los labios.

Brunetti esperaba aplausos, pero no sonaron. La señora Sambo, que estaba sentada en primera fila, se levantó. Dio un paso adelante y se volvió de cara a la sala.

–Creo que esta noche se nos ha dado mucho tema de reflexión. – Sonrió, se miró los pies un momento y alzó otra vez los ojos hacia el auditorio. Brunetti observó que la ponía nerviosa hablar en público. Sin dejar de sonreír, ella prosiguió: Pero todos tenemos familias y tareas que atender, por lo que creo que ya es hora de que volvamos al mundo... -Su sonrisa se acentuó, lo mismo que su nerviosismo... y perseveremos en el esfuerzo diario para hacer el bien a los demás, familia, amigos y desconocidos.

Lo dijo torpemente, y ella se daba cuenta, pero a ninguno de los presentes parecía importarle, a juzgar por la expresión de sus rostros. La gente se levantó, unos cuantos fueron a hablar con ella y otros con el hombre del sillón, que se puso en pie al verlos acercarse.

Brunetti y Vianello se miraron, tomaron del brazo a sus esposas y fueron los primeros en salir.

CAPÍTULO 10

Los cuatro bajaron la escalera y salieron a la calle sin decir palabra. Se dirigieron a San Giacomo dell'Orio y cruzaron el *campo*. Cuando entraban en la callejuela que los llevaría a Rialto, Brunetti vio a Paola, que iba delante, mirar por encima del hombro, como para cerciorarse de que no venía detrás ninguna de las personas que habían asistido a la reunión. Al no ver a nadie, se paró, dio media vuelta y se acercó a Brunetti. Incluyó la cabeza, apoyando la frente en el pecho de él. Con la voz ahogada por la tela de la chaqueta, dijo:

–Yo soy la única que puede desear hacerme a mí misma el bien de echarme alcohol en el cuerpo. Si no me hago ese bien ahora mismo, me volveré loca. Si no tomo un trago, desfalleceré y pereceré.

Una impávida Nadia oprimió el hombro de Paola en ademán de consuelo.

–También yo deseo ese bien -dijo, y a Brunetti-: Y tú puedes hacer una obra de misericordia salvando la vida de esta mujer, y la mía, con una copa.

–Prosecco? – sugirió él.

–El cielo te lo compensará -asintió Nadia.

Brunetti estaba sorprendido. Hacía años que conocía a Nadia, casi los mismos que a Vianello. Pero el trato había sido superficial: unas frases al teléfono cuando él llamaba al marido y alguna que otra demanda de información sobre personas a las que ella podía conocer. Pero nunca había visto en ella a la persona, al ser individual, dotado de mente, espíritu y, al parecer, sentido del humor. Por más que ahora lo violentara reconocerlo, aun ante sí mismo, para él, Nadia había sido un apéndice de Vianello.

Brunetti sabía que, de vez en cuando, Paola la llamaba y salían a tomar café o a dar un paseo, pero nunca le decía de qué hablaban, o él

nunca preguntaba. Y ahora, al cabo de tantos años, Nadia era una desconocida.

En lugar de ahondar en esas reflexiones, Brunetti los llevó a un bar situado a mano izquierda y pidió al camarero *prosecco* para cuatro. Cuando llegó el vino, prescindiendo de brindis, bebieron y dejaron las copas en el mostrador con suspiros de alivio.

–¿Y bien? – preguntó Vianello, y nadie imaginó que la pregunta se refería a la calidad del vino.

–Todo muy balsámico -dijo Paola-, muy sentido y beatífico.

–Positivo y reconfortante -agregó Nadia-. No ha criticado a nadie, no ha hablado del pecado y sus consecuencias. Todo muy elevado.

–Dickens tiene un predicador -dijo Paola-, en *Casa desolada*, me parece. – Cerró los ojos de un modo que a Brunetti le era familiar de antiguo. Casi le parecía verla buscar en los miles de páginas almacenadas en su memoria. Ella abrió los ojos-. Ahora no recuerdo el nombre, pero lo que importa es que tiene subyugada a la esposa de Snagsby, el letrado, por lo que es invitado permanente en su mesa, donde no hace más que verter perogrulladas y hacer preguntas retóricas sobre la virtud y la religión. El pobre Snagsby no desea otra cosa que clavarle una estaca en el corazón, pero su mujer lo tiene tan dominado que ni siquiera se ha dado cuenta de ese deseo.

–¿Y? – preguntó Brunetti, curioso por averiguar por qué Paola los había llevado a todos a cenar con el tal Snagsby, quienquiera que fuese.

–Existe cierto parecido genérico entre él y el hombre al que acabamos de escuchar, el hermano Leonardo, si realmente se llama así -respondió Paola, y Brunetti recordó que ni la *signora* Sambo ni ninguno de los presentes había mencionado el nombre del orador en toda la sesión-. Nada de lo que ha dicho es excepcional, son los mismos lugares comunes que puedes leer en los editoriales de *Famiglia Cristiana* -

prosiguió Paola, y Brunetti se preguntó desde cuándo leía ella esta revista-. Pero son las cosas que le gusta oír a la gente, desde luego.

–¿Por qué? – preguntó Vianello, que miró al camarero señalando las cuatro copas.

–Porque no les obligan a hacer algo -respondió Paola-. Sólo tienen que «sentir» el bien, y eso les hace suponerse acreedores al mérito de haber hecho algo. – Su voz se impregnó de desdén al añadir-: Es tan terriblemente americano.

–¿Por qué americano? – preguntó Nadia alargando la mano hacia una de las nuevas copas que el camarero había dejado en el mostrador.

–Porque esa gente piensa que basta con sentir las cosas. Han llegado a creer que es más importante sentir que hacer, o que viene a ser lo mismo, o, en todo caso, que tan encomiable es lo uno como lo otro. ¿Qué ha dicho siempre ese fantasma de Presidente que tienen ahora? «Siento vuestro dolor.» Como si eso sirviera de algo. Hasta un cerdo se moriría de asco. – Paola tomó su copa y bebió un buen trago-. Lo único que necesitas es tener buenos sentimientos -prosiguió-. Porque los sentimientos están de moda. Y ya puedes presumir de sensibilidad. Así no tienes que «hacer» nada. Sólo exhibir tus preciosos sentimientos y la gente se romperá las manos aplaudiéndote y alabándote por tener los mismos sentimientos que tiene cualquier criatura normal.

Brunetti rara vez había visto a Paola reaccionar con tanta vehemencia.

–Bueno, bueno -dijo en tono apaciguador, tomando un sorbo de *prosecco*.

Ella volvió la cabeza vivamente con ojos de sorpresa. Pero entonces él la vio recapacitar y tomar otro buen trago antes de decir:

–Debe de haberme afectado el estar expuesta a tanta bondad -dijo-. Esa bondad se me sube a la cabeza y hace aflorar lo peor de mi

carácter.

Todos rieron y la conversación se hizo general.

–A mí me pone nerviosa que la gente no use palabras concretas al hablar -dijo Nadia.

–Por eso nunca escucha a los políticos -dijo Vianello rodeándola con el brazo y atrayéndola hacia sí.

–¿Es así como la seduces, Lorenzo? – preguntó Paola-. ¿Le lees una lista de palabras cada mañana?

Brunetti miró a Vianello, que dijo:

–Yo tampoco soy un gran admirador de los predicadores, y menos de los que procuran que lo que te dicen no suene a sermón.

–Pero él no predicaba, ¿verdad? – preguntó Nadia-. En realidad no.

–No -dijo Brunetti-. En absoluto. Pero me parece que no deberíamos olvidar que estaba viendo a cuatro personas desconocidas, y quizá por eso ha decidido mantenerse en un tono suave y general hasta averiguar quiénes éramos.

–¿Y soy yo la que pasa por tener una pobre opinión de la naturaleza humana? – preguntó Paola.

–Es sólo una posibilidad -dijo Brunetti-. Me han dicho que después de la charla suele haber una colecta o, por lo menos, la gente le entrega sobres, pero esta noche no ha sido así.

–Por lo menos, mientras estábamos allí nosotros -dijo Nadia.

–Cierto -reconoció Brunetti.

–¿Qué hacemos entonces? – preguntó Paola. Y, mirando a Brunetti, añadió:- Si me pides que vuelva, nuestro matrimonio podría estar en

peligro.

–¿Peligro, peligro? – preguntó él.

Brunetti la vio fruncir los labios mientras meditaba la respuesta.

–No tanto, supongo -admitió ella finalmente-. Aunque quizá la idea de volver me hiciera beberme a media tarde el jerez de cocinar.

–Eso ya lo haces -dijo él poniendo fin a la discusión acerca del hermano Leonardo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

Al día siguiente, Brunetti apenas se había sentado a su mesa cuando recibió una llamada de la *signorina* Elettra, recién regresada de Abano, quien le comunicó que el *vicequestore*, también de regreso del seminario de Berlín sobre el crimen organizado, deseaba cambiar impresiones con él. La fórmula «cambiar impresiones» sonó de un modo extraño en los oídos de Brunetti. Su tono neutro y mesurado estaba exento de la ácida agresividad habitual en Patta pero tampoco sugería la falsa afabilidad que utilizaba el *vicequestore* cuando quería pedir un favor.

La curiosidad llevó a Brunetti a la escalera y al despacho de la *signorina* Elettra. Enseguida notó un cambio, pero tardó un momento en darse cuenta de lo que era: encima de la mesa, donde él se había acostumbrado a ver la voluminosa consola del ordenador, estaba ahora una delgada pantalla negra. El amplio teclado gris había sido sustituido por un fino rectángulo negro en el que unas teclas lisas parecían tratar de hacerse invisibles.

La vestimenta elegida por la *signorina* Elettra en el día de su reincorporación armonizaba con el teclado: jersey de lana con dibujo en gris y negro, idéntico, recordó Brunetti, al que Paola le había señalado la semana anterior en el escaparate de Loro Piana, y pantalón negro del que asomaban las puntas de unos zapatos salón de charol negro, afiladas como estoques.

—¿Tiene idea de qué impresiones desea cambiar? — preguntó Brunetti a modo de saludo.

La *signorina* Elettra desvió la atención de la pantalla. Brunetti vio borrar la sonrisa de sus labios, para dejar paso a una expresión atenta y formal.

—Creo que el *vicequestore* se interesa por el tema de la «multi-cultural sensitivity», comisario -respondió ella.

–¿Berlín? – preguntó Brunetti.

–Eso deduzco, de las notas que me ha dado para el informe al *questore* sobre la conferencia.

–¿«Multi-cultural sensitivity»?

–Precisamente.

–¿Tiene eso algún significado en nuestro idioma? – preguntó Brunetti.

Con gesto ausente, ella asió un lápiz por la punta y golpeó con la goma uno de los papeles que tenía encima de la mesa.

–Por las notas que me ha dado, supongo que significa que se dictarán nuevas directrices sobre el comportamiento de los agentes en situaciones en las que intervengan *extracomunitari*.

–¿Todos los extranjeros en general o sólo los *extracomunitari*? – preguntó Brunetti.

–Ni europeos ni norteamericanos. Creo que la expresión que se utilizaba antes era «tercermundistas» o «pobres».

–Que ha sido sustituida por *extracomunitari*.

–Exactamente.

–Entiendo -dijo Brunetti, que se preguntaba si el papel que estaba debajo de la goma del lápiz formaba parte del informe de Patta-. ¿Esta sensibilidad ha de configurarse de una manera concreta?

–Creo que se refiera a la forma en que el agente que efectúa el arresto debe dirigirse al arrestado -dijo ella con voz átona.

–Ah -repuso Brunetti, reduciendo su respuesta a un simple ruido.

–La filosofía imperante parece ser... -empezó ella recalcando la palabra «filosofía» como si la colgara de la pared para hacerle unos cuantos disparos-...la de que los miembros de los grupos minoritarios son víctimas de una postura de... -Se interrumpió y se acercó el papel-. Sí, aquí está -prosiguió usando la goma para señalar el centro de la hoja-: «...una postura de indebida agresividad verbal por parte del agente» -terminó.

–¿Qué es una postura verbal? – preguntó Brunetti.

–Buena pregunta, comisario -dijo ella inclinándose para consultar nuevamente el papel-: «El daño infligido por una represión semejante es tal que, incluso quienes no guardan recuerdo directo de la represión, acusan ese daño en su vocabulario psíquico, por lo que cualquier reintroducción de un comportamiento opresivo dañará su autoestima, especialmente en los casos en los que esa autoestima esté ligada a tradiciones tribales, religiosas, raciales o culturales.» -Levantó la cabeza-: ¿Sigo?

–Si cree que pueda tener sentido, continúe, por favor.

–No estoy segura de que lo tenga, pero este párrafo puede interesarle.

–Soy todo oídos.

Ella apartó la hoja y deslizó la goma por la que estaba debajo.

–Ah, sí -dijo-: «A causa del actual enriquecimiento étnico y cultural de nuestra sociedad, tiene redoblada importancia que las fuerzas del orden acepten con tolerancia y paciencia la diversidad cultural de nuestros residentes recién llegados. Sólo con una política amplia de miras, de aceptación de la pluralidad cultural, podemos demostrar la sinceridad de nuestra disposición a acoger a quienes han decidido labrar su futuro entre nosotros.» -Levantó la cara y sonrió.

–¿Podría traducírmelo?

–Verá -empezó ella-. He leído todas las notas, por lo que sé lo que sigue, pero me parece que el meollo es que pronto va a ser más difícil todavía arrestar a los *extracomunitari*.

La franqueza y claridad de la explicación, cualidades ausentes de la mayoría de los documentos que pasaban por la mesa de Brunetti, dejaron al comisario momentáneamente atónito.

–Comprendo -dijo-. ¿Está él? – Señaló el despacho de Patta con un movimiento de la cabeza, aunque no hacía falta preguntar, ya que ella acababa de llamarle.

–Está y lo aguarda -respondió la *signorina* Elettra, sin asomo de contrición por haber impedido con su charla que Brunetti acudiera con presteza a la llamada de su superior.

Brunetti golpeó la puerta con los nudillos y entró en el despacho al oír la voz de Patta. El *vicequestore* estaba sentado detrás de su mesa, en estudiada, casi escultórica, pose.

–Ah, comisario, buenos días -dijo Patta-. Siéntese, por favor.

Viendo que el *vicequestore* tenía unos papeles ante sí, Brunetti eligió la silla más próxima a la mesa. Patta se había dirigido a él por su rango, lo que podía ser buena señal, ya que indicaba respeto; pero también podía ser malo, porque aludía a su condición de subordinado. La expresión de Patta parecía bastante cordial, aunque la experiencia había enseñado a Brunetti a no fiarse de las apariencias: las víboras se solazan al sol en las piedras, ¿no?

–¿Ha sido provechosa la conferencia, *dottore*? – preguntó Brunetti.

–Ah, sí, Brunetti -dijo Patta echando el cuerpo hacia atrás, extendiendo las piernas y cruzando los tobillos-. Muy provechosa, sí. Es bueno salir del despacho de vez en cuando y ponerse en contacto con los colegas de otros países. Hacerse una idea de sus puntos de vista, de sus problemas.

–¿Hubo muchas intervenciones interesantes? – preguntó Brunetti, a falta de algo mejor que decir.

–No es con las intervenciones como se aprenden cosas, Brunetti; es hablando con los colegas particularmente, escuchando lo que opinan de lo que ocurre en sus países, en las calles. – Dicho esto, Patta se mostró más expansivo-. Así es como te enteras de lo que pasa. Interconexiones, Brunetti, ése es el secreto. Interconexiones.

Brunetti sabía que los conocimientos lingüísticos de Patta, además del italiano y un palermitano impenetrable, se reducían a unas docenas de palabras de inglés y alguna que otra frase de francés relacionada, muy particularmente, con la gastronomía. Por lo tanto, no podía adivinar en qué lengua habría interconectado su superior.

–Desde luego. Comprendo, sí, señor -respondió Brunetti, que sentía curiosidad por descubrir adónde conduciría la afabilidad de su superior. En el pasado, las lisonjas de Patta solían tener por objeto el desarrollo de ambiciosos proyectos orientados a producir pruebas estadísticas de la mejora de la eficacia policial.

–No necesito recordarle -prosiguió Patta con una voz que destilaba cordialidad- la importancia de acrecentar la atención que prestamos a los temas sectoriales. – Al oír la expresión «temas sectoriales», que Patta pronunciaba con desparpajo de economista televisivo, Brunetti sintió que empezaban a vibrarle los sensores-. Precisamos un enfoque innovador en los temas de pluralidad cultural y tenemos que desarrollar una metodología práctica que nos permita instrumentalizar sistemas eficaces para transmitir nuestro mensaje a un más amplio segmento de la comunidad.

Brunetti asintió y se pellizcó el labio inferior, gesto que había observado que algunos actores utilizaban en el cine para denotar profunda reflexión. Pero, al parecer, el gesto no era suficiente, porque Patta lo miraba sin pestañear, aguardando respuesta, y el comisario emitió un mesurado:

–Hmm, hmm.

Esto bastó, porque Patta prosiguió:

–Con este fin, pienso formar una unidad operativa que se encargue de esos temas -declaró.

Era típico en Brunetti saltar de las películas a los libros, y ahora recordó una de las escenas finales de 1984, en la que Warren Smith, para librarse del horror final, grita: «¡Hacédsele a Julia, a Julia!» Ante la posibilidad de ser designado para esta unidad operativa, Brunetti sintió el impulso de caer de rodillas y gritar: «¡Hágaselo a Vianello, a Vianello!» Pero Patta ya decía:

–En este caso, creo necesario actuar de modo innovador, y he decidido poner a un hombre de la tropa al frente de la nueva unidad. Necesitamos a un hombre que lleve años en el cuerpo y sea representativo de la ciudad.

Brunetti asintió, de completo acuerdo.

–Alvise reúne estos dos requisitos -dijo el *vicequestore*, que se quedó un momento con la mirada extraviada, como contemplando la materialización de su innovador proyecto, y luego clavó los ojos en Brunetti, que ya había tenido tiempo de borrar el asombro de su cara-. Supongo que estará de acuerdo, comisario.

–Efectivamente -convino Brunetti, decidiendo prescindir de la inteligencia y el sentido común.

–Bien -dijo Patta con evidente satisfacción-. Me alegro de que esté de acuerdo conmigo, comisario. – Tan complacido estaba el *vicequestore* con el aparente asentimiento de Brunetti que no añadió el «por una vez» que esperaba su subordinado-. El agente Alvise deberá ser relevado de sus tareas habituales, desde luego -prosiguió y, con un insólito arranque de camaradería, preguntó-: ¿Cree que precisará un despacho aparte?

Brunetti trató de aparentar que reflexionaba antes de responder:

–No, señor. Creo que el agente Alvise preferirá permanecer con sus compañeros. – Como dando por descontada la aquiescencia del vicequestore, Brunetti añadió-: Así podrá beneficiarse de la información que le aporten sus actividades.

–Ya lo había pensado, desde luego. A Alvise le gusta trabajar en equipo, ¿verdad?

–¿Viene bien recomendado? – preguntó Brunetti con auténtica curiosidad.

–Sí -respondió Patta-; el teniente, que será su oficial supervisor, dice que es la persona idónea.

La alusión al teniente Scarpa -ya que Patta no se referiría a otro teniente con tan espontánea familiaridad- hizo que Brunetti se preguntara por qué querría el teniente tener bajo su mando a un idiota como Alvise, pero entonces se dijo que no tenía idea de cuál era el proyecto ni de si el objetivo del teniente no sería el de hacerlo fracasar.

–¿La unidad operativa es un proyecto de ámbito europeo? – preguntó.

–Desde luego -dijo Patta-. Son ideas de envergadura, proyectos de gran calado. Ya es hora de que esta ciudad salga de su modorra y se incorpore al resto de Europa, ¿no cree?

–Indiscutiblemente -respondió Brunetti con la mejor de sus sonrisas, recordando al poeta que había dicho que era bueno que existiera el puente que unía a Venecia con el continente, o Europa estaría aislada-. ¿Y la financiación será europea? – preguntó.

–Sí -respondió Patta no sin orgullo-. Es uno de los beneficios que me he traído de la conferencia. – Miraba a Brunetti, ávido de aprobación.

Esta vez la sonrisa de Brunetti era auténtica, la que produce haber resuelto un problema. Dinero europeo, fondos del Gobierno, un aluvión de dinero de las arcas de una Bruselas generosa y prodigiosamente indiferente, la prodigalidad de los burócratas.

–Muy acertado -dijo Brunetti, admirando la habilidad del vicequestore-. No me cabe duda de que Alvise es la elección perfecta.

La sonrisa de Patta se ensanchó aún más.

–No dejaré de decir al teniente que usted aplaude su elección.

La sonrisa de Brunetti no habría sido más gentil de ser sincera.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 12

La consternación de la *signorina* Elettra al enterarse del nombramiento de Alvise fue total, reacción que se generalizó cuando, en días sucesivos, la noticia corrió por la *questura*. «Alvise, jefe de una unidad operativa», «Alvise, jefe de una unidad operativa»: quienes la oían tenían que repetir la frase, lo mismo que aquel muchacho cuando se enteró de que Midas tenía orejas de asno. No obstante, al final de la semana siguiente, aún no se sabía, en concreto, cuáles eran las tareas y ni siquiera el carácter de la unidad: el personal contenía la respiración observando a Alvise pisar con titubeos los primeros peldaños de la escalera del éxito.

Con frecuencia, se le veía en compañía del teniente Scarpa, y se le oía tutear a su superior, confianza que no se habría tolerado a ninguno de los restantes miembros de la rama uniformada que, por otra parte, tampoco la deseaban. Curiosamente, el de ordinario locuaz Alvise se mostraba reservado acerca de sus nuevas funciones y reacio -quizá por ignorancia- a hablar de la naturaleza y objetivos de la unidad operativa. Él y Scarpa pasaban mucho tiempo juntos en el despachito del teniente, revisando papeles, y este último, hablando por el *telefonino*. Reticencia y discreción, que nunca fueron conceptos que se asociaran a Alvise, pronto se convirtieron en los rasgos característicos de su comportamiento.

Pero en la *questura* las novedades pronto dejaban de serlo y, al cabo de varios días, el personal volvió a desentenderse de Alvise y de sus actividades. Brunetti, sin embargo, estaba intrigado por la cuestión del dinero de Bruselas y sentía curiosidad por averiguar adónde iría a parar. Puesto que el proyecto estaba bajo la supervisión de Scarpa, no le cabía la menor duda de que sería el teniente quien decidiera su destino, y sólo se preguntaba a quién y a qué fin sería asignado.

Daba la impresión de que Berlín había despertado una inusitada actividad en Patta, de cuyo despacho brotaba un caudaloso torrente de memorándums, recordatorios, notas y sugerencias. Sus peticiones de

datos estadísticos sobre el crimen y sus autores generaban olas de informes y, como Patta, hombre de la vieja escuela, no utilizaba el correo electrónico, una marea de papeles subía y bajaba la escalera, entrando y saliendo de los despachos de la *questura*. Hasta que, con la misma brusquedad con que había llegado, aquella marea de palabras se retiró, las aguas volvieron a su cauce, y Alvise siguió siendo la única novedad, al frente de su unidad operativa de un solo hombre.

Durante ese tiempo, el propio Brunetti optó también por olvidar la petición de don Antonin. Ni siquiera la noche en que él y Paola cenaron en casa de los padres de ella, que se iban a Palermo, preguntó a la *contessa* si había averiguado algo. Tampoco su suegra se refirió a su petición.

Al día siguiente a la cena, un lluvioso jueves, Brunetti llegaba a la *questura* a las ocho y media de la mañana cuando vio salir a Vianello, andando deprisa y poniéndose la chaqueta.

–¿Qué sucede? – preguntó Brunetti.

–No lo sé -respondió el inspector, asiéndolo del brazo y llevándolo hacia el muelle, donde Foa, el piloto, estaba en la cubierta de una lancha de la policía, soltando el amarre. Al ver a Brunetti, el agente se llevó la mano a la visera, pero habló a Vianello.

–¿Adónde, Lorenzo?

–Hacia arriba, al *palazzo Benzon* -respondió Vianello.

El piloto les dio la mano para ayudarles a subir a bordo, se volvió hacia el timón y separó la lancha del muelle. Cuando al llegar al Bacino, viró a la derecha, Brunetti y Vianello ya habían bajado a la cabina, para guarecerse de la lluvia.

–¿Qué hay? – preguntó Brunetti, con la voz tensa por el nerviosismo que irradiaba el otro hombre.

–Han visto un cadáver en el agua.

–¿Ahí arriba?

–Sí.

–¿Qué ha pasado?

–No lo sé. Se ha recibido la llamada hace sólo unos minutos. Era un pasajero del Uno, desde Sant'Angelo. El hombre estaba en cubierta y, cuando llegaban al *palazzo* Volpi, vio algo en el agua, cerca de la escalera. Ha dicho que parecía un cadáver.

–¿Y ha llamado aquí?

–No; ha llamado al novecientos once, pero los *carabinieri* no tenían lancha disponible y nos han llamado a nosotros.

–¿Lo ha visto alguien más?

Vianello miró por la ventanilla de su lado; la lluvia arreciaba y un viento del norte la lanzaba contra el cristal.

–Ha dicho que él estaba fuera. – No creyó necesario añadir que pocos viajarían fuera con semejante tiempo.

–Ya -dijo Brunetti-. ¿Y qué se sabe de los *carabinieri*?

–Han dicho que enviarían una lancha lo antes posible.

De pronto, a Brunetti le pareció que en la cabina le faltaba el aire, y se levantó, abrió la puerta y se quedó en el primer peldaño, parcialmente resguardado de la lluvia. Pasaron por delante del *palazzo* Mocenigo, el *imbarcadero* de Sant'Angelo y dejaron atrás la escalera que bajaba hasta el agua, a la izquierda del *palazzo* Benzon.

Brunetti pensó que sería preferible parar el motor, pero, antes de que pudiera decirlo, Foa ya lo había hecho, y la lancha siguió avanzando

hacia la escalera. El silencio duró apenas unos segundos, hasta que Foa volvió a arrancar el motor dando marcha atrás, para frenar la embarcación, que se paró a pocos metros de la escalera que subía al muelle.

El piloto se acercó al costado de la lancha y se inclinó sobre la borda. Al poco rato, levantó un brazo señalando el agua. Brunetti, seguido de cerca por Vianello, salió a la lluvia. Los dos se acercaron a Foa mirando hacia donde señalaba el piloto.

A la izquierda de la escalera, a un metro aproximadamente, flotaba una forma difusa. La lluvia que acribillaba el agua desdibujaba el contorno de lo que tanto podía ser una bolsa de plástico como un periódico. Pero, a poca distancia, flotaba algo más. Un pie.

Vieron el pie, pequeño, unido a un tobillo.

–Lléveme a la calle Traghetto -dijo Brunetti al piloto-. Daré la vuelta andando.

Sin decir palabra, el piloto retrocedió, salió al canal y detuvo la lancha al pie de la escalera de la calle siguiente. La marea estaba baja, dejando ver los dos escalones de acceso al muelle cubiertos de algas. Brunetti podía elegir entre saltar al muelle, que estaría resbaladizo por la lluvia, o pisar las algas, sosteniéndose en el brazo de Vianello. Optó por esto último y, al notar que el pie derecho le resbalaba y golpeaba con la contrahuella del escalón, sintió pánico. Su cuerpo se venció hacia adelante, pero Vianello lo agarró con fuerza salvándolo de caer al agua. Brunetti buscó el equilibrio con la mano derecha, que también se escurrió y chocó con la contrahuella. Sintió la lluvia en la espalda al trepar al muelle. Una vez en tierra, se quedó quieto hasta que se le calmó el temblor de las rodillas.

Brunetti oyó un golpe sordo cuando una ola de través lanzó la lancha contra el muelle. Se volvió y ayudó a Vianello a subir el primer escalón. El inspector no resbaló, y Brunetti lo sostuvo hasta que estuvo arriba.

Tomaron por la primera bocacalle, giraron a la derecha y enseguida otra vez a la derecha, para volver al muelle. Cuando llegaron, tenían los hombros de las chaquetas empapados. Foa mantenía la lancha a cierta distancia.

Brunetti dio unos pasos junto a la pared del edificio del borde del canal y se inclinó a mirar al agua. La masa flotante seguía allí, a su derecha, a un metro del primer escalón. Si se situaba en él, la tendría a su alcance, y Vianello lo sostuvo mientras él se inclinaba hacia adelante.

Brunetti se separó de la pared, con precaución, metió un pie en el agua y bajó al segundo escalón. El agua le llegaba por las rodillas. Ya estaba a su lado Vianello, agarrándolo de la muñeca izquierda. Brunetti se inclinó hacia su derecha, alargó el brazo y palpó la parte más clara de la sombra que estaba en el agua. El delantero derecho de la chaqueta chocó contra la superficie del agua, que ya le llegaba por los muslos y estaba helada.

Seda. Tacto de seda. Brunetti enredó los dedos en las hebras y tiró con suavidad. No tuvo que esforzarse para atraerlo. Subió un peldaño, aquello se acercó y la seda se esparció y le envolvió la muñeca. Pasó una barca cargada de cajas de fruta, rumbo a Rialto. El que iba al timón ni se dignó mirar a los dos hombres que estaban en el borde del agua.

Brunetti se volvió hacia Vianello, que entonces lo soltó y se metió en el agua, a su lado. Brunetti dio un ligero tirón y aquello se acercó. Veían el pie, a poca distancia de la seda; entonces los alcanzaron las olas de la barca, y el pie describió un arco y, lentamente, se acercó a Vianello.

—Que Dios nos asista -murmuró el inspector. Bajó al peldaño inferior, se inclinó, rodeó el tobillo con los dedos y tiró con suavidad. Miró a Brunetti. La lluvia le resbalaba por la cara-. Yo lo haré.

Brunetti soltó la seda pero permaneció al lado de su amigo, preparado para sujetarlo si resbalaba en las algas. Vianello se inclinó hacia adelante y pasó los brazos por debajo del cuerpo y lo sacó del agua. Un trozo de tela largo que colgaba de las piernas se le pegó al pantalón.

Con el cuerpo en brazos, el inspector dio un paso atrás para subir al muelle. Los dos hombres estaban chorreando.

Fuera del agua, Vianello dobló primero una rodilla, luego la otra, se inclinó y depositó el cadáver en el suelo. La falda se desprendió de su pantalón y se deslizó sobre el cuerpo de la chica. Un pie aún estaba calzado con una sandalia de plástico color de rosa, el otro estaba descalzo. Brunetti vio en la piel franjas más claras donde las tiras lo habían protegido del sol. La chica llevaba una chaqueta de punto abrochada hasta el cuello, aunque ya no necesitaba su calor.

Era pequeña, con una aureola de cabello rubio. Brunetti le miró la cara, los pies, las manos y, finalmente, aceptó el hecho de que era una niña.

Vianello se puso en pie como un anciano. De pronto, se oyó un estrépito y enseguida volvió el silencio. Allí estaba Foa, con la lancha casi pegada al muelle.

–Llame a Bocchese -gritó Brunetti al piloto, notando con extrañeza que podía hablar con voz normal-. Que venga un equipo. Y un médico.

Foa agitó una mano para indicar que había entendido y alargó el brazo hacia la radio.

–¿No es preferible que vaya él a buscarlos? – sugirió Vianello-. Aquí no hace nada.

Brunetti dio instrucciones al piloto de regresar y traer al equipo de criminalística. Ni él ni Vianello pensaron en volver con la lancha.

Cuando la embarcación se alejó, ellos se apartaron del pequeño cuerpo y se guarecieron en un portal, vigilando la calle, para impedir que la gente se acercara. De vez en cuando, aparecía alguien por la esquina, que iba o venía de *campo* San Beneto, quizá en busca del siempre cerrado Museo Fortuny, pero la lluvia disuadía a los turistas

de llegar hasta el final de la calle, para contemplar las aguas del célebre Gran Canal.

Al cabo de veinte minutos, Vianello empezó a tiritar, pero rechazó la sugerencia de Brunetti de ir a la calle della Mandola a tomar un café. Brunetti, irritado por su terquedad, dijo:

–Pues yo sí que voy -y se alejó sin más. La lluvia ya no importaba; el chapoteo de los pies en los zapatos lo acompañó hasta que entró en el primer bar que encontró.

El camarero lo miró sin pestañear e hizo un comentario sobre la lluvia, que Brunetti dejó sin respuesta, limitándose a pedirle un *caffè corretto* para tomar y otro en vaso de plástico para llevar. El camarero se los sirvió y Brunetti echó azúcar en los dos. Cuando se iba, el camarero le dijo que podía llevarse el paraguas marrón que estaba al lado de la puerta y devolverlo cuando quisiera.

Agradeciendo el paraguas, Brunetti volvió al muelle. Sin decir nada, puso el café en la mano de Vianello. El inspector retiró la servilleta que cubría el vaso y bebió el café como si fuera medicina, y lo era, en cierto modo. Fue a decir algo, pero se interrumpió al oír un motor que sonaba a su izquierda.

Al cabo de un momento, vieron la lancha de la policía, con Foa al timón y las siluetas de varios hombres en la cabina. Foa llevó la lancha a la calle Traghetti, donde los esperaban Brunetti y Vianello, que no salieron del portal hasta ver al primer técnico doblar la esquina, cargado con una maleta metálica. Poco después, salían Bocchese, el jefe del equipo y el *dottor* Rizzardi. Tras ellos, otros dos técnicos, vestidos con monos blancos desechables, que cargaban con el pesado utillaje de su ingrato oficio. Todos calzaban botas altas de goma.

Antes de que Brunetti pudiera preguntar cómo había podido llegar tan pronto, el doctor explicó:

–Bocchese me ha llamado a casa y se ha ofrecido para recogerme en la Salute. – Pasando junto a Brunetti, se acercó al cuerpo que estaba en el muelle. Rizzardi aflojó el paso al verlo y dijo-: Niños. Odio esto. – Ninguno de los presentes tuvo dificultad para interpretar sus palabras: todos aborrecían que las víctimas fueran niños.

Hasta ese momento, Brunetti no observó que ninguno de ellos llevaba paraguas, y advirtió que había dejado de llover. Probablemente, había subido la temperatura, pero él no lo notaba, con la ropa mojada pegada al cuerpo. Miró a Vianello, que ya no tiritaba.

Cuando se acercaban al cadáver, Brunetti dijo:

–Vianello la ha sacado. Estaba ahí delante, pero quizá no ha caído desde aquí. – Si la niña había entrado en el agua desde allí, las pisadas de ellos dos en los escalones habrían borrado las señales de lo que pudiera haber ocurrido.

Bocchese, Rizzardi y el primer técnico se arrodillaron alrededor del cuerpo, y Brunetti, por una perversa asociación de ideas, pensó en los cuadros de la Adoración de los Reyes, con los Magos de Oriente arrodillados alrededor de otra criatura. Ahuyentó el pensamiento y se acercó al grupo.

–¿Diez años? – preguntó Rizzardi a nadie en particular mirando la cara de la niña. Brunetti trató de recordar el aspecto de Chiara a los diez años, lo pequeña que era, pero el recuerdo no llegaba.

La niña tenía los ojos cerrados, pero no parecía dormir. Brunetti se preguntaba de dónde habría salido el mito de que los muertos aparentan estar dormidos. Los muertos parecen muertos: tienen una inmovilidad que los vivos no pueden imitar. Los malos pintores, las novelas sentimentales, una comprensible ilusión pueden dar esa impresión, pero los muertos parecen lo que son.

Rizzardi tomó una mano de la niña y buscó el pulso, una formalidad absurda que a Brunetti le pareció conmovedora. El médico dejó la

mano en el suelo y miró el reloj. Levantó un párpado y Brunetti captó un destello verde o azul, pero el doctor lo cerró enseguida. Con las dos manos, le abrió la boca y examinó el interior, luego le oprimió el pecho con una mano, pero no salió agua, suponiendo que fuera eso lo que él esperaba.

Rizzardi levantó la falda hasta encima de la rodilla. La tela había quedado aprisionada debajo del cuerpo, y la dejó como estaba. Subió los puños del jersey, pero no había marcas en las muñecas. Volvió a tomar la mano y esta vez le dio la vuelta y examinó la palma. La piel estaba áspera, arañada, como si se hubiera agarrado a una superficie abrasiva. Señales parecidas tenía la otra palma. Rizzardi se inclinó más para examinar las uñas y volvió a dejar las manos en el suelo.

En silencio, Bocchese entregó dos bolsas de plástico transparente al doctor, que cubrió con ellas las manos de la niña y las ató.

–¿Alguien ha denunciado la desaparición de una niña? – preguntó Rizzardi.

–Hasta ayer, nadie, que yo sepa -respondió Brunetti. Miró a Vianello y éste movió la cabeza negativamente.

–Podría ser hija de turistas -dijo Rizzardi-. Nórdicos. Pelo rubio y ojos claros.

Lo mismo podría decirse de Paola, pensó Brunetti, pero calló.

El médico se puso en pie y en aquel instante el sol se abrió paso entre las nubes e iluminó la escena de unos hombres que rodeaban el cuerpo de una niña tendido en el suelo. Bocchese bajó la mirada y, al ver que su sombra se proyectaba sobre la cara de la niña, rápidamente, dio un paso atrás.

–No sabré algo seguro hasta que le haga la autopsia -dijo Rizzardi, y Brunetti observó que el médico había evitado sus expresiones habituales «abrir la» o «echar un vistazo».

–¿Alguna idea? – no pudo menos que preguntar Brunetti.

El médico movió la cabeza negativamente.

–No hay señales de violencia más que en las manos.

Vianello dejó oír un gruñido interrogativo.

–Las abrasiones -explicó el médico-. Pueden darnos un indicio de dónde estaba antes de que ocurriera esto. – Volviéndose hacia el técnico, dijo-: Espero que encontremos algo sobre lo que pueda trabajar, Bocchese.

El técnico, que nunca se mostraba muy locuaz, no había dicho nada desde su llegada. Al oír su nombre, pareció salir de un trance. Miró alrededor y preguntó a Brunetti:

–¿Han terminado?

–Sí.

Bocchese dijo entonces a su ayudante:

–Vamos a hacer las fotos.

CAPÍTULO 13

–La gente no pierde niños -dijo Paola aquella noche antes de la cena cuando él le contó los sucesos del día-. Extravían las llaves o el *telefonino*, pierden la cartera, o se la roban, pero no pierden a sus hijos, y menos si sólo tienen diez años. – Calló, mirando la cebolla que tenía preparada en la tabla de picar y añadió-: No puedo entenderlo, en serio. A menos que sea como en ese pasaje del evangelio de Lucas, en el que Jesús va a Jerusalén con sus padres y al regreso ellos lo pierden.

Santo Dios, esta mujer era capaz de leer cualquier cosa.

–Al cabo de tres días -prosiguió ella pelando y empezando a picar la cebolla-, lo encuentran en el templo, discutiendo con los doctores de la Ley.

–¿Y piensas que con esta niña puede haber ocurrido algo así?

–No -respondió ella dejando el cuchillo y volviéndose a mirarlo-. Creo que prefiero no pensar en la alternativa.

–¿Que la han matado?

Paola se agachó a sacar una sartén del armario.

–Perdona, Guido, pero no puedo hablar de esto. Por lo menos, en este momento.

–¿Puedo ayudar? – preguntó él, esperando que ella dijera que no.

–Ponme una copa de vino y vete a leer -dijo Paola, y eso hizo él.

Meses atrás, Brunetti, espoleado por las diatribas de su esposa contra el teatro y el cine contemporáneos, que ella tachaba de franca basura, se puso a releer a los dramaturgos griegos. Al fin y al cabo, ellos fueron los padres del teatro, lo que quizá los convertía en abuelos del cine, aunque le dolía formular contra ellos semejante acusación.

Había empezado por *Lisístrata* -elección que Paola había aplaudido calurosamente- y seguido con la *Orestíada*, que le había dejado el mal sabor de boca de comprobar que ya dos mil años atrás nadie parecía capaz de comprender el significado de la justicia. Luego leyó *Las nubes*, con su deliciosa parodia de Sócrates, y ahora estaba con *Las troyanas*, en la que sin duda no se parodiaba nada ni a nadie.

Esos griegos sabían de las cosas. Sabían de la compasión y sabían más aún de la venganza. Y sabían que la diosa Fortuna danzaba sin ton ni son de un lado al otro. Y sabían que nadie es siempre afortunado.

El libro le cayó sobre el pecho y él se quedó mirando por la ventana al cielo que se oscurecía. Esta noche no podía leer lo de la muerte de Astianax, esta noche no. Cerró los ojos y la oscuridad total avivó el recuerdo de la niña muerta, el roce de la seda de su pelo en la muñeca.

Se abrió la puerta de la escalera con más ruido del que debe hacer una puerta al abrirse, y Chiara entró acompañada de su estrépito habitual. Brunetti no comprendía cómo una niña de aspecto tan delicado podía generar tanto ruido. Tropezaba con los muebles, golpeaba la mesa al dejar los libros, volvía las páginas de los libros con el tableteo de una moto *scooter* y siempre conseguía tintinear en el plato con el cuchillo y el tenedor.

Oyó que se paraba en la puerta y le gritó:

–*Ciao, angelo mio.*

Ella golpeó varias veces la pared con la mano y, finalmente, se encendió la luz del rincón.

–*Ciao, papà. ¿Te escondes de la mamma?*

Él la vio en la puerta, una versión reducida de Paola, aunque, de pronto, no parecía tan reducida. ¿Cuándo había crecido esos centímetros y por qué no lo había notado él?

–No; estaba leyendo.

–¿A oscuras? Qué hábil.

–Verás -explicó él-, estaba leyendo y luego me he puesto a pensar en lo que había leído.

–¿Como dicen en la escuela que debemos hacer? – preguntó ella con aire inocente, acercándose y dejándose caer en el sofá, a su lado.

–¿Supongo que lo preguntas en broma? – dijo él ladeando el cuerpo para darle un beso.

Ella se rió.

–Claro que es broma. ¿Para qué vas a leer si no para pensar en lo que lees? – Se recostó en el sofá y puso los pies en la mesita, al lado de los de él, haciéndolos oscilar de un lado al otro-. Pero los profes siempre están con lo mismo: «Reflexionad sobre la lectura. Estos libros deben servirnos de ejemplo en la vida, para mejorarla y enriquecerla.» -Ahuecaba la voz que había perdido su cadencia veneciana para pasar a un toscano tan puro que, al oírlo, el mismo Dante hubiera aplaudido.

–¿Y no es así?

–Tú dime cómo puede mejorar y enriquecer mi vida el libro de mates y yo te prometo quitar ahora mismo los pies de la mesa y no volver a ponerlos jamás. – Golpeó con el pie izquierdo el derecho de su padre varias veces, para recordarle la norma de Paola sobre los pies y las mesas.

–Supongo que los profesores hablan en general -empezó Brunetti.

–Eso dices siempre cuando quieres defenderlos.

–¿Sobre todo cuando dicen una estupidez?

–Sí. Generalmente.

–¿Dicen muchas estupideces los profesores?

Ella tardó en responder.

–No; me parece que no. La peor es la *professoressa* Manfredi, diría yo.

– Era la de Historia, cuyas observaciones eran muy comentadas en la mesa de los Brunetti-. Pero todos sabemos que es de la Lega, y que lo único que espera de nosotros es que nos hagamos mayores de edad y votemos a favor de separarnos del resto de Italia y echar a todos los extranjeros.

–¿Alguien presta atención a lo que dice?

–No, ni siquiera los hijos de los que votan Lega. – Chiara reflexionó un momento y agregó-: Piero Raffardi la vio un día con su marido, en unos almacenes, comprando un traje para él. El marido es un tipo bajito, bigotudo y cascarrabias que no hacía más que quejarse de lo caro que era cada traje que se probaba. Piero estaba en la cabina de al lado y, al darse cuenta de quienes eran los que hablaban, decidió quedarse a escuchar.

Brunetti imaginó la alegría del alumno al poder espiar a una profesora, y nada menos que a la Manfredi, el coco de la clase.

Chiara miró a su padre.

–¿No vas a decir que espiar es feo? – preguntó.

–Eso ya lo sabes, no hace falta que yo te lo diga -respondió él con calma-. Aunque, dadas las circunstancias, supongo que debió de ser algo irresistible.

Se hizo un silencio, roto por los sonidos que llegaban de la cocina.

–¿Cómo es que tú y mamá nunca nos decís lo que está bien o mal? – preguntó Chiara de pronto.

El tono de la pregunta no permitía a Brunetti adivinar su calado. Finalmente, respondió:

–Me parece que sí os lo enseñamos.

–Pues a mí no me lo parece -replicó ella-. La única vez que se lo pregunté a mamá, me citó una frase de esa estúpida *Casa desolada*: «Él sabe que una escoba es una escoba, y sabe que no vale mentir.» ¿Qué demonios quiere decir?

Brunetti no dejaba de admirarse de estar casado con una mujer cuyo código moral se nutría de la novela inglesa. Pero, optando por ahorrar a su hija esta reflexión, respondió:

–Supongo que quiere decir que debes hacer tu trabajo, sea el que sea, y no mentir.

–Sí, pero ¿y toda esa historia de no matar, ni desear la mujer del prójimo?

Él se hundió un poco más en el sofá mientras meditaba la respuesta.

–Bien, una forma de planteártelo es ver en todas esas cosas, esas diez cosas, ejemplos concretos del principio general.

–¿Te refieres al principio básico de Dickens? – preguntó Chiara riendo.

–Podrías llamarlo así, imagino -admitió Brunetti-. Si haces tu trabajo, no es fácil que quieras matar al prójimo y, en tu caso, dudo de que pierdas el tiempo deseando a su mujer.

–¿Es que no puedes hablar en serio, papá? – dijo ella en tono suplicante.

–No cuando tengo hambre -dijo Brunetti levantándose.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 14

Al llegar al despacho al día siguiente, Brunetti pasó media hora leyendo en los periódicos la noticia del hallazgo del cadáver de la niña. *Il Gazzettino* no la había recibido a tiempo de ponerla en primera plana, aunque había podido colocarla encabezando la segunda sección, con un titular que voceaba en letras rojas que era «Un Misterio». En el texto se indicaba una hora equivocada, se escribía mal el nombre de Brunetti, se insertaba la foto de unos escalones que no eran los mismos frente a los que había aparecido el cadáver y se decía que la niña tenía cinco años. Los periódicos nacionales, por su parte, le atribuían doce y nueve años. La autopsia le sería practicada en el día de hoy. La policía pedía a quienes tuvieran información sobre la posible identidad de una niña de cabello y ojos oscuros que se la comunicara.

Sonó el teléfono y Brunetti contestó dando su nombre.

–Hola, Guido -oyó decir a su suegra-. Quería llamarte desde que regresamos de los Territorios Ocupados, pero he tenido muchas cosas que hacer, y luego Chiara y Raffi han venido a almorzar, y me he divertido tanto con ellos que olvidé llamarte, aunque tenerlos aquí debía habérmelo recordado, ¿verdad?

–Creí que habíais ido a Palermo -dijo un Brunetti de entendimiento muy literal, alegrándose de que la *contessa* no hubiera leído los periódicos del día. Lo desconcertaba que los padres de Paola pudieran haber hecho otro viaje en el breve tiempo transcurrido desde su vuelta de Sicilia.

Ella se echó a reír. Tenía una risa musical, más clara que su voz, y muy atractiva.

–Oh, perdona, Guido, debí prevenirte. A Orazio le ha dado ahora por llamar así a Sicilia y Calabria. Como los dos sitios pertenecen a la Mafia y el Gobierno no tiene sobre ellos un control efectivo, dice que es

gramaticalmente correcto llamarlos Territorios Ocupados. – Hizo una pausa y prosiguió-: Si bien se mira, no va descaminado.

–¿El término es para uso doméstico o lo usa también en público? – preguntó Brunetti, absteniéndose de enjuiciar la precisión de la frase del conde y siempre reticente a comentar las ideas políticas de su suegro.

–La verdad es que no sabría decirte, ya que casi nunca estoy con él en público. Pero, con lo discreto que es, quizá sólo lo usa hablando conmigo. Ahora también tú lo sabes -dijo bajando el tono, y añadió-: Quizá lo más prudente sea dejar que el propio Orazio decida la difusión que ha de tener el término.

Brunetti nunca había oído una petición de discreción formulada con tanto tacto.

–Por supuesto -dijo-. ¿De qué quieres hablarme?

–De ese religioso.

–¿Leonardo Mutti?

–Sí -respondió ella y agregó, para sorpresa de su yerno-: Y también del otro, Antonin Scallon.

Brunetti repasó mentalmente su anterior conversación con la *contessa*: estaba seguro de no haber pronunciado el nombre de Antonin y de haberse referido a él como viejo amigo de su hermano. Si algún nombre había dado era el del hermano Leonardo.

–¿Sí? ¿Y qué puedes decirme? – preguntó, decidiendo dejar para más adelante averiguar cómo podía haberse enterado ella de su interés por el padre Antonin.

–Parece ser que también una amiga mía se ha sentido atraída por las enseñanzas del hermano Leonardo -empezó y luego matizó-: es decir,

que ha caído bajo su influjo.

Una vez más, Brunetti se abstuvo de hacer comentarios.

–También parece ser -prosiguió la *contessa*- que ese padre Antonin se enteró de su..., digamos, entusiasmo por el hermano Leonardo. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, la *contessa* explicó-: Antonin es amigo de su familia; mientras estaba en África, cada Navidad les enviaba esas horrendas circulares, e imagino que ellos le mandaban dinero, aunque no estoy segura. En cualquier caso, cuando pregunté a mi amiga por el hermano Leonardo, me dijo lo mucho que la había sorprendido que el padre Antonin le hablara de él.

–¿Qué le contó?

–Pues, en realidad, nada -respondió la *contessa*-. Por lo que ella dijo, me pareció que él le había sugerido que fuera prudente en su trato con él. Pero que había sido una recomendación encubierta.

–¿Ella le hará caso?

–Por supuesto que no, Guido. Ya deberías de saber que, cuando una persona llega a mi edad, de nada sirve tratar de convencerla de que abandone su..., en fin..., sus entusiasmos.

Él sonrió, pensando en lo caritativa que era su suegra al limitar la cabezonería a las personas de su edad.

–¿Sabes si Antonin dijo algo concreto acerca del hermano Leonardo?
– preguntó Brunetti.

Ella volvió a reír.

–Nada que no estuviera dentro de los límites del buen gusto y la solidaridad clerical. Ni que fuera contrario al principio de Orazio de no hablar mal de un colega. – Y, en tono más serio-: Para que dejes de preocuparte de cómo me he enterado de tu interés por el padre

Antonin, te diré, Guido, que Paola me contó que había asistido al entierro de tu madre y que había ido a verte.

–Gracias -dijo Brunetti sencillamente, y preguntó:- ¿Qué dice tu amiga del hermano Leonardo?

La *contessa* tardó en responder.

–Hace dos años que se le murió un nieto, y necesita consuelo. Si lo que dice ese hermano Leonardo la reconforta, bienvenido sea.

–¿Le ha hablado de dinero? – preguntó Brunetti.

–¿El hermano Leonardo, quieres decir? ¿A mi amiga?

–Sí.

–Ella no me lo dijo, ni es cosa que yo pudiera preguntar.

Al percibir la nota de reproche y de advertencia de su voz, Brunetti dijo sólo:

–Si sabes algo más...

–Descuida -dijo ella sin dejarle terminar-. ¿Darás besos de mi parte a Paola y los niños?

–Sí, desde luego -dijo él, y su suegra colgó.

Justo cuando Brunetti se creía libre de obligaciones, se le recordaba la petición del padre Antonin. La experiencia había enseñado a Brunetti a desconfiar de las manifestaciones de altruista buena voluntad, especialmente si están relacionadas con el dinero. En este caso, el único dinero que mediaba era el entregado al hermano Leonardo por el hijo de Patrizia. Brunetti fue a la ventana y se quedó mirando la fachada de San Lorenzo. Le costaba trabajo atribuir a Antonin una sincera preocupación por el bien del joven, y entonces descubrió que también

le costaba trabajo atribuir a Antonin una sincera preocupación por alguien que no fuera Antonin.

Entonces recordó las palabras de la *contessa*, de que era difícil disuadir a las personas de su edad de sus... ¿Cómo había dicho? ¿Sus entusiasmos? Sustituyó la palabra por «prejuicios» aplicándosela a sí mismo y comprobó que la observación seguía siendo válida.

Brunetti, recordando que no había conseguido encontrar a un solo católico practicante entre sus amistades en la ciudad, bajó a preguntar a la *signorina* Elettra si tenía alguno entre las suyas.

–¿Un católico practicante? – preguntó ella, sorprendida. No hizo referencia a la noticia de los periódicos acerca de la muerte de la niña, y Brunetti se alegró de no tener que hablar de eso con ella.

–Sí. Una persona que tenga fe y vaya a misa.

Ella miró el florero de la repisa de la ventana, quién sabe si para ponerse en situación y, volviéndose hacia él, inquirió:

–¿Puedo preguntar cuál es el contexto, comisario?

–Deseo información acerca de un miembro del clero. – Como ella no respondiera, añadió:- Asunto particular.

–Ah -respondió ella.

–¿Lo que significa...? – preguntó él sonriendo.

Ella respondió primero a la sonrisa y después a la pregunta.

–Significa que no estoy segura de que haya que preguntar a los creyentes por el clero. Es decir, si quiere saber la verdad.

–¿Se le ocurre alguien?

Ella apoyó un momento la barbilla en la palma de la mano. Sus labios desaparecieron de la vista, señal de reflexión. Levantó la mirada y su boca se abrió en una sonrisa.

–Se me ocurren dos -dijo-. Uno con lo que podríamos llamar ideas adversas acerca del clero. – Antes de que él pudiera hacer un comentario, añadió-: El otro tiene una opinión más benévola. Sin duda porque posee información menos exhaustiva.

–¿Puede decirme quiénes son?

–Uno es un sacerdote y el otro lo fue.

–¿Qué piensa cada cuál? – preguntó él.

Ella irguió el tronco, como tratando de examinar la cuestión desde el punto de vista de él y dijo:

–Supongo que el planteamiento menos interesante sería el de que el ex sacerdote fuera el más crítico, ¿no?

–Desde luego, parece lo previsible -dijo Brunetti.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

–Pues no es así: es el aún sacerdote el que..., en fin, el que tiene una postura más antagónica respecto a sus colegas. – Distraídamente, se tiró de la bocamanga de la chaqueta, tapando con ella la esfera del reloj, y dijo-: Sí; pienso que él puede dar información más útil.

–¿Qué clase de información puede ser?

–Tiene acceso a los archivos de la Curia, aquí y en Roma. Deben de ser el equivalente a nuestros archivos de personal, aunque a nosotros no nos interesa tanto la vida privada de nuestros empleados. Por lo menos, a juzgar por lo que él dice -aclaró-. Yo no he visto esos archivos.

–¿Pero le ha hablado de su contenido?

–De una parte. Aunque sin dar nombres. – Su sonrisa se cargó de malicia-. Sólo la dignidad, tanto del objeto del informe como del informador: cardenal, obispo, monseñor, monaguillo...

Esto ya empezaba a ser demasiado para él.

–Si me permite la pregunta, *signorina*, ¿por qué se interesa por ellos?
– Brunetti nunca estaba seguro de la amplitud y profundidad de la curiosidad de la joven, ni de su finalidad.

–Es lo mismo que los archivos de la Stasi -respondió ella, asombrándole-. Desde la caída del Muro, se ha hablado en la prensa de ciudadanos particulares que iban a leer sus fichas y descubrían quién había estado vigilándolos e informando sobre ellos. Y, a veces, se hacía público el nombre del informador o, por lo menos, se hacía público cuando a la gente aún le importaban estas cosas. – Lo miró, como si con esto bastara, pero él movió la cabeza negativamente y ella prosiguió:- Por eso me gusta enterarme de lo que hay en las carpetas con informes de la vida privada del clero, no por lo que ellos puedan hacer, pobres diablos, sino por los informadores. Eso es mucho más interesante.

–Realmente debe de serlo -asintió Brunetti, pensando en algunas de las cosas que le constaba que estaban sepultadas en esas carpetas y en quién podía haber puesto allí la información.

Por tentadora que fuera la idea de continuar la conversación, Brunetti decidió abreviar:

–Me interesan dos hombres -dijo-. Uno se llama Leonardo Mutti y se dice que es de Umbria. También se dice que pertenece al clero, pero no lo sé con seguridad. Reside aquí y dirige una especie de organización religiosa llamada Hijos de Jesucristo.

Ella frunció los labios al oír el nombre, pero lo anotó.

–El otro es Antonin Scallon, veneciano, capellán del Ospedale, que vive con los dominicos en SS. Giovanni e Paolo. Ha estado unos veinte

años en el Congo, de misionero.

–¿Desea saber algo en concreto de alguno de ellos? – preguntó la joven levantando la cabeza.

–No -admitió Brunetti-. Sólo lo que parezca interesante.

–Comprendo -respondió ella-. Si uno es sacerdote, tendrá un expediente.

–¿Y el otro? ¿Si no es sacerdote?

–Si dirige una organización con semejante nombre -dijo ella, golpeando sus notas con una uña roja-, no será difícil encontrarlo.

–¿Hará el favor de pedir a su amigo que vea lo que hay?

–Será un placer.

Las preguntas acudían en tropel, pero Brunetti las reprimió. No le preguntaría quién era esa persona. No le preguntaría qué había descubierto sobre otros sacerdotes de la ciudad. Y menos aún le preguntaría qué había dado ella a cambio de la información. Para mantenerse a raya, preguntó:

–¿Tiene su amigo expedientes de todos, sacerdotes, obispos, arzobispos?

Ella reflexionó.

–Se supone que, para tener acceso a la información sobre los prelados, se requiere un más alto nivel.

–¿«Se supone»? – preguntó él.

–En efecto.

Brunetti venció la tentación y dijo sólo:

–¿Se lo preguntará?

–Nada más fácil -respondió ella, haciendo girar la silla y pulsando varias teclas.

–¿Qué hace? – preguntó Brunetti.

–Enviarle un mail -respondió ella, sin ocultar la sorpresa ante su pregunta.

–¿No es peligroso?

Al principio, ella no entendía la pregunta, pero entonces él vio que captaba el sentido.

–Ah, ¿se refiere a si es seguro?

–Sí.

–Siempre nos parece que nuestros mails quedan registrados en algún sitio -dijo ella tranquilamente, sin dejar de teclear.

–¿Qué le escribe?

–Que deseo una entrevista.

–¿Sencillamente?

–Desde luego -sonrió ella.

–¿Y nadie sospechará? Envía un mail a un sacerdote pidiéndole una entrevista y quienquiera que pueda registrar su mensaje ¿no ha de sospechar? ¿De un mail enviado desde la *questura*?

–Claro que no, comisario -dijo ella con firmeza-. Además, utilizo una de mis cuentas particulares. – Su sonrisa daba a entender que aún no había terminado-. Y, ¿sabe?, mi deseo de verle está justificado: es mi confesor.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 15

El regocijo que normalmente habría provocado en Brunetti la revelación de la relación de la *signorina* Elettra con el clero quedó ahogado en el recuerdo de la niña aún sin identificar. Desde hacía tiempo, Brunetti veía en la muerte de los jóvenes el robo de años, décadas, generaciones. De cada vida joven que era destruida deliberadamente, ya fuera por el crimen o por una de las muchas guerras inútiles de este mundo, él contaba los años perdidos. Su propio Gobierno había robado siglos; otros habían robado milenios, suprimiendo las alegrías que esos jóvenes podrían y deberían haber conocido. Aunque la vida les hubiera deparado también angustia y sufrimiento, habría sido vida, no el vacío que Brunetti veía abrirse después de la muerte.

Volvió a su despacho y, para distraer la espera del resultado de la autopsia, leyó más despacio los tres diarios que había comprado. Al levantar la mirada de la última página del tercero, sólo pensaba en los sesenta o más años robados a la niña que Vianello había sacado del agua.

Brunetti dobló el último periódico y lo puso encima de los otros dos que había dejado a un lado. Con la yema del dedo empujó unas motas de polvo hasta el borde de la mesa, como para hacerlas caer al suelo. Quizá tropezó, cayó al canal y se ahogó porque no sabía nadar. Aun así, como decía Paola, uno no extravía a una criatura. Esto no era una película de bebé abandonado en una bolsa de viaje en los lavabos de la estación Victoria. Esto era un caso real de una niña desaparecida pero a la que nadie echaba de menos.

Sonó el teléfono.

–Me ha parecido que debía llamarle -oyó decir a Rizzardi cuando contestó-. Le enviaré el informe, pero seguramente querrá que se lo adelante.

–Gracias -dijo Brunetti y, sin poder contenerse, añadió-: No me la quito de la cabeza.

El médico se limitó a lanzar un sonido de asentimiento, sin dejar traslucir si sentía lo mismo.

Brunetti se acercó un papel.

–Tendría diez u once años -empezó el forense, que se detuvo un momento, carraspeó y prosiguió-: Murió ahogada. Debía de llevar en el agua unas ocho horas. – Es decir, que debió de caer al canal alrededor de la medianoche, calculó Brunetti-. Quizá más. El agua no está a la misma temperatura que el aire y eso puede afectar al *rigor mortis*. He enviado a uno de mis hombres a tomar la temperatura del agua, y quizá pueda afinar más. – Otra pausa-. Prefiere no saber los detalles, ¿verdad, Guido?

–La verdad, no.

–Digamos, pues, que sobre la medianoche, hora más o menos. No puedo precisar más.

–Bien -dijo Brunetti, intrigado ya por la cautela que advertía en las palabras del médico. Comprendía que él debía preguntar, pedirle pormenores, pero pensó que sería preferible dejar que Rizzardi abordara a su manera lo que tanto parecía costarle decir.

–Hay señales... -empezó el forense, y se interrumpió para carraspear-. Hay señales de actividad sexual.

Estas palabras no tenían significado para Brunetti. Mejor dicho, tenían significado pero él no sabía exactamente cuál. No se le ocurría qué preguntar, ni cómo.

–No estoy hablando de violación, por lo menos, reciente sino..., hmm..., de actividad. No sé cómo llamarlo. Esa niña había practicado

el sexo, aunque no poco antes de morir. No horas antes, ni siquiera días. Bastante antes, probablemente.

Brunetti trató de aferrarse a lo primero que le vino a la cabeza.

–¿No sería mayor de lo que nos pareció?

–Quizá. Pero no mucho más de un año.

–Ah -dijo Brunetti, y esperó a que el forense prosiguiera. En vista de que no era así, preguntó-: ¿Qué más?

–Las marcas de las palmas de las manos. Había restos de un material rojizo. Y también debajo de las uñas. Dos estaban rotas; una de ellas, casi arrancada. Y las yemas de los dedos del pie izquierdo están erosionadas.

–¿Y las rodillas?

–Una tiene una rozadura, con restos del mismo material, rojizo y áspero. Un poco mayor que las de las manos.

–¿Y la otra?

–Debía de estar protegida por la falda. Hay una zona desgastada en la parte delantera.

–¿Algo más? – preguntó Brunetti.

–Sí -dijo el forense, volviendo a carraspear-. Tenía un reloj en un bolsillo que llevaba cosido a las bragas. – Brunetti había oído hablar de esta práctica: pero, en aquel primer momento, no se le había ocurrido buscar debajo de la falda. Al cabo de unos momentos, Rizzardi añadió-: Y un anillo en la vagina. – Otro recurso del que Brunetti había oído hablar, y había desestimado-. Parece un anillo de matrimonio -dijo el forense con voz átona. Como Brunetti seguía sin hablar, agregó-: El reloj es de bolsillo. De oro.

Se hizo silencio, mientras Brunetti rectificaba rápidamente las conclusiones que había sacado basándose en el pelo rubio y los ojos claros de la niña. Esos rasgos le habían hecho pasar por alto la falda larga y el tono trigueño de la piel que había estado cubierta por la tira de la sandalia.

–¿Gitana? – preguntó al médico.

–Ahora se dice romaní, Guido.

Brunetti sintió una punzada de irritación: comoquiera que ahora se diga, no hay derecho a echarlos al agua, por Dios.

–Hablemos del anillo y del reloj -dijo con forzada calma.

–El anillo tiene unas iniciales y una fecha, y el reloj parece antiguo. Tienes que levantar la tapa para ver la esfera.

–¿Alguna inscripción dentro de la tapa?

–No lo he abierto. Lo saqué del bolsillo y lo metí en una bolsa de plástico. Es la norma, Guido.

–Lo sé, lo sé. Perdone, Ettore. – Brunetti dejó reposar la cólera y preguntó:- ¿Qué cree que le causó las marcas de las manos?

–Eso no es de mi competencia. Usted lo sabe.

–¿Qué cree que le causó las marcas de las manos? – insistió Brunetti.

Rizzardi no habría contestado más pronto si hubiera estado esperando que le repitieran la pregunta.

–Las señales indican que resbaló por una superficie de terracota. El delantero de la chaqueta está rozado y le faltan dos botones. Y, como ya le he dicho, una parte de la falda también está rozada.

–¿Entonces resbaló sobre el vientre?

–Eso parece. Al resbalar por el tejado, trataría de agarrarse a las tejas, es lo natural. Así se arañó las palmas de las manos y se rompió las uñas.

Brunetti, nuevamente, esperaba. Una parte de él quería que Rizzardi siguiera hablando de los detalles que podían denotar los movimientos de la niña al resbalar por el tejado desde una *altana* o terraza. No quería pensar en lo otro.

–¿Qué pudo ocurrir? – preguntó Brunetti.

–Tampoco eso me incumbe a mí averiguarlo, Guido –protestó Rizzardi.

–Ya lo sé. Pero dígamelo.

Durante un momento, Brunetti temió haberse propasado y pensó que Rizzardi podía colgarle el teléfono, pero entonces le oyó decir:

–Es simple suposición, pero pudo ocurrir esto: la niña está donde no debe, entra alguien y la sorprende. Ella trata de escapar, pero si el que ha entrado es un hombre, puede cerrarle el paso hacia la puerta, suponiendo que ella haya entrado por ahí. Entonces prueba de salir por una ventana, o por la puerta de una *altana* o una terraza.

Mientras escuchaba, Brunetti hacía una reconstrucción de los hechos similar. Cualquier portal sin vigilancia era una invitación para las pandillas de ladrones que recorrían la ciudad. Como eran menores, no se les podía hacer nada y, si los arrestaban, eran devueltos rápidamente a la tutela de los padres o de las personas que acreditaran serlo. Y luego, con la misma rapidez, los chicos volvían al trabajo.

La clásica herramienta de acceso era el destornillador. ¿Y quién podía acusar a una niña de llevar en el bolsillo un destornillador? Una vez dentro del edificio, iban a los apartamentos que habían visto desde la calle que tenían las persianas cerradas o, si era por la noche, que no tenían luz. Nada que no fuera una puerta blindada les impedía entrar

y, una vez dentro, tomar lo que quisieran, aunque, por regla general, se limitaban al dinero y las joyas de oro. Alianzas y relojes.

Mientras una parte de su mente recordaba esto, otra preparaba la lista de lo que había que hacer: mirar en el archivo si se había arrestado a una niña que coincidiera con la descripción; hacer circular la foto por la *questura*, enviar copias a los *carabinieri*; pedir a Foa que examinara los gráficos de las mareas, para tratar de calcular dónde podía haber caído ocho o diez horas antes de que la encontraran. Brunetti sabía que, probablemente, sería inútil investigar si alguien había denunciado un robo la noche de la muerte; la mayoría de los perjudicados no se molestaban en presentar denuncia y, si alguien la había sorprendido, seguramente la habría visto caer al agua, y se guardaría de informar a la policía. Así pues, habría que empezar por indagar la procedencia del anillo y el reloj.

Rizzardi callaba, y Brunetti no se había dado cuenta de en qué momento había dejado de hablar. Impaciente consigo mismo por tratar de evitar el tema que sabía que debía tocar, dijo:

–Decía que tenía señales de actividad sexual. ¿Podría ser... podría ser por el anillo?

–El anillo no le habría causado gonorrea -respondió el forense con inquietante frialdad-. Aunque el laboratorio aún no ha podido confirmarlo, no cabe duda. Tendremos los resultados dentro de unos días, pero ya podemos estar seguros.

–¿No podría haber otro modo en que...? – empezó Brunetti dejando la frase en el aire.

–No. La infección está avanzada; y no puede haberla contraído de otro modo.

–¿Puede decir cuándo...? – empezó Brunetti, remiso.

Rizzardi no le dejó terminar:

–No.

Al cabo de unos momentos, Brunetti preguntó:

–¿Algo más?

–Nada más.

–Gracias por llamar, Ettore.

–Téngame al corriente si... -empezó Rizzardi, no menos remiso.

–Sí. Desde luego -dijo Brunetti, y colgó.

Inmediatamente levantó otra vez el teléfono y marcó el número de la sala de agentes. Contestó Pucetti.

–Vaya al hospital y pida al *dottor* Rizzardi una bolsa con un anillo y un reloj. No olvide firmarle un recibo. Llévelos a Bocchese para que busque huellas y todo lo que pueda haber y luego tráigamelos, por favor.

–Sí, señor -dijo el joven agente.

–Antes de ir al hospital baje al laboratorio y pida a Bocchese que me envíe las fotos de la cara de la niña ahogada. Y diga al *dottor* Rizzardi que me gustaría ver las fotos que haya tomado él. Eso es todo.

–Sí, señor -dijo Pucetti, y colgó.

De pronto, Brunetti recordó una escena de *Las troyanas*: aquel griego, ¿cómo se llamaba?, Tal-no-se-cuántos*, presenta el cuerpo maltrecho del pequeño Astianacte a su abuela. Cuando los guerreros que llevan el cuerpo del niño pasan junto al río Escamandro -relata el soldado a Hécabe-, él ha hecho pasar sus aguas sobre el cadáver del niño para lavar sus heridas. ¿Y qué le dice ella? «Un niño tan pequeño os daba miedo. El miedo que llega cuando huye la razón.» Pero, de esta niña, ¿qué se podía temer?

De pronto, la impaciencia le hizo bajar al laboratorio, a pedir las fotos a Bocchese.

Antes de subir a su despacho con las fotos, Brunetti entró a pedir a Vianello que subiera con él. Por el camino, le explicó lo que le había dicho Rizzardi y lo que tenían que hacer ahora. Ya sentado a su mesa, Brunetti abrió la carpeta de las fotos que le había entregado el técnico y entonces los dos hombres volvieron a ver la cara de la niña.

Eran más de veinte fotos y en todas la niña parecía una princesa de cuento de hadas, con su aureola de pelo dorado. Pero era sólo la primera impresión, y se borraba enseguida, cuando veías los adoquines sobre los que yacía la princesa y el raído jersey de algodón grisáceo fruncido alrededor de su cuello. En una foto aparecía la punta de una bota de goma negra, otra abarcaba un escalón cubierto de musgo, con un paquete de cigarrillos arrugado en un ángulo. No vendría el príncipe.

–Tenía los ojos claros, ¿verdad? – preguntó Vianello al dejar la última foto.

–Creo que sí -respondió Brunetti.

–Debimos suponerlo, por la falda larga -dijo Vianello. Cruzó los brazos y se quedó mirando las fotos que estaban en la mesa-. De todos modos, no hay forma de saber si lo era o no -añadió.

–¿Si era qué?

–Gitana -dijo Vianello.

Todavía con un deje de su irritación con el forense en la voz, Brunetti puntualizó:

–Rizzardi dice que hay que llamarlos romaníes.

–El doctor siempre tan correcto.

Arrepentido de su observación, Brunetti cambió de tema.

–Si nadie ha denunciado un robo -y así se lo habían confirmado aquella mañana en la sala de guardia-, será o que no lo han descubierto o que han decidido no denunciarlo.

Antes de que Brunetti pudiera seguir haciendo conjeturas, Vianello dijo:

–Ya nadie denuncia los robos.

Los dos hombres habían trabajado para la policía durante toda su vida profesional, y hacía tiempo que habían descubierto la soberana verdad que encierran las estadísticas del crimen: el número de delitos denunciados disminuye en la medida en que aumentan las dificultades y la pérdida de tiempo que conlleva su denuncia.

Como si no hubiera oído la observación de Vianello, Brunetti enunció una tercera posibilidad:

–O la sorprendieron, la asustaron y la vieron caer. – Vianello volvió la cara rápidamente y se quedó mirando por la ventana-. En fin, por desagradable que sea, no deja de ser posible.

–¿Tenía señales en el cuerpo?

–No. Rizzardi no lo ha mencionado.

Vianello reflexionó y preguntó:

–¿Lo dices tú o prefieres que lo diga yo?

Brunetti se encogió de hombros. Como él era el jefe, le incumbía, probablemente, dar voz a la última posibilidad.

–O la sorprendieron y la empujaron por el tejado.

Vianello asintió en silencio.

–En cualquiera de los dos últimos casos, no nos avisarán -dijo finalmente el inspector-. Así pues, ¿qué hacemos?

–Buscar la manera de identificar al dueño del reloj y del anillo e ir a hablar con él.

–Bajaré a preguntar a Foa por las mareas -dijo Vianello y con ese propósito salió del despacho.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 16

Vianello no tardó en volver, diciendo que Foa no había necesitado consultar mapas. Si la niña había caído al agua alrededor de la medianoche y la habían encontrado delante del *palazzo* Benzon antes de las nueve, podía haber caído por Rio di Cá Corner o Rio di San Luca o, mas probablemente, Rio di Cá Michiel, que discurría por un lado del *palazzo*. La noche antes, las mareas habían sido bajas, por lo que el cadáver no habría hecho un recorrido largo en el tiempo en que estuvo en el agua. El piloto decía también que, si no se habían observado heridas en el cuerpo, no podía haber llegado al centro del canal, donde el tráfico era más intenso y, mucho menos, haber cruzado desde la orilla de San Polo.

Apenas terminaba de hablar Vianello cuando entró Pucetti con más fotos en una carpeta y un sobre pequeño que contenía el reloj de bolsillo y el anillo, que entregó a Brunetti con esta explicación:

–Dice Bocchese que lo único que ha encontrado son manchas de tizne, hechas probablemente por la niña. Nada más.

Brunetti abrió la carpeta y vio con alivio que contenía fotos sólo de la cabeza de la niña. Le habían retirado el pelo de la cara y en una de las fotos tenía abiertos unos ojos verde esmeralda. No le habían robado únicamente años sino también una gran belleza.

Abrió el sobre y dejó caer el anillo y el reloj en la mesa. A juzgar por el tamaño, el anillo era de hombre: una ancha banda de oro con los bordes ondulados.

–Diría que está hecho a mano -opinó Vianello. Lo levantó hacia la luz y miró el interior-. «GF-OV, 25/10/84.»

–¿Cómo se abre? – preguntó Pucetti señalando el reloj con la barbilla, sin tocarlo. Unas motas del polvo oscuro utilizado por Bocchese para extraer huellas habían caído sobre la mesa.

Brunetti levantó el reloj y oprimió el émbolo de la parte superior. No ocurrió nada. Dio la vuelta al reloj, vio una palanquita en el borde, la oprimió con la uña y la tapa se abrió. En el interior se leía, grabado en delicada letra inglesa: «*Per Giorgio, con amore, Orsola.*» Y la fecha era «25/10/94».

–Vaya, por lo menos duró diez años -observó Vianello.

–Confiemos en que se casaran aquí -dijo Brunetti alargando la mano hacia el teléfono. Así era. El 25 de Octubre de 1984 habían contraído matrimonio Giorgio Fornari y Orsola Vivarini.

Brunetti abrió la guía telefónica por la *F*. Enseguida encontró un Giorgio Fornari, pero la dirección era de Dorsoduro. Levantando la cabeza, dijo:

–Lo que sea que haya ocurrido no pasó en Dorsoduro. – Sin dar tiempo a que los otros hablaran, miró en la *V* -. Nada. Pucetti -dijo al joven agente-, enseñe estas fotos a los de abajo, por si alguien la reconoce. Si no es así, o aunque así sea, llévelas a los *carabinieri*, a ver si ellos pueden decirnos algo. – Brunetti sabía que a los niños que eran arrestados por robo se les hacían fotos pero como el reglamento exigía que las fotos fueran enviadas al Ministerio del Interior, la policía local no conservaba constancia gráfica y tenía que identificar a los reincidentes fiándose de la memoria.

Cuando el agente salió del despacho, Brunetti dijo:

–Creo que deberíamos ir a Dorsoduro, para averiguar cómo perdió el anillo y el reloj el *signor* Fornari. Brunetti miró su propio reloj y calculó que, si salían ahora e iban andando por la *riva* hasta el *traghetto* de San Marcos, llegarían antes de la hora del almuerzo. De todos modos, antes de salir de la *questura*, buscó la dirección en *Calli, Campielli e Canali* y localizó el edificio al extremo de Fondamenta Venier.

Cuando llegaron a Ponte del Vin, se encontraron incrustados en la multitud que iba en dirección a la Piazza o venía de ella. Desde lo alto del puente, Vianello contempló el mar de cabezas que se extendía ante ellos.

–No puedo -susurró.

Brunetti dio media vuelta y retrocedieron hacia el *imbarcadero* y el barco que los llevaría a San Zaccaria.

A pesar del cambio de dirección, la marea humana seguía envolviéndolos: sobraban los comentarios. Al llegar al *imbarcadero*, vieron que la cola de gente que esperaba el barco se prolongaba hasta la *riva*. Sin dudar ni un instante, los dos hombres giraron a la derecha y fueron hasta la cadena que cerraba el paso. Inmediatamente, se les acercó una rubia de nariz aguileña con un pantalón vaquero tan ceñido que daba la impresión de que ponía en peligro, si no su vida, su respiración.

–Esto es la salida -les dijo con voz chillona, agitando la mano con una especie de aleteo de exasperación-. Entorpecen el paso a las personas que van a desembarcar.

–Esto es una credencial de policía -dijo Vianello inclinándose sobre la cadena para mostrarle el documento-, y usted entorpece el paso a la policía en acto de servicio.

Ella no se mostró intimidada, pero su respuesta quedó ahogada por el ruido del motor del *vaporetto* que se acercaba marcha atrás. La muchacha se puso frente a ellos con los brazos en jarras, como si temiera que trataran de colarse en el barco antes de que desembarcaran los pasajeros.

Ellos esperaron pacientemente y, cuando decreció la corriente, ella tuvo que ir hacia el otro lado para desenganchar la cadena que cerraba el paso a los que iban a embarcar, y con ellos subieron los dos policías.

Cuando se alejaban del *imbarcadero*, Brunetti dio un codazo a Vianello y dijo:

–Resistencia a un funcionario de policía en acto de servicio. Tres años de prisión, condena condicional si carece de antecedentes.

–Yo le echaría cinco. Aunque no fuera más que por los vaqueros.

–Ah -suspiró Brunetti con burlona nostalgia-, qué tiempos aquellos en los que podíamos intimidar a la gente.

Vianello se echó a reír.

–Me parece que tener siempre a tanta gente alrededor me está agriando el carácter.

–Tendrás que acostumbrarte.

–¿A qué? – preguntó Vianello.

–A la gente, porque esto va a más. El año pasado, dieciséis millones; éste, veinte. El año que viene, sabe Dios.

Con esta charla, repitiendo comentarios que habían hecho cien veces, pasaron el tiempo hasta que el *vaporetto* llegó a San Zaccaria. Como aún no eran las doce, decidieron tratar de encontrar a Fornari antes de ir a almorzar.

La mañana era espléndida y el paseo por el Zattere, un baño de luz y belleza. Vianello, que al parecer aún seguía oprimido bajo el peso de tanto turista, preguntó:

–¿Qué vamos a hacer cuando empiecen a llegar los chinos?

–Me parece que ya han empezado.

–¿Forman parte de los veinte millones? – Al ver que Brunetti asentía, preguntó:- ¿Y qué haremos nosotros cuando nos vengán veinte millones

de chinos, además de los otros?

–No lo sé -dijo Brunetti, recreando la vista en la fachada del Redentore, al otro lado del canal-. Pedir el traslado, supongo.

Después de meditar esta posibilidad, Vianello preguntó:

–¿Tú podrías vivir en otro sitio?

Señalando con la barbilla la iglesia, Brunetti respondió:

–No más que tú, Lorenzo.

Antes de llegar al ex Consulado de Suiza, torcieron a la izquierda, después a la derecha, entraron en la calle de Mezo y ya habían llegado a su destino. Sólo que no era su destino. El *signor* Fornari y su esposa eran los dueños del apartamento del tercer piso, pero no vivían en él. O eso les dijo la mujer que habitaba en el apartamento situado dos pisos más abajo, al que llamaron al no encontrar el nombre de Fornari ni el de Vivarini junto a los timbres de la entrada.

Allí vivían ahora unos franceses, informó la mujer, como si el *signor* Fornari hubiera alquilado la casa a una tribu de visigodos saqueadores. Él y su esposa vivían en el apartamento de la madre de ella, al que se habían mudado seis años atrás cuando hubo que ingresar a la *signora* en la Casa di Dio. Unas personas encantadoras, sí, la *signora* Orsola y el *signor* Giorgio, él vendía cocinas y ella llevaba el negocio de la familia, azúcar. Y unos niños preciosos, Matteo y Ludovica, que...

Antes de que la mujer pudiera extenderse en elogios de la nueva generación, Brunetti preguntó si tenía el teléfono y la dirección del *signor* Fornari. Brunetti estaba en la calle y la mujer hablaba desde la ventana, sin que pareciera preocuparle que vecinos y transeúntes se enteraran de la conversación. Tampoco preguntó quién era el caballero que le hablaba en veneciano ni tuvo inconveniente en darle la dirección y el teléfono de Giorgio Fornari y su esposa.

–San Marco -repitió Vianello mientras daban media vuelta y se alejaban de la ventana que se cerraba. El inspector, impaciente, marcó el número de Pucetti y le pidió que localizara la dirección. Mientras esperaban la información, los dos hombres se encaminaron hacia Cantinone Storico, que les pareció el lugar más a propósito para el almuerzo.

Vianello se detuvo, se acercó más el móvil al oído, murmuró unas palabras que Brunetti no oyó, dio las gracias a Pucetti y cerró el aparato.

–Parece que la parte de atrás de la casa da a Rio di Cá Michiel.

Como tenían prisa, decidieron no pedir pasta y optaron por un plato único, de langostinos con verduras y coriandro. Compartieron una botella de Gottardi *pinot noir*, prescindieron del postre y terminaron con un café. Más entonados, pero no del todo satisfechos, Brunetti y Vianello salieron a la Accademia. Mientras cruzaban el puente, iban hablando de temas ajenos al caso, evitando referirse a lo que podían esperar encontrar en el lugar al que se dirigían. Por tácito acuerdo, hicieron caso omiso de los *vu compra* que exhibían sus mercancías sobre las mantas extendidas a uno y otro lado de las escaleras, limitándose a comentar el lamentable estado de los escalones y la urgente necesidad de reparación o sustitución de muchos de ellos.

–¿Crees que eligen deliberadamente materiales que se desgastan pronto? – preguntó Vianello señalando la grieta de uno de los peldaños.

–La humedad y millones de pies les ahorran ese trabajo -dijo Brunetti, consciente de que, por lógica que fuera esta explicación, no excluía la otra.

Charlando de cosas triviales, pasaron por delante de Paolin, cuyos clientes saboreaban los primeros *gelati* de la primavera, y torcieron a la izquierda, en dirección al canal. Al extremo de una estrecha calle que salía al Gran Canal, pulsaron un timbre junto al que se leía «Fornari».

–¿Sí? – inquirió una voz femenina.

–¿Vive aquí Giorgio Fornari? – preguntó Brunetti en italiano absteniéndose de utilizar el veneciano.

–Sí, ¿qué desea?

–Soy el comisario Guido Brunetti, de la policía, *signora*. Deseo hablar con el *signor* Fornari.

–¿Qué sucede? – preguntó la mujer con aquel jadeo involuntario que tantas veces había oído él.

–No es nada, *signora*. Deseo hablar con el *signor* Fornari.

–No está.

–Si me permite la pregunta, ¿con quién hablo, *signora*?

–Con su esposa.

–¿Podría hacerle unas preguntas?

–¿De qué se trata? – preguntó ella, ya con impaciencia.

–De unos objetos de valor desaparecidos.

Un silencio, y después:

–No comprendo.

–¿Me permite subir a explicárselo, *signora*?

–Está bien. – Al cabo de un momento, el cerrojo de la puerta se abrió con un chasquido-. Tome el ascensor -dijo la voz por el intercomunicador-. Último piso.

El ascensor era una minúscula cabina de madera en la que, cuando ellos entraron, sólo quedaba espacio para una tercera persona, y muy delgada. A la mitad de la ascensión la cabina dio un brinco, y Brunetti volvió la cabeza, sorprendido. Vio a dos hombres muy serios, que parecían tan sorprendidos como él, y se reconoció a sí mismo y a Vianello, que lo miraba desde el espejo que cubría la pared lateral del pequeño habitáculo.

La cabina se detuvo con un estremecimiento y siguió vibrando durante unos segundos antes de que Brunetti empujara la puerta. A la derecha del rellano estaba una mujer de estatura mediana, complexión mediana y melena mediana de un color intermedio entre caoba y castaño.

–Orsola Vivarini -dijo sin tender la mano ni sonreír.

Brunetti salió de la cabina, seguido de Vianello.

–Guido Brunetti -repitió y, volviéndose hacia Vianello, presentó al inspector.

–Pasen al estudio -dijo la mujer llevándolos por un pasillo inundado por la luz de una ventana del fondo que daba a los edificios y los tejados del otro lado del Gran Canal. A la mitad del pasillo, ella abrió una puerta de mano derecha y entró en una habitación alargada, con dos de sus paredes cubiertas de libros casi hasta el techo. La habitación tenía tres ventanas, pero el edificio de enfrente estaba tan cerca que por ellas entraba menos luz que por la única ventana del pasillo.

La mujer los condujo hacia dos sofás de aspecto confortable situados a uno y otro lado de una mesa baja de roble, cubierta de las cicatrices que pies y bebidas habían dejado en ella durante décadas. En el sofá en el que se sentó la mujer estaba un libro abierto boca abajo; antes de sentarse en el otro sofá, Brunetti cerró una revista y la puso encima de la mesa. Vianello se sentó a su lado.

Ella los miraba serenamente, sin sonreír.

–Lo siento, comisario, pero no comprendo a qué se debe su visita.

Su voz tenía la cadencia del Véneto; en otras circunstancias, Brunetti hubiera pasado al veneciano, pero ella le hablaba en italiano y él la imitó, para mantener el tono oficial de la conversación.

–Es sobre el hallazgo de dos objetos pertenecientes a su marido.

–¿Y han creído necesario enviar a un comisario a devolverlos? – preguntó ella en un tono en el que la sorpresa había dejado paso al escepticismo.

–No, *signora* -respondió Brunetti-. Existe la posibilidad de que esto forme parte de una investigación más amplia. – Esa explicación solía utilizarse como excusa polivalente, pero, en este caso, era cierta.

Ella levantó las manos del regazo y mostró las palmas en ademán de confusión.

–Lo siento, pero no entiendo nada. – Trató de sonreír, sin conseguirlo-. ¿Podría explicarme de qué se trata?

En lugar de contestar, Brunetti extrajo del bolsillo una bolsita de papel manila y se la dio.

–¿Puede decirme si estos objetos pertenecen a su marido, *signora*?

La mujer soltó la presilla de cordel rojo que sujetaba la solapa del sobre y dejó caer los objetos en la palma de la mano izquierda. Ahogó una exclamación involuntaria y fue a taparse la boca con la otra mano, pero sólo consiguió aplastar el sobre contra los labios.

–¿De dónde los ha sacado? – preguntó ásperamente.

–Entonces ¿los reconoce?

–Claro que los reconozco -dijo ella con sequedad-. Son la alianza y el reloj de mi marido. – Como para cerciorarse, abrió la tapa y, después

de leer la inscripción, la mostró a Brunetti-. Mire, nuestros nombres. Dejó el reloj en la mesa, levantó el anillo hacia la luz y lo dio a Brunetti-. Y nuestras iniciales. – Como el no dijera nada, insistió-: ¿De dónde los ha sacado?

–¿Cuándo vio por última vez esos objetos, *signora*? – inquirió Brunetti, como si no hubiera oído la pregunta.

En un primer momento, él pensó que la mujer eludiría la respuesta, pero ella dijo:

–No recuerdo. Vi el anillo la semana pasada, cuando Giorgio volvió del médico.

Brunetti no acertaba a relacionar las dos partes de la respuesta, pero no dijo nada.

–Venía del dermatólogo -explicó la mujer-. Giorgio tenía una erupción en la mano izquierda y el médico dijo que podía ser alergia al cobre. – Señaló el anillo, que Brunetti aún tenía en la mano-. ¿Ve ese tono rojizo? Es la aleación de cobre. Por lo menos, eso pensó el médico, y dijo a Giorgio que, para hacer la prueba, estuviera una semana sin ponerse el anillo, a ver si desaparecía la erupción.

–¿Ha desaparecido?

–Creo que sí. No sé si del todo, pero estaba mejor cuando él se fue.

–¿Se fue?

Ella lo miró con gesto de sorpresa, como si él ya hubiera tenido que saber que su marido estaba fuera.

–Sí, está en Rusia. – Antes de que ellos pudieran preguntar, la mujer explicó-: Negocios. Su empresa vende muebles de cocina y ha ido para negociar un contrato.

–¿Cuánto hace que se marchó?

–Una semana.

–¿Y cuándo regresará?

–A mediados de la semana próxima -dijo la mujer, sin disimular ya la impaciencia ni el desagrado-. Si no tiene que quedarse para sobornar a alguien más.

Brunetti dijo, por todo comentario:

–Sí; tengo entendido que hay dificultades. – Y añadió-: ¿Sabe si también dejó de llevar el reloj?

–Creo que sí. El cierre de la cadena se rompió hace semanas, y tenía miedo de perderlo o de que se lo robaran. Antes de irse trató de hacerlo reparar, pero el joyero que hizo la cadena ya no está y Giorgio no tuvo tiempo de buscar a otro. Le dije que yo lo mandaría reparar, pero se me olvidó.

–¿Tiene idea de cuándo lo vio por última vez? – preguntó Brunetti.

Ella miró de uno a otro, como tratando de leer en sus caras la explicación de su curiosidad por aquellos objetos. Cerró los ojos un momento, los abrió y dijo:

–No; lo siento. Ni siquiera recuerdo haber visto a Giorgio dejar el reloj en el tocador. Quizá me dijo que lo dejaba, pero no puedo decir que lo haya visto allí.

–¿Y el anillo? ¿Cuándo lo vio por última vez?

Otra rápida mirada, para tratar de descubrir el motivo de estas preguntas, y otro fracaso.

–Lo traía en el bolsillo del reloj y dijo que no se lo pondría durante una temporada. Tuvo que dejarlo en el locador, porque no hay otro

sitio, pero no recuerdo haberlo visto. – Pudo más la educación que la irritación, y trató de sonreír-: Perdone, comisario, pero le agradeceré que me explique a qué se debe todo esto.

Brunetti no vio razón para no responder, por lo menos, en términos generales.

–Encontramos estos objetos en poder de una persona de la que sospechamos que ha estado involucrada en una serie de delitos. Ahora que los ha identificado usted como propiedad de su marido, tenemos que averiguar cómo llegaron a poder de esa persona.

–¿Qué persona?

Brunetti notó que Vianello se revolvía en el sofá.

–Eso no puedo decírselo, *signora*. La investigación está en la fase inicial. Aún es pronto.

–No tan pronto como para que no hayan venido a preguntar -replicó ella. Como Brunetti no respondiera, preguntó-: ¿Han arrestado a alguien?

–Lo siento, *signora*, tampoco puedo decirle eso -respondió Brunetti con voz neutra.

En un tono ya más áspero, ella dijo:

–¿Si arrestan a alguien nos lo dirán?

–Desde luego -respondió él y le pidió la dirección del hotel del marido. Ella se la dio y un silencioso Vianello la anotó. Brunetti, para no incomodarla más aún, se abstuvo de pedirle el número de teléfono.

–¿Querría decirme quién más vive en la casa, *signora*? – preguntó Brunetti, como si no hubiera oído ya los nombres de los hijos. En este

punto, pensó Brunetti mientras esperaba la respuesta, la gente suele empezar a protestar o se niega a seguir contestando preguntas.

Sin vacilar, ella dijo:

–Sólo nuestros dos hijos, de dieciocho y dieciséis años.

Paseando por la habitación una mirada que trataba de ser aprobadora, Brunetti preguntó:

–¿Alguien la ayuda a cuidar del apartamento, *signora*?

–Margherita -respondió ella.

–¿Apellido?

–Carputti -dijo la mujer, y añadió inmediatamente-: Pero trabaja para nosotros desde hace diez, no, trece años. Ella no robaría más de lo que podría hacerlo yo. – Antes de que Brunetti pudiera hacer un comentario, añadió-: Además, es napolitana. Si quisiera robarnos, no perdería el tiempo con estas cosas.

Brunetti tomó nota mentalmente de la explicación, por si alguna vez tenía que defender la honradez de sus amigos meridionales.

–¿Sus hijos traen amigos a casa?

Ella lo miró como si en la vida se le hubiera ocurrido que los chicos pudieran tener amigos.

–Supongo. Vienen a estudiar o lo que sea que hacen los jóvenes.

Como padre, Brunetti tenía una serie de ideas de lo que los jóvenes hacían unos en casa de otros. Como policía tenía una serie de ideas completamente distinta.

–Comprendo -dijo él, poniéndose en pie, en lo que Vianello lo imitó. La *signora* Vivarini se levantó también rápidamente.

–¿Sería tan amable de mostrarnos dónde vio por última vez estos objetos, *signora*? – preguntó Brunetti.

–Es que es el dormitorio -protestó ella, con lo que se ganó la aprobación de Brunetti. El comisario lanzó una rápida mirada a Vianello, que volvió a sentarse en el sofá.

Esto pareció bastar para que la *signora* Vivarini se diera por satisfecha. Salió al pasillo y entró en la habitación de enfrente dejando la puerta abierta, seguida de Brunetti.

El dormitorio era tan acogedor como la sala. A los pies de la gran cama de matrimonio se extendía una alfombra de Tabriz, descolorida después de llevar muchos años al pie de unas ventanas orientadas al oeste, y con una punta raída. Cortinas de lino gris, abiertas, en el balcón de la pared del fondo, por el que Brunetti vio la fachada del edificio del otro lado del canal. Entre las ventanas, una librería, con tomos atravesados encima de cada hilera.

El balcón daba a una terracita, en la que no cabía nada más que los dos sillones que Brunetti vio en ella.

–Buen sitio para sentarse a leer por la tarde -dijo Brunetti señalando la terraza.

Ella sonrió por primera vez y, de repente, su cara dejó de ser vulgar.

–Sí; Giorgio y yo pasamos muchos ratos ahí. ¿Usted lee?

–Cuando tengo tiempo -respondió Brunetti. Hoy en día ya no se puede preguntar a una persona a quién vota ni, en un país católico, cuál es su religión. Las preguntas sobre las preferencias sexuales son indiscretas y de cocina suele hablarse preferentemente durante las comidas, por lo que, quizá, la única pregunta reveladora de tu personalidad que aún se te puede formular es si lees o no y, en caso afirmativo, cuáles son tus gustos. Por más que le tentara adentrarse por este camino, el comisario preguntó:- ¿Quiere indicarme dónde guardaban estos objetos, *signora*?

Ella señaló un escritorio de nogal, bajo, con cuatro anchos cajones que no parecían fáciles de abrir. Al acercarse, Brunetti vio una foto de boda. Con veinte años menos y en traje de novia, ella era ya una mujer de lo más corriente, pero el hombre que estaba a su lado, radiante de felicidad, era francamente guapo. A la derecha de la foto estaba una bandeja de porcelana con la imagen de dos campesinos pintados en vivos colores en el centro.

–Era de mi madre -dijo la mujer, como justificando la calidad y el colorido del objeto. La bandeja contenía dos llaves sueltas, unas tijeras de las uñas, varias conchas y un taco de billetes de *vaporetto*.

Ella estuvo un rato mirando los objetos de la bandeja, examinó la habitación, se giró hacia la terraza y volvió a mirar la bandeja. Rozó con el dedo los billetes de *vaporetto* apartándolos hacia un lado y dio la vuelta a dos conchas.

–Aquí estaban un anillo con un granate y unos gemelos con incrustaciones de lapislázuli. También han desaparecido.

–¿Tenían mucho valor? – preguntó Brunetti.

Ella movió la cabeza negativamente.

–No. Ni siquiera era un granate auténtico sino un cristal. Pero me gustaba. – Hizo una pausa y añadió-: Los gemelos eran de plata.

Brunetti asintió. Ahora mismo, él no habría podido decir lo que estaba, o no estaba, en el tocador de su dormitorio. A veces, había visto allí el anillo de esmeralda, regalo de fin de carrera del padre de Paola a su hija. Y el reloj IWC, pero no recordaba cuándo fue la última vez.

–¿Falta algo más? – preguntó.

–Me parece que no -respondió la mujer registrando con la mirada la superficie del escritorio.

Brunetti se acercó al balcón de la terraza y miró a la casa de enfrente. Para ver el canal, tendría que salir a la terraza. Pero desistió, dio las gracias a la mujer y volvió al pasillo. Cuando la mujer se reunió con él, Brunetti preguntó:

–¿Puede decirme dónde estuvo el miércoles por la noche, *signora*?

–El miércoles -repitió ella, pero no interrogativamente.

–Sí.

–En la ópera, con mi hijo, mi hermana y su marido, y, después, fuimos a cenar.

–¿Dónde, por favor?

–En su casa. Nos habían invitado a mi marido y a mi, pero como él estaba de viaje vino Matteo en su lugar y añadió, como en tono de disculpa-: A mi hijo le gusta la ópera.

Brunetti asintió, sabiendo que podría comprobarlo fácilmente.

Como si le leyera el pensamiento, ella dijo alzando un poco el tono:

–Mi cuñado se llama Arturo Benini. Viven en Castello. – Adelantándose también a la siguiente pregunta, explicó-: Permanecimos en su casa como mínimo hasta la una. – Y, como si estuviera a punto de agotar la paciencia, agregó-: Mi hija ya dormía cuando llegamos, por lo que no podrá confirmar la hora.

Brunetti notó que le costaba dominar la cólera que le hacía temblar la voz.

–Gracias, *signora* -dijo yendo hacia la habitación en la que esperaba Vianello. Pero entonces se abrió la puerta del fondo del pasillo y entró en el apartamento la Venus de Botticelli.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 17

Casado desde hacía más de veinte años con una mujer a la que creía hermosa, y padre de una hija que llevaba camino de serlo, Brunetti estaba acostumbrado a la belleza femenina. Además, vivía en un país que te bombardea los ojos con mujeres hermosas, desde los carteles publicitarios, la calle, el mostrador de los bares y la misma comisaría de Cannaregio, donde una de las nuevas agentes hizo que le diera un vuelco el corazón la primera vez que la vio. Pero la agente Dorigo había resultado ser protestataria y conflictiva, por lo que Brunetti se limitaba a admirarla a distancia, como el que contempla un escaparate, disfrutando de la vista, mientras no tuviera que hablarle ni escucharla.

Aun así, no estaba preparado para la aparición de la muchacha que acababa de entrar, se volvía a cerrar la puerta y avanzaba hacia ellos sonriendo y diciendo:

–*Ciao, mamma*, ya estoy aquí. – Dio un beso a su madre, tendió la mano a Brunetti con un ademán que a él le pareció una encantadora imitación del de una mujer sofisticada y dijo-: Buenas tardes. Soy Ludovica Fornari.

Al verla de cerca, Brunetti observó que el parecido con el cuadro de Botticelli era superficial. El pelo rubio y largo era igual, sin duda, pero la cara era más rectangular y los ojos, de un azul transparente, estaban más separados. Él le estrechó la mano, dando su nombre, pero no el título.

Ella volvió a sonreír y él vio que tenía un poco mellado el incisivo izquierdo. Se preguntó por qué no se lo habían hecho arreglar; una familia con una casa como ésta bien podría permitírselo. Brunetti sintió que se despertaba su instinto protector y se preguntó si no debería decir algo a la madre. Pero el sentido común intervino a tiempo, y dijo volviéndose hacia la *signora* Vivarini:

–No la molesto más, *signora*. Muchas gracias por su atención. Avisaré al *ispettor* Vianello.

La muchacha hizo un ruido con la garganta, se llevó la mano a los labios y empezó a toser. Cuando Brunetti se volvió, vio que tenía el cuerpo doblado por la cintura y las manos en las rodillas y que la madre le daba golpecitos en la espalda. Sin saber cómo ayudar, él se mantuvo a la expectativa hasta que el acceso se calmó. La joven movió la cabeza de arriba abajo, dijo algo a su madre, que retiró el brazo, y se irguió.

–Perdone -susurró sonriendo a Brunetti, con lágrimas en las mejillas-. Me he atragantado -y se señalaba la garganta. Al hablar le volvió la tos. Luego, levantó una mano y sonrió. Aspiró varias veces someramente y dijo a su madre con voz ronca-: Ya pasó, *mamma*.

Brunetti, al verla ya tranquila, cruzó el pasillo y abrió la puerta de la otra habitación. Vianello seguía en el sofá, leyendo la revista. El inspector se levantó, dejó la revista en la mesa y se reunió con Brunetti en la puerta. Al salir al pasillo, Vianello vio a la muchacha. Ella le sonrió pero no le tendió la mano. Los dos hombres salieron del apartamento y, desdeñando el ascensor que seguía en el piso, con una puerta abierta, bajaron por la escalera.

Al salir, Vianello preguntó:

–¿La hija?

–Sí.

–Muy guapa.

Brunetti no contestó sino que fue hasta el borde del canal, se volvió y contempló el edificio del que acababan de salir.

–¿Qué buscas? – preguntó Vianello, mirando en la misma dirección.

–El ángulo del tejado -contestó Brunetti protegiéndose los ojos del sol con la mano. Estaban demasiado cerca y sólo veían la fachada y el alero; pero no podían alejarse más para mejorar la perspectiva.

–El dormitorio está en la parte de atrás -dijo Brunetti apartando la mano de la cara para señalar a la tasa-. En aquel lado del pasillo había otras dos puertas.

–¿Y?

–Y nada, me temo -respondió Brunetti echando a andar hacia la callejuela. Cuando Vianello estuvo a su lado, explicó-: Dice que estaba en la ópera con su hijo y que después fueron a cenar a casa de su hermana. Para empezar, lo comprobaremos.

–¿Y después?

–Si es verdad, trataremos de averiguar algo sobre la chica.

Tras un momento de duda, Vianello preguntó:

–¿La gitana?

–Si, por supuesto -respondió Brunetti aflojando el paso un momento y mirándolo con curiosidad.

Vianello desvió la mirada un instante y luego preguntó:

–¿Rizzardi dijo eso? ¿Lo de la gonorrea?

–Sí.

Salieron a *campo* Santo Stefano y, de mutuo acuerdo, se dirigieron al puente de la Accademia y el barco que los llevaría de vuelta a la *questura*.

Cuando pasaban por detrás de la estatua, Vianello dijo:

–¿Por qué no dejes de pensar que es peor por ser una niña?

Pasaron por delante de la iglesia y torcieron hacia el puente.

–Porque es peor -dijo Brunetti.

Poco después de que llegaran a la *questura*, Pucetti se presentó a dar su informe. Brunetti ya había localizado al cuñado de la *signora* Fornari, que confirmó sus palabras e incluso agregó que había acompañado a ella y a su hijo al *vaporetto* de la 1.07.

Pucetti había seguido las instrucciones y mostrado las fotos de la niña a sus compañeros y dejado copias en el puesto de los *carabinieri* de San Zaccaria, con la indicación de que las hicieran circular, por si alguno de los hombres la reconocía. Mientras hablaba, dejó en la mesa de su superior la carpeta con las fotos sobrantes.

Cuando el joven terminó, Brunetti preguntó:

–¿Nadie la ha reconocido?

–Aquí no, señor -respondió Pucetti-. He puesto dos de las fotos en el tablero. Uno de los *carabinieri* de San Zaccaria ha dicho que le parecía que la habían detenido hace un mes, pero que no estaba seguro y que miraría en el archivo y hablaría con los hombres que habían hecho el informe.

–Confiemos en que así sea -dijo Vianello, que tenía más experiencia de los *carabinieri* y sus hábitos.

–Estoy seguro de que lo hará -protestó Pucetti-. Lo ha impresionado que fuera una niña. Eso los ha impresionado a todos.

Los tres hombres se miraron en silencio.

–¿Piensas hablar con el hijo? – preguntó Vianello, recordando a Brunetti que aún había que interrogar al joven, para confirmar la

explicación de su madre.

–Ella no se arriesgaría a mentir -dijo Brunetti, sin comprender por qué tenía esa certeza, pero la tenía.

–Comisario -empezó Pucetti titubeando-, ¿me permite una pregunta?
– Ante el asentimiento de su superior, el joven agente prosiguió:- Parece, por lo menos, por lo que le he oído decir, que usted cree que la Vivarini es culpable de algo, o que trata de ocultar algo.

Brunetti reprimió el impulso de dar a Pucetti una palmada en el hombro. Tampoco le sonrió.

–La *signora* Vivarini ha dicho que no había echado de menos nada. Una alianza, un reloj de bolsillo, unos gemelos y otra sortija. – Pucetti escuchaba atentamente, motando en la memoria todo lo que decía Brunetti-. Se ha sorprendido al ver a la policía, me parece que sinceramente. – Pucetti asintió, sumando la información-. Como se sorprendería cualquiera -agregó Brunetti, y Pucetti asintió otra vez. El comisario pensó en pedir al agente una opinión, pero se abstuvo y prosiguió:- En ningún momento, y estuvimos en su casa media hora por lo menos, preguntó por la niña que fue sacada del agua cerca de allí.

–¿Quiere decir que sospecha que ella pudiera ser culpable de eso? – preguntó Pucetti, que no pudo impedir que el asombro le hiciera poner el acento en la última palabra.

–No -respondió Brunetti-. Pero no ha preguntado por la niña, ni siquiera cuando le dije que habíamos encontrado los objetos en poder de una persona a la que estábamos investigando. Por eso sospecho.

La primera expresión que Brunetti vio asomar a la cara de Pucetti era de discrepancia, y lo sorprendió que eso lo irritara. Pero entonces el joven meneó la cabeza, se miró los pies unos momentos y, cuando levantó la cabeza, ya sonreía.

–Ella debía haber preguntado, ¿verdad?

Brunetti miró a Vianello y se alegró al ver que también él sonreía.

El inspector dijo a Pucetti:

–Una niña se ahoga delante de tu casa y luego se presenta la policía preguntando por unos objetos que han desaparecido. Me parece que, si tienes a los polis en casa durante media hora, te sobra tiempo para que empieces a atar cabos. A fin de cuentas, no todos los días se ahoga alguien en esta ciudad.

–¿Y qué relación puede haber? – preguntó Pucetti.

Brunetti alzó las cejas y torció el mentón en una expresión que sugería una infinidad de posibilidades.

–Pudo ser simple coincidencia. Nosotros tenemos ventaja porque sabemos que la niña tenía el anillo y el reloj y, por consiguiente, que estuvo en la casa. La *signora* Vivarini no tiene por qué saber que la niña estuvo allí, por lo que puede no establecer la relación. De todos modos, no deja de ser extraño que no preguntara por ella.

–¿Manda algo más, comisario?

–Eso es todo por el momento -respondió Brunetti.

CAPÍTULO 18

El día en que Pucetti distribuyó las fotos de la niña gitana, Brunetti estaba sentado a su mesa y deliberadamente había apartado a un lado la carpeta que contenía las fotos restantes, como si ello pudiera ayudarle a apartarlas también de su pensamiento. Casi se alegró cuando oyó que llamaban a la puerta.

–Avanti -gritó.

Entró la *signorina* Elettra diciendo:

–¿Tiene un momento, comisario?

–Por supuesto -dijo él señalando una silla.

Ella cerró la puerta, cruzó el despacho, se sentó y puso una pierna encima de la otra. No traía papeles en la mano, pero su postura daba a entender que pensaba quedarse un rato.

–¿Sí, *signorina*? – preguntó Brunetti con sonrisa pronta.

–Tal como me pidió, *dottore*, he hecho averiguaciones acerca de ese sacerdote.

–¿Cuál de ellos?

–Ah, sólo uno es sacerdote, el padre Antonin -respondió ella, añadiendo, sin darle tiempo a preguntar-: El otro, Leonardo Mutti, no pertenece a ninguna orden religiosa; por lo menos, a ninguna que esté aprobada por el Vaticano.

–¿Puede decirme cómo lo ha averiguado?

–Fue fácil encontrar la fecha y lugar de nacimiento: como es residente en Venecia, no tuve más que mirar los archivos municipales. – Un mínimo movimiento de su mano derecha indicó la suma facilidad de la

pesquisa-. Y luego lo único que tuvo que hacer mi amigo es introducir su nombre y fecha de nacimiento en los archivos del Vaticano. – Aquí hizo un inciso para comentar-: Son una maravilla. Allí está todo.

Brunetti asintió.

–Leonardo Mutti no aparece ni como sacerdote secular ni como miembro de una orden reconocida.

–¿Reconocida?

–Dice mi amigo que tienen archivos de todas las órdenes reconocidas, es decir, las que controlan, además de algunos grupos marginales, como el de esos chalados de Lefèvre y gente por el estilo, pero el nombre de Mutti tampoco sale en ninguno.

–¿Ha entrado usted en esos archivos? – preguntó Brunetti, más por cortesía que porque tuviera una idea de lo que ello podía representar.

–Ah, no -dijo ella, levantando una mano para rechazar semejante idea-. Son muy buenos para mí. Una maravilla, como le decía: es casi imposible acceder al sistema. Sólo con autorización.

–Comprendo -dijo él, como si así fuera-. ¿Y Antonin? ¿Qué ha encontrado su amigo acerca de Antonin?

–Que hace cuatro años fue apartado de su parroquia en África y enviado a un pueblo de Abruzzo, pero por lo visto, se movieron hilos y ha acabado aquí, de capellán del hospital.

–¿Qué hilos?

–No lo sé, ni mi amigo ha podido descubrirlo. Pero Antonin estuvo en lo que podríamos llamar un exilio interior durante cosa de un año antes de ser trasladado a Venecia. – Como Brunetti guardara silencio, ella dijo-: Normalmente, cuando vuelven, digamos, en circunstancias poco

claras, suelen quedarse en su destino mucho más tiempo, incluso hasta la jubilación.

–¿Por qué fue trasladado? – preguntó Brunetti.

–Se le acusó de fraude -dijo ella, y añadió-: Perdone, debí de empezar por ahí.

–¿Qué clase de fraude?

–Lo corriente en África y misiones del Tercer Mundo en general: escribes cartas a tu país explicando las muchas necesidades que tienen, lo poco de que disponen y lo pobre que es allí la gente. – Esto recordó a Brunetti las cartas que Antonin enviaba a Sergio-. Pero la misión del padre Antonin se había adaptado a los nuevos tiempos -prosiguió ella con un deje de admiración en la voz-. Colgó una página web con fotos de su parroquia de la selva y de sus alegres feligreses acudiendo a misa. Y de la nueva escuela construida con las donaciones. – Ladeó la cabeza al preguntar-: *Signore*, ¿cuando iba al colegio no le pedían que rescatara a niños?

–¿Que rescatara a niños?

–Echando el dinero de la paga en la hucha de cartón, que se enviaba a las misiones para rescatar a un niño pagano y salvarlo para Jesús.

–Creo que en mi colegio tenían esas huchas, pero mi padre no me dejaba dar dinero.

–Nosotros también las teníamos -dijo ella, sin especificar si había contribuido o no a salvar almas paganas para Jesús. Pero era evidente que se callaba algo más, él no sabía qué era, pero estaba seguro de que pronto le sería revelado-. El padre Antonin utilizaba la misma táctica en su página web. Enviando dinero a una cuenta bancaria, pagabas la educación de un niño durante un año. – Brunetti, que tenía a varios huérfanos indios a sus expensas, empezó a sentirse incómodo-. Él hablaba de educación y de capacitación, no de religión, por lo menos,

en la página -explicó ella y, sin darle tiempo a preguntar, añadió:- Debía de pensar que las personas que visitan una página web están más interesadas en la educación que en la religión.

-Quizá -dijo Brunetti-. ¿Qué más?

-Pues que se descubrió el chanchullo porque alguien vio que las fotos de la feliz congregación de Antonin también aparecían en la página web de una escuela dirigida por un obispo de Kenia. Y no sólo eso sino que las piadosas reflexiones sobre la fe y la esperanza también eran las mismas. - Sonrió-. Debieron de suponer que no se haría un cruce de datos, digamos, eclesiástico. - Y, dejando ya traslucir su cinismo, preguntó:- Además, todos los negros parecen iguales, ¿no?

Desestimando el comentario, Brunetti preguntó:

-¿Qué pasó?

-La persona que lo descubrió es un periodista que hacía un reportaje sobre las misiones.

-¿Un periodista con o sin simpatías?

-Afortunadamente para Antonin, con.

-¿Y?

-El periodista informó a alguien del Vaticano, que tuvo un discreto cambio de impresiones con el obispo de Antonin, y el padre Antonin se encontró en Abruzzo.

-¿Y el dinero?

-Ah, ahora viene lo más interesante. Resulta que Antonin no tenía nada que ver con el dinero, que iba a una cuenta que su obispo había abierto en su propio nombre, junto con un porcentaje del dinero que recaudaba el obispo de Kenia, que usaba las fotos de Antonin. El padre

Antonin nunca supo cuánto dinero recaudaban, eso no le interesaba, mientras pudiera mantener la escuela y alimentar a los niños. – Ella sonrió ante la ingenuidad del hombre-. Podríamos decir que era una especie de testafarro -prosiguió-. Era europeo, tenía contactos en Italia, conocía aquí a personas que podían diseñar una página web y sabía apelar a la generosidad de la gente. – Volvió a sonreír, ahora fríamente-. De no ser por el periodista, probablemente, seguiría en África, salvando almas para Jesús.

Indignado, tanto por la injusticia cometida con Antonin como por lo que su primera reacción revelaba de sus propios prejuicios, Brunetti dijo:

–¿Y él no protestó? Era inocente.

–Pobreza. Castidad. Obediencia. – Ella marcó una pausa después de cada palabra-. Por lo visto, Antonin se toma en serio sus votos. De modo que obedeció la orden de Roma, regresó e hizo su trabajo en Abruzzo. Pero alguien debió de descubrir lo que había sucedido realmente. Quizá el periodista lo contó a alguien, y Antonin fue enviado a Venecia.

–¿Él ha contado a alguien la verdad? – preguntó Brunetti.

La joven se encogió de hombros.

–Él hace su trabajo, visita a los enfermos, entierra a los muertos.

–¿Y trata de impedir que sigan cometiéndose fraudes? – apuntó Brunetti.

–Eso parece -admitió ella mal de su grado, optando por mantener intacta su suspicacia sobre el clero, a pesar de la evidencia. Se inclinó hacia adelante, empezando a levantarse-. ¿Quiere que siga investigando a Leonardo Mutti?

A pesar de que el instinto le decía que no debía perder más tiempo con esto, Brunetti se sentía en deuda con Antonin y manifestó:

–Sí, por favor. Antonin dijo que Mutti es de Umbria. Quizá allí encuentre algo.

–Sí, comisario -afirmó ella acabando de ponerse en pie-. Vianello me dijo lo de esa niña. Qué horror.

¿Se refería a la muerte, a la enfermedad o a que probablemente había muerto mientras robaba o a que nadie la había reclamado? En lugar de preguntárselo, Brunetti respondió:

–No me la quito de la cabeza.

–Lo mismo dice Vianello. Quizá se mitigue la impresión cuando se resuelva el caso.

–Sí. Quizá -respondió Brunetti. En vista de que él no decía más, la joven volvió a su propio despacho.

Tres días después, pasaron a Brunetti una llamada del puesto de *carabinieri* de San Zaccaria.

–¿Es usted el que pregunta por la gitana? – inquirió una voz de hombre.

–Sí.

–Me han dicho que le llame.

–¿Usted es?

–*Maresciallo* Steiner -respondió el hombre, y al oír el nombre, Brunetti comprendió que el leve acento que vibraba en la voz era alemán.

–Muchas gracias por llamar, *maresciallo* -dijo Brunetti, optando por la cortesía, aunque tenía la impresión de que no serviría de mucho.

–Padrini me ha enseñado la foto que trajo su hombre. Dice que quiere información.

–Exactamente.

–Mis hombres la trajeron un par de veces. Se siguió el procedimiento habitual: llamar a una agente femenina, esperar a que llegue y registrar a la niña. Registrar a las que han detenido con ella. Lo mismo cada vez. Luego llamar a los padres. – Una pausa y Steiner prosiguió:- O a los que dicen ser los padres. Esperar a que lleguen o, si no se presentan, llevar a los críos al campamento y entregarlos. Es el procedimiento. Ni comentarios, ni cargos, ni siquiera una palmada en la mano para que no vuelvan a hacerlo. – Las palabras de Steiner expresaban sarcasmo pero el tono era de fatiga y resignación.

–¿Puede decirme, en concreto, quién la ha reconocido? – preguntó Brunetti.

–Como ya le he dicho, dos de mis hombres. Era muy bonita, no parecía una de ellos. Por eso la recuerdan.

–¿Podría ir a hablar con ellos? – preguntó Brunetti.

–¿Por qué? ¿Es que ustedes van a llevar el caso?

Inmediatamente, Brunetti se puso en guardia, decidido a evitar todo conato de conflicto de competencias que pudiera estar previendo el *maresciallo* y dijo amigablemente:

–No creo que pueda hablarse de caso propiamente dicho, *maresciallo*. Sólo necesito de sus archivos un nombre y, si fuera posible, una dirección, para obtener de los padres una identificación positiva. – Brunetti hizo una pausa y agregó en tono de cómplice camaradería:- De los padres o de los que se digan sus padres. – Lo único que Brunetti

oyó de Steiner fue un gruñido ahogado, que tanto podía ser de asentimiento como de aprobación, y prosiguió:- Cuando lo tengamos, podremos entregarles el cadáver y cerrar el caso.

–¿Cómo murió? – preguntó el *carabiniere*.

–Ahogada, como decían los periódicos -respondió Brunetti, y añadió:- En esto, por lo menos, no se equivocaron. – Ahora el gruñido fue de inequívoca conformidad-. Sin señales de violencia. Debió de caer al canal. Probablemente, no sabía nadar -dijo, sin que se le ocurriera añadir: «la pobre».

–Sí; no deben de pasar mucho tiempo en la playa, ¿verdad? – dijo Steiner y esta vez tocó a Brunetti hacer sonido de asentimiento-. ¿Por qué va a molestarse en venir? Yo puedo darle la información por teléfono.

–No; quedará mejor en el informe poner que hablé personalmente con usted -dijo Brunetti en tono confidencial, como si hablara con un viejo amigo-. ¿Sería posible hablar también con sus hombres?

–Un momento, veré quiénes están aquí ahora. – Steiner dejó el teléfono y no volvió a levantarlo hasta al cabo de un buen rato-. No; los dos han terminado el servicio. Lo siento.

–¿Podrá darme usted mismo la información, *maresciallo*?

–Aquí estaré.

Brunetti le dio las gracias, dijo que llegaría en veinte minutos y colgó.

Como tenía prisa, no se paró a decir a nadie adónde iba. Además, quizá fuera preferible ir solo, si más no, para dar a Steiner la impresión de que la policía no se tomaba mucho interés en la muerte de la niña sino que, simplemente, quería despachar el trámite. No es que Brunetti tuviera un motivo concreto para actuar con prevención frente a los *carabinieri*: su actitud obedecía a un instinto puramente atávico.

Camino del puesto de *carabinieri*, la imaginación de Brunetti pintaba a Steiner con los rasgos de un *Übermensch* tirolés: alto, rubio, ojos azules, mandíbula enérgica. El despacho al que fue introducido el comisario estaba ocupado por un hombre bajo y moreno que podía pasar perfectamente por sardo o siciliano. Tenía un pelo tan espeso y grueso que debía de costarle trabajo encontrar a un peluquero capaz de cortárselo. No obstante, los ojos eran gris claro y desentonaban de la tez oscura.

–Steiner -dijo el *maresciallo* cuando entró Brunetti. Los dos hombres se estrecharon la mano, y el comisario, después de rehusar el ritual ofrecimiento de café, solicitó toda la información posible acerca de la niña o de su familia.

–Aquí tengo el expediente -dijo Steiner, acercándose una carpeta marrón y calándose unas gafas de gruesos cristales. Agitó la carpeta en el aire-. Son gente muy activa. – Dejó la carpeta en la mesa y agregó:- Aquí está todo: nuestros informes, los del puesto de Dolo y también los de los servicios sociales. – Abrió la carpeta, levantó varias hojas y empezó a leer:- Ariana Rocich, hija de Bogdan Rocich y de Ghena Michailovich. – Miró a Brunetti por encima de las gafas y, al ver que el comisario tomaba notas, dijo:- La carpeta es suya. He mandado sacar copias.

–Gracias, *maresciallo* -dijo Brunetti, guardando el bloc en el bolsillo.

Steiner volvió a fijar la mirada en el papel y prosiguió, como si no hubiera habido interrupción:

–Por lo menos, éstos son los nombres que figuran en sus papeles. Lo cual no significa gran cosa.

–¿Falsos? – preguntó Brunetti.

–¿Quién sabe? – preguntó Steiner a su vez, dejando caer la hoja que tenía en la mano-. La mayoría de los que tenemos aquí vinieron de la ex Yugoslavia en calidad de refugiados bajo los auspicios de la ONU o

tienen documentos de países que ya no existen. – Con un dedo sorprendentemente largo y delicado, empujó la carpeta hacia adelante mientras decía-: Algunos llevan aquí tanto tiempo que ya tienen pasaporte italiano. Pero este grupo procede de Kosovo. O eso dicen ellos. No hay manera de averiguarlo. Probablemente, tampoco serviría de algo. Una vez aquí, ya no hay manera de librarse de ellos, ¿verdad?

Brunetti musitó entre dientes una afirmación y luego preguntó:

–Ha dicho que sus hombres habían detenido a otros niños. – Steiner asintió-. ¿Los mismos padres? ¿Cómo ha dicho que se llaman? ¿Rocich?

Steiner pasó varias hojas que fue poniendo a un lado, boca abajo. Finalmente, levantó una, la leyó de arriba abajo y dijo:

–Eran tres, Ariana y dos más. – Levantó la mirada-. Como ya sabe, no podemos guardar informes de los niños, pero he preguntado, y esto es lo que me han dicho. – Brunetti asintió y Steiner prosiguió-: Dicen mis hombres que la detuvieron dos veces, las dos, robando. – Brunetti sabía que la policía no podía arrestar a nadie de menos de catorce años, sólo tomarlo bajo custodia hasta que pudiera ser devuelto a los padres o al adulto a cuyo cuidado estuviera. No se podían guardar informes por escrito, pero la memoria aún no era ilegal-. Los otros dos, niño y niña, son de la misma familia; por lo menos, en sus papeles figura el mismo apellido, aunque con ellos no hay manera de saber quién es el verdadero padre.

–¿Viven en el mismo sitio?

–No querrá decir la misma casa, ¿verdad comisario?

–No, por supuesto. Campamento. ¿Viven en el mismo?

–Eso parece. Está en las afueras de Dolo. Lleva allí unos quince años. Desde que las cosas se vinieron abajo en Yugoslavia.

–¿Cuántos son?

–¿Quiere decir en el campamento o en total?

–En el campamento y en total, supongo.

–No sabría decirle -respondió Steiner quitándose las gafas y arrojándolas sobre la carpeta abierta-. En el campamento puede haber entre cincuenta y cien, más si hay una fiesta, una reunión, una boda o cualquier tipo de celebración. No podemos hacer más que contar las caravanas o los coches y multiplicarlos por cuatro. – Steiner sonrió y se pasó la mano por el pelo. A Brunetti le pareció oírlo crepitar-. Nadie sabe por qué, pero es el número que usamos.

–¿Y en total? Quiero decir en Italia.

Ahora Steiner se mesó el pelo con las dos manos y Brunetti oyó realmente que hacía ruido.

–Cualquiera sabe. El Gobierno ha dicho cuarenta mil, y podrían ser cuarenta mil. Pero también podrían ser cien mil. Nadie lo sabe.

–¿Nadie los cuenta?

Steiner lo miró.

–Creí que iba a preguntar si a nadie le importa.

–Eso también, desde luego -dijo Brunetti, que ya no se sentía tan distante del hombre.

–Nadie los cuenta, desde luego -dijo Steiner-. Es decir, se cuenta a la gente de los campamentos, si a lo que hacemos puede llamársele contar. Y se cuentan los campamentos de todo el país. Pero los números varían de un día para otro. Esa gente se mueve mucho, de manera que a unos no se les cuenta y a otros se les cuenta más de una vez. Llega un momento en que se trasladan porque empieza a ser peligroso quedarse

en el mismo campamento. – Steiner lo miró largamente y añadió:- Y, no debería decir esto, pero la gente que ve, o quiere que se vea, en ellos un peligro para la sociedad, acostumbra a exagerar el número.

–¿Y eso por qué? – preguntó Brunetti, a pesar de que se hacía una idea.

–Los vecinos se cansan de que les roben los coches, de que entren a robar en sus casas o de que los chicos de los campamentos peguen a sus hijos en el colegio. Y entonces empiezan a formarse grupos, o llámeles bandas si quiere, en los alrededores de los campamentos y, si el número de nómadas que hay en el país es alto, esos grupos se creen justificados en querer deshacerse de ellos. Y empiezan a complicarles la vida. – Observando que Brunetti seguía atentamente su explicación, Steiner optó por no describir los medios por los que se les complicaba la vida y prosiguió:- Y una mañana en el campamento hay menos gente y menos Mercedes. Y, durante una temporada nadie entra a robar en las casas de la zona y los niños van al colegio y se portan bien. – Steiner volvió a mirarlo fijamente y preguntó:- ¿Quiere que le hable con franqueza?

–Se lo ruego.

–También se marchan si nosotros les llevamos muy a menudo a los críos que pillamos en las casas, o saliendo de las casas o con destornilladores metidos en los calcetines o en el cinturón. A las cinco o seis veces, se van.

–¿Y qué pasa entonces?

–Que se van a otro sitio y entran en otras casas.

–¿Así, sencillamente?

Steiner se encogió de hombros.

–Recogen sus cosas y siguen viviendo como han vivido siempre. Y es que ellos no tienen que pagar alquiler, ni hipoteca, ni ir a trabajar,

como nosotros.

–Da la impresión de que no siente por ellos mucha simpatía -aventuró Brunetti.

Steiner meneó la cabeza.

–No es eso, comisario. Es que llevo años arrestándolos y llevándoles a sus hijos, y no me hago ilusiones.

–¿Cree que alguien se las hace? – preguntó Brunetti.

–Algunos sí. Los que hablan de la igualdad y el respeto por las diferentes culturas y tradiciones. – A pesar de aguzar el oído, Brunetti no detectó ni asomo de sarcasmo o ironía en las palabras de Steiner-. Luego está también el sentimiento de culpabilidad por lo que se les hizo durante la guerra. Es comprensible y es natural que se les trate de modo diferente.

–¿Y qué significa eso?

–Eso significa que si usted o yo, en lugar de enviar a nuestros hijos a la escuela, los enviáramos a robar por las casas, no podríamos tenerlos con nosotros mucho tiempo.

–¿Y ellos sí?

–No creo que tenga usted que preguntar eso, comisario -dijo Steiner no sin aspereza en la voz. Nuevamente, se pasó la mano derecha por el pelo y, cambiando de tema, preguntó-: Ahora que ya sabe quién era, ¿qué piensa hacer?

–Hay que informar a los padres.

Steiner asintió.

Después de dar al *maresciallo* tiempo de responder, oportunidad que éste no aprovechó, Brunetti dijo:

–Como el cadáver lo encontré yo, supongo que habré de ser yo quien se lo diga.

Steiner contempló un momento a Brunetti y dijo:

–Sí.

–¿Alguien de los servicios sociales los conoce?

–Más de uno.

–Mejor si pudiera ser una mujer -dijo Brunetti-. Para que hable con la madre.

Le pareció que Steiner hacía una mueca, pero en aquel momento el *maresciallo* se levantó. Tomó la carpeta, dio la vuelta a la mesa y la tendió a Brunetti.

–Aquí encontrará varios informes de los asistentes sociales. – Brunetti miró la carpeta pero no hizo ademán de cogerla. Steiner sonrió y agitó ligeramente la carpeta-. Necesito un cigarrillo, pero no puedo fumar aquí dentro. Lea mientras estoy fuera y, cuando vuelva, me dice lo que haya decidido hacer, ¿de acuerdo?

Brunetti tomó la carpeta y Steiner salió del despacho cerrando la puerta con suavidad.

CAPÍTULO 19

¿Qué libro era aquel del que Paola solía hablar siempre que daba clase sobre Dickens? ¿*Londres no-sé-qué* y *El no-sé-cuántos de Londres*? Brunetti se horrorizó la primera vez que su mujer le leyó un pasaje, y no sólo por el relato en sí sino por la aparente complacencia con que ella lo leía. Cuando él manifestó su espanto ante la descripción de docenas de personas hacinadas en habitaciones sin ventanas y de niños que buscaban basura para revender, en un río lleno de heces, ella lo tildó de tiquismiquis. También le atribuyó ceguera de conveniencia cuando él no quiso dar crédito a los casos de sexualidad precoz y los oficios desempeñados por niños que aparecían en la novela.

Ahora, mientras leía los informes de los asistentes sociales que habían visitado el campamento de los romaníes de las afueras de Dolo en el que vivía la familia Rocich, Brunetti recordaba aquellos pasajes de Dickens. La vivienda familiar era una *roulotte* de 1979, sin documentación. Y, al parecer, sin elementos de calefacción.

Como había sugerido Steiner, llamar a aquella vivienda familiar era imponer los convencionalismos de una sociedad a los miembros de otra. El coche que se encontraba aparcado más cerca de la *roulotte* estaba registrado a nombre de Bogdan Rocich, titular de un documento de refugiado concedido por la ONU. La mujer que compartía la *roulotte*, poseedora también de documento de la ONU, era Ghena Michailovich, en cuyo pasaporte figuraban tres hijos, Ariana, Dusan y Xenia. En los certificados de nacimiento de los niños aparecían los nombres de la mujer y de Bogdan Rocich.

Bogdan Rocich, conocido de las autoridades por multitud de alias, tenía una larga lista de antecedentes criminales que abarcaba dieciséis años, al parecer, desde su llegada al país. Había sido arrestado por robo, atraco, tráfico de drogas, posesión de un arma, violación y embriaguez en público. Sólo había sido sentenciado por posesión de un arma: los testigos de sus otros delitos -la mayoría, sus víctimas- se

habían retractado de su declaración antes de que el caso llegara a juicio. Uno de los testigos había desaparecido.

La mujer, Ghena Michailovich, nacida en la actual Bosnia, también tenía múltiples detenciones, aunque sólo por mechera y carterista. Había sido juzgada dos veces, y condenada a arresto domiciliario por ser madre de tres criaturas. También ella disponía de varios alias.

Después de leer los informes de los padres, Brunetti pasó a los documentos relacionados con los niños. Los tres eran conocidos de los servicios sociales. Por haber nacido en Italia, no existían dudas sobre su edad. Xenia, la mayor, tenía trece años; Dusan, el chico, doce. La niña muerta, Ariana, tenía once.

Después de leer la edad de la niña muerta, Brunetti dejó los papeles en la mesa, volvió la cabeza hacia la ventana y se quedó mirando el jardincito del puesto de *carabinieri*. Al fondo, en un ángulo, se veía un pino y, unos metros más cerca de la ventana, un frutal, en cuyas ramas asomaban hojas, todavía sin desplegar, de un verde tierno que se destacaban sobre el verde más oscuro de las agujas del pino. Al pie de los árboles la hierba nueva tenía un fulgor casi eléctrico y, junto al murete de la cerca, ya despuntaban los finos brotes de lo que serían tulipanes. Un pájaro que descendió por la izquierda se metió en la copa del pino y, al cabo de unos segundos, levantó el vuelo. Durante varios minutos, Brunetti estuvo observando cómo el pájaro venía y se iba, una y otra vez. Construía una casa.

Volvió a mirar los papeles. Los tres niños estaban inscritos en dos escuelas de Dolo, aunque eran tantas las faltas de asistencia que no podía decirse que estuvieran escolarizados.

Los informes de la escuela no indicaban el aprovechamiento académico sino que se limitaban a consignar las faltas de asistencia a clase y la no comparecencia a exámenes de fin de curso. Dusan había sido enviado a casa dos veces por haber intervenido en peleas, cuyo motivo no se especificaba. Xenia había atacado a un compañero de

clase al que había fracturado la nariz, aunque el incidente tampoco había tenido consecuencias. De Ariana no se hacía mención alguna.

A su espalda se abrió la puerta y entró Steiner. Traía dos vasitos de plástico:

–Sólo tiene una bolsa de azúcar -dijo dejando el café delante de Brunetti.

–Gracias -dijo el comisario cerrando la carpeta y dejándola en la mesa, frente a sí. El café estaba un poco amargo, pero no importaba.

Steiner volvió a sentarse detrás de su escritorio. Terminó el café, estrujó el vasito y lo echó a la papelera.

–¿Quiere hablar de lo que ha averiguado? – preguntó a Brunetti. Como para dar énfasis a la pregunta, se inclinó hacia adelante y puso la palma de la mano sobre la carpeta.

–La niña llevaba encima un anillo y un reloj -dijo Brunetti, sin especificar dónde había encontrado Rizzardi el anillo-. Las dos cosas pertenecen a un tal Giorgio Fornari, que vive en San Marco, cerca de donde fue encontrado el cadáver. He hablado con la esposa, fui a su casa, y pareció sorprenderse cuando le enseñé las joyas. Al mostrarme donde solían estar, echó en falta otro anillo y unos gemelos. Creo que estaba sinceramente sorprendida de que esos objetos hubieran sido robados.

–¿Había en la casa alguna otra cosa que valiera la pena robar?

–Nada que acostumbren a robar los gitanos -dijo Brunetti-. Es decir, los romaníes -rectificó rápidamente.

–Eso es sólo para los informes -dijo Steiner-. Aquí puede llamarlos gitanos. – Brunetti asintió-. ¿Quién más vive en la casa?

–El marido, que ahora está fuera, en Rusia, en viaje de negocios. Debe regresar pronto. Un hijo de dieciocho años, que aquella noche fue a la ópera con la madre. – Steiner alzó las cejas, pero Brunetti no se dio por enterado-. Y una hija de dieciséis años. Llegó a casa mientras estábamos allí.

–¿Alguien más?

–La asistenta, que no vive con ellos.

Steiner echó el cuerpo hacia atrás y, con un movimiento que a Brunetti le pareció familiar, abrió un cajón lateral con un pie y apoyó en él ambos pies, cruzando los tobillos. Cruzó los brazos y apoyó la cabeza en el respaldo. Miró por la ventana hacia los árboles. Quizá también observaba al pájaro. Al cabo de un rato, dijo:

–O alguien la sorprendió, o no. O cayó, o alguien la ayudó a caer. – Contempló los árboles y el pájaro un rato más-. No podemos estar seguros; al menos, por ahora. Pero de algo sí podemos estar seguros.

–¿De que no estaba sola? – sugirió Brunetti.

–Exactamente.

–Los otros dos han sido arrestados con ella varias veces -añadió Brunetti.

Esta vez, Steiner se llevó las dos manos a la cabeza y se la frotó vigorosamente, como si fuera la de un perro cariñoso. Cuando terminó, volvió a fijar la atención en el árbol, luego miró a Brunetti y dijo:

–Creo que aquí es donde deberíamos detenernos a reflexionar sobre las circunstancias de los hechos.

–¿Como la de que se trata de menores? – apuntó Brunetti. Ante el gesto afirmativo de Steiner, agregó:- Y decidir quién tiene jurisdicción.

El *carabiniere* volvió a asentir y entonces sorprendió a Brunetti con la pregunta:

–¿Patta es su jefe?

–Sí.

–Hmm. He trabajado para hombres como él. Imagino que estará usted acostumbrado a explicarle las cosas de un modo..., en fin, imaginativo. – Brunetti asintió-. ¿Cree que podrá convencerle para que lo encargue del caso? No es que yo crea que vayamos a conseguir mucho, pero no me gusta que haya sido una niña.

–¿De las posibilidades que ha mencionado, se inclina por alguna? – preguntó Brunetti, recordando su pertinaz interrogatorio del forense.

Antes de responder, Steiner consultó de nuevo con los árboles y el pájaro, y dijo:

–Decíamos que o se cayó o la empujaron. Y que los otros chicos debían de estar con ella, por lo que tienen que saber si fue lo uno o lo otro.

–Habrían dicho algo -sugirió Brunetti, aunque no lo creía, y lo insinuaba sólo para ver la reacción de su interlocutor.

Steiner lanzó un bufido de incredulidad.

–No son niños que hablen con la policía, comisario. – Tras un momento de reflexión, añadió-: Ni siquiera sé si son niños que hablen con sus padres.

Brunetti replicó sin pensar:

–Si se van tres y vuelven dos, alguien tiene que hacer preguntas.

Steiner se tomó tiempo para contestar.

–Bien mirado, es probable que eso les pase continuamente. Ven a la policía y se dispersan; entran en una casa, los dueños los sorprenden, y echan a correr; alguien les ve forzar una puerta, les grita y escapan en distintas direcciones, para que sea más difícil atraparlos. Estoy convencido de que saben cuál es la mejor manera de escapar de cualquier situación.

–Esa niña no lo sabía -dijo Brunetti.

–Cierto -convino Steiner en voz baja.

Después de un momento, Brunetti dijo:

–Es raro que no nos comunicaran su desaparición.

–No tan raro -respondió Steiner-. Si bien se mira.

Se hizo un silencio, pero era un silencio de armonía de criterios y afinidad de propósitos.

–Tengo que ir a hablar con la madre -dijo Brunetti.

–Sí. – Steiner hizo una pausa y preguntó-: ¿Cómo piensa hacerlo?

–Llevaré conmigo a mi ayudante. Vianello.

–Buen elemento -comentó Steiner, para sorpresa de Brunetti.

Sin aludir a ese comentario, el comisario dijo:

–Me gustaría que nos acompañara uno de ustedes. E ir en uno de sus coches. – Steiner asintió, dando a entender que nada sería más fácil-. Creo conveniente que nos acompañe un asistente social. – Mientras decía esto, Brunetti descubrió que ya incluía en sus planes al *maresciallo*.

–Hablaré con mi superior -dijo Steiner.

–Y yo buscaré la manera de hablar con el mío.

Steiner se puso en pie apoyando las manos en la mesa y fue hacia la puerta.

–Tardaré unos veinte minutos en organizarlo: una lancha y un coche y alguien de servicios sociales. Los recogeremos en una lancha, digamos, dentro de media hora.

Brunetti extendió la mano, dio las gracias al *maresciallo* y se fue, de regreso a la *questura*.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20

De Vianello, ni rastro. No estaba en la sala de agentes y nadie sabía adónde había ido. Brunetti entró en el despacho de la *signorina* Elettra por si el inspector estaba con ella o, lo que era menos probable, con Patta.

–¿Ha visto a Vianello? – preguntó, sin saludar.

Ella levantó la mirada de los papeles que tenía delante y, después de una pausa más bien larga, dijo:

–Creo que lo espera en su despacho, comisario -y volvió a inclinar la cabeza sobre los papeles.

–Gracias -dijo Brunetti.

Ella no contestó.

Hasta que estuvo en la escalera no advirtió Brunetti la brusquedad de su tono y la frialdad con que ella había respondido, pero ahora no tenía tiempo para ceremonias. Encontró a Vianello en el despacho, de pie delante de la ventana, mirando hacia el otro lado del canal. Antes de que Brunetti pudiera hablar, el inspector dijo:

–Steiner me ha llamado, para decirme que la lancha estaba llegando al puesto y que estarán aquí dentro de unos minutos.

Brunetti asintió con un gruñido, fue a la mesa y levantó el teléfono. Cuando oyó a Patta contestar con su nombre, dijo:

–*Vicequestore*, Brunetti. Al parecer, los *carabinieri* han localizado a los padres de la niña que se ahogó la semana pasada. Sí, señor, la gitana -confirmó, preguntándose si durante la última semana se habrían ahogado más niñas sin que Patta se lo hubiera comunicado-. Los *carabinieri* desean que alguien de la *questura* esté presente cuando les informen -añadió, procurando imprimir en su voz impaciencia e

irritación. Escuchó un momento y dijo-: Cerca de Dolo. No, señor; no me han dicho exactamente dónde. Pero he pensado que usted es la persona más indicada para acompañarles por ser la de más alto rango.

En respuesta a la pregunta de su superior, Brunetti dijo:

–Contando el trayecto en la lancha y la espera de un coche en *piazzale* Roma, porque parece que ha habido un malentendido y no llegará hasta las tres..., no creo que lleve más de dos horas, quizá un poco más, depende de lo que tarde el coche. – Brunetti escuchó un rato y dijo-: Desde luego, lo comprendo. Pero no hay otra manera de informarles. Allí no hay teléfonos ni los *carabinieri* tienen un número de *telefonino* al que poder llamar.

Brunetti miró a Vianello apartando el auricular del oído, mientras Patta vertía sus pretextos al aire. De pronto, Vianello se inclinó hacia adelante señalando a la entrada del canal por donde venía la lancha. Brunetti movió la cabeza de arriba abajo y se acercó el teléfono.

–Comprendo, *vicequestore*, pero no estoy seguro de la conveniencia... Desde luego, me hago cargo de la importancia de mantener buenas relaciones con los *carabinieri*, pero sin duda ellos preferirán que una persona de más alta...

Brunetti cruzó una mirada con Vianello e hizo con el índice un movimiento de rotación, dando a entender que la conversación podía prolongarse. Así fue, hasta que Vianello echó a andar hacia la puerta y Brunetti interrumpió a su superior diciendo:

–Puesto que insiste, señor... Le haré un informe completo cuando regrese.

El comisario colgó el teléfono, agarró el sobre con las fotos de la niña y salió rápidamente detrás de Vianello, que ya bajaba la escalera.

Vianello saltó a la lancha y estrechó la mano de Steiner al tiempo que extendía la otra para sostener a Brunetti, que embarcaba a su vez. El

inspector se dirigió al *maresciallo* tuteándolo, y Brunetti decidió imitar el tono de camaradería de Vianello y propuso el tuteo, dando su nombre de pila a Steiner, quien, con una palmada en el brazo, dijo que le llamara Walter.

Todavía de pie en la cubierta, Brunetti explicó que Patta le había pedido que fuera a dar la noticia a los padres de la niña, omitiendo los detalles de la conversación. Steiner permaneció impasible y sólo se permitió decir:

–Los superiores eficaces conocen la importancia de saber delegar.

–Por supuesto -respondió Brunetti, y la camaradería iniciada con el tuteo se consolidó.

Los hombres entraron en la cabina mientras la lancha avanzaba lentamente hacia *piazzale* Roma, donde debía reunirse con ellos una funcionaria de los servicios sociales. Durante el viaje, Brunetti refirió a Steiner cómo se había hallado el cadáver y le puso al corriente de los resultados completos de la autopsia.

El *maresciallo* asintió.

–Ya había oído decir que esconden cosas ahí, pero nunca nos habíamos topado con uno de esos casos. – Meneó la cabeza varias veces, como tratando de ensanchar el campo de su comprensión de la conducta humana-. Una niña de once años que se esconde joyas en la vagina. – Guardó silencio un momento y murmuró-: *Dio mio*.

La lancha pasaba por debajo de Rialto, pero ninguno de los hombres que viajaban en la cabina se apercibió de ello.

–La asistente social se llama Cristina Pitteri. Hace unos diez años que trata con gitanos -dijo Steiner con voz átona, lo que hizo que Brunetti y Vianello intercambiaran una rápida mirada.

–¿En qué consiste su trabajo? – preguntó Vianello.

–Tiene el título de asistente social psiquiátrica -explicó Steiner-. Trabajaba en el frenopático del *palazzo* Boldù, pero pidió el traslado y acabó en la oficina que se encarga de los distintos grupos nómadas.

–¿Hay otros? – preguntó Vianello.

–Sí. Están los *sinti*. No son tan asociales como los gitanos, pero proceden de los mismos lugares y viven poco más o menos de la misma forma.

–¿Ella qué hace, concretamente? – preguntó Brunetti.

Steiner meditó la respuesta hasta que la lancha dejó atrás el Ponte degli Scalzi y la estación.

–Se encarga de lo que llaman *liaison* interétnica dijo haciendo hincapié en la palabra extranjera.

–¿Qué significa eso?

La expresión de Steiner se suavizó con una sonrisa, pero sólo momentáneamente.

–A mi modo de ver, eso significa que trata de conseguir que nosotros los entendamos y que ellos nos entiendan.

–¿Eso es posible? – preguntó Vianello.

Steiner se levantó y empujó la puerta que conducía a la escalera.

–Vale más que se lo pregunte a ella -dijo por encima del hombro, subiendo a cubierta.

El piloto acercó la lancha a uno de los muelles de taxis situados a la derecha del *imbarcadero* del 82. Los tres hombres saltaron a tierra. Brunetti y Vianello siguieron a Steiner hacia un sedán oscuro que esperaba con el motor en marcha. Una mujer robusta de pelo castaño y corto que aparentaba unos cuarenta años estaba en la acera, al lado del

coche, fumando. Vestía falda, jersey y chaqueta con cuello a caja y calzaba zapatos planos, color marrón oscuro, con lustre de piel cara. La mujer tenía la cara redonda con unas facciones que parecían haber sido comprimidas: los ojos, muy juntos, y el labio superior, mucho más abultado que el inferior, contribuían a dar la impresión de que el conjunto iba emigrando lentamente hacia la nariz, en una especie de deriva continental.

Steiner se acercó a la mujer y le tendió la mano. Ella tardó un momento en corresponder al saludo, lo justo para que se notara.

–*Dottoressa* -dijo él con formal deferencia-, le presento al *dottor* Brunetti y al *ispettor* Vianello, su ayudante. Ellos encontraron a la niña.

Ella tiró el cigarrillo, examinó un instante la cara de Brunetti y, después, la de Vianello antes de tender la mano al comisario. El contacto fue tan rápido como flácido. A modo de saludo, intercambiaron títulos. Ella movió la cabeza de arriba abajo mirando a Vianello, dio media vuelta y subió al asiento trasero del coche. Un silencioso Steiner se instaló delante, al lado del conductor. Los otros dos pasajeros, en vista de que la *dottoressa* Pitteri no se movía, dieron la vuelta por detrás del vehículo, hacia la puerta del otro lado. Brunetti la abrió unos centímetros, tuvo que esperar un claro en el tráfico para entrar y se sentó en la incómoda plaza del centro, ladeando las rodillas hacia la izquierda para no rozar el muslo de la mujer. Vianello subió a su vez y, después de cerrar, se comprimió contra la puerta.

El uniformado conductor dijo a media voz unas palabras a Steiner, que respondió afirmativamente, y el coche se apartó del bordillo.

–La *dottoressa* Pitteri trabaja con los romaníes desde hace años, comisario -dijo Steiner-. Conoce a los padres de la niña y estoy seguro de que su presencia nos será de gran ayuda cuando les demos la noticia.

–Espero que ayude también a la familia de la niña interrumpió la *dottoressa* Pitteri con mal reprimida acritud-. Que me parece lo más importante.

–Eso, por supuesto, *dottoressa* -respondió Steiner plácidamente. Hablaba sin desviar la mirada de la calzada, como si se creyera responsable de advertir al conductor de cualquier peligro que pudiera surgir.

Enfilaron el puente, y Brunetti volvió la mirada hacia la izquierda, donde se levantaban las chimeneas y los depósitos de Marghera. Aquella mañana, los periódicos decían que hoy sólo podían circular los coches con matrícula par; los impares circularían mañana. Llevaban un mes sin apenas lluvias, sólo lloviznas, y sabía Dios lo que estaría flotando en el aire que respiraban. «Micropolvo» lo llamaban, y Brunetti no podía leer este nombre sin imaginar cómo las partículas de sustancias tóxicas que Marghera había estado lanzando a la atmósfera durante tres generaciones, iban penetrando en los tejidos de su cuerpo y le impregnaban los pulmones.

Vianello, cuya preocupación por la ecología había sido tema de chanza en la *questura* -ya no lo era-, miraba en la misma dirección.

–Trata de cerrar eso -dijo sin preámbulos señalando con la barbilla las chimeneas de la zona industrial-, y al día siguiente están todos en la calle gritando: «Salvemos nuestros puestos de trabajo.» -El inspector levantó una mano hacia las emblemáticas chimeneas y la dejó caer golpeándose el muslo con lo que a Brunetti le pareció un melodramático gesto de frustración y abatimiento.

Nadie habló durante un rato, hasta que la *dottoressa* Pitteri preguntó:

–¿Cree preferible que los trabajadores se mueran de hambre, *ispettore*? ¿Y también sus hijos? – Había en su voz una combinación de ironía y condescendencia, y hablaba articulando las palabras con claridad, como si temiera que un hombre tan zafio como un inspector de policía no pudiera entender una pregunta más compleja.

–No, *dottoressa* -dijo Vianello-. Sólo deseo que dejen de emitir cloruro vinílico monómero al aire que respiran nuestros hijos.

–Hace años que dejaron de emitirlo -dijo ella.

–Eso dicen -respondió Vianello, y agregó-: Si usted prefiere creerlo así...

En el silencio que siguió a estas palabras, sonó con extraña fuerza el ruido de un camión que pasó junto a ellos.

Brunetti observaba por el retrovisor la expresión de la *dottoressa*, y la vio fruncir los labios y apartar la vista de las ofensivas chimeneas.

Aunque el comisario tenía interés en saber todo lo que aquella mujer pudiera decirle acerca de los gitanos, la evidente antipatía que existía entre ella y Steiner le dificultaba abordar el tema en presencia de éste.

–¿Ha estado ya en el campamento, *maresciallo*? – preguntó Brunetti en tono formal.

–Dos veces.

–¿En relación con los Rocich?

–Una vez. La otra fue para acompañar a una mujer que había tratado de robarle la cartera a un turista en el *vaporetto*. – La voz de Steiner era un dechado de neutralidad.

–¿Qué hizo con ella?

–Meterla en el coche y traerla. – Brunetti pensó que Steiner había terminado, pero entonces continuó-: La historia de siempre: ella dijo que estaba embarazada. Aquel día estábamos escasos de efectivos y no podía perder tiempo en llevarla al hospital para comprobar si era cierto lo del embarazo, tomar declaración al turista y a los testigos, llamar a los servicios sociales... -Aquí dejó que su voz se apagara un momento-. De manera que decidí llevarla al lugar en el que dijo que vivía, y asunto concluido.

–¿Y no se preocupó de recoger testimonios de lo que había sucedido realmente? – preguntó de pronto la *dottoressa*-. ¿Dio por descontado que era culpable?

–No eran necesarios.

–Me gustaría que me dijera por qué, maresciallo. ¿Porque supuso que, siendo gitana, tenía que ser culpable de lo que se la acusara? ¿Especialmente si la acusaba un turista? – Puso énfasis en la última palabra, recalcando cada sílaba.

–No; no fue por eso -dijo Steiner, sin dejar de mirar hacia adelante.

–¿Por qué entonces? – insistió la mujer-. ¿Por qué resultó tan claro que era culpable?

–Porque una de las testigos le sujetó el brazo cuando estaba sacando la cartera del bolsillo del hombre y porque las dos testigos eran monjas. – Steiner hizo una pausa, para dejar que la información calara y agregó:- Me pareció que ellas no mentirían.

La mujer calló, pero sólo un momento.

–¿A usted le parece que la mujer se habría arriesgado a hacer eso delante de unas monjas?

–No llevaban hábito -dijo Steiner.

Brunetti se había abstenido de mirarla durante esta conversación, pero ahora no pudo resistir la tentación. Ella miraba a la cabeza de Steiner con tanta rabia que a Brunetti no le hubiera sorprendido ver que la gorra del *carabiniere* empezaba a echar humo y se incendiaba.

Viajaban en silencio. De vez en cuando se oía por la radio la voz del operador, pero el tono era bajo y no se entendían las palabras desde el asiento de atrás, y ni Steiner ni el conductor parecían prestar atención. El conductor entró en la rampa de la carretera del aeropuerto. Hacía

tiempo que Brunetti no iba al aeropuerto más que en barco y lo sorprendió la súbita aparición de rotondas en los cruces. Él conducía poco y mal, de manera que no podía adivinar si las rotondas suponían o no una mejora, y ahora no quería romper el silencio con semejante pregunta.

Dejaron el aeropuerto a la derecha y, al poco rato, pararon en un semáforo. De pronto, apareció en la ventanilla del conductor una mujer con falda larga que sostenía en brazos algo que tanto podía ser una criatura como un balón de fútbol envuelto en una toquilla. Con una mano, se tapaba la nariz y la boca con el pañuelo de la cabeza, como para protegerse de los gases de los tubos de escape y extendía la otra con la palma hacia arriba, en ademán suplicante.

Los cinco ocupantes del coche miraban fijamente hacia adelante. Al ver los uniformes de los hombres que ocupaban el asiento delantero, la mujer se apartó y se dirigió al vehículo que estaba detrás. El semáforo cambió y reanudaron la marcha.

El silencio se iba haciendo más denso a medida que pasaba el tiempo. Desde la *autostrada* se veían campos y bosques, casas aisladas y complejos de granjas. Árboles en flor. Brunetti mirando a uno y otro lado, descubrió que, a pesar de la tensión que se respiraba en el coche, aún podía disfrutar del panorama de una naturaleza pujante. Este verano tenían que ir a algún sitio verde, pasar las vacaciones entre campos y bosques, nada de playa, ni arena, ni rocas, por más que protestaran los chicos. Largos paseos, aire puro, riachuelos, risueñas nubes sobre glaciares rutilantes. El Alto Adigio, quizá. ¿No tenía Pucetti un tío que regentaba una casa de *agroturismo* cerca de Bolzano?

Brunetti notó que el coche aminoraba la marcha. Cuando alzó la cabeza, estaban saliendo de la *autostrada*. Al final de la rampa, giraron a la izquierda y se encontraron en una autovía que discurría entre edificaciones bajas: naves industriales, cercados de venta de coches usados, gasolineras, un bar, un aparcamiento, otro aparcamiento. Al segundo semáforo, torcieron a la derecha, por entre casas

unifamiliares, cada una en su parcela. Cuando se acabaron las casas, empezaron los campos.

Más semáforos, más casas, pero éstas estaban rodeadas de cercas de tela metálica. En muchos jardines se veían perros, perros grandes. Recorrieron otro kilómetro, el conductor señaló con la mano, aminoró la marcha y torció a la derecha.

Brunetti vio que paraban frente a una verja. El conductor hizo sonar el claxon una vez y otra, y, en vista de que no había respuesta, se apeó dejando abierta la puerta del coche y abrió la verja. Una vez hubo entrado el coche, a una palabra de Steiner, paró, se bajó y cerró la verja.

Brunetti vio frente a ellos un desigual semicírculo de coches y, detrás, una fila de remolques aparcados desordenadamente. Los había de madera y de metal, y algunos eran modernos y aerodinámicos. Uno de ellos tenía techo a dos aguas y una pequeña chimenea en el centro, que recordó a Brunetti los dibujos de los libros infantiles. En los costados de los remolques y en el espacio entre uno y otro se amontonaban y desperdigaban cajas de plástico y de cartón, mesas plegables, barbacoas e infinidad de bolsas de plástico reventadas y arrugadas. Más allá se veían senderos abiertos en la maleza, que enseguida se borraban. Entre los matorrales asomaba chatarra oxidada: un frigorífico, una anticuada lavadora con escurridor de manubrio, un par de somieres y un coche abandonado.

Mucho mejor aspecto tenían los coches que estaban delante de los remolques, la mayoría eran nuevos o, por lo menos, se lo parecían a Brunetti, que no era experto en la materia.

El conductor detuvo el coche en lo que podía considerarse el centro del anárquico aparcamiento y quitó el contacto. Brunetti oyó los leves crujidos del motor al enfriarse, el chirrido de los muelles de la puerta de Steiner al abrirse y, luego, trinos de pájaros que llegaban, quizá, de

los árboles del otro lado de la tela metálica que rodeaba el campamento.

Entonces vio abrirse la puerta de una caravana, luego la de otra, luego las de otras dos, y a hombres que bajaban las escaleras. Los hombres no hablaban ni parecían comunicarse entre sí, pero se acercaron y se pararon delante del coche de los policías formando una fila irregular, como si actuaran de común acuerdo.

Vianello y después el conductor abrieron sus puertas y se apearon. Cuando Brunetti volvió a mirar a los hombres que se habían parado delante del coche, vio que otros tres se habían unido a ellos. Y notó que los pájaros dejaron de cantar.

CAPÍTULO 21

Los hombres no se movían, y los pájaros, poco a poco, reanudaron sus cantos. El aire era tibio al sol de la tarde que los envolvía. Brunetti veía los campos del otro lado de la cerca ondularse suavemente hacia un grupo de castaños: seguramente, de allí venían los trinos. Qué dulce es la vida, pensaba Brunetti.

Desvió la mirada de los árboles y observó a los hombres. Ahora eran nueve los que estaban frente a ellos. Le chocó que todos llevaran sombrero, unos sombreros sucios que quizá en otro tiempo habían sido de colores distintos, pero ahora todos tenían el mismo tono marrón apagado y polvoriento. Ninguno de los hombres iba bien rasurado. Muchos italianos de distintas edades cultivan ahora el *look* de la barba de varios días porque consideran que define un estilo. Brunetti nunca había tenido muy claro qué estilo se pretendía definir, sólo sabía que éste era el propósito. Estos hombres, empero, daban la impresión de que no se afeitaban por desidia o porque lo consideraban una muestra de amaneramiento. Las barbas eran más o menos pobladas y más o menos largas, pero ninguna parecía muy limpia.

Todos tenían la tez y los ojos oscuros y todos vestían pantalón de pana, jersey y chaqueta oscura. Algunos llevaban camisa. Los zapatos tenían la suela gruesa y el cuero rozado.

Steiner y el conductor vestían uniforme de *carabinieri* y en ellos se concentraba la atención de los hombres del campamento, que sólo concedían a Brunetti y Vianello breves miradas de curiosidad. Un golpe seco que sonó a su derecha sobresaltó a Brunetti. Miró a Steiner y vio al *maresciallo* volverse hacia el ruido con la mano en la culata del revólver.

Siguiendo la dirección de la mirada de Steiner, Brunetti vio a la *dottoressa* Pitteri asiendo todavía la empuñadura de la puerta que acababa de cerrar violentamente, y una leve sonrisa en los labios.

–No quería asustarlo, *maresciallo* -dijo mientras se le agriaba la sonrisa-. Le ruego que me perdone.

Steiner se volvió de nuevo hacia los hombres que tenían delante. Dejó caer la mano, pero su instintiva reacción no había pasado inadvertida. Dos de los hombres no pudieron reprimir la sonrisa, pero no sonreían a Steiner.

La *dottoressa* Pitteri se acercó a los hombres, que no dieron señales de reconocerla y, mucho menos, de alegrarse de verla. Ella se paró y dijo algo que Brunetti no pudo oír. Ninguno de los hombres respondió y ella volvió a hablar, ahora alzando el tono. Aunque esta vez Brunetti oyó sus palabras, no consiguió entender lo que decía. La mujer se mantenía erguida, con los pies separados, y Brunetti observó que tenía unas pantorrillas robustas y que sus pies parecían anclados en el suelo.

Entonces habló a la mujer uno de los hombres, que estaba en el lado derecho de la fila. Ella lo miró y dijo unas palabras, a las que el hombre respondió en voz lo bastante alta como para que le oyeran los policías:

–Hable italiano. Se le entiende mejor. – Tenía un acento muy marcado, pero se notaba que dominaba el italiano y hablaba con aire de autoridad, aunque no era el más viejo.

Brunetti tenía la impresión de que la mujer había afianzado más aún los pies en la tierra apisonada de delante de las caravanas. Ella mantenía los brazos colgando -había dejado el bolso en el coche-, y Brunetti vio que apretaba los puños.

–Quiero hablar con Bogdan Rocich -la oyó decir.

La cara del hombre permaneció impasible, pero Brunetti vio que dos de los otros intercambiaban una mirada y un tercero miraba de soslayo al que había hablado.

–No está -respondió el hombre.

–Está su coche -dijo ella, y el hombre volvió los ojos hacia un Mercedes de un azul descolorido que tenía una profunda abolladura en el guardabarros derecho.

–No está -repitió el hombre.

–Está su coche -dijo ella como si no le hubiera oído.

–Se ha ido con un amigo -explicó otro de los hombres, e iba a decir más, pero el jefe le lanzó una mirada que le hizo cerrar la boca. El portavoz dio un paso hacia la mujer y luego otro, y Brunetti quedó impresionado al ver que ella no sólo no retrocedía ni se inmutaba sino que clavaba los pies en el suelo más firmemente todavía.

Ahora el hombre estaba a menos de un paso y, sin ser alto, parecía dominarla con su estatura.

–¿Qué quiere de él? – inquirió.

–Quiero hablar -respondió la mujer tranquilamente, y Brunetti observó que abría los puños y apuntaba al suelo con los dedos.

–Puede hablar conmigo -dijo el hombre-. Soy su hermano.

–*Signor Tanovic*, usted no es su hermano, ni es su primo. – La voz de la mujer era serena, relajada, como si los dos se hubieran citado en un parque para charlar-. He venido a hablar con el *signor Rocich*.

–Le he dicho que no está. – Durante toda la conversación, su cara había permanecido impasible, como tallada en granito.

–Quizá ya haya vuelto -sugirió ella, ofreciéndole una salida-, y no se lo hayan dicho a usted.

Brunetti, que se mantenía tan impávido como el hombre, le vio considerar la posibilidad que se le ofrecía. El llamado Tanovic miró a la *dottoressa Pitteri*, luego recorrió con los ojos las caras de los visitantes

que tenía frente a sí, dos de uniforme y dos que no podían negar que eran policías.

–Danis. – El hombre se volvió hacia el compañero del extremo izquierdo de la fila. De lo que dijo el hombre lo único que Brunetti entendió fue el nombre de «Bogdan».

Danis se alejó en silencio hacia la caravana situada detrás del Mercedes azul. Uno de los hombres encendió un cigarrillo y, en vista de que Tanovic no decía nada, otros dos lo imitaron. Nadie hablaba.

Al llegar a la caravana, Danis levantó la mano, pero, antes de que pudiera llamar a la puerta, ésta se abrió y salió un hombre que vestía como los otros. Los dos intercambiaron unas palabras y bajaron la escalera. Bogdan dejó la puerta abierta, y Brunetti vio moverse una mancha clara en el interior, lo que hizo que él mantuviera los ojos fijos en la puerta mientras los demás observaban al hombre que se acercaba a Tanovic y a la *dottoressa* Pitteri.

El interior de la caravana estaba oscuro, pero a Brunetti le parecía ver cerca de la puerta parte de una figura, de una silueta, humana. Sí, algo se movía allí dentro; en la parte inferior y más clara de la forma, se advertía un movimiento oscilante.

Brunetti notó que el hombre se acercaba al grupo y se paraba, no frente a la *dottoressa* Pitteri sino al lado del que lo había mandado llamar y que ahora dio medio paso atrás. Brunetti tendía el oído, pero los hombres hablaban en una lengua totalmente desconocida, y vio que sus compañeros los rodeaban y seguían atentamente la conversación.

Brunetti volvió a mirar hacia la puerta y vio unos dedos que se cerraban en torno al borde, para abrirla un poco más y, encima, la cara de una mujer. No distinguía claramente las facciones, sólo que era vieja, quizá la madre del que había salido de la caravana, quizá la abuela de Ariana.

La mujer se inclinó hacia adelante, siguiendo al hombre con la mirada, y Brunetti volvió a percibir el movimiento oscilante de la falda.

Cuando pareció que los hombres terminaban su deliberación, la *dottoressa* Pitteri dijo:

–Buenas tardes, *signor* Rocich -y Brunetti fijó la atención en el interpelado.

Era más bajo que los otros, y más fornido. Tenía un pelo tan espeso y negro como el de Steiner, pero lo llevaba más largo y peinado hacia atrás con gomina o brillantina. Sus enormes cejas negras casi ocultaban los ojos, que parecían oscuros, aunque era difícil adivinar el color.

Rocich daba la impresión de ser más próspero que los otros: tenía la barba cuidada y los zapatos más limpios, al igual que el cuello de la camisa que asomaba del jersey.

El hombre miró a la *dottoressa* Pitteri con ojos inexpresivos, que no revelaban si la conocía o era la primera vez que la veía.

–¿Qué quiere? – preguntó al fin.

–Se trata de su hija -respondió la mujer-. Ariana.

–¿Qué pasa Ariana? – El hombre no apartaba los ojos de los de ella.

–Siento tener que decirle que su hija ha muerto en un accidente, *signor* Rocich.

Lentamente, él volvió los ojos hacia la caravana y, cuando los otros siguieron la dirección de su mirada, la figura de la mujer retrocedió, aunque aún se veían sus dedos asidos al borde de la puerta.

–¿Muerta? – preguntó él y, al verla mover la cabeza afirmativamente, añadió:- ¿Cómo? ¿Coche, tráfico?

–No. Se ahogó.

Por su expresión se veía que él no entendía la palabra. La *dottoressa* Pitteri la repitió en tono más alto, uno de los hombres dijo algo y entonces él pareció comprender. Se miró los zapatos, la miró a ella y miró a los hombres que estaban detrás de él, primero a los de un lado y luego a los del otro. Nadie decía nada.

Al cabo de un rato, la *dottoressa* Pitteri dijo:

–Debo decírselo a su esposa -y dio media vuelta para dirigirse hacia la caravana.

La mano del hombre saltó como una serpiente, y se aferro a su brazo, inmovilizándola.

–Yo no quiero -dijo con voz tensa, pero no más alta que antes-. Yo digo -añadió soltándola. Brunetti vio que en la manga quedaba la huella de su mano-. Ella mía -dijo tajantemente, como para excluir toda posible discusión, y echó a andar hacia la caravana. La mujer o la hija: Brunetti se preguntaba a cuál de las dos reclamaba como suya. Probablemente, a juzgar por su entonación, a las dos.

El hombre iba hacia la caravana cuando, de pronto, se paró y volvió atrás. Encarándose con la *dottoressa* Pitteri dijo en tono beligerante:

–¿Cómo saber? ¿Cómo yo seguro ella Ariana?

La mujer se volvió hacia Steiner.

–Me parece que a usted le toca contestar, *maresciallo*.

Brunetti vio las miradas que intercambiaban los hombres al oír el tono de su voz y cómo su atención se volvía entonces hacia el hombre de uniforme al que una mujer hablaba de este modo.

El comisario se adelantó, sacando las fotos del bolsillo. Sin decir nada, alargó el sobre al hombre, que lo abrió, sacó las fotos, miró las tres y

volvió a mirarlas. Las metió en el sobre y fue de nuevo hacia la caravana. Subió la escalera.

La *dottoressa* Pitteri volvió al coche. Dirigiéndose a los policías, dijo:

–Creo que ya no tenemos nada que hacer aquí. – Sin esperar respuesta, subió al asiento trasero y cerró la puerta.

El jefe dio media vuelta en silencio y entró en su caravana. Los otros se dispersaron.

Brunetti se acercó a Steiner y, en voz baja, pese a que ya nadie más podía oírle, dijo:

–¿Y ahora?

Antes de que el *carabiniere* pudiera responder, un lamento agudo brotó de la caravana de Rocich, que aún tenía entreabierta la puerta. Los ojos de Brunetti se volvieron hacia allí y fueron atraídos por un repentino movimiento que hubo en lo alto de la colina. El alarido había asustado a los pájaros, que giraban en bandada alrededor de los castaños, formando una aureola oscura y trémula. El grito continuaba, subiendo y bajando de intensidad, pero sin que se mitigara su desconsuelo. Con la mirada en los árboles, Brunetti recordó cómo el Dante, al arrancar una rama, oye el grito desgarrador del suicida cuyo dolor ha aumentado: «¿No queda compasión en alma alguna?»

Por tácito acuerdo, los cuatro policías volvieron al coche. Steiner y el conductor se instalaron delante y Brunetti ya iba a entrar detrás cuando la puerta de la caravana se abrió violentamente con un golpe seco que sonó como un pistoletazo.

La mujer que había estado oculta, escuchando, bajó la escalera en un vuelo y, al llegar abajo, se detuvo, como deslumbrada. Tenía en una mano el sobre arrugado y en la otra las tres fotos, que sostenía en la palma, con delicadeza, como si temiera estropearlas.

Brunetti había visto extraer de la madriguera a topos, que quedaban tan pasmados por la luz como ahora lo estaba la mujer. Pero el lamento no cesaba. Entonces ella arrojó el sobre al suelo, se dejó caer de rodillas y, echando la cabeza hacia atrás, empezó a aullar mientras, con la mano libre, se arañaba la mejilla. Brunetti, que era el que más cerca estaba, vio aparecer en su cara mus marcas rojas que parecían trazadas con lápiz.

Instintivamente, el comisario corrió hacia la mujer, le asió la mano y se la sujetó contra el costado. Él la vio hacer ademán de golpearle con la otra mano y contenerse, al recordar las fotos. Entonces, echando el cuerpo hacia atrás, ella le escupió una y otra vez, rociándole de saliva la camisa y el pantalón.

–Vosotros matáis mi niña -gritaba-. Vosotros matáis mi niña. En agua, vosotros matáis. Mi niña. – Tenía la cara contraída por el furor, y Brunetti vio que no era vieja, sino avejentada por la vida. Tenía las mejillas hundidas por falta de muelas, dos dientes mellados, el pelo reseco, mal recogido bajo el pañuelo y la piel oscura, grasienta y áspera.

De pronto, al lado de Brunetti, apareció la *dottoressa* Pitteri, que se inclinó sobre la mujer. Le dijo unas palabras, que repitió varias veces, siempre las mismas. Le puso la mano en el brazo al lado de la de Brunetti, e indicó con un gesto al comisario que la soltara.

Brunetti obedeció y, nada más retirar él la mano, la mujer pareció calmarse. Dejó de gritar y dobló el cuerpo, oprimiéndose el estómago con un brazo, mientras, sostenía las fotos con la otra mano. Ahora gemía y murmuraba algo que Brunetti no entendía. La *dottoressa* Pitteri sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y lo sostuvo contra la mejilla de la mujer, sin decir nada. La madre seguía sollozando y repitiendo las mismas palabras. La *dottoressa* Pitteri retiró el pañuelo para abrirlo por un lado limpio, y Brunetti vio las manchas de la sangre.

Unas manos fuertes agarraron a Brunetti por los brazos y lo apartaron hacia un lado con fuerza. Él se volvió, inclinando el cuerpo en actitud defensiva, pero se irguió al ver al padre de la niña, que se acercó a las mujeres. Al llegar a su lado, Rocich asió a la *dottoressa* Pitteri por los brazos y Brunetti vio cómo la levantaba en vilo y la depositaba a un metro de distancia.

Volviéndose hacia su esposa, que aún sollozaba, el hombre le dijo unas palabras. Ella o no le oyó o no le hizo caso, y siguió gimiendo como un animal herido. Él se inclinó y la agarró de un brazo. Estaba tan delgada que él apenas tuvo que esforzarse para ponerla en pie.

La mujer no daba señales de verlo ni parecía saber lo que hacía. Él la puso de cara a la caravana y, con la otra mano, le dio un empujón en la espalda. Ella se tambaleó y casi cayó hacia adelante. Instintivamente, extendió los brazos para recobrar el equilibrio. Brunetti vio caer al suelo las tres fotografías. El hombre, las viera o no, siguió a su mujer y pisó una de ellas, hundiéndola en el barro. Las otras dos habían caído cara abajo.

Vieron a la mujer subir a la caravana dando traspiés. El hombre la siguió y cerró la puerta con fuerza. De nuevo, el ruido hizo que los pájaros huyeran de las ramas, batiendo las alas frenéticamente y lanzando al aire una respuesta a los gritos de la mujer, en tono más agudo.

Brunetti recogió las fotos. La que el hombre había pisado era irrecuperable, con barro incrustado en los pliegues que el zapato había marcado en ella. Él se la guardó en el bolsillo. Fue a la caravana, puso las otras dos en el último peldaño y volvió al coche.

Regresaron a Venecia en silencio.

CAPÍTULO 22

Tal como Brunetti anticipara a Patta, habían transcurrido más de dos horas cuando él y Vianello regresaron a la *questura*. Al llegar al primer piso, Brunetti dijo a Vianello que podía volver a la sala de guardia y que él se encargaría de informar al *vicequestore* de las actividades de la tarde.

La *signorina* Elettra levantó la cabeza cuando el comisario entró en su despacho. Él observó en su expresión la sombra de lo sucedido horas antes. Vio el recuerdo de la brusquedad con que él le había hablado y de la irritación con que ella había reaccionado, pero enseguida vio también que la joven reparaba en su estado de ánimo, aunque él no se explicaba cómo lo notaba ni qué había que notar.

–¿Qué sucede, *dottore*? – preguntó ella con sincera inquietud, disipado el recuerdo de su anterior encuentro.

–Hemos ido a hablar con los padres de la niña -explicó él, y le contó, lo más brevemente posible, lo ocurrido.

–Pobre mujer -dijo ella-. Qué horror, que te desaparezca una hija y vengan a darte esa noticia.

–Eso es lo más extraño -dijo Brunetti. Durante el regreso, el tenso silencio que había en el coche le había impedido reflexionar y hasta ahora no empezaba a considerar la reacción de los padres de la niña.

–¿A qué se refiere?

–La niña desapareció hace casi una semana, y nadie, ni la madre, ni el padre, denunciaron su desaparición. – Repasó los detalles de la visita al campamento-. Cuando hemos llegado, el que parecía el jefe no quería dejarnos hablar con ellos. – En vista de que ella no decía nada, preguntó:- ¿Imagina, si aquí desapareciera una criatura? Vendría en todos los periódicos y las televisiones no hablarían de otra cosa. – Como ella siguiera sin responder, insistió:- ¿No le parece?

–No sé si se puede esperar que ellos reaccionen como nosotros, comisario.

–¿Qué quiere decir?

La vio buscar las palabras.

–Creo que su actitud hacia la ley es más difusa que la nuestra.

–¿Difusa? – preguntó Brunetti con una aspereza que lo sorprendió a él mismo. Esforzándose por suavizar la voz, añadió:- ¿Cómo, difusa?

Ella dejó por fin el bolígrafo y se apartó de la mesa. Estaba diferente, y él se preguntó si habría adelgazado, o se habría cortado el pelo o hecho alguna de las cosas que se hacen las mujeres.

–No es de extrañar que, cuando a ellos les ocurre algo, no llamen a la policía al momento, ¿verdad, comisario? – Como él no decía nada, agregó:- Es comprensible, dada la forma en que se trata a los de su comunidad.

–Nadie más que la madre ha mostrado dolor por la muerte de la niña -se permitió observar Brunetti.

–¿Cree que lo mostrarían delante de cuatro policías? – preguntó ella con suavidad.

Él decidió cambiar de conversación.

–¿Por qué la veo diferente, *signorina*?

Ella no pudo disimular que la sorprendía la pregunta.

–¿Lo ha notado?

–Desde luego -respondió él, intrigado todavía.

Ella se levantó. Con un elegante movimiento, extendió los brazos hacia los lados, los levantó arqueándolos sobre la cabeza e inclinó el cuerpo hacia él al tiempo que extendía el brazo derecho en la misma dirección.

–He empezado a tomar lecciones -dijo, dejándole con la duda. ¿Yoga? ¿Karate? ¿Ballet?

Debía de resultar evidente su confusión, porque ella se rió y entonces dobló las rodillas, se volvió de lado con la mano derecha cerrada en torno a un algo invisible que agitaba en dirección a él.

–¿Esgrima?

Si puede llamarse ataque a un movimiento tan elegante, ella atacó dando dos pequeños pasos hacia él, hasta tropezar con el canto de la mesa.

Entonces se abrió de pronto la puerta del despacho de Patta y apareció el *vicequestore* con una carpeta en la mano derecha y la mirada en el papel que sostenía con la izquierda, stampa de jefe atareado. Cuando levantó la mirada, el florete de la *signorina* Elettra había desaparecido y la joven se volvía hacia su jefe.

–Ahora iba a entrar a decirle que el comisario Brunetti está aquí para darle su informe, *vicequestore*.

–Ah, sí -dijo Patta, lanzando a Brunetti la mirada de agobio del que sólo puede hacer un breve inciso en las tareas del cargo, lo justo para atenderle-. Está bien, Brunetti -agregó finalmente-. Pase y cuénteme.

Patta puso la carpeta en la mesa de la *signorina* Elettra, conservando la hoja de papel en la mano y volvió a su despacho, dejando abierta la puerta, invitación para que Brunetti lo siguiera.

Brunetti trataba de adivinar cuánto tiempo le concedería Patta. Generalmente, si el *vicequestore* volvía a la mesa, ello quería decir que

estaba dispuesto a escuchar más de un minuto o dos y deseaba estar cómodo. Si se quedaba de pie junto a la ventana, era señal de que tenía prisa, y más valía abreviar.

Hoy Patta se acercó a la mesa, dejó el papel, miró a Brunetti y puso la hoja de cara abajo. Luego dio media vuelta y se quedó apoyado en la mesa, con una mano a cada lado. Esto situaba a Brunetti en una especie de limbo táctico: por un lado, no podía sentarse estando de pie su superior, y la posibilidad de que Patta pudiera deambular hacia otro punto del despacho, le hacía dudar de dónde debía ponerse.

El comisario dio unos pasos hacia Patta; éste hoy vestía un traje gris pizarra de corte depurado, que lo hacía más alto y más esbelto. Brunetti se fijó en una pequeña insignia de oro -¿una especie de cruz?- que llevaba en la solapa.

Sustrayéndose a la distracción, Brunetti dijo:

-He ido a Dolo, como usted me pidió, *vicequestore*.

Patta asintió, indicio de que hoy representaba el papel de celoso guardián de la seguridad pública.

-Iban conmigo un *maresciallo* de *carabinieri* y una funcionaria de los servicios sociales que atiende a los romaníes.

Patta volvió a mover la cabeza de arriba abajo, ya fuera para indicar que seguía el relato, ya en señal de aprobación del gentilicio empleado por Brunetti.

-Al principio, el que parecía el jefe trató de impedirnos hablar con los padres, pero cuando le hicimos comprender que teníamos intención de quedarnos allí hasta conseguirlo, llamó al padre y yo le di la noticia. - Silencio de Patta-. Él ha preguntado cómo podíamos estar seguros de su identidad, y le he dado las fotos. Él las ha enseñado a la madre. Ella estaba... -Brunetti no sabía cómo describir a Patta el dolor de la

madre-. Estaba desesperada. – No sabía qué podía añadir. Ésos eran los hechos.

–Lo siento -dijo Patta, para sorpresa de Brunetti.

–¿Cómo dice, señor?

–Lo siento por la mujer -dijo Patta, muy serio-. Nadie debería perder a un hijo. – Entonces, con un brusco cambio de tono, preguntó:- ¿Y la otra mujer?

–¿La de los servicios sociales, señor?

–No. La que usted fue a ver a su casa. Acerca de las joyas.

–La niña tuvo que haber estado en esa casa -respondió Brunetti. Al ver que Patta iba a decir algo, añadió:- Si no, ¿cómo se explica que tuviera el anillo y el reloj? – Nada más decirlo, Brunetti advirtió que daba la impresión de estar muy interesado en el caso, y añadió con indiferencia:- De otro modo, ¿cómo iba a tenerlos?

–Pero es no significa gran cosa, ¿verdad? – preguntó Patta-. Quiero decir que eso no es motivo para suponer que le ocurriera algo mientras estaba allí, salvo tropezar y caer. Mucha gente se cae del tejado.

Brunetti sabía de un solo caso, en los diez últimos años, pero se guardó de hacer la observación. Quizá los tejados eran más peligrosos en Palermo, la ciudad natal de Patta. Como la mayoría de las cosas.

–Suelen trabajar en grupo -observó Brunetti.

–Ya sé, ya sé -respondió Patta, agitando una mano, como si Brunetti fuera una mosca impertinente-. Pero eso tampoco significa nada.

Como si fuera realmente una mosca, el radar de Brunetti empezó a captar en el despacho otro extraño zumbido, una emanación que partía de Patta, de sus ojos, del tono de su voz o de la forma en que los dedos

de su mano derecha se movían a veces hacia aquel papel, para retroceder rápidamente hacia su costado.

Brunetti asumió un aire pensativo.

–Sin duda tiene razón, señor -dijo al fin, procurando imprimir en su aquiescencia un tono de decepción-. Pero podría ser útil hablar con ellos.

–¿Con quiénes?

–Con los otros niños.

–Descartado -dijo Patta con voz desmesurada. Y entonces, como si compartiera la sorpresa de Brunetti ante semejante desenfreno vocal, prosiguió, con más suavidad-: Es decir, sería muy complicado: necesitaría una orden de un juez del tribunal de menores y debería acompañarle alguien de los servicios sociales. Además, necesitaría un intérprete. – Hablaba como dando el asunto por terminado, pero, después de una pausa, añadió cautamente-: Por otra parte, en primer lugar, no podría estar seguro de que fueran sus verdaderos hermanos. – Meneó la cabeza contemplando la imposibilidad de que Brunetti pudiera salvar tantos obstáculos.

–Comprendo lo que quiere decir, señor -dijo Brunetti encogiéndose de hombros con resignación, bajando la voz y venciendo la tentación de caer en la ironía o el sarcasmo. Porque comprendía realmente lo que quería decir Patta: en este asunto estaba involucrada la próspera clase media, y Patta había decidido que era preferible no investigar lo que pudiera haber ocurrido en aquel tejado.

Y Brunetti, como el caracol cuya antena tropieza con algo duro, optó por esconderse en la concha.

–No había pensado en todas esas cosas -admitió a regañadientes. Esperó unos segundos, por si Patta decidía clavar otro clavo en el ataúd

y, en vista de que no era así, lo hizo él-: Además, tampoco podríamos hacer que esos niños testificaran, ¿verdad?

–Desde luego que no -convino Patta. Se apartó de la mesa y dio la vuelta hacia su sillón-. Vea si se puede hacer algo por la madre -dijo Patta, para gran satisfacción de Brunetti, ya que, para interesarse por lo que pudiera hacerse, tendría que ir a hablar con ella, ¿no?

–Ahora le dejo trabajar, señor -dijo Brunetti.

Patta estaba ya muy ocupado para contestar, y Brunetti lo dejó entregado a su quehacer.

La *signorina* Elettra levantó la cabeza cuando él salió del despacho de Patta.

–El *vicequestore* piensa que de nada serviría seguir con esto -dijo Brunetti, cuidando de dejar la puerta abierta.

Ella, mirando la puerta, le dio pie:

–¿Y usted piensa lo mismo, comisario?

–Sí, creo que sí. La pobre criatura cayó del tejado y se ahogó. – Entonces recordó que no se habían tomado disposiciones respecto al cadáver. Ahora que Patta había dado por cerrada la investigación, habría que entregarlo a la familia, aunque en caso de muerte por accidente Brunetti ignoraba a quién correspondía hacerlo-. ¿Sería tan amable de llamar al *dottor* Rizzardi y preguntarle cuándo podrá entregarse el cuerpo? – Durante un momento, Brunetti pensó en acompañarlo él, pero no se sintió con ánimo-. Una mujer de los servicios sociales, la *dottoressa* Pitteri, no recuerdo el nombre de pila, que desde hace tiempo se ocupa de los romaníes, quizá sepa..., en fin, lo que ellos querrán hacer.

–¿Quiere decir con la niña, comisario? – preguntó la *signorina* Elettra.

–Sí.

–Está bien. La llamaré y le tendré informado.

–Gracias -dijo él saliendo del despacho.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 23

Mientras subía a su despacho, Brunetti sintió el deseo de dar media vuelta, salir de la *questura* y, como había hecho más de una vez cuando iba a la escuela, tomar el *vaporetto* e ir al Lido a pasear por la playa. ¿Quién iba a saberlo? Peor aún, ¿a quién iba a importarle? Patta, probablemente, estaría felicitándose de la facilidad con que había conseguido proteger a la clase media de una investigación embarazosa, y la *signorina* Elettra se ocuparía de los ingratos trámites de entregar el cadáver de la niña a la familia.

Brunetti entró en su despacho e inmediatamente marcó el número de la *signorina* Elettra. Cuando ella contestó, él dijo:

–Cuando salí de su despacho, Patta tenía un papel en la mano. ¿Sabe de qué se trata?

–No, señor -fue la lacónica respuesta.

–¿Cree que podría echarle un vistazo?

–Un momento, preguntaré al teniente Scarpa -dijo ella, y entonces Brunetti la oyó preguntar en una voz que sonó más débil al apartar ella el teléfono-: Teniente, ¿sabe qué le pasa a la fotocopidora del tercer piso? – Un largo silencio y de nuevo su voz, un poco más alta, como si se dirigiera a alguien que estaba más lejos-: Debe de haberse atascado el papel, teniente. ¿Haría el favor de echarle una mirada?

Durante el silencio que siguió, Brunetti dijo:

–No debería pincharle.

–Yo no como bombones -respondió ella secamente-. Pinchar al teniente me proporciona el mismo placer, con la ventaja de que no engorda.

A Brunetti no le parecía que la *signorina* Elettra corriera peligro de engordar, y no era dado a cuestionar las diversiones ajenas, pero le parecía que dedicarse deliberadamente a fastidiar al lugarteniente de Patta era un placer más peligroso que comer algún que otro bombón.

–Yo me lavo las manos -dijo riendo-. Pero admiro su valentía.

–Es un tigre de papel, comisario. Todos lo son.

–¿Quiénes, todos?

–Los hombres como él, siempre adustos y callados, rondando tu mesa. Quieren hacerte creer que pueden cortarte en pedacitos y usar esquiras de tus huesos para sacarse tu carne de entre los dientes. – Brunetti se preguntó si ésta sería también su opinión de los hombres del campamento gitano, pero, antes de que acabara siquiera de pensarlo, ella dijo-: No se preocupe por él, comisario.

–De todos modos, me parece más prudente no ponerse a malas.

Ella respondió con cierta aspereza en la voz.

–Puesto a elegir, el *vicequestore* prescindiría de él al instante.

–¿Por qué? – preguntó Brunetti sinceramente sorprendido. El teniente Scarpa era el leal esbirro del *vicequestore* desde hacía más de una década, siciliano como él, un hombre que parecía darse por satisfecho con las migajas que caían de la mesa de los poderosos. A Brunetti siempre le había parecido implacable en su afán por ayudar a Patta en su carrera.

–Porque el *vicequestore* sabe que en él puede confiar -respondió ella, para total desconcierto del comisario, que confesó:

–No comprendo.

–Él sabe que en Scarpa puede confiar; sabe, pues, que no sería arriesgado deshacerse de él, siempre que le procurara un puesto mejor. Pero de mí no está tan seguro, de modo que nunca se atrevería ni a intentar siquiera prescindir de mis servicios. – Brunetti casi no reconocía su voz, exenta como estaba de su habitual tono humorístico. Pero entonces ella prosiguió, volviendo a su plácida entonación de siempre-: Y, contestando a su pregunta, la única persona que esta mañana ha entrado en su despacho, además de usted, es el teniente Scarpa.

–Ah -se permitió decir Brunetti, le dio las gracias y colgó el teléfono. Se acercó un papel y empezó una lista de nombres. Primero, el dueño del anillo y el reloj. Le era familiar el nombre de Fornari: con la mirada fija en la pared de enfrente, buscó en la memoria. La esposa había dicho que estaba en Rusia, pero el nombre del país, no ayudaba. ¿Qué vendía? ¿Accesorios de cocina? No Muebles de cocina que trataba de exportar a Rusia. Si ahí estaba, justo en el linde de la memoria: permisos di exportación, *Guardia di Finanza*, fábricas. Algo relacionado con dinero o con una empresa extranjera... pero no, no acababa de definirse, y Brunetti decidió desistir.

Escribió el nombre de la esposa, el de la hija, el del hijo y hasta el de la asistenta. Eran las únicas personas que podían estar en el apartamento la noche en que murió la niña. Añadió las palabras «zíngara», «romaní», «sinti», «nómadas» al pie de la hoja, echó la silla hacia atrás y reanudó la contemplación de la pared de enfrente, y entonces le vino a la memoria la cara de la niña muerta.

La mujer parecía lo bastante vieja como para ser la abuela, pero aquella cara arrugada, de mejillas hundidas, era la de la madre de una niña de once años. Ninguno de los tres hijos tenía más de catorce, por lo que no se les podía arrestar. No había visto niños en el campamento, ni siquiera indicios de la presencia de niños, lo que era aún más extraño: ni bicis, ni muñecas ni otros juguetes tirados en medio del desorden. Los niños italianos, durante el día, están en el colegio; la ausencia de los

niños gitanos, empero, sugería que ellos estaban trabajando, o haciendo lo que ellos entendían por trabajo.

Los chicos Fornari debían de estar en la escuela a esta hora. Si la niña tenía dieciséis años, estaría terminando la secundaria, y el chico ya podía ir a la universidad. Levantó el teléfono y volvió a marcar el número de la *signorina* Elettra.

–Debo pedirle otro favor -dijo-. ¿Tiene acceso a los archivos de las escuelas de la ciudad?

–Ah, el Departamento de Instrucción Pública -dijo ella-. Juego de niños.

–Bien. La hija de los Fornari, Ludovica, tiene dieciséis años, y Matteo, su hermano, dieciocho. Me gustaría que viera si existe alguna particularidad que pueda sernos de interés.

Él esperaba oírle decir que la petición era muy vaga, pero ella se limitó a preguntar:

–¿Nombre completo de los padres?

–Giorgio Fornari y Orsola Vivarini.

–Vaya, vaya -dijo ella al oír el segundo nombre.

–¿La conoce? – preguntó Brunetti.

–No, señor. Pero me gustaría conocer a una mujer a la que han endilgado el nombre de Orsola y ella pone a su hija Ludovica.

–Mi madre tenía una amiga que se llamaba Italia -dijo él-. Y también conocía a muchos Benitos, a una Vittoria y hasta a un Addis Abeba.

–Otros tiempos. U otra mentalidad, imponer a una criatura un nombre que, más que nombre, es una fantasmada.

–Sí -dijo él, recordando a las Tiffanys, Denis y Sharons que había arrestado-. Mi mujer dijo una vez que si en una serie de televisión americana saliera un Pig Shit, tendríamos que prepararnos para una generación de ellos.

–Me parece que son más populares los brasileños.

–¿Los brasileños?

–Los culebrones.

–Ah, desde luego -asintió él, sin saber qué decir.

–Veré qué puedo encontrar -dijo ella-. Y llamaré a esa *dottoressa* Pitteri.

–Muchas gracias, *signorina* -terminó él.

Brunetti sabía que podía buscar información sobre Giorgio Fornari con el ordenador, pero la zona de la memoria en la que estaba ubicado el nombre era la misma en la que se alojaban las habladurías y los rumores, de manera que la clase de información que le interesaba era la que no aparece en diarios y revistas ni en los informes del Gobierno. Trató de reconstruir la situación en la que había oído el nombre de Fornari por primera vez. Algo relacionado con dinero, y algo que tenía que ver con la *Guardia di Finanza*, porque días atrás, al leer en el periódico una alusión a la policía de delitos económicos, le vino a la memoria el nombre de Fornari.

Un antiguo condiscípulo de Brunetti era ahora capitán de la *Guardia di Finanza*. El comisario no había olvidado la tarde que habían pasado en la laguna unos tres años atrás. La patrullera, equipada a uno y otro lado con turbinas de película de acción, asombró a Brunetti, acostumbrado a las lanchas de la policía y de los *carabinieri*. Aquella tarde, el comisario aprendió el verdadero significado del concepto «gran velocidad», mientras el piloto los llevaba por el Canale di San Nicolò y más allá, como si no fuera a parar hasta avistar las islas de las

costas de Croacia. El amigo de Brunetti justificó la excursión como «operación de coordinación con otras fuerzas del orden», pero en realidad, con la complicidad del piloto, aquello fue una escapada de colegiales, en la que no fallaron los gritos de júbilo ni las palmadas en la espalda, que no acabó hasta que se recibió por radio una llamada pidiendo su posición.

Desentendiéndose de la llamada, el piloto viró en redondo y la lancha salió disparada hacia la ciudad, dejando atrás las barcas de pesca como si fueran islotes y dando grandes saltos al tomar de través deliberadamente la estela de un transatlántico que se dirigía a la ciudad.

Impresionado por el recuerdo, Brunetti dijo en voz alta:

–Los transatlánticos. – Sin apartar la mirada de la pared, fue rescatando del olvido todo el episodio. Giorgio Fornari era amigo del capitán amigo de Brunetti, y un día lo llamó para hablarle de algo que le había contado el dueño de una tienda de Via XXII Marzo que se encontró atrapado en uno de tantos ingeniosos métodos utilizados por la gente para lucrarse a costa de la ciudad.

Al parecer, según dijeron a Fornari, en los cruceros era norma advertir al pasaje de que no era seguro hacer compras ni comer en Venecia. Puesto que la mayoría de cruceristas de los grandes transatlánticos que visitaban la ciudad eran norteamericanos que sólo se consideraban seguros en su casa, delante de su televisor, creían el aviso y se sentían agradecidos cuando el barco les proporcionaba una lista de tiendas y restaurantes «seguros» en los que no se les estafaría. Estos lugares no sólo eran de absoluta confianza -y aquí el capitán no había podido contener la risa al contárselo a Brunetti- sino que, además, les harían un descuento del diez por ciento, sólo con que lo solicitaran y mostraran la tarjeta de identificación que el barco distribuía a sus pasajeros.

Con creciente regocijo, el capitán había explicado que el personal de a bordo, siempre deseoso de proporcionar alegrías, ofrecía una especie de lotería a los pasajeros a su regreso al barco: enseñando el recibo de las compras o del almuerzo, las posibilidades de ganar un premio eran proporcionales al importe del desembolso.

«Y todos felices y contentos con sus descuentos», recordaba ahora Brunetti que había dicho el capitán con una sonrisa feroz. Y, al día siguiente, el personal de a bordo hacía la ronda de las tiendas y los restaurante, «recomendados», para recaudar su propio diez por ciento, gratificación relativamente modesta que los comerciantes satisfacían gustosos con tal de ver sus nombres en la lista de establecimientos seguros. Y, por si la tienda trataba de minimizar el importe de la venta, ya tenían ellos los recibos con el verdadero total. Más seguridad, imposible.

Giorgio Fornari había preguntado al capitán si no habría manera de poner fin a esto. El capitán, animado del espíritu de la verdadera amistad, había aconsejado a Fornari que mantuviera la boca cerrada y que recomendara a los comerciantes que hicieran otro tanto. Brunetti recordaba que el capitán le había dicho: «Me parece que se ha ofendido, porque lo considera ilícito.»

Brunetti comprendía que esta actitud no podía considerarse un fiel retrato de Fornari, sino, a lo sumo, una instantánea. Frente a una situación concreta, había reaccionado como un ciudadano honrado. Su amigo le dijo que Fornari estaba indignado porque pudieran aprovecharse de este modo de la ciudad unos individuos que no eran venecianos, ni siquiera italianos, ya que los barcos eran extranjeros. A lo que el capitán respondió a Fornari recordándole que semejante chanchullo no podría mantenerse, ni tal vez habría podido organizarse, sin el tácito consentimiento, y quién sabe si la colaboración, de «ciertos sectores» de la ciudad.

Pero ya se acercaban al muelle de la punta de la Giudecca, la escapada había terminado y el episodio de la indignación de Fornari

ante la fraudulencia quedó archivado en la memoria de Brunetti.

–Imagina -dijo ahora en voz alta el comisario.

Sacó a Brunetti de la contemplación de este ingenioso apaño la llamada de la *signorina* Elettra, que dijo sin preámbulos:

–He encontrado varias cosas de ese tal Mutti.

Desafinó al pronunciar el nombre.

–¿Qué ha encontrado?

–Como ya le dije, nunca ha pertenecido a una orden religiosa.

–Lo recuerdo, sí -dijo Brunetti, y agregó, porque el tono de ella parecía pedirlo-: ¿Pero...?

–Pero el padre Antonin no iba descaminado al hablar de Umbria. Mutti estuvo allí dos años, en Asís. Entonces llevaba hábito franciscano.

Ante tan prudente forma de expresión, Brunetti preguntó:

–¿Qué hacía?

–Dirigía una especie de centro de recuperación.

–¿Centro de recuperación? – preguntó Brunetti, advirtiéndole que iba a aprender algo nuevo sobre la época en la que vivía.

–Un sitio al que los ricos pueden trasladarse un fin de semana en busca de..., bueno, de purificación.

–¿Física? – preguntó él, recordando el balneario de Abano, en el que ella había estado hacía poco, pero sin olvidar la alusión al hábito franciscano.

–Y espiritual.

–Ah -dijo Brunetti, y luego-: ¿Y qué pasó?

–Pues que tanto las autoridades sanitarias como la *Guardia di Finanza* tuvieron que intervenir y clausurar el centro.

–¿Y Mutti? – preguntó Brunetti, prescindiendo del tratamiento clerical.

–Él nada sabía de las finanzas del lugar, desde luego. Estaba allí en calidad de consejero espiritual.

–¿Y la contabilidad?

–No existía.

–¿Qué pasó?

–Fue acusado de fraude, multado y dejado en libertad.

–¿Y?

–Y, al parecer, se trasladó a Venecia.

–En efecto -dijo Brunetti, y entonces decidió-: Haga el favor de llamar a la *Guardia di Finanza*. Pregunte por el capitán Zeccardi. Cuénteles todo eso y diga que quizá le interese investigar las actividades de Mutti.

–¿Eso es todo, comisario?

–Sí -dijo Brunetti y entonces, recordando, rectificó-: No. Diga al capitán que con esto quiero agradecerle el paseo por la laguna. Él lo entenderá.

Durante la cena, Brunetti estuvo menos hablador de lo habitual en él, pero nadie pareció notarlos, enfrascados como estaban todos en un debate acerca de la guerra que parecía estar librándose en las calles de Nápoles.

–Hoy han disparado a dos -dijo Raffi, alargando el brazo hacia la fuente de los *ruote con melanzane y ricotta*-. Aquello es el Salvaje Oeste. Sales de casa para ir a la esquina a por un litro de leche y *zacchetè!* te vuelan la cabeza.

Con el tono de voz que usaba para calmar los arrebatos juveniles, Paola dijo:

–Imagino que, siendo Nápoles, lo más probable es que vayan a la esquina a por un litro de cocaína. – Sin cambiar de tono, preguntó:- ¿Más pasta, Chiara?

–No serán todos así, ¿verdad? – preguntó Chiara a su padre, asintiendo en respuesta al ofrecimiento de su madre.

–No -respondió Brunetti, asumiendo su papel de autoridad en materia policial-. Tu madre exagera, una vez más.

–Dicen los profesores que la policía y el Gobierno luchan contra la Mafia -dijo Chiara con una entonación que sonó a Brunetti a lección aprendida de memoria.

–¿Y cuánto hace que luchan? – dijo Paola con una voz engañosamente serena-. Pregúntaselo al profesor la próxima vez que diga semejante estupidez -concluyó, procurando, como siempre, fomentar la confianza de sus hijos en el profesorado y también en el Gobierno. Brunetti fue a protestar, pero ella no le dio tiempo-: ¿Qué otra guerra hay en Europa que dure desde hace más de sesenta años? La tenemos ahí desde que terminó la auténtica, cuando los norteamericanos nos trajeron de vuelta a la Mafia, para ayudar a combatir -aquí su voz adquirió el tono melifluido que utilizaba al mencionar las obras de misericordia que más la repugnaban- el comunismo internacional. Así, en lugar del riesgo de que los comunistas pudieran entrar en el Gobierno después de la guerra, tuvimos a la Mafia, y seguiremos teniéndola colgada del cuello para siempre.

En su condición de miembro de las fuerzas del orden, Brunetti debía refutar esta afirmación y sostener que, bajo el enérgico liderazgo del Gobierno actual, la policía y otros órganos del Estado avanzaban a grandes pasos en su lucha contra la Mafia. Pero sólo preguntó qué había de postre.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 24

Durante los dos días siguientes, Brunetti estuvo muy atareado redactando un informe sobre las tendencias de la delincuencia en el Véneto, cuyos datos utilizaría Patta en una conferencia que debía pronunciar en Roma dentro de dos meses. En lugar de endosar el trabajo de documentación a la *signorina* Elettra o a los hombres del departamento, Brunetti decidió hacerlo personalmente, y pasaba varias horas al día examinando archivos de la policía de todo el Véneto y cotejándolos con las cifras disponibles de otras provincias y países.

Repasando las estadísticas, tropezaba a menudo con estas cuatro palabras: zíngaros, romaníes, *sinti*, nómadas, grupos a los que pertenecían la mayoría de las personas arrestadas por determinados delitos. Robo, hurto, escalo: una y otra vez, los arrestados eran nómadas. A pesar de que no se hacía informe de los arrestos de menores, no era necesario ser un experto en los arcanos de la policía para leer entre líneas de las frecuentes justificaciones dadas para el uso de vehículos policiales en viajes al continente: «devolver menor a sus tutores», «acompañar menores a sus padres». Brunetti leyó un informe que aludía a un joven multirreincidente, que afirmaba tener sólo trece años, para evitar ser arrestado. A falta de documentos que acreditaran su edad, el juez ordenó que se le hicieran radiografías de todo el cuerpo, a fin de determinar su edad por el estado de los huesos.

Durante siglos, los nómadas habían conseguido mantenerse al margen de la sociedad, cualquiera que fuera el país en el que vivían. Siempre se habían ganado la vida haciendo de tratantes y adiestradores de caballos, hojalateros y hasta montadores de gemas, oficios que actualmente habían pasado a la historia. Pero ellos seguían viviendo de lo que llamaban *gadje*, porque, a sus ojos, el robo no era una actividad muy distinta del comercio. Durante la última guerra, su alienación les costó cara, y fueron asesinados en masa.

A medida que Brunetti recogía estadísticas de otras regiones, se iba definiendo un perfil. Escalo, robo, hurto: en estos casos, los miembros

de los grupos nómadas eran arrestados en un número y con una frecuencia desproporcionados. Pero también había casos que denotaban la existencia de redes de prostitución -en Roma, se había dado uno especialmente abyecto-, en las que miembros de los clanes alquilaban menores a pederastas. Brunetti recordó el informe de la autopsia de la niña.

Por más que trataba de examinar la estadística del crimen objetivamente y en líneas generales, aquel caso concreto seguía inquietándolo, y la cara de la pequeña Ariana, tanto en carne y hueso como en las fotos que había dejado en el peldaño de la caravana, se le presentaba de improviso, sobre todo, en sueños. Sustrayéndose al insistente recuerdo, Brunetti se concentró en la tarea de tabular comparaciones del número de delitos, pero, al llegar al apartado de robo de vehículos, para el que no supo hallar un equivalente en Venecia, decidió abandonar la tarea por el momento.

«Vea si se puede hacer algo por la madre», le había dicho Patta. Brunetti no sabía qué se puede hacer por la madre de una niña de once años que ha muerto ahogada, y suponía que el *vicequestore* tampoco tendría ni idea. Pero Patta había dado la orden, y Brunetti la cumpliría.

El coche que lo llevaba esta vez pertenecía a la *Squadra Mobile*, pero también el conductor reconoció el nombre del campamento cuando Brunetti le dijo adónde quería ir.

—Sería más práctico poner una línea de autobuses, comisario -dijo el hombre, en el dialecto que había oído hablar a Brunetti. Aparentaba cuarenta y tantos años, tenía la tez clara y el gesto franco y relajado.

—¿Y eso? — preguntó Brunetti.

—Vamos tan a menudo que somos como un servicio de taxis para sus críos.

–¿Tanto van? – preguntó Brunetti observando que hoy los árboles estaban más cargados de flor y el verde era más intenso, más seguro de sí-. Mala cosa parece.

–No es asunto mío decir si está bien o mal, señor. Pero, con el tiempo, se te hace extraño.

–¿Por qué?

–Es como si para ellos la ley fuera diferente que para los demás. – Aventuró una mirada de soslayo y, al ver que el comisario escuchaba con interés, prosiguió:- Yo tengo dos hijos, de seis y nueve años. ¿Imagina lo que ocurriría si me negara a dejarles ir a la escuela y si me los trajeran a casa por haberlos pillado robando? ¿Y eso seis veces? ¿Diez?

–¿Qué sería diferente? – preguntó Brunetti, aunque se hacía una idea bastante aproximada.

–Para empezar, yo los aviaría bien -dijo el conductor con una sonrisa que indicaba que por «aviarlos» él entendía una bronca y un mes sin televisión-. Y luego me quedaría sin trabajo. Eso, seguro. O se me haría tan difícil seguir que tendría que dejarlo.

A Brunetti le pareció que el hombre exageraba, pero entonces recordó casos en los que el arresto del hijo de un policía había perjudicado gravemente la carrera del padre.

–¿Y qué se puede hacer?

–Pues, supongo que, si no los mandan a la escuela, los servicios sociales podrían quitárselos o, quizá, enviarlos a una casa de acogida, no sé...

–¿Y cree que eso sería justo? – preguntó Brunetti.

El conductor cambió de carril con suavidad y estuvo un rato sin hablar, atento al tráfico.

–Verá, por lo que a mí y a mi familia respecta, creo que eso sería demasiado. En serio. Buscaría la manera de impedirlo. – Se quedó pensativo y dijo:- Sí, bien mirado, quizá a esa gente tampoco le gustara que les quitaran a sus hijos. – Otro silencio y entonces:- Será que no todos debemos de querer a nuestros hijos del mismo modo, ¿eh?

–Supongo que no.

–¿Y los chicos? ¿Qué saben ellos de las cosas?

–¿A qué se refiere? – dijo Brunetti.

–Lo que tienen es lo normal, ¿no? Quiero decir, normal para ellos. Lo único que los chicos saben de la familia es lo que ven a su alrededor. Eso es lo normal. Normal para ellos. – Dio a Brunetti tiempo de pensar y añadió:- Cuando los acompaño, se nota que los chicos quieren a su familia.

–¿Y los padres?

–También quieren a sus hijos. Por lo menos, las madres. Eso se nota.

–¿A pesar de que se los lleva la policía? – preguntó Brunetti.

El conductor se rió, como si le sorprendiera la pregunta.

–Eso a ellos no les importa, señor. Están contentos y los chicos también. – Lanzó una mirada a Brunetti por el espejo-. La familia siempre es la familia, ¿verdad, señor?

–Supongo que sí -dijo Brunetti-. De todos modos, si la policía le llevara a casa a sus hijos...

–Para empezar, eso no podría ocurrir. Mis hijos están en el colegio y, si no estuvieran, nosotros lo sabríamos. – Cambiando de tema

bruscamente, el conductor dijo:- Yo no tengo estudios, señor, y aquí me tiene, conduciendo un coche de la policía para ganarme la vida.

–¿No le gusta lo que hace? – preguntó Brunetti, sin saber bien cómo se había pasado de un tema a otro.

–No es que no me guste, comisario. En ocasiones como ésta, cuando puedo hablar con personas..., en fin, personas que me hablan como si yo fuera alguien, me gusta. Pero, ¿qué vida es ésta para un hombre? Llevar a la gente de un lado al otro, sabiendo que esa otra gente será siempre más importante que yo. Soy agente de policía, sí, llevo uniforme y pistola, pero lo único que voy a hacer es conducir este coche. Hasta que me jubile.

–¿Por eso cree que es importante que sus hijos vayan a la escuela? – preguntó Brunetti.

–Exactamente. Allí reciben una educación, ellos podrán hacer algo en la vida. – Puso el intermitente y viró por la rampa de salida de la *autostrada*. Miró un momento a Brunetti y dijo:- Eso es lo que importa, ¿no?, que nuestros hijos puedan tener una vida mejor que la nuestra.

–Confiemos en que así sea, ¿eh?

–Sí, señor.

El agente sacó el coche de la *autostrada*, paró en un stop, miró a uno y otro lado y giró a la izquierda. A causa del tráfico en sentido contrario, o quizá porque ya había dicho todo lo que tenía que decir, el hombre enmudeció y Brunetti dirigió la atención al paisaje. Le era difícil comprender cómo podían los automovilistas encontrar su punto de destino. Eran tantas las cosas que, podían cambiar: los árboles y las flores brotaban y morían, los campos se araban o se segaban, los coches aparcados cambiaban de sitio. Y, si uno se perdía, era difícil pararse y, más aún, tratar de volver por donde había venido. Y, encima, la constante tensión del tráfico, con coches por todas partes, zumbando como insectos.

Tomaron otra curva. Brunetti miraba a uno y otro lado sin reconocer el sitio. Las casas desaparecieron y el mundo se tornó verde.

Al fin, el coche se detuvo frente a la verja del campamento. El conductor se apeó, la abrió, volvió al coche, cruzaron, bajó de nuevo y cerró. Si se abría con tanta facilidad, ¿de qué servía?

Dos hombres estaban sentados en la escalera de una caravana y otros tres miraban bajo el capó de un coche. Ninguno se dio por enterado de la llegada del coche de la policía, pero Brunetti observó que se habían quedado quietos como por ensalmo.

Brunetti se apeó y con una seña indicó al conductor que se quedara dentro. Se acercó a los tres hombres.

–*Buon giorno, signori* -dijo. Uno tras otro, ellos lo miraron y volvieron a inclinarse sobre las vísceras del coche. Uno dijo algo señalando una botella de plástico que tenía un tubo insertado a través de un tapón rojo, extendió el brazo y la golpeó con el dedo, haciendo temblar el líquido que contenía. Los otros dos comentaron la acción de su compañero.

Los tres hombres irguieron el cuerpo y, como si hubieran ensayado la maniobra, se apartaron del coche simultáneamente y se dirigieron hacia las caravanas. Al cabo de un momento, Brunetti se acercó a los dos hombres que estaban sentados en la escalera. Ellos lo miraron y enseguida volvieron la cara.

–*Buon giorno, signori* -los saludó él.

–No italiano -dijo uno, sonriendo a su amigo.

Brunetti volvió al coche de la policía. El conductor bajó el cristal y miró a Brunetti.

–¿Sabe usted mucho de coches? – preguntó el comisario.

–Sí, señor.

–¿Alguna irregularidad en esos coches? Me refiero a infracciones - puntualizó Brunetti señalando con la barbilla el semicírculo de vehículos que tenían delante.

El conductor se apeó. Dio dos pasos hacia los coches y los miró despacio.

–Dos tienen rotas las luces de posición traseras -dijo volviéndose hacia Brunetti-. Y los neumáticos de otros tres están prácticamente lisos. – El hombre miró a Brunetti y preguntó:- ¿Quiere más?

–Sí.

El conductor fue hasta los coches e hizo un meticuloso examen de cada uno de ellos, comprobando si los asientos traseros tenían cinturón, si los faros estaban enteros y si llevaban en lugar visible la tarjeta verde del seguro. Después volvió a donde estaba Brunetti y dijo:

–Dos no pueden circular legalmente. Uno está casi sin neumáticos y dos llevan tarjetas del seguro de hace más de tres años.

–¿Es suficiente para que se los lleve la grúa?

–No estoy seguro, comisario. Nunca he estado en Tráfico. – Miró los coches y añadió:- Quizá sí.

–Veremos lo que se puede hacer. ¿Quién tiene jurisdicción aquí?

–La provincia de Treviso.

–Bien.

Brunetti había reflexionado con frecuencia en el significado de lo que se había dado en llamar el Activo de una persona, expresión que, generalmente, abarca los bienes inmuebles, valores, dinero y otras propiedades, es decir, cosas que uno puede ver, contar y tocar. Que él

supiera, la expresión no se utilizaba para designar intangibles tales como la buena o la mala voluntad que acompañan a una persona a lo largo de la vida, el amor que da y que recibe, ni los favores que se le deben, que, en este caso concreto, eran lo que contaba.

El comisario, cuyo patrimonio económico podía cuantificarse fácilmente, disponía de vastos recursos de otro orden: ahora mismo, sin ir más lejos, podía contar con un antiguo compañero de universidad que en la actualidad era *vicequestore* de Treviso, por orden de quien, al cabo de treinta minutos, llegaban a la verja del campamento nómada tres grúas de la policía de Tráfico.

El conductor de Brunetti abrió la verja y las grúas entraron. De la primera saltó a tierra un agente uniformado que, sin mirar a Brunetti ni a su conductor, se acercó al primero de los tres coches denunciados. El agente introdujo el número de matrícula en un ordenador portátil, esperó que la respuesta apareciera en la pantalla y tecleó más información. Al cabo de un momento, el ordenador escupió una pequeña hoja blanca que el agente puso debajo del limpiaparabrisas del coche. Luego repitió el proceso con otros dos coches y, cuando hubo terminado, hizo una seña con la mano a los conductores de las grúas.

Con una precisión que Brunetti no pudo menos que admirar, los camiones se situaron delante de los coches, dieron media vuelta e hicieron marcha atrás. Con movimientos tan sincronizados como el de los tres nómadas al apartarse del capó, los conductores engancharon los coches y volvieron a los camiones. El agente saludó a Brunetti, volvió a subir a la cabina del primer camión y cerró la puerta con un golpe seco. Los motores de los camiones zumbaron en un tono más agudo. Lentamente, la parte delantera de los coches se elevó, las grúas se pusieron en fila y salieron por la verja remolcando cada una un coche. Una vez fuera, pararon y el agente se apeó y cerró la verja. Las grúas se alejaron. La operación no había durado ni cinco minutos.

El conductor de Brunetti volvió a sentarse al volante, pero Brunetti se quedó de pie delante del coche. Al cabo de unos minutos, el que parecía

el jefe del campamento abrió la puerta de la caravana y bajó la escalera. Brunetti dio unos pasos a su encuentro. Tanovic se detuvo a un metro de él.

–¿Por qué hace eso? – preguntó agriamente señalando con un brusco movimiento de la cabeza el vacío que habían dejado los coches.

–No quiero que corran riesgos -dijo Brunetti. Y, antes de que el otro pudiera hablar, añadió-: Es peligroso desobedecer ciertas leyes.

–¿Qué leyes desobedecemos? – preguntó el hombre con voz cargada de indignación.

–Hay que tener seguro para llevar coche -explicó Brunetti-. Y faros y cinturón de seguridad. No hacen lo que manda la policía.

–No tenían que llevarse coches -dijo el hombre con otra sacudida de la cabeza.

–Usted está aquí ahora, ¿verdad? – preguntó Brunetti-. Hablando conmigo.

El hombre agrandó los ojos al oír esto, como si él prefiriese jugar a ver quién era el más fuerte, sin hablar de las jugadas.

–Yo vengo otro rato -dijo-. Tengo trabajo ahora.

–Yo no tengo tiempo que perder -dijo Brunetti con una voz muy desagradable-. Usted me hace perder tiempo. Yo le hago perder tiempo.

El hombre no quería entrar a discutir eso.

–¿Qué quiere?

–Hablar con *signor* y *signora* Rocich.

El hombre miraba a Brunetti como si aún esperan la respuesta a su pregunta.

Brunetti esperaba a que el otro hablara. Al entrar había visto el Mercedes azul con el guardabarros abollado. Esperó un poco más, suspiró y dio media vuelta. Se acercó al coche de la policía, se inclinó hacia la ventanilla y dijo al conductor en voz lo bastante alta como para que el otro hombre lo oyera:

–Llame otra vez a Treviso, por favor.

–Espere, espere -oyó decir a Tanovic a su espalda-. Ya viene.

Brunetti enderezó el cuerpo. El otro se acercó a la caravana de la que había salido Rocich la última vez y golpeó con el pie el primer peldaño una, dos, tres veces. Luego retrocedió dos pasos. Brunetti se situó a su lado, el hombre sacó un *telefonino* del bolsillo de su chaqueta de cuero y marcó un número. Brunetti oyó sonar un teléfono dos veces y responder una voz con una palabra, en un grito. El hombre contestó con dos palabras y cortó. Se volvió hacia Brunetti con una sonrisa cargada de malicia, presentando esta acción como su jugada en la partida que pudieran tener entablada.

Se abrió la puerta de la caravana de Rocich y apareció el hombre fornido. Bajó la escalera y, al llegar abajo, se paró. Brunetti percibió la rabia que emanaba de él como el calor irradia de un horno. Pero no se le notaba en la cara, que estaba tan impenetrable como la otra vez.

Se acercó dos pasos y preguntó algo al otro hombre, que respondió con unas palabras rápidas. Rocich empezó a protestar, o eso creyó Brunetti, pero Tanovic le cortó. La discusión continuó, y Brunetti, que aparentaba no prestarle atención y en realidad sólo podía seguirla por los ademanes y los altibajos de los tonos de voz de los dos hombres, advertía el creciente furor de Rocich.

El comisario cruzó los brazos y extendió sobre sus facciones una expresión de aburrimiento infinito. Se apartó de los hombres y dejó vagar la mirada por la cima de la colina y, sin bajar la cabeza, lanzó una ojeada a la caravana en la que, de nuevo, detectó movimiento, esta vez, detrás de las dos ventanas, que tenía a pocos metros de distancia.

Volvió la cabeza hacia el otro lado, mirando a la carretera que discurría frente al campamento, frunció los labios con impaciencia y volvió a mirar rápidamente a la caravana, en la que ahora distinguió lo que parecían dos cabezas en las ventanas.

Tanovic volvió a su caravana. Subió la escalera, entró y cerró la puerta con suavidad, dejando a Brunetti y a Rocich frente a frente.

–*Signor* Rocich, lamento la muerte de su hija. – El hombre escupió al suelo, pero antes volvió la cara hacia un lado-. Yo la encontré en el canal y la saqué del agua -dijo Brunetti, como si esperase que esto pudiera crear un vínculo con aquel hombre, aunque sabía que era imposible.

–¿Qué quiere, dinero? – preguntó Rocich.

–No; quiero saber qué estaba haciendo su hija en Venecia aquella noche.

El hombre se encogió de hombros.

–¿Usted sabía que ella estaba allí?

Rocich repitió el gesto.

–*Signor* Rocich, ¿su hija estaba sola?

La diferencia de estatura obligó al hombre a levantar la cabeza para mirar a los ojos al policía. Y, cuando sus miradas se cruzaron, Brunetti tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el impulso de dar un paso atrás, a fin de zafarse del furor casi incandescente que despedía aquel hombre. Brunetti había visto reaccionar con rabia a la gente ante la muerte de un ser querido, pero esto era diferente, porque la rabia estaba dirigida al propio Brunetti y no al destino que había acabado con la vida de la niña.

Él había dicho al jefe que deseaba hablar con el *signor* y la *signora* Rocich, pero ahora comprendía que cualquier intento de hablar con la mujer, cualquier señal de interés por ella podía provocar una reacción que Brunetti prefería no imaginar.

El hombre volvió a escupir en el suelo y luego bajó la mirada, como para ver cuánto había conseguido acercarse al zapato de Brunetti. Mientras Rocich miraba al suelo, Brunetti volvió los ojos audazmente hacia la caravana en la que ahora, detrás de la puerta, se veía media cara de mujer.

Brunetti preguntó, alzando la voz:

–¿Tienen ustedes médico?

Evidentemente, la pregunta desconcertó a Rocich, que dijo:

–¿Qué?

–Médico. ¿Tienen médico?

–¿Por qué pregunta?

Brunetti adoptó un aire de irritada paciencia.

–Porque quiero saberlo. Quiero saber si tienen médico, si tienen médico de familia. – De nuevo la palabra «familia» se deslizaba en la conversación y en su pensamiento. Antes de que Rocich pudiera negarlo, Brunetti dijo-: Hay fichas, *signor* Rocich, pero no quiero perder más tiempo buscándolas.

–Calfi, médico de todos -respondió Rocich abarcando el campamento con un ademán.

Brunetti se tomó la innecesaria molestia de sacar la libreta y anotar el nombre del médico.

Rocich no podía dejarlo así.

–¿Por qué quiere saber?

–Su hija estaba enferma -dijo el comisario. Y era verdad-. Y el médico de la policía quiere ver los análisis de sangre de todos ustedes.

Brunetti se preguntaba en qué medida Rocich había entendido sus palabras. Al parecer, lo suficiente para inquirir:

–¿Por qué?

–Porque cuando compruebe los tipos de sangre, sabrá quién le contagió la enfermedad -mintió Brunetti.

La reacción de Rocich fue instintiva. Abrió mucho los ojos y volvió la cabeza rápidamente hacia la caravana, pero ya no había nadie en la puerta ni en las ventanas, como si estuviera vacía. Cuando el nómada miró de nuevo a Brunetti, su cara era inexpresiva.

–No entiendo -dijo.

–No importa si lo entiende o no -dijo Brunetti-. Pero queremos comprobarlo.

Rocich dio media vuelta, subió las escaleras de la caravana, entró y cerró la puerta. Brunetti dijo al conductor que lo llevara de vuelta a *piazzale* Roma.

CAPÍTULO 25

–¿Te parece que te ha creído? – preguntó Paola a Brunetti aquella noche, sentados los dos en la sala, los chicos, en sus cuartos y la casa, en silencio, con la calma nocturna que invita a dar por terminado el día e irse a la cama.

–No se lo que ha creído -respondió Brunetti, tomando otro sorbo del licor de ciruela que uno de sus informadores pagados le había regalado la Navidad anterior. El hombre, que era dueño de tres barcas de pesca en Chioggia, había resultado una útil fuente de información sobre el contrabando de cigarrillos procedentes de Montenegro, por lo que ni Brunetti ni sus colegas de la *Guardia di Finanza* manifestaban curiosidad alguna por la fuente, aparentemente inagotable, de los licores -todos, en botellas sin marca- con los que el hombre alebraba las fiestas a numerosos miembros de las fuerzas del orden.

–Repíteme lo que le has dicho, palabra por palabra -dijo Paola, pero entonces se interrumpió, levantando la copa-: ¿Crees que lo fabrica él?

–Ni idea -admitió Brunetti-. Pero es mejor que todo lo que he comprado con el sello del impuesto.

–Lástima.

–¿Lástima, qué?

–Que no lo fabrique legalmente.

–¿Para que pudiera hacer más? – preguntó Brunetti, sin acabar de entender la explicación.

–Eso también -dijo Paola-. Pero, sobre todo, para que pudiéramos comprarlo abiertamente, sin tener la sensación de que le debes un favor cada vez que te lo regala.

–Bastante se le paga ya -dijo Brunetti, sin más explicaciones-. Por otra parte, ya sabes lo difícil que es abrir un negocio, y más si necesitas permisos para producir bebidas alcohólicas. No; así le sale más a cuenta.

–¿Protegido por la policía?

–Y la *Guardia di Finanza* -agregó Brunetti, sin incomodarse por la ironía-. No los olvides.

Ella apuró el licor, dejó la copa en la mesa y dijo, en el tono de voz que usaba cuando se daba por vencida:

–Está bien. Volvamos al gitano. ¿Qué le has dicho exactamente?

Brunetti sostenía la copa entre las manos.

–Que la niña estaba enferma. Lo que es verdad -agregó, y ahora se daba cuenta de que sólo con Paola podía hablar de esto sin sentirse incómodo-. Y que un médico podría saber, por el tipo de sangre, quién le contagió la enfermedad. – Brunetti lo había dicho impulsivamente, con la esperanza de que Rocich hubiera oído hablar vagamente de transmisión de enfermedades e imaginara que era posible detectar de este modo el foco de una infección. Y que supiera qué clase de enfermedad tenía, o pudiera tener, la niña.

–¿Cómo quieres que alguien se crea semejante cosa? – preguntó Paola sin disimular el escepticismo.

Brunetti se encogió de hombros.

–Nunca se sabe lo que puede creer la gente.

Paola se quedó pensativa un momento y dijo:

–Tienes razón, sin duda. Sabe Dios las ideas que se le meten a la gente en la cabeza. – Meneó la suya con gesto de cansancio-. Tengo alumnas

que creen que no puedes quedarte embarazada la primera vez que practicas el sexo.

–Y yo he arrestado a personas que creen que puedes pillar el sida por el cepillo del pelo.

–¿Qué vas a hacer?

–Nadie ha reclamado el cuerpo -dijo Brunetti, no en respuesta a su pregunta, sólo a modo de comentario y para ver qué decía ella-. Por lo menos, hasta ayer, cuando hablé con Rizzardi.

–¿A qué espera la familia?

–Cualquiera sabe -respondió Brunetti.

–¿Qué pasará?

Brunetti no tenía respuesta. Le parecía inconcebible que unos padres, al saber que su hija había muerto, no corrieran junto al cadáver, dondequiera que estuviera. Él sabía que éste era el motivo del lamento final de Hénibe: «Yo, sin patria, sin hijos, os doy sepultura a vosotros, tan jóvenes y miserablemente muertos.» Lo leía precisamente la noche antes, y tuvo que dejar el libro, sin acabar la escena.

Tendría que volver a llamar al despacho de Rizzardi, para averiguar si se habían llevado el cadáver. Comprendía que debía dominar la impaciencia, sería inútil llamar ahora; a estas horas no habría nadie en el depósito, y tampoco estaba justificado importunar al forense en su casa.

–Guido, ¿te encuentras bien? – preguntó Paola.

–Sí, sí -dijo él, haciendo un esfuerzo para volver a la conversación-. Estaba pensando en la niña. – Aún no se atrevía a confesar a Paola que no sólo pensaba mucho en Ariana sino que hasta soñaba con ella.

–¿Qué pasará ahora?

–¿Quieres decir si nadie la reclama?

–Sí.

–No lo sé -reconoció él. En el pasado, cuando quedaba sin identificar un cadáver aparecido en el agua, la ciudad se hacía cargo del entierro y se decía una misa por el anónimo difunto, por si era católico y, quizá, también, por si servía de algo.

En este caso, en el que la muerta había sido identificada y, no obstante, nadie había reclamado el cadáver, Brunetti no sabía cómo proceder ni si existía una norma. Ni siquiera un Estado tan insensible había previsto que pudiera existir gente que no reclamara a sus muertos. Ignoraba cuál podía ser la religión de la niña. Él sabía que los musulmanes entierran a sus muertos rápidamente y que los cristianos ya la habrían enterrado, desde luego. No obstante, ella seguía en su cajón del depósito del hospital.

Brunetti dejó la copa en la mesa.

–¿Vamos a la cama? – preguntó sintiéndose, de repente, muy cansado.

–Será lo mejor -dijo Paola. Levantó una mano, invitándole a ayudarla a ponerse en pie. Era la primera vez que hacía tal cosa, y él no pudo disimular la sorpresa. Al observarlo, ella dijo-: Tú eres mi escudo protector, Guido. – Habitualmente, Paola decía estas cosas en broma, pero esta noche estaba seria.

–¿Contra qué? – dijo él levantándola.

–Contra la idea de que todo es un caos horrendo y que no hay esperanza para nadie -dijo ella serenamente, llevándolo de la mano hacia la cama.

Lo primero que hizo Brunetti al llegar a la *questura* al día siguiente fue llamar a Rizzardi y preguntar por el cadáver de la niña.

–Sigue aquí -respondió el forense-. Me llamó una mujer de los servicios sociales, que dijo que no era competencia suya, que debíamos ocuparnos nosotros.

–¿Y qué han hecho ustedes?

–Informamos a la policía de Treviso. Dijeron que enviarían a alguien a hablar con los padres.

–¿Sabe si han ido?

–Lo único que sé es que nosotros, es decir, la administración del hospital, enviamos una carta a los padres comunicándoles que el cadáver de la niña estaba aquí y que podían venir a recogerlo. – El médico hizo una pausa y añadió-: En la carta se indicaba el nombre de la empresa que se encarga de eso.

–¿De qué?

–Del traslado del cadáver.

–Ah.

–Primero, en barco, hasta *piazzale* Roma y, después, en furgón, a donde haya que llevarlo.

A Brunetti no se le ocurrió nada que decir a esto.

Finalmente, Rizzardi, añadió:

–Pero nadie ha venido a recogerla.

Brunetti miraba fijamente a la pared de su despacho, tratando de comprender. Ante su silencio, Rizzardi dijo:

–Que yo sepa, nunca había ocurrido una cosa así. Hablé con Giacomini, que es el único magistrado que me pareció que podía saber algo, y me dijo que se informaría del procedimiento.

–¿Cuándo habló con él?

–Ayer tarde.

–¿Y?

–Y es un hombre muy ocupado, Guido. – Al percibir una nota de impaciencia en la voz de Rizzardi, Brunetti temió que el médico, que pasaba los días rodeado de cuerpos mudos, pudiera decir que no había miedo de que la niña se marchara, o hiciera cualquier comentario irónico sobre la situación. No quería ni pensar en tal posibilidad y, menos, en boca de un hombre al que tenía en mucha estima, por lo que dijo:

–Cuando sepa algo, ¿me lo hará saber, Ettore? – Y, sin esperar respuesta, colgó.

Permaneció sentado a su mesa, mirando papeles, leyendo y releendo palabras, tratando de encontrarles sentido. Pero no eran más que letras en el papel. La pared no le decía más que los papeles. Conocía a Giacomini, era un hombre serio; él encontraría la fórmula.

Brunetti recordó haber anotado el nombre del médico: Calfi. Rocich parecía muy sorprendido para haber pensado en inventar una mentira. Llamó a la sala de los agentes y preguntó por Pucetti. Cuando el joven se puso al teléfono, Brunetti dijo:

–Le agradeceré que busque la dirección y el teléfono de un médico que se apellida Calfi. Debe de estar cerca del campamento. No sé el nombre de pila.

–Sí, señor -dijo Pucetti, y colgó.

Brunetti se quedó esperando. Debió pensar en el médico hacía tiempo, en cuanto Rizzardi le comunicó los resultados de la autopsia. Un médico debía de tratarlos a todos: a la niña, a la madre, a los otros chicos, quizá incluso al propio Rocich. ¿Cómo, si no, iba él a saber el nombre del médico?

A los pocos minutos, llamó Pucetti, que le dio el nombre de pila del médico, Edoardo, la dirección, en Scorza, y el teléfono de la consulta.

Brunetti marcó el número y, después de siete señales, oyó una grabación que le pedía que describiera su problema y dejara su nombre y número, y el doctor le llamaría.

–Describir mi problema -dijo Brunetti, mientras esperaba que sonara la señal-: Dottor Calfi, aquí el comisario Guido Brunetti, de Venecia. Deseo hacerle varias preguntas acerca de unos pacientes suyos y le agradeceré que me llame a la *questura*. – Dio su número directo y colgó.

¿Qué miembros de la familia eran pacientes suyos? ¿Sabía el médico que la niña tenía gonorrea? ¿Lo sabían los padres? ¿Tenía idea de cómo había podido contraer la enfermedad? Mientras repasaba la lista de preguntas, le vino a la memoria el médico que atendía a su familia cuando él y su hermano eran pequeños. Y, pensando en el médico, recordó también a su madre, que siempre estaba a su lado las pocas veces que él había enfermado siendo niño y le llevaba tazas de agua caliente con miel y limón, diciendo que era el mejor remedio de la naturaleza contra el resfriado, la gripe o cualquier molestia. Y seguía siendo el remedio que él insistía en dar hoy a sus hijos.

Interrumpió sus pensamientos una llamada de la *signorina* Elettra, quien, con mal disimulado desprecio por la facilidad con que el Departamento de Instrucción Pública permitía que se accediera a sus archivos, informó a Brunetti de que los dos Fornari hijos eran excelentes estudiantes y el chico ya estaba admitido en la Escuela de Ciencias Empresariales Bocconi de Milán. Él le dio las gracias por la información, se levantó y bajó a la sala de agentes en busca de Vianello,

quien la víspera no había podido ir con Brunetti al campamento de los nómadas por tener que acompañar a una de sus informadoras a hablar con un magistrado.

Al empezar a bajar el último tramo, Brunetti vio al inspector al pie de la escalera.

–¿Subes? – preguntó.

–Sí -respondió Vianello, poniendo el pie en el primer peldaño-. Quería saber qué pasó ayer en el campamento.

Mientras iban al despacho de Brunetti, andando despacio, el comisario describió su visita al campamento y terminó mencionando su llamada al médico. Vianello escuchó atentamente y lo felicitó por la idea de llamar a las grúas.

Halagó a Brunetti que Vianello apreciara lo ingenioso de la medida.

–¿Crees que la madre te oyó? – preguntó Vianello.

–Tuvo que oírme. Estaba justo detrás de la puerta, a menos de dos metros.

–Suponiendo que entienda el italiano.

–Con ella estaba uno de los hijos -dijo Brunetti-. Y los chicos deben de hablarlo.

Vianello dejó oír un gruñido afirmativo y siguió a Brunetti al despacho. Al sentarse, el inspector dijo con cansancio en la voz:

–A veces, me da por pensar que me gustaría que tuviéramos más grúas.

–¿Para qué? – preguntó Brunetti.

–Para que los remolcaran a todos a otro sitio.

Brunetti no se permitió alzar las cejas, pero dijo:

–Lorenzo, tú no acostumbras a decir cosas tan fuertes. – Al ver que Vianello se encogía de hombros, añadió-: Nunca te había oído decir que te desagradaran.

–Pues me desagradan -replicó Vianello con voz átona.

Sorprendido, no tanto por las palabras en sí como por la frialdad con que habían sido dichas, Brunetti no disimuló la sorpresa.

Vianello extendió las piernas, se contempló los zapatos un momento, miró a Brunetti y dijo:

–De acuerdo, estaba exagerando. No es que me desagraden, es sólo que no me agradan.

–De todos modos, aún me suena raro viniendo de ti -insistió Brunetti.

–¿Y si te dijera que no me gusta el vino blanco? ¿O las espinacas? ¿Te sonaría raro? – preguntó Vianello alzando el tono un poco-. ¿Y tu voz tendría ese acento de decepción porque yo no pensara o no sintiera como es debido? – Brunetti declinó responder y Vianello prosiguió-: Si digo que no me gusta una cosa, un objeto, incluso una película o un libro, no hay nada que oponer. Pero si digo que no me gustan los gitanos, o los finlandeses, o los nativos de Nueva Escocia, ya está armada. – Vianello lanzó una rápida mirada a su jefe, dándole ocasión de responder, y, en vista de que callaba, prosiguió-: Ya te lo he dicho, no es que les tenga especial antipatía pero, simpatía, tampoco.

–Existen formas más sutiles para expresar la falta de sintonía -sugirió Brunetti. Las palabras podían ser irónicas pero el tono no lo era, según advirtió Vianello.

–Tienes razón -respondió el inspector-, debería atenerme a las formas de expresión correctas. Pero me parece que estoy cansado, estoy harto de tener que procurar manifestar las simpatías correctas, poner ojos de

cordero y decir frases piadosas cuando me enfrento a una de las víctimas de la vida. – Vianello meditó un momento y dijo-: Casi es como si viviéramos en uno de aquellos países del este de Europa de hace años, en los que la gente decía las cosas de una manera cuando hablaba en público y de otra cuando hablaba con sinceridad.

–No sé si te entiendo.

Vianello levantó la cabeza y le miró a los ojos.

–Me parece que sí. – Al ver que Brunetti volvía la cabeza, el inspector prosiguió-: Ya has oído lo que dice la gente, de que debemos ser tolerantes y solidarios y respetar los derechos de las minorías. Pero, luego, en confianza, te dicen lo que piensan en realidad.

–¿Y es? – preguntó Brunetti con suavidad.

–Que están hartos de ver cómo este país se está convirtiendo en un lugar en el que no se sienten seguros, en el que tienes que cerrar la puerta con llave hasta cuando vas a pedir una taza de azúcar a la vecina y en el que, cuando las cárceles están llenas, el Gobierno dice unas nobles palabras acerca de la conveniencia de dar a la gente otra oportunidad para insertarse en la sociedad, y abre las puertas para que los asesinos salgan a la calle. – Vianello terminó tan de repente como había empezado.

Al cabo de un rato que a los dos se les hizo largo, Brunetti preguntó:

–¿Dirás mañana las mismas cosas?

Vianello se encogió de hombros. Finalmente, miró al comisario y dijo:

–Probablemente, no. – Sonrió y volvió a encogerse de hombros, pero ahora de otro modo-. Es duro tener que guardarse esas cosas. Me parece que sentiría menos remordimientos por pensarlas si de vez en cuando pudiera decirlas en voz alta.

Brunetti asintió.

Vianello se agitó con un movimiento que recordaba el de un perro grande cuando se sacude al levantarse. Y, con voz amistosa y firme, preguntó:

–¿Qué crees que va a ocurrir ahora? – El tono era el de siempre y Brunetti tuvo la extraña sensación de haber observado cómo el espíritu del verdadero Vianello volvía a su cuerpo.

–No tengo ni idea -dijo el comisario-. Rocich es una bomba de relojería. Su única manera de tratar las cosas es a golpes. No puede enfrentarse con el jefe, el cabecilla o lo que sea, porque es muy fuerte para él. Así que sólo quedan la mujer y los hijos. – Dudó un momento, pero decidió decir lo que pensaba-. Sería violento aunque no fuera gitano.

–Exactamente -dijo Vianello.

–No quiero llamar atención hacia la mujer. No puedo citarla para interrogarla, ni puedo ir a hablar con ella en el campamento.

–¿Entonces?

–Entonces esperaré la llamada del médico. Y, cuando me haya llamado o cuando me canse de esperar a que me llame, haré otra visita a los Fornari y echaré otra mirada a su apartamento.

CAPÍTULO 26

Brunetti no tuvo que esperar mucho la llamada del *dottor* Calfi: el teléfono sonó sólo unos minutos después de que Vianello volviera a la sala de guardia. Brunetti levantó el teléfono y contestó dando su apellido.

–Comisario, soy Edoardo Calfi. Usted me ha pedido que le llamara. – La voz era atiplada; y el acento, lombardo, quizá milanés.

–Muchas gracias por llamar, *dottore*. Como le decía en mi mensaje, deseo hacerle unas preguntas acerca de unos pacientes suyos.

–¿Qué pacientes?

–Una familia conocida como Rocich -dijo Brunetti-. Son nómadas que viven en el campamento que está cerca de Dolo.

–Sé quiénes son -dijo el médico áasperamente, y Brunetti empezó a pensar que la llamada iba a ser un fracaso. La impresión se acentuó cuando Calfi agregó-: Y no es una familia «conocida como» Rocich, comisario: es su apellido.

–Bien -dijo Brunetti, esforzándose por mantener la voz serena y afable-. ¿Podría decirme qué miembros de la familia son pacientes suyos?

–Antes me gustaría saber por qué me hace esta pregunta, comisario.

–Le hago esta pregunta, *dottore*, para ahorrar tiempo.

–Me temo que no le entiendo.

–Con una orden judicial, quizá podría conseguir la información de los archivos centrales del distrito, pero como se trata de preguntas que prefiero hacer a su médico personalmente, trato de comprobar si son pacientes suyos, para abreviar.

–Lo son.

–Gracias, *dottore*. ¿Podría decirme a qué miembros de la familia ha tratado?

–A todos.

–¿Y son?

–El padre, la madre y los tres hijos -respondió el doctor, y Brunetti tuvo que dominar el impulso de decir que hacía que sonara como si hablara de los tres ositos.

–La información que necesito se refiere a la menor de las hijas, *dottore*.

–¿Sí? – La voz del médico era cauta.

–¿La ha estado tratando de alguna enfermedad venérea? – preguntó Brunetti como si se refiriera a una persona viva.

El médico no se dejó engañar.

–Comisario, leo los periódicos, y sé que Ariana ha muerto. ¿Por qué quiere saber si la había tratado -recalcó el pretérito- de esa clase de enfermedad?

–Porque en la autopsia se le apreciaron señales de gonorrea -dijo Brunetti con voz neutra.

–Sí; yo conocía el problema, y ella estaba en tratamiento.

Brunetti desistió de preguntar si, en su calidad de médico, no había considerado oportuno informar del «problema» a los servicios sociales.

–¿Podría decirme cuánto tiempo llevaba en tratamiento?

–No creo que eso tenga que ver.

Brunetti tampoco lo creía, pero respondió:

–Podría ayudarnos en la investigación de su muerte, *dottore*.

–Varios meses -concedió el médico.

–Gracias -dijo Brunetti, conformándose con lo que se le daba y renunciando a pedir pormenores.

–Me gustaría decir unas palabras -empezó el médico.

–Adelante, *dottore*.

–Trato a esa familia desde hace casi un año, y me intereso mucho por ellos y por las dificultades que encuentran. – En este momento, Brunetti adivinó lo que iba a oír. El *dottor* Calfi era un cruzado, y Brunetti sabía que con los cruzados no tenía nada que hacer como no fuera escucharles, darles la razón en todo y tratar de conseguir de ellos lo que necesitaba.

–Estoy seguro de que son muchos los médicos que se interesan vivamente por sus pacientes -dijo Brunetti con una voz limpia de cualquier sentimiento que no fuera cordialidad y admiración.

–La vida no es fácil para ellos -dijo Calfi-. Nunca lo fue.

Brunetti emitió un sonido de asentimiento.

Durante los minutos que siguieron, Calfi enumeró los infortunios de la familia Rocich; por lo menos, la versión que ellos le habían dado. Todos, en uno u otro momento, habían sido víctimas de un trato brutal. Hasta la esposa había sido golpeada por la policía en Mestre, que le había dejado un ojo tumefacto y magulladuras a uno y otro lado del cuello. Los niños habían sufrido persecución en el colegio y temían volver. El propio Rocich no encontraba trabajo.

Cuando el médico terminó de hablar, Brunetti preguntó con voz emocionada y solidaria:

–¿Cómo contrajo la niña la enfermedad, *dottore*?

–Fue violada -dijo Calfi con indignación, casi como si Brunetti hubiera tratado de negarlo o, de algún modo, hubiera estado involucrado en el acto-. El padre me contó que una tarde, a última hora, cuando la niña volvía andando al campamento, un hombre que conducía un coche grande se ofreció a llevarla. Por lo menos, eso le dijo ella.

–Comprendo -dijo un muy impresionado Brunetti.

–El hombre salió de la carretera y la violó -dijo Calfi, alzando la voz airadamente.

–¿Lo denunciaron a la policía? – preguntó un Brunetti no menos indignado.

–¿Quién iba a creerles? – preguntó a su vez Calfi, ahora en tono de amarga impotencia.

«No muchos», pensó Brunetti, pero dijo:

–Sí, probablemente tiene razón, *dottore*. – En el mismo tono, preguntó:- ¿La llevaron a su consultorio?

–Al cabo de unos meses -respondió el médico, que, antes de que Brunetti pudiera preguntar por qué habían tardado tanto, explicó:- A la niña le daba vergüenza lo ocurrido y no quería que la trajeran hasta que ya no fue posible seguir ocultando los síntomas.

–Comprendo, comprendo -dijo Brunetti y luego murmuró entre dientes:- Es terrible.

–Celebro que lo vea así -dijo el médico, y Brunetti tuvo que reconocer que, efectivamente, todo aquello le parecía terrible, pero quizá no del mismo modo en que se lo parecía al doctor.

–¿Le ha ocurrido algo similar a alguno de los otros niños? – preguntó.

–¿Qué quiere decir con lo de «similar»? – preguntó el médico secamente.

Brunetti creyó que sería prudente evitar el tema de las enfermedades de transmisión sexual y dijo:

–Violencia por parte de los habitantes de la zona. – Y entonces decidió arriesgarse-: O de la policía.

Casi le pareció sentir cómo Calfi se calmaba al oír esto.

–Alguna vez, pero la policía prefiere ejercer la violencia con las mujeres -dijo Calfi, como si hubiera olvidado que estaba hablando con un funcionario del cuerpo.

Brunetti decidió dar por terminada la conversación antes de que se complicara, y dio las gracias al médico por su ayuda y por la información facilitada.

Con un intercambio de fórmulas de cortesía, los dos hombres se despidieron.

–Violencia con las mujeres -repitió Brunetti todavía con el teléfono en la mano. Luego colgó.

Sólo le quedaban los Fornari. Comprendía que lo más prudente era dejar que Patta decidiera si era conveniente volver a hablar con ellos, o quizá fuera preferible dejarlo al criterio del juez instructor, pero Brunetti optó por considerar la visita no como un acto de investigación sino como el intento de clarificar la probabilidad de que la niña hubiera muerto al caer desde su tejado. El *signor* Fornari ya debía de

haber regresado de Rusia y Brunetti se preguntaba si se mostraría tan exento de curiosidad como su esposa por la niña gitana hallada muerta cerca de su casa.

Mientras caminaba por Riva degli Schiavoni, obligado a sortear tanto a los transeúntes que iban en su misma dirección como a los que venían de cara, Brunetti tenía la sensación de que alguien lo observaba. De vez en cuando, se paraba a mirar la mercancía de los tenderetes del muelle, que eran cada vez más numerosos: banderines de clubes de fútbol, *gondolieri*, sombreros de bufón de terciopelo acolchado, ceniceros -uno de Capri- y las inevitables góndolas de plástico. Parado frente a aquellos horrores dirigía la atención hacia uno y otro lado disimuladamente. Dejó en el mostrador la góndola que tenía en la mano y dio media vuelta rápida, pero no observó ningún movimiento furtivo entre la gente que tenía a su espalda. Pensó en tomar un *vaporetto*: esto obligaría a su perseguidor a abandonar el intento, pero pudo más la curiosidad, y siguió andando e incluso aflojó el paso, para facilitar la persecución.

Cruzó la Piazza y bajó por la Via XXII Marzo, torció a la derecha, pasó por Antico Martini y por delante de La Fenice. Persistía la sensación de que alguien lo observaba, pero la única vez que se detuvo y se volvió para contemplar la fachada del teatro, no vio a nadie que hubiera visto antes tras de sí. Pasó delante del Ateneo y bajó hacia la casa de los Fornari.

Llamó al timbre, dio su nombre y fue invitado a subir. Cuando llegó al último piso, Brunetti vio a Orsola Vivarini en la puerta y, al acercarse, pensó durante un momento que la mujer había enviado a recibirle a una versión de sí misma con diez años más.

–Buenos días, *signora*. Vengo a hacerle varias preguntas más. Es decir, si no tiene inconveniente.

–Desde luego que no -dijo ella en un tono de voz demasiado alto.

Brunetti sonrió afablemente, sin denotar que hubiera observado el cambio de aspecto. Siguió a la mujer al interior del apartamento. Las flores que estaban en la mesa situada a la derecha de la puerta de entrada seguían allí, pero el agua se había evaporado y el comisario notó el primer olorcillo a podrido.

–¿Su esposo ha regresado? – preguntó Brunetti al entrar en la habitación en la que ella lo había recibido la primera vez.

–Sí; regresó ayer -dijo ella y, volviéndose hacia su visitante, preguntó:- ¿Desea beber algo, comisario?

–No, *signora*, muy amable, acabo de tomar café. Muchas gracias.

Ella le señaló un sillón y Brunetti fue hacia él, pero, al ver que ella no se sentaba, permaneció de pie.

–Siéntese, por favor, comisario -dijo ella-. Avisaré a mi marido.

Él se inclinó y apoyó una mano en el respaldo del sillón. Una vez más, se acordó de su madre, y de una de sus reglas, la de que un caballero no se sienta estando de pie una señora.

Ella dio media vuelta y salió de la habitación. Brunetti se acercó a la pared del fondo, a contemplar un cuadro. Primo Potenza, pensó, de la generación de excelentes pintores que floreció en la ciudad durante la década de los cincuenta. ¿Qué se había hecho de los pintores? Al parecer, hoy en día, en las galerías todo eran instalaciones de vídeo y declaraciones políticas expresadas en cartón piedra. A uno y otro lado del cuadro, agrupadas en marcos de gran tamaño, estaban las que sin duda eran las fotos de familia. Brunetti las estudió. La estrella era la hija. Con el pelo mucho más corto, montando a caballo, practicando esquí acuático, delante de un árbol de Navidad, al lado de su madre. Años después, en verano, ya con el pelo largo, como ahora, en un muelle, con la mano apoyada en el hombro de un muchacho larguirucho, los dos en bañador, muy sonrientes y muy rubios, aunque el pelo de él, muy espeso, era más rojizo. Según la moda del momento,

él tenía tatuajes de lo que parecían dibujos tribales polinesios en torno a los bíceps y las pantorrillas. A Brunetti le resultó ligeramente familiar la cara del chico y, suponiendo que era el hermano, lo atribuyó a aire de familia. La muchacha no aparecía en las dos fotos siguientes: en una, la *signora* Vivarini, de espaldas a la cámara, contemplaba una pintura abstracta de grandes dimensiones que Brunetti no reconoció. La mujer rodeaba con el brazo los hombros del que debía de ser el mismo muchacho. En la última foto, ella sonreía a la cámara, de la mano de un hombre de mirada franca y boca afable.

–*Buon giorno.*

Brunetti irguió el cuerpo apartándose de las fotos y se volvió hacia la voz. El hombre que acababa de entrar -el de la foto- tenía un aspecto ligeramente descuidado, a pesar de que el traje y la corbata que llevaba parecían recién estrenados. Brunetti descubrió que el efecto se debía a las ojeras y a unos pelillos blancos que le había dejado en el mentón un mal afeitado. También el pelo, aunque bien cortado y limpio, parecía fatigado, falto de vigor para todo lo que no fuera colgar con flacidez.

El hombre sonrió y tendió la mano: el apretón era más firme que la sonrisa. Intercambiaron los nombres.

Fornari llevó a Brunetti hacia el mismo sillón y esta vez el comisario se sentó.

–Dice mi esposa que desea usted hablar del robo -empezó, cuando se hubo sentado frente a Brunetti. Sus ojos tenían el mismo azul claro que los de su hija, y Brunetti vio en sus facciones la causa de la belleza de la joven: idéntica nariz, recta y fina, dientes perfectos, labios oscuros y bien dibujados. Los ángulos de la mandíbula de ella eran más suaves, pero la fuente de su energía estaba allí.

–Sí -dijo Brunetti-. Su esposa identificó los objetos.

El hombre asintió.

–Nos gustaría aclarar las circunstancias del robo -dijo Brunetti- y tener toda la información que usted o su esposa puedan facilitarnos.

Fornari esbozó una sonrisa que se le quedó en los labios sin llegar a los ojos.

–Siento no poder decirle nada al respecto, comisario. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, Fornari dijo-: Sólo sé lo que me ha contado mi esposa, que alguien consiguió entrar en el apartamento y se llevo esas cosas. – Volvió a sonreír, esta vez más afablemente-. Ustedes nos han devuelto lo que más valor tenía para nosotros -dijo inclinando la cabeza en señal de agradecimiento-. Las otras cosas, las que no se han recuperado, no importan. – En respuesta al gesto de Brunetti, aclaró-: Quiero decir que no tienen valor sentimental. Ni tampoco material. – Volvió a sonreír y añadió-: Lo digo para justificar nuestra reacción al robo. O falta de reacción.

Escuchando a Fornari, y observando cómo trataba de controlar sus facciones, a Brunetti le parecía que aquel hombre estaba haciendo un gran esfuerzo para aparentar falta de interés en aquel delito. Brunetti no podía adivinar cómo reaccionaría él al robo, ni aunque fuera temporal, de su anillo de matrimonio, pero dudaba de que lo aceptara con la augusta y filosófica serenidad que exhibía Fornari. El trabajo que le costaba mantener la calma se hacía más y más evidente a los ojos de Brunetti por el rítmico movimiento con que el índice de su mano derecha frotaba el terciopelo del brazo del sillón. Adelante y atrás, adelante y atrás, de pronto, un rectángulo y otra vez adelante y atrás.

–Lo comprendo -dijo Brunetti con soltura-. A no ser que se trate de algo realmente importante, la mayoría..., en fin -dijo con una sonrisa nerviosa, dando a entender que, en realidad, él no debería decir esto a un civil-, ni se molestan en denunciar un robo. – Se encogió de hombros, en señal de tolerancia de esta humana conducta.

–Creo que tiene usted razón, comisario -dijo Fornari como si la idea fuera nueva para él-. En nuestro caso, ni siquiera habíamos echado de

menos esos objetos, y no sé lo que habríamos hecho, de haber sabido que alguien había entrado a robar.

–Comprendo -dijo Brunetti, y sonrió-. Me dijo su esposa que su hija estaba en casa aquella noche. – El índice de Fornari cesó en su vaivén y Brunetti lo vio unirse a los otros dedos y oprimir el brazo del sillón.

–Sí, eso me dijo Orsola -dijo Fornari después de una larga pausa-. Dijo que se asomó a su habitación antes de acostarse. – Fornari miró a Brunetti con una sonrisa crispada y preguntó: ¿Tiene usted hijos, comisario?

–Sí. Dos adolescentes. Chico y chica.

–Entonces sabrá lo que cuesta perder la costumbre de ver si están en su cuarto por la noche. – La táctica de Fornari, aunque evidente, era inteligente, y el propio Brunetti la había utilizado más de una vez: buscar terreno común con el interlocutor y, desde allí, llevar la conversación hacia donde te convenga. O, mejor aún, alejarla de donde no te convenga.

Mientras Fornari hablaba, Brunetti consideraba la posibilidad de que la hija de Fornari supiera algo que su padre no quería que Brunetti averiguara. Asentía sin escuchar lo que el otro decía, aunque le pareció oírle empezar una frase con:

–Una vez, cuando Matteo era pequeño...

De pronto asaltó a Brunetti la tentación de hacer algo que sabía que le haría despreciarse a sí mismo, algo que, en realidad, se había prometido no hacer nunca y que, después de haberlo hecho, se había prometido no volver a hacer. Informadores los había en todas partes: la policía los tenía dentro de la Mafia; la Mafia los tenía en las altas esferas de la magistratura; el ejército estaba lleno de ellos, lo mismo que la industria, sin duda. Pero hasta ahora nadie se había propuesto infiltrarlos en el mundo de los adolescentes, en busca de información fidedigna. No preveía que pudiera existir peligro para sus hijos si les

pedía información sobre los de Fornari, pero ¿acaso la esencia del peligro no estriba en que es imprevisible?

Cuando volvió a sintonizar con Fornari, éste estaba terminando el relato de una anécdota sobre uno de sus hijos, Brunetti no sabía cuál, pero sonrió, se levantó y tendió la mano.

–Supongo que todos son iguales, poco más o menos -dijo-. No dan importancia a las mismas cosas que nosotros. – Confiaba en que fuera una respuesta adecuada a lo que Fornari hubiera estado diciendo y, por su reacción, debía de serlo.

Se estrecharon las manos, Brunetti le dio las gracias por su atención, que pidió hiciera extensivas a su esposa, y salió del apartamento. Mientras bajaba la escalera, se preguntaba a cuál de sus hijos estaría dispuesto a convertir en espía y cómo se las apañaría con Paola cuando ella se enterara.

CAPÍTULO 27

Al llegar a la calle, Brunetti torció a la derecha e, inconscientemente, emprendió el regreso por el mismo camino que había seguido al venir. Ya estaba a la mitad de la calle degli Avvocati cuando decidió tomar el *vaporetto* para volver a la *questura*. Al dar media vuelta bruscamente, advirtió un movimiento repentino a unos diez metros a su izquierda, de algo que se escondía en la esquina de la calle Pesaro. Recordando la sensación que había tenido de que alguien lo seguía desde la *questura*, Brunetti prescindió de toda cautela y corrió hacia la esquina.

Al llegar, distinguió a alguien -quizá una mujer- que bajaba corriendo por el otro lado del puente, torcía a la derecha y se metía por la calle dell'Albero, Brunetti cruzó el puente, bajó por la *riva* y, al llegar al extremo, torció a la izquierda. Se detuvo un momento para mirar por la calle de la derecha, que sabía que no tenía salida.

Oyó pasos que se alejaban y los siguió. La calle se estrechaba y, al fondo, quedaba cortada por las altas puertas metálicas de un *palazzo*. Durante un momento, pensó si no lo habría imaginado, pero entonces oyó ruido a su izquierda. Avanzó lentamente, mientras se desabrochaba la chaqueta para tener a mano la pistola.

Entonces lo vio, en el quicio de una puerta de la izquierda. Al principio le pareció un fardo de ropa usada o una bolsa de basura sobre la que hubieran dejado caer un jersey viejo. Se acercó y el objeto se movió, apretándose contra la puerta y luego se deslizó hacia la derecha, pegado a la pared.

Brunetti aún no estaba seguro de qué clase de criatura tenía acorralada. Se inclinó para verla mejor y entonces la figura saltó hacia él, chocando contra sus piernas. Instintivamente, Brunetti la atrapó, pero era como pretender sujetar a una anguila o una bestezuela salvaje que se debatía dando manotazos y patadas.

Ahora que, por lo menos, ya sabía con qué clase de sujeto tenía que habérselas, Brunetti lo levantó en vilo y le dio la vuelta, de modo que los pies apuntaran en dirección opuesta a sus piernas y así, quizá, causaran menos daño. Luego le rodeó el pecho con los brazos y lo atrajo hacia sí, mientras murmuraba las frases que solía decir de niño a los perros de la familia.

–Calma, calma, no voy a hacerte daño. – Unas patadas más. Brunetti oía un jadeo que, poco a poco, fue calmándose, las patadas cesaron y el cuerpo quedó inerte-. Ahora te dejaré en el suelo. Ten cuidado al poner los pies, no vayas a caerte. – La criatura permanecía muda e inmóvil-. ¿Entiendes lo que digo?

Algo que estaba dentro de la capucha de una sucia sudadera asintió, y Brunetti puso a su presa en el suelo. Notó que los pies tocaban el suelo, primero uno y luego el otro y, todavía con las manos en los brazos, sintió que el niño tensaba el cuerpo, preparándose para echar a correr. Brunetti no tuvo que esforzarse para volver a levantarlo.

–No intentes escapar. Soy más rápido que tú. – La tensión se relajó y Brunetti volvió a bajar al niño. La parte superior de la capucha le quedaba unos centímetros por encima del cinturón-. Ahora te soltaré y me apartaré de ti. – Así lo hizo y entonces dijo a la espalda de la sudadera-: Cuando quieras puedes hablarme. – No hubo respuesta-. ¿Por eso me seguías? ¿Quieres decirme algo? – La cabeza hizo un movimiento, pero podía significar cualquier cosa-. Está bien. Hablemos.

De la bocamanga de la sudadera asomó una mano pequeña y sucia que hizo seña a Brunetti de que se alejara más. Como la calle no tenía salida y él bloqueaba la entrada con el cuerpo, Brunetti retrocedió dos pasos.

–Ya estoy lejos. Ahora hablemos.

Brunetti se apoyó en la pared de una casa, cruzó los brazos y miró la pared de enfrente, pero concentrando toda su atención en el niño.

Al cabo de un minuto, o quizá más, el niño se volvió. Bajo la sombra de la capucha, Brunetti distinguía ojos, boca y poco más. Puso las manos en los bolsillos y se alejó un paso más, dejando un hueco por el que el niño podía tratar de escapar. Le vio considerar la posibilidad y descartar la idea.

El niño hundió en el bolsillo de la sudadera la mano con que había hecho la seña. Cuando la sacó, dio un paso hacia Brunetti y extendió los dedos. En la palma, Brunetti distinguió unos objetos pequeños. Lentamente, dio un paso adelante y se inclinó, para verlos mejor. Eran un anillo y un gemelo.

Brunetti se puso en cuclillas y extendió la mano hacia el niño, que dio un paso corto hacia él. Brunetti sabía que el hermano de la niña muerta tenía doce años, pero observó que no aparentaba más de ocho. El niño dejó caer los objetos en la mano que extendía Brunetti.

El comisario los examinó. El gemelo tenía un pequeño rectángulo de lapislázuli montado en plata. Hasta Brunetti podía apreciar que la piedra roja del anillo era un trozo de vidrio. Miró al niño, que estaba observándolo.

–¿Quién te ha enviado? – preguntó Brunetti.

–Mamma -respondió el niño con una voz muy fina.

Brunetti movió la cabeza de arriba abajo.

–Eres un buen chico -dijo-. Y valiente. – No sabía en qué medida lo entendía el niño, pero lo supo al verle sonreír-. Y muy listo -agregó Brunetti golpeándose la frente con el dedo, y la sonrisa se ensanchó-. ¿Qué pasó? – preguntó y, como el niño no respondiera, insistió-: ¿Qué pasó aquella noche?

–Hombre tigre -dijo el niño.

Brunetti ladeó la cabeza en señal de confusión.

–¿Qué hombre tigre?

–En la casa -dijo el niño señalando con la mano en dirección a las casas de la izquierda de Brunetti, donde estaba el *palazzo* Benzon y la casa de Giorgio Fornari.

Brunetti extendió las manos con las palmas hacia arriba, el gesto universal del desconcierto.

–No sé de ningún hombre tigre -dijo-. ¿Qué hacía?

–Él nos ve. Él entra. Sin ropa. Hombre tigre. – Para ilustrar su descripción, el niño se revolvió el pelo y se pasó los dedos por los brazos, como arañándolos, primero con una mano y luego con la otra-. Tigre. Tigre malo. Mucho ruido. Ruido de tigre.

–¿El hombre tigre te dio estas cosas? – preguntó Brunetti sosteniendo las piezas frente al niño.

El pequeño las miró, confuso.

–No, no -dijo moviendo la cabeza con energía-. Nosotros cogemos. Hombre tigre ve. – Entornó los ojos como si tratara de recordar, o de no recordar. Entonces agregó-: Ariana. Él coge a Ariana. – Para mostrar a Brunetti lo que quería decir extendió los brazos hacia adelante e hizo como si agarrara algo-. Como tú coges a mí -explicó y levantó los brazos con un cuerpo invisible suspendido entre ellos. Se quedó quieto.

Brunetti esperaba.

–Puerta. Ariana afuera -dijo haciendo ademán de empujar y abriendo las manos. Brunetti vio que lloraba.

Empezaban a dolerle las rodillas, pero siguió agachado, temiendo intimidar al niño si se ponía en pie. Le dejó llorar y, cuando se calmó, le preguntó:

–¿Quién estaba con vosotros?

–Xenia -dijo el niño, levantando una mano al nivel de su hombro.

–¿Vio ella al hombre tigre?

El niño asintió.

–¿Vio lo que hizo?

El niño volvió a mover la cabeza afirmativamente.

–¿Vuestra madre sabe esto?

Otra vez sí.

–¿Querrá hablar conmigo?

El niño miró a Brunetti sin pestañear y movió la cabeza negativamente.

–¿Tu padre no la dejará?

El niño se encogió de hombros.

–¿Por qué estás en la ciudad? – preguntó Brunetti.

–Trabajo -dijo el niño, y Brunetti se quedó atónito por el empleo de esta palabra.

–¿Dirás a tu madre que has hablado conmigo?

–Sí. Ella quiere.

–¿Y quiere algo más? – preguntó Brunetti.

–Hombre tigre. Hombre tigre muerto -dijo el niño con vehemencia, y Brunetti pensó que no era únicamente la madre del chico quien

deseaba que muriese-. Como Ariana -dijo el niño con furor de adulto.

Brunetti ya tenía bastante. Apoyó la mano en el suelo y, lentamente, se levantó. Oyó crujir la rodilla derecha. Tal como temía, el niño dio dos pasos atrás y, automáticamente, se protegió la cara con el brazo.

Brunetti se apartó aún más.

–No voy a hacerte daño. – El chico bajó el brazo-. Ahora puedes irte, si quieres. – El chico parecía no entender, y Brunetti dio media vuelta y fue hasta el extremo de la calle, que era perpendicular a la dell'Albero. – Brunetti gritó-: Ahora voy a la *questura*. Di a tu madre que deseo hablar con ella.

El chico ya estaba justo detrás de Brunetti, dando la vuelta a la esquina, y respondió a la petición del comisario moviendo la cabeza negativamente, sin decir nada.

Con la espalda pegada a la pared, para pasar lo más lejos posible de Brunetti, el chico salió a la calle adyacente y se alejó en dirección al puente por el que los dos habían venido corriendo.

Al llegar al pie de la escalera, el chico se detuvo, pero no miró atrás. Cuando ponía el pie en el primer peldaño, Brunetti gritó:

–Eres un buen muchacho.

El niño subió corriendo la escalera del puente y se perdió de vista al otro lado.

CAPÍTULO 28

–«Hombre tigre» -repitió Vianello cuando Brunetti le hubo contado sus conversaciones con los Fornari y con el niño-. ¿No te ha dado otra explicación?

–No. Alguien que a sus ojos se parecía a un tigre entró cuando ellos estaban en la habitación, levantó en brazos a la niña y la arrojó por el balcón. – Brunetti reflexionó, se pasó una mano por el pelo y añadió:- O, por lo menos, eso me ha parecido entender.

–¿Y por eso el chico lo quiere «muerto»?

–El balcón de la habitación de los padres daba a la terraza -le recordó Brunetti-. Quizá ella se cayó desde la terraza y resbaló por el tejado.

–Es posible -concedió Vianello-, pero no recuerdo haber visto una piel de tigre en la casa.

–No hay que tomarlo al pie de la letra, Lorenzo. Es un niño. Cualquiera sabe lo que habrá querido decir con hombre tigre. Podría ser alguien que llevara un pijama a rayas, o que le gritara con voz ronca.

Vianello reflexionó y dijo:

–Ni siquiera sabemos si el chico se ha equivocado de palabra, ¿verdad? – Como Brunetti no respondiera, añadió:- Dices que apenas habla italiano.

Brunetti pensaba que el chico entendía el italiano bastante bien, pero lo que decía Vianello podía ser cierto. Entonces recordó que el niño se había ahuecado el pelo como el de una fiera y había hecho ademán de trazarse en los brazos rayas que podían imitar las de un tigre. Pero la imaginación de un niño no tenía que corresponderse con la de un adulto.

–Pobre diablo -dijo Vianello.

–¿Te refieres al chico? – preguntó Brunetti.

–Claro que me refiero al chico -dijo Vianello rápidamente-. ¿Cuántos años tiene? ¿Doce? Tendría que estar en la escuela, en lugar de venir a la ciudad a «trabajar» robando por las casas. – Brunetti se abstuvo de comentar sobre la incoherencia de las opiniones de Vianello y esperó a que prosiguiera-. Es un niño -insistió el inspector, indignado-. No hace esas cosas porque salga de él hacerlas. – Levantó las manos en ademán de repulsa y lanzó un gruñido de cólera.

–Por lo que se ve, sientes simpatía, cuando menos, por uno de ellos -observó Brunetti, pero lo dijo sonriendo, y Vianello no se molestó.

–En fin, ya sabes lo que ocurre: es fácil sentir simpatía cuando se trata de un caso concreto. Sólo cuando contemplamos la situación en conjunto, los metemos a todos en el mismo saco y decimos esas cosas. Esas estupideces. – Sin duda, Vianello se refería a su anterior diatriba, lo que equivalía a pedir disculpas, o casi-. Lo que me revienta es no poder hacer nada -prosiguió, y Brunetti siguió callado-. Antes de subir, estaba hablando con Pucetti. Han llamado de la tienda de comestibles de Miracoli. Al parecer, esta mañana ha entrado un drogata con una barra de hierro, amenazando con romperlo todo si no le daban dinero. – Era la misma historia que Brunetti había oído tantas veces, y temía adivinar el final-. Le han dado veinte euros y él ha entrado en el bar de al lado, ha comprado una botella de vino y se ha sentado en el banco que está delante de la tienda, a beber. Entonces el dueño nos ha llamado. – Vianello extendió las piernas y se miró los pies. También él había oído la historia muchas veces-. Pucetti ha ido a la tienda. Ha pedido a Alvise que lo acompañara. – Se interrumpió, suspiró y meneó la cabeza-. Pero Alvise estaba muy ocupado, y se ha llevado a Fede y a Moretti. Cuando han llegado, el tío seguía en el banco, como si pasara por allí y se hubiera sentado a descansar un rato. El dueño de la tienda lo ha identificado, Pucetti ha redactado una denuncia y han traído aquí al hombre. Al cabo de un par de horas, lo hemos soltado. – Parecía que

ya había terminado, pero entonces dijo-: Lo mismo que el tal Mutti. Ha desaparecido. Te ha llamado tu amigo Zeccardi.

–¿Qué ha dicho?

–Mutti vivía en Dorsoduro. Los chicos de la *Guardia di Finanza* le hicieron una visita y le pidieron que les enseñara las cuentas de su organización. Él les dijo que fueran a verlo al día siguiente a las oficinas de la Agrupación.

–¿Y bien? – preguntó Brunetti aunque, visto el contexto en el que Vianello situaba el caso, estaba seguro de conocer el desenlace.

–Así lo hicieron. Pero él se había marchado. La dirección de las oficinas que les había dado era la de un bar en el que nunca habían oído su nombre y, cuando volvieron al domicilio, se había mudado, nadie sabía adónde.

–Transportado -dijo Brunetti.

–¿Cómo? – preguntó Vianello.

–Nada, nada. Un chiste malo.

Las cárceles rebosaban, Brunetti lo sabía, y el Gobierno, que tantas críticas había recibido por la última amnistía, no podía conceder otra tan pronto. Ésta era la razón de que en los boletines del ministerio se instara a la policía a limitar los arrestos a los criminales más violentos. La sensación de impotencia que ello ocasionaba tanto a la policía como a la población provocaba en ambas una ira latente, pero la situación no tenía remedio.

–En fin -dijo Brunetti apoyando las manos en la mesa para ponerse en pie-. Nada se adelanta con lamentaciones.

–¿Qué propones?

–Salir a tomar café y ver si hay manera de poner a alguien a vigilar la casa de los Fornari. – Al observar la expresión de Vianello, explicó:- Me gustaría saber si alguien va a hacerles una visita.

–¿Alguien como, por ejemplo?

–Eso es lo que quiero averiguar. Porque podría revelarme el motivo de la visita.

Mientras tomaban el café, los dos hombres hablaron de efectivos y logística, sin encontrar la manera de poner bajo vigilancia la casa de los Fornari. Quienquiera que fuera visto rondando por aquella calle sin salida, había de llamar la atención. Fueron estudiando y descartando una posibilidad tras otra, hasta que, finalmente, Vianello no pudo menos que preguntar:

–¿Quién crees que querría hacerles una visita?

–El padre de la niña.

La respuesta pareció sorprender al inspector.

–¿Crees que tanto le importa lo ocurrido a su hija?

–No; pero puede ver en ello la oportunidad de sacarles dinero.

–Supones que él sabe lo que le ocurrió a la niña, ¿no? – preguntó Vianello-. Y también los Fornari.

Antes de responder, Brunetti recordó su primera visita, en la que la esposa de Fornari había mostrado curiosidad pero no preocupación por la visita de la policía; y la segunda, en la que tanto ella como su marido habían dado señales de ansiedad. Algo debían de haber averiguado entretanto, y Brunetti quería saber qué era y quién les había dado la información.

Se hizo el silencio mientras los dos hombres estudiaban las posibilidades de actuación. Al fin, Brunetti dijo, procurando que sonara como si fuera la cosa más natural que podía pedir un padre:

–Podría preguntar a mis hijos.

–¿Preguntarles qué? – dijo Vianello sin poder disimular el asombro.

–Si conocen a alguno de los chicos. Y si han oído hablar de ellos.

La mirada de Vianello, larga y severa, hizo que Brunetti se sintiera incómodo.

–Tienen la misma edad -explicó, y añadió-: Bueno, más o menos.

–Gracias a Dios que los míos aún son pequeños -dijo Vianello con una indiferencia sospechosa.

–¿Para qué? – preguntó Brunetti, aunque ya sabía la respuesta.

–Para trabajar para nosotros -dijo el inspector.

Brunetti reprimió el impulso de defenderse. Miró el reloj y vio que eran casi las tres.

–Me voy a casa -dijo levantándose.

Al parecer, también Vianello había dicho ya todo lo que tenía que decir.

–Si preguntan por mí, di que he tenido que salir, ¿quieres? – dijo Brunetti.

–Por supuesto.

Ni el Supremo Augur habría podido detectar un mensaje oculto en la voz de Vianello, pero Brunetti sabía que lo había. El comisario se

levantó y, al dar la vuelta a la mesa, descargó una palmada en el hombro de Vianello. Luego salió de la *questura* y se fue a casa.

Abordó el tema durante la cena, entre el *risotto* con espinacas y el cerdo con setas. Chiara, que esta noche tenía un aspecto diferente y, por lo visto, había abandonado la dieta vegetariana, dijo que no conocía a Ludovica Fornari, pero había oído hablar de ella.

–¿Has oído hablar de ella? – preguntó Brunetti sirviéndose otro trozo de cerdo.

–Y hasta yo -dijo Raffi, volviendo a concentrar la atención en la fuente de zanahorias con jengibre.

–¿Qué has oído? – preguntó Brunetti con indiferencia.

Paola le lanzó una mirada tan penetrante como suspicaz y se adelantó a preguntar:

–Chiara, ¿llevas mi *Flor de Pasión*?

Brunetti no sabía a qué se refería el nombre, pero, como Chiara llevaba un jersey de algodón blanco, dedujo que no podía ser una prenda de vestir. Quedaba el lápiz de labios u otra cosa que hubiera podido ponerse en la cara. O un perfume, aunque él no lo había percibido, y Paola no solía usarlo.

–Sí -dijo Chiara, titubeando.

–Ya me parecía a mí -dijo Paola con una amplia sonrisa-. Te queda muy bien. – Ladeó la cabeza y contempló la cara de su hija-. Probablemente, mejor que a mí, de modo que puedes quedártelo.

–¿No te importa, *mamma*?

–En absoluto. – Paseando una alegre mirada alrededor de la mesa, Paola dijo:- De postre no hay más que fruta, pero esta noche podríamos

empezar la temporada del *gelato*. ¿Algún voluntario para ir a buscarlo a San Giacomo dell'Orio?

Raffi pinchó las rodajas de zanahoria que quedaban en el plato, se las puso en la boca, dejó el tenedor y levantó la mano.

–Yo iré.

–¿Pero qué sabor? – Paola, que nunca había mostrado preferencia por el sabor del helado que comía, mientras la ración fuera abundante, preguntó ahora con fingida vivacidad-: Chiara, ¿por qué no vas con tu hermano para ayudarle a decidir?

Chiara echó la silla hacia atrás y se levantó.

–¿Cuánto traemos?

–La caja grande; el primer día hay que ser espléndidos. – Y a Raffi-: Coge dinero de mi portamonedas. Está al lado de la puerta.

Antes de que Brunetti terminara su cena, y en franco desafío a la norma familiar, los chicos ya habían salido del apartamento y trotaban escalera abajo.

Brunetti dejó el tenedor y, al oír el golpe del cubierto en la madera de la mesa, notó el silencio de la cocina.

–¿Puedo preguntar a qué viene eso? – dijo.

–Eso viene a que no quiero que mis hijos hagan de espías -dijo Paola con vehemencia. Y, sin dejarle empezar siquiera a defenderse, añadió-: Y no me digas que preguntabas sólo para tener de qué hablar durante la cena. Te conozco, Guido. Y no lo consiento.

Brunetti miró el plato que tenía delante. De pronto, se sentía tan repleto que no se explicaba cómo había podido comer tanto. Apuró el vino y dejó la copa en la mesa.

Comprendía que ella tenía razón, pero le dolía que se lo hiciera ver con tanta crudeza. Volvió a mirar el plato, tomó el tenedor y lo puso encima de él, atravesado, y después el cuchillo, en simétrico paralelo.

–Y, Guido, tú tampoco querrías eso -dijo ella en tono más suave-. Te conozco, ya te lo he dicho. – Hizo una pausa y añadió: Y, porque te conozco, sé que te pesaría haberlo hecho.

Él echó la silla hacia atrás y se levantó. Tomó el plato para llevarlo al fregadero. Al pasar por detrás de ella, le puso la mano en el hombro, y Paola la cubrió con la suya inmediatamente.

–A ver si traen chocolate -dijo él, que había recuperado el apetito.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 29

A la mañana siguiente, Brunetti seguía en la cama mucho después de que Paola se levantara y se fuera a dar su clase de primera hora. Repasaba sus opciones, contemplando el caso de la niña gitana desde otra perspectiva, o lo que le parecía otra perspectiva. En realidad, no tenía nada. La única prueba tangible de que la niña no se había caído al escapar de la escena de un robo era el testimonio de un niño que afirmaba que a su hermana la había matado el hombre tigre. Como prueba de ello, Brunetti tenía un gemelo y un anillo con un trozo de vidrio rojo.

No había en el cadáver de la niña más señales de violencia que las que podía haberle producido resbalar por un tejado de terracota, y la causa de la muerte era ahogamiento.

Su percepción de que los Fornari se habían enterado de algo incriminatorio era totalmente subjetiva. Su primera impresión -y la de Vianello- era la de que la sorpresa manifestada por la esposa de Fornari al enterarse del robo era sincera.

El propio Fornari parecía preocupado cuando Brunetti habló con él, pero a un empresario que hacía transacciones en Rusia no le faltarían motivos de preocupación. Su mujer también estaba nerviosa esta vez. ¿Y qué? La hija parecía perfectamente tranquila al saludar a Brunetti. Pero ahora recordó la tos. Tuvo aquel acceso de tos cuando él dijo que ya se iba y que avisaría a Vianello. «Al *ispettor* Vianello», había dicho.

Pero tampoco esto significaba nada: la gente tose.

Brunetti se puso boca arriba y estuvo mirando al techo hasta que la luz que iba entrando en la habitación le hizo comprender que ya no podía seguir remoloneando en la cama. Lo único que cabía era hablar con Patta, para ver si, por una vez, el *vicequestore* era capaz de descubrir una trama en todos estos hechos.

–Otra vez se está dejando llevar por la imaginación, Brunetti -dijo Patta horas después, tal como Brunetti había previsto. El comisario no había malgastado el tiempo en tratar de adivinar cuáles serían las palabras que utilizaría su superior, pero conocía de antemano su reacción-. Está claro que ellos no sospechaban lo ocurrido -explicó el *vicequestore*-. Probablemente, madre e hijo, al llegar a casa y ver el balcón de la terraza abierto, pensaron que se habrían olvidado de cerrarlo; son cosas que ocurren con frecuencia. Desgraciadamente, mientras ellos estaban fuera, entró la niña. – Patta, que se paseaba por el despacho mientras exponía su hipótesis, se detuvo y dio media vuelta con brusquedad, como el sagaz fiscal de las películas americanas-: ¿No dijo que llevaba una sandalia de plástico?

–Sí.

–Pues ahí está -dijo Patta abriendo las manos como el que acaba de presentar la prueba definitiva que hace innecesario seguir con el debate.

–¿Está qué? – se aventuró a preguntar Brunetti.

La expresión de Patta dejaba claro que Brunetti se la estaba jugando. Con una voz impregnada de sensatez, el *vicequestore* explicó:

–Plástico. En un tejado inclinado. Tejas de terracota. – Hizo una pausa y preguntó-: ¿Es que tendré que hacerle un dibujo, comisario? – El empleo por Patta del título de Brunetti solía suponer un aviso.

–No, señor. Comprendo.

–Así pues, la tal *signora* Vivarini y su hijo regresan a casa, ella encuentra la vidriera abierta, pero no sospecha nada. – Patta, convertido ahora en el simpático abogado defensor, hizo una pausa, para sonreír en dirección a Brunetti-. Eso no puede ser motivo de preocupación, ¿verdad, comisario?

–No, señor.

–Usted dijo que le pareció que la *signora* Vivarini se sorprendió al enterarse del robo, ¿no?

–Sí, señor.

–Entonces no sé a qué vienen las dudas.

–Ya le dije lo de la hija, cómo se puso a toser cuando mencioné el título de Vianello. – Al oírse decirlo, Brunetti se dio cuenta de lo banal, casi patético, del incidente-. Hasta entonces, todo había sido perfectamente normal: ella entró, se presentó como Ludovica Fornari, me dio la mano, pero cuando yo dije...

–¿Qué? – le interrumpió Patta, repentinamente alerta.

–¿Perdón?

–¿Cómo ha dicho que se llama la muchacha?

–Ludovica Fornari. ¿Por qué? – Y entonces se acordó de añadir:- Señor.

–Usted ha hablado siempre de una *signora* Vivarini -dijo Patta.

–Está en el informe, señor. Fornari es el apellido del marido.

Patta hizo un brusco ademán de impaciencia, como si hiciera ya mucho tiempo que había superado el punto en el que debía prestar atención a los informes por escrito.

–¿Por qué no me lo dijo antes? – inquirió.

–No me pareció importante, señor.

–Pues claro que es importante -dijo Patta, hablando como si se dirigiera a un alumno muy torpe.

–¿Podría decirme por qué, señor?

–¿No es usted veneciano?

Sorprendido, lo más que Brunetti pudo decir fue:

–Sí.

–¿Y no sabe quién es ella?

Brunetti sabía quiénes eran los padres, pero, por la forma de hablar de Patta, comprendió que no sabía nada.

–No, señor.

–Es la *fidanzata* del hijo del ministro del Interior. Eso es.

Si esto hubiera sido una película de tribunales convencional, y Brunetti, el abogado cuya única función en la escena fuera la de ser derrotado por el brillante *coup de théâtre* de su oponente, éste habría sido el momento en el que debía darse una palmada en la frente y exclamar: «Debí suponerlo» o «No tenía ni la más remota idea».

Brunetti guardó silencio, aparentemente, para permitir a Patta ampliar la información pero, en realidad, para darse tiempo de encajar las piezas.

–Me sorprende usted, Brunetti, en serio -prosiguió Patta-. Mi hijo conoce a los dos hermanos, pertenece al mismo club de remo que el chico, pero yo no imaginaba de quiénes estaba usted hablando. La chica Fornari. Desde luego.

Brunetti escuchaba con una expresión de viva atención pintada en la cara, como siguiendo el guión de la película de la serie B.

El ministro del Interior. Entre cuyas atribuciones figuraba la del mando de las fuerzas del orden, incluida la policía. La prensa rosa adoraba a la familia: la esposa, heredera de un magnate de la industria; el hijo mayor, antropólogo, desaparecido, presuntamente

muerto, en Nueva Caledonia; una hija, famosa por sus idas y venidas entre Roma y Los Ángeles, en pos de una carrera cinematográfica que no acababa de fraguar; otra hija, casada con un médico español y afincada discretamente en Madrid; y el ahora heredero, un joven de genio imprevisible que había estado implicado en más de una riña de discoteca y respecto al que circulaban entre la policía rumores de faltas más graves, sin que hasta el momento se hubiera instruido caso alguno. La madre, Brunetti lo sabía, era veneciana; y el ministro, romano.

—...idea totalmente insostenible -decía Patta, hacia el final de su perorata-. Por lo tanto, ni que decir tiene que la sola idea de involucrarlo ni remotamente en semejante episodio es inconcebible, y no vamos a contemplarla ni un momento. — El *vicequestore* calló, esperando la respuesta de su subordinado, que no llegaba porque Brunetti estaba absorto pensando en qué podría averiguar acerca del chico y cómo.

Al fin, el comisario movió la cabeza de arriba abajo, como si hubiera seguido cada una de las palabras que había pronunciado su superior. Sentía curiosidad, entre otras cosas, por saber a quién se refería Patta al decir «nosotros» ni a quién no podían involucrar. Este último tanto podía ser el ministro como su hijo. Y «nosotros» debía de ser la policía, pero también podía ser toda la clase política.

—¿Está lo bastante claro, comisario? — preguntó Patta, imprimiendo ahora en su voz la torva amenaza que suele reservarse para el villano del melodrama.

—Sí, señor -respondió Brunetti. Se puso en pie-: Sin duda su análisis de la situación es correcto, y debemos extremar las precauciones para no implicar a persona tan importante en nuestra investigación sin plena justificación.

—No cabe justificación alguna -sentenció Patta, sin disimular la irritación-. En absoluto.

–No, señor -dijo Brunetti-. Evidentemente. – Dio unos pasos hacia la puerta, esperando la advertencia final de Patta, pero el *vicequestore* no dijo más. Brunetti dio cortésmente los buenos días a su superior y salió del despacho.

La *signorina* Elettra le preguntó al verlo salir:

–Desagradable, ¿eh?

–Por lo visto, la chica Fornari es la novia del hijo del ministro del Interior -dijo él. La vio abrir mucho los ojos y empezar a considerar los hechos con otra perspectiva. Entonces, por si el teniente Scarpa andaba rondando por los alrededores, añadió-: Desde luego, no podemos intentar siquiera averiguar el historial del chico ni si se han formulado acusaciones contra él.

Ella movió la cabeza negativamente, descartando semejante posibilidad.

–Siendo hijo de un ministro, seguro que las indagaciones no darían resultado -dijo muy seria, extendiendo la mano derecha hacia el teclado que estaba a un lado de la mesa: el arroyo de montaña que discurría por la pantalla del ordenador desapareció, sustituido por una panoplia de programas-. Sería perder el tiempo -añadió, volviendo la silla de cara a la pantalla.

–Completamente de acuerdo, *signorina* -dijo Brunetti, y subió a su despacho, a esperar los resultados de la búsqueda.

–*Mamma mia* -dijo ella entrando en el despacho del comisario dos horas después-. Es un chico muy activo. – Se acercó a la mesa con varios papeles en la mano. Se detuvo y, uno a uno, fue levantándolos y dejándolos caer aleteando en la mesa, mientras decía-: Tenencia de drogas. – Aleteo, aleteo-. Archivado por falta de pruebas. Agresión con agravantes. – Aleteo, aleteo-. Archivado porque la víctima retiró la denuncia. Otra agresión. – Aleteo, aleteo. Levantó un papel un poco más que los otros y dijo-: He puesto los cuatro arrestos por conducir

bajo los efectos del alcohol en la misma hoja. No me ha parecido bien malgastar tanto papel con él. – Aleteo, aleteo-. En cada ocasión, un juez comprensivo tomó en consideración su edad y sus sinceros propósitos de enmienda, y lo absolvió. – La sonrisa que acompañaba estas palabras era la de una tía benévola, satisfecha al comprobar que las fuerzas del orden habían descubierto, lo mismo que ella, la pureza de corazón de su sobrino preferido. Brunetti observó que sólo quedaban dos papeles-. Agresión a un policía -dijo ella, depositando uno de los papeles delante de Brunetti, en lugar de dejarlo caer, como dando a entender que habían terminado las fruslerías-. Una disputa en un restaurante de Bérgamo. Empezó cuando entró en el establecimiento uno de esos tamiles que venden rosas. El hijo del ministro, Antonio se llama, le dijo que se fuera y, como el tamil no se iba, se puso a gritarle. Un cliente, un policía que estaba cenando con su esposa, se acercó y trató de calmarlo.

–¿Qué pasó entonces?

–Según el informe original, el chico sacó una navaja y atacó al tamil, pero éste lo esquivó. Lo que pasó luego no está claro, pero el chico acabó en el suelo, esposado.

–¿Y después?

–Lo que vino después tampoco está claro -dijo ella dejando la última hoja encima de las otras.

Brunetti miró el papel: un formulario oficial que no reconoció.

–¿Qué es?

–Una orden de expulsión. Al día siguiente, el tamil estaba en un avión con destino a Colombo. – La voz era átona-. Al comprobar sus papeles, vieron que tenía varios arrestos y orden de abandonar el país.

–¿Y esta vez le ayudaron a marcharse? – preguntó Brunetti innecesariamente.

–Por lo visto.

–¿Y el policía?

–Al día siguiente, al redactar su informe por escrito, recordó que el tamil estaba borracho, que se mostraba agresivo y que había amenazado a la muchacha. – Al ver la expresión de Brunetti, añadió:- Son famosos por su agresividad, esos cingaleses. ¿O ahora hay que llamarles srilankeses.

Brunetti miraba la mesa, sin hacer comentarios. Al fin dijo:

–Fue una suerte para el chico que el policía lo recordara.

Ella recuperó las dos últimas hojas y las miró, más por efectismo que por necesidad, observó Brunetti.

–También recordó que no hubo tal navaja, que debía de ser una de las rosas del tamil.

–¿Eso dijo? – preguntó Brunetti, con asombro.

Agitando el papel, ella respondió:

–Así lo escribió. – Tras una mínima pausa, prosiguió:- La policía de Bérghamo, al parecer, traspapeló la declaración que el policía hizo a los agentes que acudieron al restaurante.

–¿Y la muchacha? – preguntó Brunetti-. ¿También ella recordó el detalle de la rosa?

La *signorina* Elettra se encogió de hombros ligeramente.

–Dijo que estaba muy asustada y no recordaba nada.

–Ya.

–¿Cuánto tiempo hace que él sale con la chica Fornari?

–Tengo entendido que varios meses.

–Es el heredero, ¿no?

–Sí.

–¿Qué le pasó en realidad al hermano mayor?

–Había ido a Nueva Caledonia, a hacer una investigación antropológica y vivía con una tribu, como uno más. Y la tribu, dicen los informes, fue atacada por otra tribu del valle vecino, y el muchacho desapareció durante una incursión.

–¿Muerto?

Ella alzó los hombros y los dejó caer.

–Nadie lo sabe a ciencia cierta. Se había afeitado la cabeza y marcado con las cicatrices tribales, de modo que los atacantes debieron de tomarlo por uno de ellos.

Brunetti meneó la cabeza ante la futilidad de aquella muerte.

–No se supo del ataque hasta meses después, y ya no había rastro de él.

–Lo que significa...

–Por lo que he leído, o bien la tribu con la que vivía lo enterró o los que lo mataron se llevaron el cadáver.

Brunetti no quiso saber más y desvió la conversación.

–¿Y Antonio pasó a ser el heredero?

–Sí.

–¿Estaban muy unidos los dos hermanos?

–Mucho. Por lo menos, eso dicen los artículos que se publicaron entonces. «Dos hermanos que eran hermanos de sangre» y todas esas cosas que tanto gustan a la prensa del corazón.

–¿Hermanos de sangre?

–Parece ser que Antonio fue a visitarlo a Nueva Caledonia y se sometió a algún ritual que lo hacía miembro de la tribu, lo mismo que su hermano. – Hizo una pausa, tratando de recordar detalles que había leído y que no había creído necesario copiar-. Cazar con arco y flechas y esas cosas de tarzanes que chiflan a los chicos. No se sabe a ciencia cierta si el hermano desaparecido, Claudio, tenía las cicatrices rituales en las mejillas, pero los dos se hicieron tatuajes y comían larvas con miel. – Se estremeció ante la idea, o ante las dos ideas.

–¿Tatuajes? – preguntó Brunetti.

–Sí, ya sabe. Eso que tenemos que ver todo el verano. Marcas en los brazos y las piernas, arabescos, dibujos geométricos... Están por todas partes.

Efectivamente. También en las fotos colgadas de las paredes de las casas. Una melena rojiza y alborotada que agranda la cabeza, y tatuajes en los brazos que parecen rayas.

–El hombre tigre -dijo Brunetti en voz alta.

–¿Qué? – preguntó ella y, más cortésmente:- ¿Cómo dice?

–¿Hay fotos de ese chico?

–De sobra -dijo ella con aire de fatiga.

–Imprima varias. Ahora, por favor. – Brunetti alargó la mano hacia el teléfono para pedir una lancha y un coche y luego llamó a Vianello, para que lo acompañara.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 30

–¿Y tú crees que el hombre tigre es él? – preguntó Vianello cuando Brunetti acabó de referir lo que le había dicho la *signorina* Elettra. Estaban en un costado de la cubierta de la lancha que los llevaba a *piazzale* Roma, donde Brunetti confiaba encontrar esperándolos el coche que había pedido. Foa se desvió repentinamente a la izquierda, para no chocar con un sándalo ocupado por cuatro personas y un perro que los había cortado. Foa hizo sonar la bocina dos veces y gritó al que llevaba el timón. El otro ni los miró.

–¿Y crees que basta con eso para ir tras él? – preguntó Vianello, alzando la voz a medida que se acercaba al final de la frase, que acabó casi a gritos, levantando las manos al cielo, como para trasladar la pregunta a una autoridad que estaba por encima del hombre que tenía al lado.

Brunetti desvió la mirada de la cara de Vianello hacia la fachada del edificio de la orilla izquierda del Canal. Observó que por fin restauraban el *palazzo* situado a la derecha del de los Falier. Él iba al colegio con el hijo de los antiguos dueños. Recordaba que el padre perdió el *palazzo* jugando en un club privado y que la familia tuvo que mudarse. Brunetti no volvió a saber del chico, a pesar de que habían sido buenos amigos.

–¿Y bien? – preguntó Vianello, reclamando la atención de Brunetti. Como el comisario no respondiera, añadió-: Aunque eso que dices sea verdad y el tal hombre tigre hiciera algo a la niña, no podremos probarlo. ¿Me has oído, Guido? No tenemos posibilidad. Cero.

La atención de Brunetti vagaba ahora por los edificios que quedaban a la espalda de Vianello, que puso la mano en el brazo de su jefe para atraerlo hacia sí.

–Guido, esto será tu suicidio. Supongamos que llegas al campamento y consigues convencer a los padres para que el niño hable del hombre

tigre. – Para manifestar su opinión de las probables consecuencias, Vianello cerró los ojos y Brunetti vio cómo tensaba los músculos de la mandíbula-. Es decir, tienes un testigo menor de edad, cuyos padres deben de tener una larga lista de arrestos y condenas, ¿y tú quieres que ese niño que, según me dijiste apenas habla italiano, testifique contra el hijo del ministro del Interior?

La lancha viró bruscamente para encarar una ola que venía de través, lanzándolos contra la borda. Foa enderezó el rumbo y volvió la vista al frente.

Brunetti abrió la boca para sugerir que continuasen la conversación en la cabina, pero Vianello prosiguió:

–¿Y crees que vas a encontrar a un fiscal, cuya carrera, huelga decirlo, depende del mismo ministerio, que vaya a esforzarse por conseguir una condena? – Acercó la cara a la de Brunetti-. ¿Con ese testimonio? – Y, como si la pregunta no fuera ya lo bastante elocuente, añadió:- ¿Con esas pruebas?

Brunetti metió la mano en el bolsillo y palpó el gemelo y el anillo. Había observado el nerviosismo de Fornari, había visto la rabia en la cara del niño, la primitiva ansia de venganza, inculcada por la madre. Eran pruebas, pero pruebas a las que un tribunal no daría crédito, ni admitiría siquiera. En las salas de los tribunales, en las que «la ley es igual para todos», las impresiones de Brunetti no tendrían peso ni valor. Según sabía él, y según acababa de recordarle Vianello, la ley exige pruebas, no la opinión de un hombre que atrapó a un niño atemorizado y lo sostuvo en brazos hasta que le contó su historia. Brunetti sabía lo que cualquier abogado, y no digamos un abogado que defendiera al hijo de un ministro, haría con semejante acusación.

–Quiero estar seguro -dijo Brunetti.

–¿Seguro de qué?

–De que lo que me dijo el chico es verdad.

Vianello se impacientó.

–¿Es que no te das cuenta de que si es verdad o no es lo que menos importa? – Agarró del brazo a Brunetti y le hizo bajar los tres escalones de la cabina. Cuando estuvieron sentados frente a frente, el inspector prosiguió:- Es posible que el chico dijera la verdad, pero eso es lo de menos, Guido. Es el hijo de un gitano con una larga lista de antecedentes, que acusa al hijo del ministro del Interior.

–Eso me lo has dicho ya tres veces, Lorenzo -dijo Brunetti con fatiga.

–Y te lo diré otras tres si es necesario para que me escuches -replicó el inspector. Hizo una pausa larga y añadió suavizando el tono:- Si tú quieres arruinar tu carrera, yo no.

–Nadie te lo ha pedido.

–Ahora mismo voy camino del campamento contigo, ¿no? Estaré allí mientras hablas con alguien con quien Patta te ha prohibido expresamente que hables.

–Él no me ha dicho eso exactamente -protestó Brunetti, meticuloso.

–Ni falta que hacía. Te ha dicho que dejes el asunto, y tú lo primero que haces es ir al campamento sin autorización, desafiando las órdenes de tu superior, de nuestro superior, para hablar con unas personas a las que te ha pedido que dejes en paz.

–El chico y la otra hermana estaban allí aquella noche. Ellos vieron lo que pasó.

–¿Y crees que los padres dejarán que hablen contigo o con el juez?

–La madre quiere venganza, tanto como el chico, o más.

–¿Así que ahora somos vigilantes que ayudan a los gitanos en su lucha contra el resto del mundo? – Para ocultar la exasperación, Vianello

volvió la cara, levantó la cabeza y cerró los ojos un momento, como implorando paciencia. La lancha aminoraba la marcha y Brunetti vio que llegaban a *piazzale* Roma. Se levantó y empujó una hoja de las puertas oscilantes.

–Puedes regresar con Foa -dijo subiendo a cubierta.

Al llegar arriba, oyó a Vianello subir tras él.

–Por el amor de Dios, Guido, deja de hacerte la *prima donna* -refunfuñó el inspector.

Era otro conductor, pero también conocía el camino del campamento y, durante el trayecto, habló de las veces que había tenido que hacer el recorrido llevando a gente. El hombre era afable y hablador, y su monólogo permitió a sus pasajeros hacer una tregua en su propia conversación.

Brunetti ya había oído antes todo aquello, y apenas prestaba atención, mientras recreaba la vista contemplando el paisaje primaveral que los rodeaba desde que habían salido de la ciudad. Al igual que la mayoría de la gente de ciudad, Brunetti tenía una idea romántica del campo y de la vida rural. Una vez en que la familia comía un pollo asado y Chiara, en una de sus fases vegetarianas, le preguntó si él había matado algún pollo, Brunetti le contestó que nunca había matado nada. Ahora no recordaba cómo había acabado la discusión; como casi todas las discusiones inútiles, suponía.

El coche giró, redujo la marcha y se detuvo, y el conductor bajó a abrir la verja. Una vez dentro del campamento, volvió a bajar, cerró, subió al coche, describió un amplio semicírculo y paró de cara a la verja, como deseoso de marchar cuanto antes.

–Espere aquí -dijo Brunetti inclinándose para ponerle la mano en el hombro. Él y Vianello se apearon y cerraron las puertas. No se veía a nadie; hoy ningún hombre estaba sentado en las escaleras de las caravanas.

Brunetti enseguida vio que el Mercedes azul había desaparecido, lo mismo que la *roulotte* en la que había adivinado las figuras femeninas y a la que Rocich había vuelto después de cada entrevista. Los coches que se habían llevado las grúas no habían vuelto a sus sitios delante de las *roulottes*, que seguían en la fila de detrás como piezas de ajedrez sin sus peones.

Brunetti y Vianello se acercaron a la caravana del jefe. En el instante en que se pararon frente a ella, brotó de la hilera de *roulottes* una sinfonía de tonos de *telefonini*, como una explosión de trinos de pájaros. Brunetti distinguió hasta cuatro tonos diferentes, antes de que se hiciera el silencio.

Pasaron varios minutos, se abrió la puerta de la *roulotte* y salió Tanovic. Los miró con una sonrisa fácil que intranquilizó a Brunetti.

–Ah, señor Policía -dijo el hombre bajando la escalera. Saludó a Vianello con un movimiento de la cabeza-. Y señor Ayudante Policía. – Se acercó sin dejar de sonreír, pero no les tendió la mano. Ellos tampoco-. ¿Por qué visitan nosotros otra vez? – Volvió la cabeza y recorrió con la mirada toda la línea de coches, girando sobre sí mismo-. ¿Se llevarán más coches? – Lo preguntó en tono jocoso, pero Brunetti vio en sus ojos un rencor que pulverizaba el humorismo.

–No; vengo a hablar con el *signor* Rocich -dijo Brunetti, señalando el lugar en el que habían estado el Mercedes y la *roulotte*-. Pero veo que se han marchado. ¿Sabe adónde han ido?

El hombre volvió a sonreír.

–Ah, señor Policía, difícil decir. – Se inclinó e hizo extensiva su sonrisa a Vianello, que permaneció impasible-. Mi gente son, ¿cómo dicen ustedes?, nómadas. Hoy aquí y cuando nos vamos nadie sabe adónde. – Volvió a sonreír, pero la voz se había vuelto agria-. A nadie importa.

–Tengo su número de matrícula -dijo Brunetti-. Quizá la policía de tráfico pueda ayudarme a encontrarlo.

La sonrisa se hizo más ancha y aún menos amistosa.

–Coche viejo. Número viejo. No sirve, me parece.

–¿Qué quiere decir «coche viejo»? – preguntó Brunetti.

–Ahora coche nuevo. Número nuevo.

–¿Qué coche?

–Muy bueno. No coche italiano de mierda. Coche de verdad. Alemán.

–¿Qué marca?

El hombre levantó las manos, rechazando la idea de que un coche pudiera tener nombre.

–Coche grande, alemán, nuevo. – Y, cuando Brunetti se disponía a hablar, añadió:- Número nuevo.

–Comprendo. En tal caso, tendremos que mirar en el registro.

–Ah, venta particular. Sin papeles. De amigo. Coche aún del amigo. Difícil encontrar, me parece -dijo con otra sonrisa.

–¿Cómo se llama el amigo? – preguntó Brunetti.

El hombre se encogió de hombros con elocuencia.

–Él no dice. Sólo amigo. Pero coche muy grande. Muy caro.

–¿De dónde ha sacado el dinero para comprarlo?

–Ah, otro amigo le da dinero.

–¿Un gi...? – empezó Brunetti, pero rectificó:- ¿Un amigo romaní?

–Puede decir gitano, señor Policía -dijo el hombre sin molestarse ya en filtrar el veneno de su voz.

–¿Un amigo gitano, pues? – preguntó Brunetti.

–No; un *gadje*. Él busca al hombre en Venecia y le pide dinero. El hombre muy generoso; le da mucho dinero. Compra coche -concluyó. Levantó una mano y la agitó con elegancia diciendo-: *Bye, bye*.

–¿Qué hombre? – preguntó Brunetti.

–Hombre que dice su hijo.

–¿Y ese hombre le dio el dinero para el coche?

Señal afirmativa. Sonrisa.

–Y más.

–¿Sabe cuánto más?

–Él no dice. Quizá tiene miedo de decir a gitano porque gitano roba, ¿eh? – La sonrisa volvía a ser malévola.

Brunetti dio media vuelta bruscamente y chocó con Vianello, que dio un paso atrás.

–Vámonos -dijo Brunetti yendo hacia el coche.

El hombre les dejó llegar al coche antes de gritarles:

–Él me dio algo para usted, señor Policía. – Ahora hablaba con soltura, como si ya se hubiera cansado de hacer el papel de gitano balbuciente.

Con una mano en la empuñadura de la puerta, Brunetti se volvió. El gitano metió la mano abierta en el bolsillo de la chaqueta, la sacó cerrada y la tendió en dirección a Brunetti.

–Yo gitano, pero no roba esto -dijo, agitando el puño de un lado a otro. Él y Brunetti se miraban, a tres metros de distancia. El hombre levantó el puño-. ¿Lo quiere? – preguntó.

Brunetti fue hacia él, peleando con una repentina atrofia de las rodillas. Se paró cerca del hombre y extendió la mano, con el brazo rígido. Temió que el hombre fuera a pedirle que dijera «por favor», y no sabía si podría decirlo.

Brunetti abrió la mano, con la palma hacia arriba.

El hombre puso el puño encima de la mano y extendió el índice, luego el mayor y el anular. Brunetti sintió que le caía algo en la palma. Antes de que pudiera mirar lo que era, el hombre dijo, señalando la mano de Brunetti:

–Hombre que da dinero quería esto. Demuestra que chico estaba allí, que ve lo que pasa. Pero Rocich me dice que lo dé a usted, señor Policía.
– Dejó caer el brazo, dio media vuelta y volvió a su *roulotte*. Cuando el hombre subía la escalera, Brunetti ladeó la mano para ver lo que el gitano le había dado por encargo de Rocich.

Un gemelo de lapislázuli montado en plata, la pareja del otro.

Un golpe seco sobresaltó a Brunetti, pero era sólo el portazo que había dado el gitano al entrar en su *roulotte*.

CAPÍTULO 31

La abulia en que cayó Brunetti a su regreso del campamento gitano duró tres días, hasta que Paola le preguntó por el caso. Estaban sentados en la terraza, después de una cena que Brunetti apenas había probado. Él iba ya por la segunda copa de *grappa* y la botella estaba en la mesa, por si quería una tercera, que parecía lo más probable.

Poco a poco, mientras oscurecía e iba entrando el frío de la noche, él contó a Paola lo ocurrido, sin atenerse a la cronología ni a la secuencia de los hechos. Si algún orden seguía en el relato era, quizá, el de la emotividad, dejando para el final los ingredientes más fuertes: el lacerante lamento de la madre y la ferocidad de la cara del niño al hablar del hombre tigre.

Ni siquiera su última visita a los Fornari le había causado tan honda impresión.

–No querían dejarme entrar -dijo Brunetti-. Pero les dije que volvería con una orden judicial. – En respuesta a la súbita presión de la mano de ella en su brazo (ya estaba muy oscuro para distinguir sus facciones y hasta para verla mover la cabeza), él dijo-: Fue una tontería, desde luego: nadie me la habría dado. Por lo que a nosotros respecta, y a toda la magistratura, el caso está cerrado: la niña murió accidentalmente de una caída, después de robar en el apartamento de los Fornari, y punto.

–¿Pero al fin te dejaron entrar? – preguntó ella.

–Sí. Ya sabes lo bien que miento.

–La verdad, no muy bien -dijo ella, observación que él tomó como un cumplido-. ¿Qué pasó?

–Ella estaba nerviosa, y él también. Al principio, no creí que tuvieran valor de negarlo. – Y entonces comprendió que lo decía como un cumplido.

–¿Qué les dijiste?

–Que había hablado con uno de los gitanos del campamento, que me había dicho que Rocich había venido a verlos a la ciudad. – Recordó su propia actitud durante la conversación: el frío burócrata que trata de confirmar una información, nada más.

Brunetti estuvo un rato en silencio. Tomó un sorbo de *grappa*, la Tignanello que Paola le había regalado en su cumpleaños. Era excelente, pero hoy le desagradaba el sabor, y puso la copa en la mesa.

–No dio resultado -admitió-. Dijeron que no sabían quién era el tal Rocich ni por qué iba a querer hablar con ellos alguien con ese nombre. – Brunetti recordaba que la mujer era la que protestaba con más energía, mientras Fornari se limitaba a mover la cabeza negativamente, hablando sólo cuando Brunetti le hacía una pregunta directa.

Brunetti descruzó las piernas y las estiró, levantó los pies y los apoyó en el travesaño inferior de la barandilla. Entonces recordó que, cuando los niños eran pequeños, siempre tenían cerrada la puerta de la terraza y sólo los dejaban salir cuando ellos los vigilaban. Incluso ahora, cuando llevaba décadas en el apartamento, Brunetti aún evitaba asomarse a mirar a la calle, cuatro pisos más abajo.

Paola dejó pasar un rato antes de preguntar:

–¿Tú qué crees que pasó?

Brunetti apenas había pensado en otra cosa durante los últimos días, montando y desmontando la película de los hechos, imaginándola de una manera y de otra, siempre con el recuerdo de la cara de la niña en primer término.

–La hija estaba en casa -dijo al fin-. Con el novio, probablemente, en el dormitorio. Oyeron ruido. – Cerró los ojos, tratando de visualizar la escena-. Drogado o no, el chico debió de sentirse en la obligación de ir a ver qué ocurría.

–¿Y las rayas? – preguntó Paola de pronto-. ¿Cómo las vio el niño?

Él se volvió hacia la silueta de la cabeza que tenía a su lado, recortándose en el cielo casi oscurecido.

–No estarían en el dormitorio haciendo los deberes de cálculo, Paola. Recuerda que los padres no estaban en casa.

Le dio tiempo de imaginar la escena: el chico desnudo, recién levantado, con rayas en brazos y piernas, gritando a los niños gitanos.

–Hombre tigre -dijo Paola.

–El dormitorio de los padres tiene un balcón que da a la terraza -dijo Brunetti-. Debieron de entrar por ahí y por ahí tratarían de escapar.

–¿Y entonces?

Aunque ella no pudo verle encogerse de hombros, lo notó por el roce de la chaqueta en el respaldo del sillón.

–Cualquiera sabe -dijo él finalmente.

–Pero el hermano dijo... -empezó Paola.

–El hermano -la interrumpió Brunetti-, siendo el chico, seguramente era el encargado de la operación. Y dejó morir a su hermana. – Antes de que Paola pudiera protestar, prosiguió-: Ya sé, ya sé, no fue culpa suya. Pero no hablo de lo que ocurrió realmente, sino de cómo lo vio él. Ariana iba con él y, si algo le ocurría, suya era la culpa. – Estuvo un rato en silencio y dijo-: Pero, si la arrojaban desde el tejado, él no tendría nada que reprocharse. – Rápidamente, sin darle tiempo a hacer objeciones, explicó-: Sólo trato de enfocarlo como lo vería él. – Calló, y hasta ellos llegaron los ruidos de la ciudad: pasos en la calle, la voz de un hombre desde la ventana de un piso inferior, un televisor lejano.

–Entonces, ¿por qué los Fornari parecen sentirse culpables? – preguntó Paola finalmente.

–Quizá no sea eso lo que sienten -dijo Brunetti.

–¿Y qué puede ser si no lo que sienten?

–Miedo.

–¿De los gitanos? – preguntó ella, sorprendida-. ¿De una especie de vendetta? – Su tono indicaba incredulidad-. Pero, por lo que has dicho, nadie, excepto la madre y el hermano, parecía muy apenado por lo ocurrido.

–Miedo de los gitanos, no -dijo Brunetti, preguntándose dónde había estado su mujer durante tantos años.

–¿Pues de quién? – preguntó ella, sin verlo todavía.

–Del Estado. De la policía. De ser acusados y verse atrapados en el mecanismo de la justicia.

¿Qué mayor temor puede asaltar al ciudadano? Ser víctima de un robo no es nada, comparado con eso.

–Es que ellos no han hecho nada. Dices que comprobaste su declaración, que cuando llegaron a casa la niña ya había muerto. Y el padre estaba en Rusia realmente.

–No temen por sí mismos -dijo Brunetti-, sino por la hija, por lo que pudiera haber visto y no haberles dicho y que ellos no dijeron a la policía, o por lo que ella pudiera haber visto hacer a su novio. – Decidió confiarle también esta otra idea-: O lo que pudiera haber hecho ella.

La oyó aspirar bruscamente.

–Pero el niño habló del hombre tigre, no de una muchacha -dijo ella.

–Es sólo un niño, Paola. Probablemente, escapó corriendo al oír salir a alguien del dormitorio. Y dejó allí a su hermana. – Brunetti se puso en pie-. Razón de más para que se sienta culpable y razón de más para decir que el responsable fue otro. – No le satisfacía la explicación, pero se limitó a decir-: Me parece que ahora lo que más me gustaría es acostarme.

–¿Dejándolo así? – preguntó ella, escandalizada.

–Esto no es una de tus novelas, en las que, en el último capítulo, los personajes se reúnen en la biblioteca y todo queda perfectamente explicado.

–Los libros que yo leo no son así -se indignó ella.

–La vida tampoco -dijo Brunetti extendiendo la mano para ayudarla a levantarse.

Dos días después Ariana Rocich era enterrada en San Michele, en una tumba pagada por la *comune* de Venecia. Nadie sabía cuál era la religión de la niña, y el funcionariado decidió darle sepultura cristiana. Brunetti y Vianello asistieron al entierro y enviaron sendas coronas, las únicas flores que llevaba el féretro.

El padre Antonin Scallon, capellán del hospital, leyó el responso ante la fosa. El roquete se confundía con las blancas rosas de las coronas. La ceremonia se celebraba en un lugar del cementerio alejado de la tumba de la madre de Brunetti, pero los árboles eran iguales.

Las flores habían caído y en la hierba no quedaba rastro de ellas, pero las ramas estaban cubiertas de brotes verdes que pronto se convertirían en las primeras hojas de la estación, y los pájaros iban y venían, atareados con sus preparativos.

El sacerdote terminó el rezo y se volvió hacia los dos hombres: no había acudido nadie más. Alzó la mano e hizo la señal de la cruz sobre la tumba, luego sobre el féretro y por último bendijo también a los dos

hombres que acompañaban a la difunta en este día. Cuando el sacerdote bajó la mano, los sepultureros se acercaron desde el otro lado de la tumba y asieron las cuerdas.

Vianello dio media vuelta y se alejó por el sendero que daba a la explanada y al *portone* del *imbarcadero*. El padre Antonin cerró el libro, alzó la mano sobre el féretro que los dos hombres deslizaban hacia la tumba e hizo una señal, medio despedida, medio bendición, antes de volverse de espaldas.

Brunetti se acercó y le puso la mano en el brazo.

–Gracias, padre -dijo e, inclinándose, lo besó en las mejillas. Cogidos del brazo se alejaron, de regreso a la ciudad.

OceanofPDF.com

-

*** El heraldo Taltibio. (N. de la T.)**

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

25/12/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com